Ligar nunca fue tan fácil
Encontrar pareja nunca tan difícil
Una comedia romántica

Alicia y el teorema de los monos infinitos



MAYTE UCEDA





Planeta

ÍNDICE

PORTADA
DEDICATORIA
PRÓLOGO. EL TEOREMA DE LOS MONOS INFINITOS
SI EL AMOR TE MIRA DE FRENTE, NO TE PONGAS DE LADO
UN VIÑEDO, UNA VIUDA Y UN PERRO
EL EFECTO STREISAND
NADIE ESCRIBE CARTAS HOY EN DÍA. ¡NADIE!
CUATRO PUÑALADAS DIRECTAS AL CORAZÓN
¿Y SI FUERAS LA ÚLTIMA MUJER DE LA ESPECIE HUMANA?
LAS RATAS GIGANTES NO EXISTEN. ¿O SÍ?
HAY UN ASPECTO EN ESTA RELACIÓN QUE ME PREOCUPA
TODO EL MUNDO SABE QUE TINEY WINEY ES EL TELETUBBIE MORADO
CUANDO LA TIERRA PENETRA EN TU CUERPO, YA NUNCA TE ABANDONA
¿QUIÉN HABRÁ SIDO EL JUELDIABLO?
RECIPROCIDAD NEGATIVA
UNA VIEJA VERRAQUERA
ADIVINA QUIÉN VIENE
¡SEXOSEXOSEXO!
EL QUINTO COMPONENTE DE ABBA ES UN PERRO
UN MILLÓN DE BESOS
LO QUE ESCONDE TU MIRADA
SI APRIETAS LOS DIENTES, APARTA LA LENGUA
UN TARADO ATRACTIVO ES MIL VECES PEOR QUE UNO CORRIENTE
EFLUVIOS DE AGUARDIENTE Y MIEL
SITZ! PLATZ! HOPP!
CENA AL ESTILO CORSICA
A VECES SUCEDEN ESAS COSAS
ÑAM, ÑAM, ÑAM
TE ESTÁS ENAMORANDO
EL GRUÑIDO DE LAS HIENAS
HOMO PERFECTUS
SE AVECINAN CAMBIOS

HOMO QUASI PERFECTUS
VOS SOS UNA MUJER
CONSENSUS OMNIUM
CUATRO MANOS SON MÁS ÚTILES QUE DOS
¿ES SUFICIENTE PARA TI?
MI MA-RI-DO
SEGUNDO PRINCIPIO DE LA TERMODINÁMICA
DE CUCARACHA PARA ARRIBA TODO ES CACERÍA
¿QUIÉN ES MI MARIDO?
SE LLAMA ESTETOSCOPIO
DESDE MIS RECUERDOS CON AMOR
RAFFAELLA CARRÀ LLEGA A LA RODONA
LA FIESTA DE CATI
¡OH, DIOS!, ¿ES ÉL?
KALLISTÉ
BUSCANDO LA VERDAD
TENGO UNA MENTIRA
VENGO EN SON DE PAZ
SE ESTÁ MEJOR EN CASA QUE EN NINGÚN SITIO
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

A mi marido, Luis Ángel, por su paciencia y generosidad

PRÓLOGO

EL TEOREMA DE LOS MONOS INFINITOS

Imaginad a un grupo de monos sentados frente a un puñado de máquinas de escribir. O mejor aún, imaginad a un millón de monos mecanografiando durante diez horas seguidas al día.

¿Qué creéis que sucedería?

Vale, habéis acertado. La respuesta es nada, o, a lo sumo, tendríamos un despilfarro de papel inaceptable y un millón de máquinas de escribir destrozadas.

Pero imaginad que, en vez de un millón de monos, tuviéramos monos infinitos pulsando las teclas de sus máquinas al azar durante un intervalo infinito de tiempo. ¿Creéis que lograrían producir un texto legible?

La respuesta es sí.

Aunque yo lo dudo mucho, porque nadie espera al otro lado del infinito para ver el trabajo de los monos.

Pero, si los padres de la estadística lo aseguran, ¿quién soy yo para negarlo?

El caso es que, llevado el teorema a mi terreno, más o menos significa que, si la probabilidad de conocer a un hombre disponible en un día cualquiera es de 0,6 y la probabilidad de que ese hombre me guste es de 0,4, entonces la probabilidad de que ambos sucesos ocurran el mismo día es de 0,6 x 0,4 = 0,24.

Y eso es una mierda de probabilidad.

Estaba claro, y matemáticamente demostrado, que era más fácil que unos monos mecanografiaran el *Quijote* que no que yo encontrase pareja.

A menos que mi tiempo en este mundo tuviera exponente elevado al infinito.

Lo cual es imposible.

¿No es deprimente?

Nota: Nunca he sido buena en matemáticas, así que ahorraros los comentarios.

SI EL AMOR TE MIRA DE FRENTE, NO TE PONGAS DE LADO

Ahora que nos vamos conociendo, dejadme deciros que me llamo Alicia Andrade y tengo treinta y nueve años. Soy de estatura media, estructura delgada y tengo el pelo más rebelde de la nación. Si una ardilla saltara a mi cabeza desde la copa de un pino, se quedaría tan atrapada como un cangrejo en una red a la deriva. Claro que eso carece de importancia en esta historia.

Lo más destacable es que, a mi edad, ya he llegado a una conclusión sobre la vida: la felicidad es traicionera.

Pero no traicionera en el sentido de «te doy la espalda y te ignoro», sino en el sentido de «te llevo de la mano hasta la cima del mundo, y cuando más agradecida, confiada y desprevenida estás —sobre todo, lo último—, te tiro por un acantilado».

Caída en descenso libre.

Siento no tomármelo a la ligera, y tal vez penséis que estoy mayor para creer que la dicha plena es un estado perpetuo en el ser humano, pero lo cierto es que tengo mis motivos.

Y además, me siento totalmente confundida, algo muy raro en mí.

Soy una mujer práctica. Cuando quiero algo intento conseguirlo sin detenerme a analizar las consecuencias. No sé realmente si se trata de un defecto o una virtud, supongo que depende de la situación, pero hacía tiempo que me acechaban extraños pensamientos sobre la soledad y el vacío existencial, un vacío que notaba en la boca del estómago como un okupa que se niega a abandonar tu propiedad sin oponer resistencia.

Fue cuando supe que debía hacer algo para remediarlo. Aún era joven y mis expectativas de vida, según las estadísticas y a menos que ocurriera algo indeseable, rondaban los ochenta años. ¿Cómo iba a llenar todo el tiempo que me quedaba? ¿Haciendo *patchwork*? ¡Si ni siquiera sabía pronunciarlo!

Estaba sola, o mejor dicho, me había quedado sola. Y aunque había sido valiente y había conseguido salir adelante sin detrimento de mi salud emocional, lo cierto es que muchas veces tenía ganas de tirar la toalla.

Tirarla y pisotearla.

Y después prenderle fuego a sangre fría. O mejor aún: dársela a mi perro para que se restregara el culo con ella, como hacía con mi alfombra.

Maldito chucho.

Mi historia estaba acabada, así me sentía, sin nada que pudiera mitigar ese abatimiento que

me envenenaba. ¿Qué podía esperar de la vida? Las segundas oportunidades —las que de verdad funcionan— solo ocurren en las películas y en la literatura.

Y lo hacen en plan:

1. Tu marido te deja, pero se enamora de ti tu vecino, que es médico obstetra, guapo y además gracioso. También le gustan los perros, como a ti.

2. Tu marido te deja, pero conoces al amor de tu vida en la cola de un supermercado a los tres días de estar sola.

3. Tu marido no te deja, lo dejas tú, porque es un capullo que nunca supo hacerte feliz. Al mes siguiente el gerente de operaciones de tu empresa se jubila y te enamoras del sustituto. Y él de ti.

4. Tu marido no te deja, ni tú lo dejas a él. En realidad se ha muerto, y tú te has quedado sola y además traumatizada. Pero en su funeral conoces a un íntimo amigo suyo que ha venido al sepelio desde la India, donde trabaja de médico para una ONG. A los seis meses te vas a vivir con él a Aurangabad.

¿Os gustan las hipótesis?

¡Pues olvidadlas! ¡Jamás os ocurrirá algo así!

¿Quién conoce al amor de su vida en la cola de un supermercado? Levantad la mano. Si eres letalmente guapa y posees una personalidad irresistible, no estás dentro de la media, así que baja la mano.

La realidad es más aburrida, eso lo sabemos todos, y a no ser que seáis menos exigentes que el *Sálvame Deluxe* eligiendo a sus invitados, os lo vais a tener que currar mucho para conseguir una segunda oportunidad.

Las posibilidades van *in decrescendo* a medida que vuestros años lo hacen *in crescendo.*

Injusto, sí, pero no hay oficina de reclamaciones.

Sustituid la variable «marido» por colega, amigo, novio, *amigovio, follamigo* o cualquier otro término que se ajuste a vuestro compañero sentimental, y la premisa «soledad» permanecerá constante y fastidiosamente inalterable en vuestra vida.

Por otro lado, en las historias de ficción, las viudas jóvenes son las que más lástima suscitan, porque el marido —el muerto— suele ser, sin excepción, un tipo admirable muy difícil de sustituir. Pero no imposible. Al final siempre aparece alguien impresionante que logra que el recuerdo del fallecido se pierda en el más allá y se olvide en el más acá.

Excepto en *Ghost.*

¿Me comprendéis?

En la vida real todo es... más complicado (en el sentido exteeeenso de la palabra). No solo en las segundas oportunidades en el amor, también en las primeras (o cuantas veces estéis dispuestos a intentarlo).

Si no, que me lo preguntaran a mí, que era una de esas viudas cuyo genial marido se había muerto demasiado pronto.

De eso hacía seis años.

¡SEIS!

¿Dónde estaba mi segunda oportunidad? ¿Archivada en la carpeta de «Casos imposibles»?

Dicen que el matrimonio es como un ascensor; todos los que están fuera quieren entrar y todos los que están dentro quieren salir. Yo había estado dentro, me había sentido cómoda y en buena compañía, pero las puertas de mi ascensor se habían abierto de repente y me habían echado de una patada.

Así de sencillo.

Ahora estás, ahora no estás.

Me habría gustado acostumbrarme a la soledad y que su presencia no me martirizara tanto. ¿Por qué era tan difícil? ¿Por qué no me resignaba? A veces se me ocurría que lo que nos da la vida y lo que nos roba, todo ello, lo hace con algún propósito, tal vez dirigirte hacia tu destino. Pero a mí me costaba un mundo asimilar mi nueva realidad. Lo había tenido todo, había rozado el cielo con la punta de los dedos...

Y luego lo había perdido.

Los peores no fueron los primeros años de soledad. Fue hace poco cuando me di cuenta de que nada iba a cambiar a menos que tomara las riendas de mi vida. Mi futuro dependía exclusiva y directamente de mí. Ni del destino ni de la providencia ni de los héroes románticos de las películas, en los que, por otra parte, tampoco creía.

Pero soy tan cabezota que, si la soledad me apuntaba a los pies con su arma mortífera, yo me ponía a dar saltos.

Aunque, incluso así, era imposible esquivarla.

Por eso decidí utilizar los servicios de una página de contactos, cuya administradora, Nina Popova, era, además de rusa, la mujer más extravagante y enigmática que me había encontrado nunca. La había conocido dos años atrás, y se había tomado muy en serio eso de buscarme pareja. No sé por qué se involucró tanto, tal vez le di pena o puede que viera en mí a una mujer desesperada. Fuera como fuese, el caso es que acepté su oferta con el presentimiento de que algo en mi vida iba a cambiar, aunque, a partir de ese momento, lo único que cambiaría en mi vida sería mi vago concepto de los hombres.

El primero de la lista fue Santi, un profesor de secundaria valenciano.

Edad: 42.

Estado civil: separado.

Hijos: 2.

Pros: responsable, culto y un físico dentro de lo normal.

Contras: rencor visceral hacia su ex; incluso yo acabé odiándola. También tenía la extraña costumbre de hurgarse la oreja izquierda con la uña —repugnantemente larga y curvada— del dedo meñique del mismo lado.

No llegamos a intimar.

Después salí con David, propietario de un restaurante de Menorca.

Edad: 46.

Estado civil: divorciado.

Hijos: 1.

Pros: gran conversador, resuelto, y además compraba el vino de mi bodega.

Contras: su aspecto físico era..., mmm... Dejémoslo en que tenía físico. Punto. En la segunda

cita me hizo un resumen detallado de sus habilidades amatorias. No hubo una tercera.

No intimé con él, pero al cabo de un tiempo su hijo me envió un mensaje proponiéndome un *ménage à trois.*

Le respondí de forma muy correcta —mis padres, y las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, no nos habían educado a mi hermana Virginia y a mí en la violencia verbal— y lo invité a que se fuera amablemente a la mierda.

Por último, salí con Jaume, un comercial mallorquín que viajaba mucho.

Edad: 40.

Estado civil: soltero.

Hijos: ninguno que él supiera.

Pros: alegre, vivo y listo.

Contras: demasiado alegre, demasiado vivo y demasiado listo.

Llegamos a intimar, pero un día se marchó a uno de sus viajes y no volví a verlo. No me rompió el corazón; en realidad, no sentí nada. Desde el principio supe que no era el hombre de mi vida. Me olvidé de él tan pronto que llegué a pensar que si no encontraba a nadie a quien amar era solo por mi culpa.

Me había vuelto... ¡exigente!

Palabra ingrata.

Jamás encontraría pareja.

Aunque en mi defensa he de decir que la oferta no era para tirar cohetes. A mi edad, rayando el umbral de los cuarenta, los únicos hombres disponibles estaban separados, o divorciados, o eran solteros de naturaleza dudosa. Si encima sometíamos a una criba a los que eran feos como peces borrones (conste que no soy quisquillosa en este aspecto, pero a ver quién se sobrepone a una fatídica primera impresión), las probabilidades se reducían drásticamente.

La cosa estaba fatal, y yo no me resignaba a quedarme sola.

—Engorda cinco kilos y *segurro* que te encuentro algo mejor —me dijo una vez Nina con su acento ruso, que resultaba gracioso durante un rato y cargante si la escuchabas mucho tiempo—. A los hombres les gustan las *mujerres* con más carne en...

—Ya sé dónde les gusta la carne a los hombres —le respondí—. Pero cuando engordo un par de kilos yo no elijo en qué parte se me instalan.

—Solo digo que *estarrías* mejor con un poco más de relleno aquí. —Se tocó sus propios pechos.

—Si tengo que conquistar a un hombre con las tetas, lo dejo, Nina, es bastante humillante. ¿Acaso les pido yo que me enseñen su... pene?

No podía decir *polla*. Podía decir *tetas*, pero era incapaz de decir *polla*. Era como si *pene* fuera una palabra inofensiva, casi inocente, pero estaba convencida de que la palabra *polla* transmitía una imagen tridimensional a la mente del interlocutor; como si tuviera la facultad de materializarse delante de sus ojos.

Además, era una palabra vulgar, y yo no soy vulgar.

Al menos, no siempre.

—Créeme, más de uno ha incluido la fotografía —dijo Nina.

—¿En serio?

—*Querrida*, en este trabajo ya nada me sorprende.

Nina era el claro ejemplo que cumplía a rajatabla el manido refrán «En casa de herrero, cuchillo de palo», pues a sus cuarenta y dos años arrastraba tres matrimonios fallidos, una ironía en alguien que se dedica a buscar pareja a los demás, y con ninguno de ellos había llegado a cumplir el segundo aniversario de boda.

Conmigo tampoco había acertado. Todas y cada una de las veces la experiencia había resultado frustrante. Sin embargo, ella estaba convencida, contra toda evidencia, de que sería capaz de hallar al hombre adecuado para mí de entre los perfiles masculinos de su página de contactos.

A veces sus esfuerzos me enternecían.

Encima, yo me había prometido abandonar la búsqueda en el instante en que cumpliera los cuarenta. Hubiera encontrado pareja o no.

El caso es que acababa de cumplir treinta y nueve, y en mi patética y solitaria fiesta de cumpleaños había cogido el teléfono, un poco achispada por el alcohol de mi propio vino, y llamado a Nina para solicitarle que eliminara mi ficha de su base de datos. Al principio protestó e intentó convencerme de que no me diera por vencida, asegurando que tarde o temprano ese hombre aparecería. Pero yo me sentía hastiada e incapaz de intentarlo de nuevo.

El *modus operandi* era siempre el mismo; intercambiábamos *e-mails*, hablábamos por Skype y finalmente quedábamos para cenar. Entonces a mí siempre acababa doliéndome la mandíbula de tanto sonreír, y descubrí que fingir durante más de dos horas seguidas resultaba agotador, mucho más que una jornada podando en el viñedo; eso era una mariconada comparado con tratar de sonreír todo el tiempo, aunque fuera a medias, a un tipo que no te hacía ni fu ni fa.

Os preguntaréis por qué demonios sonreía tanto, pero os aseguro que había una explicación razonable. Cuando éramos pequeñas, mi hermana Virginia me decía que cuando me enfurruñaba mi cara se parecía a la de un bulldog, y que mi boca y mis mofletes se resbalaban hacia abajo en una mueca flojucha y pánfila. La muy perversa tardó quince años en confesar que solo lo decía para molestarme, aunque para entonces ya era demasiado tarde; la imagen de un bulldog se había quedado grabada en mi mente, y yo había adquirido el hábito inconsciente de ir por la vida sonriendo.

Nunca se lo reproché, porque yo tenía mis propios secretos en cuanto a nuestra pasada relación de hermanas/niñas/adolescentes. Por ejemplo: cada vez que ella tenía una cita y se giraba frente a mí preguntándome qué tal estaba, yo siempre le contestaba que «perfecta». Pero lo cierto es que nunca la miraba, ni siquiera de reojo. Y si alguno de sus novios me caía mal —lo cual ocurría con frecuencia—, fingía que se habían confundido de teléfono cuando la llamaban a casa. A uno —al que le tenía especial tirria porque un día me tocó el culo— incluso le dije que Virginia se había marchado a una comuna *hippy* en Portugal. Nunca volvió a llamar, y cuando ella me preguntó si sabía algo de él, simulé un ataque repentino de estornudos que al final me dejó hecha un merengue.

Tampoco pensaba contarle que fui yo quien tiró al váter su tortuga porque pensaba que estaba muerta (tenía cara de estarlo), o que el hámster había desaparecido porque me olvidé de

cerrarle la puertecilla de su jaula, y no porque —como traté de explicarle— algunos hámsteres desarrollan una habilidad especial para abrir las puertas de sus jaulas y el pobre estaba medio loco de tanto dar vueltas en aquella rueda diabólica.

Nunca volvió. El hámster, digo.

Lo mejor de mi relación con Virginia es que no tenemos los mismos gustos para los hombres. A ella le gustan guapos, a mí simpáticos. Ella se casó con Raúl, un guapillo demasiado serio cuya melena se batió en retirada hacia su espalda al cumplir los treinta y cinco, y yo me casé con Alfredo, que no era guapo, pero a simpático no le ganaba nadie. La prima Ruth decía que Alfredo era tan feo que cuando le hablaba prefería mirarlo a los pies. Pero os aseguro que mi marido no era feo, simplemente tenía una cara poco convencional.

De Alfredo os hablaré luego.

Antes de cambiar de tema, y aunque os parezca vengativa, os diré, para que lo sepáis, que la prima Ruth se casó con un guapo que le salió golfo. Pero golfo profundo. Tanto que a los seis meses de la boda ya se había tirado a las tres damas de honor en la cama conyugal.

Por eso yo siempre había huido de los hombres guapos como si fueran una plaga divina. Pero no divina en el sentido de guay, sino en el otro.

En fin, a lo que iba, que lo que menos esperaba esa mañana era una nueva llamada de Nina. No le habría hecho caso si no la hubiera notado especialmente entusiasmada con lo que tenía para mí, y a punto estuve de sugerirle que si el hombre era tan excepcional se lo quedara para ella. Pero al final no dije nada y acudí a la cita prometiéndome no volver.

«Es la última vez que me convence», me repetía mientras conducía hasta Palma.

Me recriminaba el hecho de haber vuelto a creer en ella, aunque, en el fondo, tal vez necesitaba creerla, tal vez estaba desesperada por la soledad, o tal vez me gustaba darme tiros en mi propio pie.

Nina me abrió la puerta de su casa. Reconocí en su rostro, excesivamente maquillado, un cierto aire eufórico. Su ajustado corpiño rosa parecía a punto de estrangularle los pechos, y su corta falda vaquera potenciaba la forma respingona de su trasero. Ella se sentía cómoda así vestida, y jamás usaba prendas que no se adhiriesen a su cuerpo como sanguijuelas.

—¡Lo tengo! —me dijo mientras me aferraba un brazo y me dirigía hasta el salón.

—Eso dices siempre —le respondí dejándome arrastrar.

—Esta vez es verdad.

Me soltó al lado de una silla y la observé mientras se acomodaba frente a una diminuta mesa donde reposaba un ordenador. Sabía lo que vendría a continuación, ya lo había vivido en otras ocasiones, así que me dejé caer en la silla con un gesto hastiado.

—Venga, dispara, que tengo prisa.

—*Esperra* un momento, no seas impaciente, primero quiero leerte su currículum. Vas a alucinar.

—Ya, pero si puede ser rápido, mejor. Tengo trabajo en el viñedo y dos llamadas perdidas de Tomás.

—Escucha y *verrás.* Luego te permitiré que beses mis pies. —Enarqué una ceja ante su entusiasmo, cerré la boca y me dispuse a escucharla. Unos cuantos clics y comenzó a leer en la

pantalla del ordenador—: Ingeniero agrónomo con máster en Ciencias y especialización en Enología. Amplios conocimientos de las actividades de un laboratorio microbiológico, manejo de medios de cultivo, técnicas de siembra y reglamento de seguridad. Experiencia en biología molecular y biotecnología...

—Para, para... —la interrumpí—. ¿Estás de broma?

—*Nyet* —negó mirándome por encima de sus lentes.

—¿Y dónde está la parte mala? No, no me lo digas. Bueno, sí, dímelo: ¿viejo o feo?

Se le escapó una risita nerviosa.

—Su edad es lo mejor. —Pausa de expectación—. Tiene treinta y tres años.

—¿Treinta y tres? Pero...

—En cuanto a lo de feo...

Nina pulsó un par de teclas y giró la pantalla para que yo la viera. Al contemplar la imagen casi se me escapa un taco.

—¿Es... ese?

—*Da* —afirmó en ruso.

Estiré el cuello hacia la pantalla y analicé la imagen como lo haría un científico que acabara de descubrir un nuevo microbio.

—Madre mía, es... —comencé embobada.

—Guapísimo, sí.

—¡No me gustan los guapos!

Sus ojos azules me miraron irónicos.

—A todo el mundo le gustan —dijo casi sin mover los labios.

Le mantuve la mirada y levanté una ceja.

—A mí no, solo traen problemas.

—Eso es estúpido.

Y cuando dijo «estúpido» arrastró la ese durante tres segundos para reforzar la palabra.

—Cada uno tiene sus manías. Oye, ¿y qué hace alguien como él en una página de contactos?

—Muchos podrían pensar lo mismo de ti. Estás flacucha, pero *erres* mona.

—Lo mío es distinto.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—No tengo tiempo para buscar pareja.

—Amiga mía, nadie tiene tiempo, por eso recurren a este tipo de servicios, no porque tengan dos cabezas y tres ojos en la frente.

Resoplé con fuerza y un poco desanimada por la edad y la apariencia del hombre.

—¿De dónde es? —le pregunté fijándome en su piel bronceada—. Parece del sur.

Negó con un gesto.

—¿Del norte?

—*Nyet*.

—¿No será de la isla?

—No de la nuestra.

—¡Venga, dilo ya!

—Lo *harré* si te callas.

Me mordí los labios y esperé con impaciencia. Nina tomó aire antes de hablar, como si supiera que lo que iba a decir no me gustaría.

—Es corso.

No pude evitar dar un salto.

—¿Corso? ¿Y eso de dónde coño es?

—Córcega.

—¿Es italiano?

—Tú viajas poco, ¿verdad, linda? Córcega pertenece a Francia, aunque esté al lado de Italia. Pero los corsos tienen poco de franceses y mucho de ellos mismos.

—Te dije que nada de extranjeros ni de hombres menores de treinta y cinco.

Tomó aire y resopló con fuerza.

—Ya lo sé. Pero es tan perfecto *parra* ti que no me he podido contener. ¡Su perfil solo tiene tres días!

—Nina...

—Lo sé, Alicia. Mira, no digas nada definitivo, llévate el informe a casa y léelo. Aunque te advierto que un hombre como este no va a *durrar* una semana libre. Así que piénsalo rápido.

Enchufó la impresora e hizo una copia completa del historial; varias hojas que luego acomodó dentro de la carpeta que tenía sobre la mesa.

Tomé el informe de sus manos, sin dejar de arrugar el entrecejo, y me dirigí a la puerta. Ella me acompañó.

—Ya te diré algo —le dije desmoralizada.

—*Perro* hazlo pronto.

—Ya.

—*Do svidania*, guapa.

—*Dosv*... *Dosvnidiv*... Adiós, Nina.

UN VIÑEDO, UNA VIUDA Y UN PERRO

Regresé a casa con el informe bajo el brazo. Sentía un molesto runrún dentro del pecho que me exacerbaba. ¿Qué sabía yo de los corsos? ¡Era surrealista!

Tomás me esperaba frente a la puerta principal, acompañado de Milo, nuestro pequeño *rater mallorquí*, un ratonero autóctono de expresión vivaracha, aguda inteligencia y testaruda costumbre de rebozarse como una croqueta sobre cualquier superficie prohibida. En realidad, se llamaba Camilo, en honor a Camilo Sesto, pero yo odiaba llamarlo de esa forma, así que le decía Milo, a secas.

Tomás tenía una expresión adusta, y me dije que no traería buenas noticias.

—Hay polvillo en algunas plantas —murmuró con su típica voz ronca.

Dejé caer los brazos a lo largo del cuerpo en señal de abatimiento. ¿Qué se les habría perdido a esos hongos en mi viñedo?

Milo me dedicó un ladrido exigiendo su saludo. No podía verme —no es que fuera un perro ciego, simplemente yo le caía mal—, sin embargo me exigía detalles como este. Creo que lo hacía solo para molestarme, como el ochenta por ciento de lo que tramaba a lo largo del día.

Me agaché y le di unos leves toques en la cabeza con dos dedos, guardando las distancias como si fuera una piraña o un animal venenoso.

Milo ni siquiera movió la cola, bueno, tampoco la tenía, aunque cuando le interesaba era capaz de mover aquel muñón con bastante eficacia.

Era un perro *transformer*.

—Tendríamos que haber empezado con los tratamientos preventivos el mes pasado —añadió Tomás—. Siempre lo hacemos en abril. Pero este año...

—Este año las plantas han tardado en brotar —comenté, y luego suspiré de forma ruidosa.

Lo dije solo por hacerme la entendida —después de seis años al frente del viñedo, se suponía que algo debería saber—, pero, en realidad, no tenía ni puñetera idea de por qué esos hongos se estaban dando un festín en mis plantas.

Tomás se quitó su gastada gorra inglesa y se rascó la cabeza.

—Enrique y yo comenzaremos con el azufre. Los demás que sigan con la espergura.

Asentí con la cabeza y me invadió esa sensación que me poseía a veces; la de pensar que Tomás era el jefe y yo la empleada.

A efectos prácticos, él mandaba.

Entré en casa, seguida de Milo, un poco desanimada por la noticia. En los últimos años no habíamos sufrido ninguna plaga de oídio u otra enfermedad. Nuestras cepas eran especialmente resistentes, y las cubiertas vegetales que utilizábamos ayudaban a mantenerlas a raya. ¿Qué había fallado? Por otro lado, era cierto que las últimas cosechas no habían sido buenas; apenas habíamos alcanzado los cinco mil kilos por hectárea cuando lo normal eran seis mil quinientos.

Otra losa de plomo para cargar a la espalda.

Colgué la chaqueta en la percha del recibidor y me sentí de repente muy cansada, como si tuviera piernas de gelatina, incapaces de sostenerme.

Sobre el pequeño mueble de la entrada reposaba un marco con la fotografía donde aparecíamos Alfredo y yo el día de nuestra boda. Antes solía besar su imagen suavemente cada vez que entraba en casa, pero el contacto frío que me devolvía el cristal en los labios me resultaba desagradable, de modo que desde hacía tiempo me limitaba a besar la yema de mi dedo índice para después depositarlo sobre su mejilla helada, aunque últimamente solo le guiñaba un ojo cuando pasaba por delante.

Tras darme una ducha, preparé una ensalada para cenar y le ofrecí a Milo un cuenco de su comida. Que no hiciéramos buenas migas no significaba que quisiera matarlo de hambre. Era el perro de Alfredo y me había comprometido a cuidarlo. Le compraba el mejor pienso para su tamaño y algo debía de estar haciendo bien porque nunca se ponía enfermo. Al menos físicamente. Su salud mental era una incógnita para mí, aunque a veces sospechaba que Milo me guardaba un oscuro rencor porque, de alguna forma, me relacionaba con la desaparición de su dueño. Un tremendo error de lógica, claro, pero vete tú a explicárselo a un perro.

Se lo notaba en la mirada.

Los primeros días de la ausencia de Alfredo solía acercarse a mí para rascarme la pantorrilla con su pata. En esos momentos yo no le hacía mucho caso; bastante tenía con lo mío. Pero al cabo de una semana, su táctica cambió, y entonces me clavaba la mirada hasta que me sacaba de quicio. Parecía un perro poseído por uno de *Los chicos del maíz*, con aquella mirada vacía y desprovista de alma. Podía pasarse horas así, esperando a que yo le devolviera a su amo.

Un día, harta de su comportamiento, le grité:

—¡No puedo devolvértelo!

Mis gritos provocaron una reacción en cadena. Por primera y única vez, Milo elevó el labio por encima de sus colmillos y me gruñó. Después me ladró. Claro que eso no era ninguna novedad.

Y yo le grité otra vez:

—¡Se ha ido! ¡¿Lo entiendes?! ¡Se ha ido!

Y él me ladró más fuerte:

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

No voy a negar que a los dos nos hizo bien desahogarnos de aquella forma, aunque a partir de entonces Milo se convirtió en un perro egocéntrico y solitario. A veces me miraba con esa expresión taciturna y rencorosa que parecía rumiar sus pensamientos más oscuros: «¡Devuélvemelo, bruja del demonio, sé que lo tienes tú!».

Reconozco que, durante las primeras semanas, hablar con Milo me reconfortaba, o al menos

evitaba que se me cayera encima aquel maldito silencio.

Le decía:

—Acéptalo, Milo, nos hemos quedado solos, así que será mejor que intentemos llevarnos bien.

Creo que al final lo asimiló. Pero lo de llevarnos bien... Todavía no había llegado ese día.

Se acercó a la comida, la olisqueó y la desdeñó.

—No quieres, ¿eh? —le dije mientras lo observaba salir de la cocina. No creo que pudiera entenderme, pero se detuvo y me miró—. Seguro que te has buscado tu propio sustento. ¿Qué ha sido hoy? ¿Un ratón o un conejo? —Movió la cabeza, primero a un lado y luego a otro—. No te quejes si luego te retuerces de dolor, los ratones son bastante indigestos. Claro que tú eres un perro ratonero y se supone que los ratones formaban parte de la dieta habitual de tus ancestros. Por mí está bien mientras no me lo regurgites en la alfombra.

Me miró otro instante esperando a que añadiera algo, pero, como no lo hice, se dio la vuelta y desapareció en dirección al salón.

Con el cabello aún mojado, me senté en un taburete alto en la cocina y me comí la ensalada despacio mientras contemplaba a mi lado la carpeta que contenía el informe del corso. «Demasiado bueno para ser cierto —pensé—. Seguro que está separado y tiene cuatro hijos, o posee algún trastorno esquizoide de la personalidad, que por supuesto no irá incluido en el informe.»

Agarré una manzana del frutero y le di un buen mordisco. Entonces mi mano abrió la carpeta.

La fotografía de aquel hombre de mirada oscura me produjo un escalofrío. Sacudí el cuerpo para quitarme esa sensación de encima y la contemplé con ojo crítico.

Y fascinado.

Más fascinado que crítico, lo cual mermó mi capacidad de análisis objetivo.

Está bien, lo reconozco: era guapo y me gustaba.

«¡Que los dioses se apiaden de mí!»

El hombre posaba serio, pero no tanto como para parecer distante. Tenía el pelo castaño y desordenado, y le llegaba hasta la nuca. Estaba bien afeitado y sus rasgos podrían calificarse de armoniosos y masculinos.

—Una boca muy sugerente —dije en voz alta.

Observándolo bien, se podría pensar que no poseía una belleza clásica —siendo un poco exigentes—, pero uno tardaba un tiempo en darse cuenta porque la suma de sus facciones resultaba a simple vista bastante atractiva.

Con todo ello, allí estaba, en una página de contactos, igual que yo.

Caprichos de la vida.

Claro que lo mío era diferente. Había estado casada cinco años. Alfredo había sido un buen marido; atento, cariñoso y extremadamente divertido.

Hasta que se murió.

¿Karma? ¿Destino? ¿Fatalidad? Ni idea, pero si hubiera un premio a la manera más tonta de morirse, Alfredo sin duda lo habría ganado.

En el tiempo libre que le dejaba el viñedo, Alfredo colaboraba como voluntario en el Safari

Zoo situado al este de la isla, cerca de Porto Cristo. Me había confesado que cuando era niño soñaba con ser veterinario y, durante su infancia, el pequeño Alfredo desarrollaba su vocación cuidando de cualquier animal abandonado o herido que encontraba. Cuando creció, tuvo que decidir entre continuar con el negocio familiar del vino o estudiar Veterinaria. Eligió lo primero; llevaba la savia de las vides en la sangre, pero se las arregló para satisfacer de alguna forma esa necesidad de estar cerca de los animales.

Un día me dijo, muy ilusionado, que iba a participar en un simulacro de escape de animales peligrosos, y que le habían propuesto disfrazarse de gorila para dar mayor verosimilitud al evento. A mí el asunto me pareció divertido, así que no comprendí nada cuando el director del parque me llamó para decirme que Alfredo estaba grave en el hospital. La investigación posterior concluyó que un vigilante que no había sido advertido del simulacro vio a Alfredo disfrazado de gorila, correteando sin ningún control por las instalaciones del zoo, y no dudó en dispararle un dardo tranquilizante cargado con una dosis para dormir a un mono de doscientos kilos. Después, una reacción alérgica al sedante, y allá se fue, el pobre.

La noticia había salido en la prensa nacional, y me consta que a más de uno se le escapó la risa al imaginar a mi marido imitando los andares de un enorme gorila mientras el vigilante le disparaba un dardo en el culo. Cuando iba a visitar su tumba, algo que cada vez espaciaba más en el tiempo, no podía evitar decirle: «Cariño, has muerto de la misma forma que has vivido: haciendo reír».

No penséis que Alfredo fue el único en morirse de una forma tan... insólita. Los periódicos están llenos de sucesos parecidos. Me había documentado al respecto durante una noche de insomnio, y había encontrado casos para todos los gustos, unos más extravagantes que otros, pero con idéntico resultado. Como el ruso Sergei Tuganov, que en 2009 aceptó una apuesta que consistía en tener sexo con dos mujeres durante doce horas seguidas, se atiborró a Viagra y ganó, pero su corazón no lo resistió. O como el abogado que trataba de demostrar que la víctima de su cliente se había disparado accidentalmente y él mismo se disparó sin querer en el juicio mientras manipulaba el arma. También estaba el caso del hombre que murió aplastado por su propia pila de periódicos. Y qué me decís de Isadora Duncan, cuya bufanda, que ondeaba al viento en su descapotable, se enredó en una rueda y la estranguló.

Había muchos casos más, y yo los enumeraba uno detrás de otro ante las caras estupefactas de quienes se interesaban por las ridículas circunstancias que rodearon la muerte de Alfredo. Luego, para consolarme a mí misma, añadía: «Son cosas que pasan».

Pero la realidad era que me había quedado sola, sin ni siquiera contar con el consuelo de un hijo. Alfredo y yo habíamos decidido posponerlo un tiempo, y después...

Lo único que había heredado suyo que respirara era Milo, y ambos nos mirábamos con cierta indiferencia, sabiendo que nos necesitábamos mutuamente, pero conscientes de que ni yo era su ama ni él era mi perro.

Al año de la muerte de Alfredo comencé a sufrir el acoso de mi hermana Virginia, quien se había venido a vivir conmigo después de su divorcio. Insistía con molesta frecuencia en que debía salir y conocer gente. Yo tenía treinta y cuatro años, aún era joven y podía aspirar a alguien decente, esas fueron sus palabras, y por decente no se refería a un hombre con el sello de la

honradez marcado a fuego en la frente. Se refería a un hombre soltero y atractivo. Sin embargo, yo no tenía ganas de nada, no quería conocer a nadie, mucho menos adentrarme en la jungla social dispuesta a cazar a un hombre. Ese no era mi estilo. Si el destino tenía preparado a alguien para mí, encontraría él solo el camino. Esa era mi filosofía.

Hasta que los años pasaron y me di cuenta de que el destino había perdido mi dirección, o el muy ladino me había dado la espalda sin más.

Fue entonces cuando me dije que, si yo no salía en busca de mi destino, él no movería un dedo para encontrarme.

Le hice caso a mi hermana y quise salir. Pero había estado tan volcada en la vida de Alfredo y en el viñedo que no tenía amigas, así que a menudo me veía forzada a confraternizar con otras mujeres con las que tenía poco o nada en común, excepto el hecho de que todas estábamos solas. Conocí algunos hombres, cuyo único interés era llevarme a la cama o quedarse con mi negocio, y no me habría importado acostarme con alguno, no soy Miss Rodillas Pegadas, pero el caso es que ninguno llegó a gustarme lo suficiente. Cada vez soportaba menos esas salidas y buscaba cualquier excusa para quedarme en casa, entregada a una malsana melancolía que sumía mis días en un infierno cocido a fuego lento.

Hasta que conocí a Nina, y de ahí hasta que me incluyera en su programa personal de búsqueda de pareja solo medió una semana.

Me dije que no tenía nada que perder; cualquier cosa era mejor que obligarme a mí misma a deambular por ambientes que no iban conmigo.

En dos años me ofreció la posibilidad de conocer a un montón de tipos, y reconozco que antes de aceptar salir con alguno le di muchas vueltas al asunto; vueltas hacia arriba, vueltas hacia abajo, vueltas hacia un lado y vueltas hacia el otro... Le di tantas vueltas que al final comprendí que debía bajar el listón de mis expectativas.

Expectativas en primera instancia:

Edad: entre 35 y 40.

Estado civil: soltero.

Cualidades: responsable, seguro de sí mismo, carismático, atento, cariñoso, limpio, con sentido del humor, que sepa escuchar...

Expectativas en última instancia:

Edad: entre 40 y 50.

Estado civil: cualquiera.

Cualidades: medio normal, por favor.

Ya lo sé, eso no había sido rebajar el listón, había sido arrastrarlo por el suelo, luego cavar una zanja y enterrarlo. Pero ¿acaso tenía yo la culpa?

Ojeé el historial que tenía delante. El atractivo del corso saltaba a la vista. Había dos fotografías; una era del rostro y la otra de cuerpo entero. «Es seis años más joven que yo», me dije. Eran demasiados; posiblemente no estaría interesado en una mujer de casi cuarenta. Querría tener hijos, y a mí, definitivamente, se me estaba pasando el arroz.

Me pregunté por qué Nina me hacía perder el tiempo.

Tenía que reconocer que su currículum era para caerse muerta. Un ingeniero agrónomo era

para mí lo mismo que un cirujano plástico para una adicta al bisturí. Era perfecto en todos los sentidos. Si hubiera tiendas del amor y un dependiente me dijera: «Buenas, ¿qué necesita usted?», yo le respondería: «Me vendría de perlas un ingeniero agrónomo. Y si además es experto en viñedos, mejor, porque yo tengo una bodega, ¿sabe?». Entonces el dependiente, que sería muy eficaz, me diría: «Pues está usted de suerte, porque hemos recibido esta mañana un ejemplar con esas características, con el plus añadido de que, además, es guapo. ¿Le sirve?».

¡Pues claro que me servía!

«¿Se lo envuelvo con papel de regalo?», me preguntaría finalmente.

«No, no, me lo llevo puesto.»

¿Estaría cambiando mi fortuna?

¿Dónde estaría el problema?

«Es corso», me dijo mi subconsciente. Bueno, eso no creo que fuera un problema en su país, aunque para mí era como un ser de otro planeta. No me gustaba enfrentarme a desconocidos, y para mí, que ni siquiera sabía que los corsos eran los habitantes naturales de la isla de Córcega, aquello podía suponer una barrera inquebrantable. ¿Cómo nos entenderíamos?

La respuesta llegó unas líneas más abajo de su historial.

Hablaba cuatro idiomas, ¡cuatro!: francés, inglés, español y, por supuesto, corso.

¿A qué demonios suena el corso?

No tenía ni idea.

Lo mejor y más increíble era que su expediente laboral estaba relacionado con el vino. Había trabajado durante cuatro años en el Vignoble de Corse, que al buscarlo en mi portátil resultó ser una región vinícola de la isla. También constaba en el informe que pasaba temporadas en Marbella.

Me dio un ataque de risa y no pude evitar coger el teléfono y llamar a Nina.

—*Privyeeeeeet!* —saludó contenta nada más descolgar, como si estuviera esperando mi llamada.

—No será una broma tuya, ¿verdad?

Escuché una risita a través del teléfono.

—¿Me ves capaz de jugar así con tus sentimientos?

—Es que es demasiado bueno para ser cierto.

—Entonces, ¿le envío tus datos?

—Es más joven que yo, no creo que quiera salir conmigo. Además, en el hipotético caso de que le gustara, no entra en mis planes dejar esto.

—Primero: la diferencia de edad no es tan grande. Segundo: no tendrás que dejar nada. Su ficha dice, por si no lo has leído, que *estarría* dispuesto a desplazarse. Y tercero: yo creo que sí le gustas.

—¿Cómo estás tan segura?

Hubo silencio al otro lado.

—¿Nina?

—Marco ha visto tu perfil y le *interresas.*

—¿Cómo que ha visto mi perfil?

—Yo se lo envié.

—¿Le enviaste mis datos sin mi permiso?

—¡Olvida eso! ¡Le *interresas*! —Soltó una risotada.

—Ay, madre, y ahora qué hago. ¿Marco, has dicho?

—¿Es que no has leído su nombre en el informe?

La verdad es que no lo había hecho. ¡Qué tonta! Mientras sujetaba el teléfono con una mano, con la otra busqué la primera página del historial. Leí el nombre en la parte superior: Marco Bossi.

—Vale, acabo de hacerlo.

—Mira, tú no te preocupes de nada. Él tiene *ahorra* todos tus datos. *Esperra* a que se ponga en contacto contigo.

—Sí, creo que es lo mejor. No es que yo sea una mojigata, pero me descoloca un poco todo esto. Si al menos fuera del país...

—Relájate, ¿quieres? Y, sobre todo, mantén a raya a Dimitri, *ahorra* más que nunca.

—¿Quién es Dimitri?

—¿No has leído el libro que te regalé?

—Mmm, no.

—Pues deberías hacerlo, es un libro de autoayuda muy *interresante.* Comienza hablando de los dos hemisferios del cerebro, el izquierdo y el derecho, y de sus funciones.

—Nina...

—Si lo *hubierras* leído, sabrías que Dimitri es el hemisferio izquierdo, el del pensamiento analítico, y Natasha es el derecho, o sea, el de las emociones.

—Nina...

—Si yo estuviera en tu pellejo *seguirría* los consejos de Natasha y me *olvidarría* de Dimitri. ¿Lo entiendes? —Guardé silencio, y ella lo interpretó mal. Entonces me habló como a una niña con bajo nivel de comprensión—: Natasha buena, Dimitri malo...

—¡Nina! —Por fin silencio al otro lado—. ¿Quieres que divida mi cabeza en dos partes y les ponga nombre?

—*Da*.

—¿Y por qué nombres rusos?

—La autora es compatriota. —Pausa—. De Novosibirsk.

—Ah, bueno. Pues me parece una estupidez.

—¿Lo ves? Ese que ha hablado por ti es Dimitri. Es un cabrón sin sentimientos.

—Estás loca.

—Bueno, tú llámalo como *quierras,* pero enciérralo con llave y luego dásela a tu perro.

EL EFECTO STREISAND

Colgué el teléfono sintiendo un ciclón catatónico en forma de bola estomacal. Como si fuera fácil ignorar los mensajes contradictorios del cerebro. No hay nada como ponerle nombre a algo que no podemos ver para sentir su presencia soltando su aliento gélido en nuestro cogote. En mi opinión, es ridículo ponerle nombre a esas cosas, lo mismo que no puedes ponerle nombre al pavo vivo que te ha tocado en una rifa navideña, porque luego no hay forma de comérselo.

Pero esta vez no conseguí huir de los excesos extravagantes de la personificación. De modo que, a partir de entonces, mi parte racional, la del pensamiento objetivo, la del análisis lógico o lo que fuera que enfrentara mis pensamientos primarios, comenzó a llamarse Dimitri, y se volvió omnipresente. Frente a él, Natasha dominaría mi parte emocional, sensible y creativa.

Lo peor fue que las palabras de Nina desencadenaron el temido efecto Streisand: «Cualquier intento por desviar la atención sobre un suceso es sensible de recibir mayor atención de la deseada». Así que lo primero que hizo Dimitri fue enviarme mensajes alarmantes mientras observaba la fotografía del corso.

«Este tío me da mala espina», pensó desde su lado izquierdo del cerebro.

Decidí seguir el consejo de Nina y no le hice caso. Lo único que quería en ese momento era pasarme ocho horas buscando todo tipo de información sobre la isla de Córcega. Pero, en vez de eso, me puse a revisar las cuentas de los últimos seis años, algo más práctico, pero aburrido.

Y también frustrante.

Milo apareció en la cocina con una pelota en la boca. Lo miré y él depositó el juguete en el suelo, dispuesto a correr como un rayo tras ella, fuera adonde fuese a parar.

—No tengo tiempo para juegos —murmuré casi sin mirarlo.

Sus ladridos resonaron en la cocina como martillazos. Estaba segura de que cada uno de ellos llevaba implícito un mensaje oculto:

«¡Milo quiere jugar! ¡Milo quiere jugar! ¡Quiero a mi amo! ¡Quiero a mi amo! ¡A ti no te quiero! ¡Bruja del demonioooo!»

—Aagghh, ¡está bien!

Cogí la pelota y se la lancé, con tan buena suerte que fue a parar debajo de la alacena del salón, cuya ubicación marcaba una línea recta con la cocina.

Las patas de Milo resbalaron en la baldosa debido al *reprise*, y salió a toda velocidad.

No entendí para qué se apuraba tanto. Le llevaría un buen rato sacar la pelota de su

escondrijo, eso si tenía suerte y lograba alcanzarla con aquellas patitas.

Reí con malicia.

Volví a las cuentas, y mientras comparaba resultados no pude evitar sentir cierta alarma. La producción iba decayendo. Desde que muriera Alfredo todo había quedado en mis manos. Hasta antes de conocernos, mi interacción con el vino se reducía a comprarlo en el supermercado, como si las botellas nacieran en las estanterías. Nunca me había parado a pensar en el mundo tan complejo que rodeaba la producción de vino, una actividad tan fascinante para mí como desconocida.

Mi única tarea durante nuestro matrimonio había consistido en llevar las cuentas y pasear por los campos de viñas —pasear, eso se me daba muy bien—. Había estudiado Administrativo, y cuando Alfredo y yo nos casamos me sugirió que me hiciera cargo de esa parte. Mi trabajo estaba relacionado con la organización informática, control presupuestario, legislativo, gestión de personal y cualquier otra cosa que tuviera que ver con la administración de un viñedo de veintiséis hectáreas.

Alfredo se había hecho cargo personalmente de las tierras con la ayuda de Tomás, Enrique y otros siete trabajadores, y solo contratábamos personal extra durante la vendimia y para las podas de invierno y verano. El viñedo y la antigua casa de piedra habían pertenecido a la familia de Alfredo durante cuatro generaciones, y cuando sus padres murieron él se ocupó de todo.

Nos habíamos conocido en la boda de mi hermana Virginia. Ella fue la primera en abandonar nuestra Galicia natal para instalarse en la soleada isla de Mallorca. Yo tenía veintitrés años, él treinta y dos. En aquel momento no había surgido la chispa del amor, para qué negarlo, pero en mis siguientes visitas a la isla, para ver a Virginia, Alfredo siempre estaba cerca. Pasamos juntos varios veranos, y entre nosotros fue surgiendo una íntima complicidad que se fue haciendo cada vez más fuerte hasta que decidimos no separarnos.

Cuánto lo echaba de menos.

Me enamoré de su forma de ser, pues físicamente era un hombre que no destacaba del resto. Pero su personalidad alegre y vital ensalzaba su aspecto físico, y sus defectos se hacían pequeños, casi inapreciables, opacados por aquella sonrisa perenne que habitaba en sus labios. Alfredo era un hombre divertido, de palabra fácil, de los que siempre saben qué decir para animar, para querer, para hacer reír... A mí me encantaba su mundo entre viñedos, su pequeño universo de sol, tierra y sugestivas fragancias que otorgaban un halo romántico a su vida.

Y ahora, sin él, me encontraba desolada, al frente de un negocio del que apenas sabía nada y en el que me dejaba guiar por Tomás y el resto de trabajadores, que asumían todas las cuestiones técnicas que yo era incapaz de manejar.

En poco tiempo tuve que aprender sobre uvas, ambientes de fermentación, recipientes vinarios y otros procesos como el desfangado, despalillado, escurrido, estrujado..., y así hasta el infinito.

Nunca se me pasó por la cabeza la idea de abandonar y regresar a mi tierra.

Pero al cabo de tres años en los que la producción había sido mala —no sabía si por causas ajenas o por mi propia incompetencia—, decidí vender parte del viñedo a Antoni Gelabert, el mayor bodeguero al norte de la isla —y también un capullo sin escrúpulos—. Gelabert no había

dejado enfriar el cuerpo de Alfredo cuando me propuso comprar el viñedo. Nuestras tierras estaban rodeadas y asediadas por sus terrenos, y mi negativa inicial le había disgustado tanto que se lo tomó como algo personal. Al final, y en contra de la opinión de Tomás, le vendí la finca Los Vientos, de doce hectáreas (los autóctonos la llamaban Es Vents), y me quedé con las catorce de La Rodona (o Sa Rodona, tal como reza en el bonito letrero a la entrada de la finca). Sin embargo, Gelabert no se conformó; quería todo el lote, incluida la casa familiar edificada en La Rodona, en la que yo vivía con Virginia. Pero mi decisión era firme y no volví a ceder a sus presiones. Para él yo solo era una pobre viuda incapaz de hacerse con el control de los viñedos y que, pese a contar con un buen equipo de trabajadores, estaba acabando con las bodegas Galmes i Pont.

No podía negarlo; mi instinto para los negocios era tan malo que a veces me preguntaba cómo había aguantado tanto tiempo.

Con menos hectáreas el trabajo también se redujo. Conservé cinco trabajadores fijos y solo tenía que preocuparme de contratar personal extra cuando lo necesitaba.

Al cabo de dos años, la finca Los Vientos era un campo plagado de malas hierbas, de postes torcidos o rotos y plantas dañadas por las plagas. Gelabert solucionó el problema con una fumigación intensiva. Los nuevos brotes crecieron sin control y fueron fertilizados desmesuradamente para producir frutos enormes de insípido sabor.

Yo no dejaba de preguntarme por qué había insistido tanto en comprarme el viñedo si su destino era ese. Me retorcía el corazón el simple hecho de contemplarlo, y lamentaba profundamente haber cedido a sus presiones. Si hubiera tenido a alguien con quien compartir la carga, jamás me habría desprendido de ella. Pero estaba cansada de preocuparme a solas por las plagas y el moho, por las tormentas o la sequía. Necesitaba alguien a mi lado, no necesariamente un hombre, aunque cuanto más tiempo pasaba sola más ciertas me parecían las palabras de Virginia. Había comenzado a asumir que viviría sola el resto de mi vida, acompañada de un perro que me demostraba su indiferencia a la menor ocasión.

Pero mi espíritu luchador se rebelaba. Lo que más falta me hacía era alguien que me ayudara a devolver el esplendor a las bodegas. Nuestros vinos habían alcanzado cierto prestigio en la región, y ahora se estaban hundiendo en mis manos inexpertas.

—Marco Bossi —pronuncié en voz alta, y me dije que sonaba realmente bien, como una marca de perfume caro—. Tal vez tú seas mi salvación.

De pronto, me entró un pequeño arrebato de impaciencia. Tenía que hacer algo, aunque solo fuera por los viñedos. Bueno, y por mí también, porque desde el primer vistazo había sentido una atracción instintiva hacia aquel hombre; fuera de Córcega o de Bolsón Cerrado.

Los años de diferencia que nos separaban me inquietaban un poco, pero si él no tenía objeciones al respecto no sería yo quien interpusiera una barrera infranqueable.

Nerviosa, busqué entre las hojas que tenía delante algún dato que me permitiera contactar con él. La verdad es que no me importaba parecer desesperada; lo estaba, no tanto por mi situación sentimental, sino porque necesitaba con urgencia un compañero de equipo. Y el corso era endiabladamente perfecto para mis planes.

Abrí sin demora el Gmail y me dispuse a escribirle. Pero me di cuenta de que mi avatar

llevaba el logo de la empresa. Tenía que poner una imagen mía, y además de las buenas, donde mi potencial femenino saltara a la vista. Las fotos que él habría visto tenían ya dos años y, aunque salía guapa, eran demasiado formales. Y ahora quería parecer simpática y jovial.

Busqué en la carpeta de «Imágenes» alguna en la que estuviera mona. ¡Ninguna! Agarré el teléfono y me dispuse a hacerme un *selfie*.

«Coloca la fuente de luz a 45 grados de la cámara —me aconsejó Dimitri, que al parecer recordaba los detalles de un curso de fotografía *on-line* que había hecho hacía siglos—. Gira la cabeza 45 grados en sentido opuesto. No te pongas debajo de la fluorescente, asegúrate de estabilizar la cámara, usa la regla de los tercios, ¡apártate del espejo!»

Aunque recordaba las reglas, no conseguí llevarlas a la práctica, y el resultado fue desastroso.

«¿Alguien pilota aquí arriba?»

Ignoré a Dimitri y subí a mi dormitorio, me arrodillé al lado de la bañera, colocando la cabeza como lo haría María Antonieta en la guillotina, y me humedecí el cabello. Luego me lo sequé como si tuviera una cita. Un poco de maquillaje me iluminó el rostro. Me puse una blusa blanca, que Virginia decía que me favorecía, y vestida con la parte de abajo del pijama busqué un rincón bonito de la casa para hacerme la foto. Sonreí mostrando una gran porción de mi estupenda dentadura y disparé la cámara cinco veces.

Solo una se salvó de ser enviada a la papelera virtual. Y para colmo, la luz me había provocado unas sombras en la cara que no me favorecían nada. Daba igual, la descargué en el ordenador, la corregí con un Photoshop *on-line* y añadí de paso un poco de rubor a mis mejillas. Ya puestos, también aporté una dosis de brillo extra a mis ojos y borré de un plumazo cualquier impureza de mi piel, incluida la marca del grano que me había salido esa semana por darme un atracón de chocolate.

Yo no era nada del otro mundo. El calificativo más amable que solía dedicarme la gente era el de *resultona*, tal vez *maja*, si me apuráis un poco, pero no era ninguna belleza. Era delgada como mi padre, eso sí, y tenía piernas estilizadas, pero esa delgadez también se reflejaba en otras partes de mi cuerpo, justo las que deberían ser más prominentes. Tenía una masa de rizos castaños e indomables por cabello, y lo más atractivo de mi rostro, según algunos hombres, eran mis ojos felinos, grises con destellos azulados, y mi boca con forma de corazón.

Nunca me había preocupado no ser demasiado guapa. Y si era totalmente sincera, debía admitir que tenía cierto éxito con los hombres. Virginia solía decirme que mi atractivo residía en que no trataba de estar divina o ser extraordinaria. Era simplemente yo, y eso parecía ser suficiente.

Sin embargo, había algo en el aspecto del corso que me impulsaba a ofrecerle la mejor versión de mí misma, y cuando subí la foto a mi perfil, me dije que ya estaba preparada para enviarle un mensaje.

NADIE ESCRIBE CARTAS HOY EN DÍA. ¡NADIE!

«Qué bien has quedado», susurró Natasha con una vocecita dulce. Y si lo decía ella, que era la más dotada para apreciar la belleza, debía de ser cierto.

Contemplé un momento la pequeña fotografía cuadrada que salía en mi cuenta de Gmail y después reuní en un montón las hojas del historial de Marco que estaban desparramadas por la mesa. Entonces oí el motor del coche de Virginia. Me apresuré a recoger el dosier y mis manos torpes terminaron por tirarlo al suelo. Por suerte, solo dos papeles se escaparon de la carpeta de cartón. Los recogí a toda velocidad y corrí al salón para guardarlos en algún lugar donde ella jamás revolvería: entre los libros. Virginia no tocaría un libro ni con un palo, así que allí el dosier estaría a salvo.

Mi hermana no tenía ni idea de mis asuntos con Nina, y yo no pensaba decírselo a menos que fuera por una buena causa, como que de ello dependiera la paz mundial o el descubrimiento de alguna vacuna contra la EHI, unas siglas acuñadas por Virginia y que querían decir «Estupidez Humana Irreversible.»

Virginia es cocinera en uno de los mejores restaurantes de Mallorca. Hasta su divorcio había trabajado en la empresa de su marido como agente inmobiliario, pero tras la separación quiso desvincularse de todo lo que concernía a su ex, y como el trabajo en mi viñedo hubiera sido fatal para la integridad de sus uñas, decidió buscar otro campo donde desarrollar su potencial.

Excesiva en todos los aspectos, desde el físico al personal, había un par de cosas que se le daban muy bien: cocinar y provocarme. Siempre había sido innovadora en este sentido —en el de la cocina, digo; no como yo, que apenas conocía de vista el libro de recetas tradicionales que había heredado de mi madre—, así que Virginia pasó con facilidad la prueba que le abriría las puertas a un nuevo mundo: el de la restauración.

Sus dos hijos estaban en la adolescencia, y ambos cónyuges compartían la custodia en la casa familiar para que los chicos tuvieran un único domicilio, de modo que, cuando le tocaba a Raúl ejercer su derecho, Virginia se venía conmigo.

Reconozco que al principio fue chocante convivir con ella, pero al final hemos sabido adaptarnos la una a la otra de una forma adulta y civilizada. Además, la nevera siempre está llena de platos creativos.

Cuando apareció por la puerta, yo ya me encontraba en la cocina, fingiendo hacer algo de limpieza. Ella y Milo entraron a la vez. Virginia llevaba un táper en la mano —probablemente

con sobras— y Milo jadeaba con la boca abierta. Y vacía. Volví a sonreír con malicia; no había logrado recuperar la pelota.

—¿Qué haces? —me preguntó.

Un puñetazo en la nariz con olor a ajo y cebolla me hizo echarme hacia atrás.

—Nada, estoy limpiando.

—¿Así vestida? —Me observó de arriba abajo—. ¿Por qué vas maquillada?

Había olvidado ese detalle y busqué un pretexto.

—Bueno..., pues es que... —Me eché a reír tontamente.

Se fue hasta la nevera y husmeó dentro.

—La última vez que te maquillaste fue en la boda de la prima Ruth. Y de eso hace año y medio.

Estrujé mentalmente a Dimitri para que me diera una respuesta que no suscitara sospechas.

—He estado haciéndome algunas fotos... para poner en mi cuenta de correo.

¡Buena respuesta!

—Ah, genial —dijo ella—. Tal vez algún distribuidor de vino se fije en ti. —Sacó una botella de zumo de arándanos y una gaseosa y las depositó sobre la barra de granito—. Pero deberías haberme esperado. Yo te habría dejado irreconocible.

Se soltó la coleta y meneó la cabeza. La melena, tricolor como la de un yorkshire, se acomodó sedosa sobre sus hombros.

—¿Irreconocible? ¿Y crees que eso serviría de algo?

—Para una primera impresión, desde luego. ¿Quieres? —dijo señalando las botellas.

Afirmé con la cabeza. Ella sacó dos vasos del armario y los llenó con una parte de zumo y dos de gaseosa.

—¿Qué tal la noche? —le pregunté.

—Agotadora, pero mi plato de salmón con salsa de almendras y *camagrocs* ha sido un éxito. Había un grupo de alemanes que no se han chupado los dedos porque seguramente no recordaban dónde los habían metido antes. No entiendo para qué van a cenar si ya tienen el estómago lleno de alcohol, aunque no creas que se les notaba...

—¿Qué son *camagrocs*? —la interrumpí.

—Setas con forma de trompeta. —Hizo un gesto con las dos manos para describir su forma. Luego se bebió de un trago el refresco.

—Pareces sedienta.

—Sí, y estoy muerta. Voy a darme una ducha antes de acostarme, me huele el pelo a ajo.

—Y a cebolla —apunté.

Pasó a mi lado y se fijó en mi peinado.

—Debiste hacerte un moño para las fotos, te quedan bien.

Me encogí de hombros.

—No se me ocurrió.

—Bueno, tampoco tiene tanta importancia, solo era una foto para el correo, no para una página de citas.

Sentí que palidecía, pero ella no se dio cuenta. Aspiró una bocanada de aire que terminó en

un bostezo y desapareció por el pasillo murmurando un «Hasta mañana» somnoliento.

Respiré aliviada cuando se marchó, temía que su aguda perspicacia notara algo raro. No solía ocultarle nada, pero nunca le había confesado que llevaba tiempo buscando pareja por internet. Estaba segura de que no lo aprobaría.

Virginia había experimentado un cambio considerable desde su divorcio, y no me refiero a su personalidad, inamovible desde la adolescencia, sino a su aspecto físico. Tenía tendencia a engordar —en eso había salido a nuestra madre—, de modo que primero se mató en el gimnasio, probando todo tipo de artefactos, y después terminó en una clínica estética, donde elevaron sus pechos, descolgados por la lactancia, y redujeron sus nalgas dos tallas. Así que ahora estaba estupenda y de nuevo abierta al amor. Tonteaba con Joel, el *maître* del restaurante, y algunas veces incluso se quedaba en su casa a pasar la noche. Él era un divorciado de larga duración, y aunque su relación no podía calificarse de amorosa, bien suplía otras necesidades. Y para ella era suficiente. Lo que menos deseaba Virginia era un nuevo marido.

En este aspecto me llevaba ventaja. Puede que ella no tuviera vida amorosa, pero al menos tenía vida sexual. «Si yo llevara tanto tiempo como tú sin un hombre cerca, no lo soportaría», me había dicho en más de una ocasión. Entonces yo le insinuaba que no necesitaba un hombre que me diera placer y que era autosuficiente en ese sentido, a lo que ella respondía con un arrebatado discurso sobre las diferencias entre ambas actividades; un sermón que me dejaba los dientes tan largos que me arrastraban por el suelo.

Vale, tenía razón.

Pero las cosas no eran tan sencillas como ella pensaba.

Para empezar, yo no contaba con su carácter desenvuelto ni con su tendencia a coquetear con los hombres. Era más reservada, y mis aspiraciones siempre habían sido enamorarme antes de intimar con nadie.

Reconozco que esas prioridades habían cambiado algo en los últimos años. Bueno, a decir verdad, habían cambiado radicalmente, y ahora me conformaba con alguien que, al menos, no me produjera rechazo.

Un desastre, lo reconozco, pero es lo que tiene la soledad: que te empuja —aunque claves los tacones en el suelo— a tomar decisiones equivocadas.

Yo lo sabía.

Nina lo sabía.

Virginia lo sabía.

Incluso Dimitri lo sabía.

¡Todo el mundo sabe esas cosas!

Aun así...

Estaba harta de aparentar ser una mujer independiente que no necesitaba a los hombres, ¿acaso había dicho yo semejante estupidez?

«¡Nunca!», me apoyó Natasha solemne.

No entendía bien qué tenía que ver la independencia con la necesidad de compartir la vida con alguien. Pero siempre había quien me ponía de ejemplo.

¡A mí!

Como mi tía Delia, que en las pasadas Navidades le había lanzado a su hija, mi prima Ruth (cuyo matrimonio había durado menos que su noviazgo), la siguiente frase lapidaria:

«Fíjate en tu prima Ali, lleva cinco años viuda y no la veo desesperada.»

A lo que mi querida prima respondió entre lágrimas:

«Es que su marido no se podía comparar con mi Óscar, mamá, ¿dónde encuentro yo otro como él?»

Quise intervenir para puntualizar dos cosas:

Primero: puede que mi Alfredo no fuera tan apuesto como su Óscar, pero no se había liado con-todas-las-damas-de-honor-de-su-boda.

Y segundo:

No recordaba el segundo punto, pero estaba segura de que en aquel momento tenía algo en mente. Algo que empezaba por *gol* y terminaba por *fo.* La mirada puntiaguda de mi madre evitó una trifulca familiar. Me limité a morderme la lengua y, para que mi madre apreciara mi buena voluntad, miré a mi prima con gesto compasivo, intentando de paso transmitirle mis mejores pensamientos.

«¡Te jodes! Por superficial.»

Subí a mi dormitorio con el portátil bajo el brazo. Me limpié el potingue de la cara, me quité la blusa y me puse la parte de arriba del pijama. Entonces me sentí libre de escribirle unas líneas al corso.

Busqué una dirección de correo electrónico, pero no la encontré. Repasé punto por punto el dosier de aquel hombre y solo hallé un apartado de correos de un lugar llamado Porto Vecchio.

¡Un apartado de correos! ¿Todavía existía eso?

«¿De dónde ha salido este individuo?», fulminó Dimitri con su voz racional.

No me podía creer que después de todo lo que había hecho tuviese que escribir una carta.

¿Por qué? ¿Acaso este tipo no conocía las redes sociales?

Rebufando como un animal, tomé un par de hojas en blanco y me puse a escribir.

Querido Marco:

«Demasiado clásico», me chivó Natasha.

Arrugué la hoja y cuando iba a lanzarla a la papelera, me di cuenta de que la única que tenía era virtual.

Probé de nuevo.

Hola, Marco:

Mi nombre es Alicia Andrade y me dirijo a usted con el propósito de conocerlo mejor. Soy una mujer viuda de treinta y nueve años...

«¡Demasiado formal! ¡Demasiado formal!»

¡Joder! ¡Qué difícil!

Natasha intentó echarme un cable:

«Nada de poner tu edad, él ya la sabe y no es necesario restregársela por la cara. Tampoco

debes decir que eres viuda..., por el mismo motivo.»

Me había resultado más sencillo en otras ocasiones, claro que siempre habían sido ellos los primeros en contactarme.

Tendría que dejar que él me escribiera primero.

«¡Ni hablar! ¿Quieres que una mujer con las tetas grandes se te adelante?»

Natasha tenía razón. Además, las cartas viajaban a una velocidad ridícula en comparación con un *e-mail*. No tenía tiempo que perder, posiblemente el tal Marco estuviera interesado en mí y en otras treinta y cinco candidatas que lo estarían bombardeando en estos momentos con sus epístolas, enviándole fotos adjuntas con muy poca ropa. No es ningún secreto que a los hombres se les gana por los ojos. Lo de la comida es una leyenda.

«Vale, Alicia, concéntrate. Sé natural, tú misma.»

Una hora más tarde, rodeada de una muralla de hojas arrugadas, tenía algo más o menos pasable.

Hola, Marco:

Mi nombre es Alicia Andrade y te escribo a través de una página de contactos de Mallorca que administra mi amiga Nina Popova. Creo que tienes una copia de mi perfil, y por eso ya sabrás bastante de mí y de mi vida. Por mi parte, me parece interesante que a los dos nos apasione el mundo del vino, y no voy a negar que eso me anima a querer conocerte mejor. Estaré encantada de recibir noticias tuyas en los próximos días.

Atentamente,

ALICIA

P. D.: ¿Conoces las redes sociales?

CUATRO PUÑALADAS DIRECTAS AL CORAZÓN

Durante las dos semanas siguientes esperé impaciente la respuesta de Marco. Había calculado cuatro días para que la carta llegara a su destino, más otros cuatro de vuelta. En total ocho días, eso contando con que él me respondiera con extrema rapidez.

Era frustrante, deprimente, desalentador...

Pero no había nada que pudiera hacer salvo retorcerme de impaciencia.

Mientras Tomás y Enrique pulverizaban con azufre las plantas afectadas por la plaga de oídio, Álex, yo y el resto de trabajadores nos dedicamos a la poda de las ramas verdes. Contraté personal extra para esta actividad, que duraría tres semanas; en total, cinco trabajadores más. Su tarea consistía en seleccionar los mejores brotes de la vid, desde el punto de vista fructífero, y eliminar los que pudieran mermar su desarrollo.

Los calores tempranos de los primeros días de junio hacían que la labor fuera más intensa de lo habitual. Nunca me acostumbraría a aquel calor, que evaporaba todos los líquidos de mi cuerpo hasta hacerme sentir como un orejón seco. Las horas en el viñedo pasaban lentas y sin ninguna distracción salvo el trabajo duro bajo un cielo despejado por el que hasta la brisa se había olvidado de transitar.

Trabajábamos por parejas y nos situábamos uno frente al otro en las líneas de vid. Yo siempre buscaba la compañía de Álex no solo porque era el más joven del equipo, sino porque era divertido y alegre hasta límites insospechados, y su charla hacía menos dura la jornada.

Luis Federico Alexander, al que todos llamábamos Álex, por eso de la economía del lenguaje, era el menor de los tres hijos varones de Enrique. La familia colombiana había llegado a la isla después de dos años desastrosos en Madrid, donde los chicos mayores —entonces menores de edad— habían sido captados por una peligrosa banda latina para servir de carne de cañón en sus reyertas. Enrique, en un intento desesperado por apartarlos de ese mundo, se trasladó con su familia a Mallorca para empezar una nueva vida. Solicitó trabajo en los campos de Gelabert, pero el viejo empresario no quiso contratarlo. Entonces probó suerte en nuestro viñedo, y el padre de Alfredo le dio una oportunidad de la que nunca se arrepintió. Tres años más tarde, cuando parecía que todo le iba bien a la familia, la mujer de Enrique lo abandonó y se marchó a Medellín con los tres chicos. Tan solo Álex regresaría al lado de su padre ocho años después, huyendo de un futuro incierto y en busca de un empleo. Aún recuerdo mis reticencias a la hora de contratarlo —no me culpéis, tendríais que haberlo visto—, sobre todo después de

escuchar su historia. Enrique había obligado al joven a confesarme su paso por la cárcel de Medellín, donde Álex había cumplido una condena de año y medio por un enfrentamiento entre pandillas en el que había resultado muerto un chico.

Fue un asunto serio que le cambió por completo. Se marchó siendo un niño ingenuo de doce años y regresó siendo un joven esquivo de veinte. Pero de eso hacía ya dos años, y ahora era una persona diferente. La luz en su mirada había vuelto a iluminar sus ojos de azabache.

Cuando regresaba a casa después de cada jornada, sudorosa y con el polvo de la tierra adherido a la piel, solo me interesaba darme una ducha y estirarme sobre el colchón para aliviar el dolor de piernas causado por la postura en cuclillas. Estaba segura de que Virginia no habría necesitado ninguna liposucción si hubiera trabajado conmigo en el viñedo. Tan cansada estaba que apenas me quedaban fuerzas para pensar en Marco.

Apenas.

Me resultaba imposible ignorar el asunto del todo. No podía evitar que mi mente divagara por su cuenta. Dos semanas eran demasiado tiempo. Tal vez mi carta había sido muy escueta, o puede que demasiado fría. También me arrepentía de haber mencionado lo de las redes sociales porque lo hacía parecer tonto.

¿Y si no me contestaba?

Estaba preparándome algo de comer cuando divisé por la ventana de la cocina la moto de Manuel, el cartero, lanzando una estela polvorienta mientras se aproximaba a la casa. Salí a buscar las cartas sintiendo en el pecho una corazonada.

Natasha se puso muy contenta.

«Que traiga una carta, que traiga una carta, que traiga una carta...»

Dimitri se abstuvo de hacer comentarios.

Ya estaba esperándolo cuando detuvo su moto frente a mí.

—Vaya, es la primera vez que sales a recibirme.

Había una nota de sarcasmo en su voz, pero era cierto, nunca había salido a recibirlo.

—Es que espero algo importante. —Reprimí una risita.

—¿Y no me vas a decir qué es?

—Una carta.

—¿En serio? —dijo burlón; luego se secó el sudor de la frente con el antebrazo—. El Estado debería cobraros un plus en gasolina a los que vivís a más de diez kilómetros del último núcleo civilizado.

—No vivo tan apartada —protesté—, y si eso ocurriera, dejaría de pagar impuestos.

Manuel sonrió.

—¿Qué tal va el viñedo? —me preguntó mientras rebuscaba en el contenedor amarillo adosado a su moto.

—Hemos tenido una plaga, pero ya está controlada.

—¿Qué tipo de plaga? ¿Ratas?

—Nooo, qué va, hongos.

Si hubieran sido ratas no habríamos tenido esta conversación porque yo no me encontraría en la misma isla que ellas.

—Menos mal —dijo, y me extendió un fajo de cartas sujeto con una goma.

—¿Por qué cada vez que vienes me traes tanta correspondencia?

—¿No pretenderás que venga hasta aquí cada día?

—¿Por qué no?

Me miró meneando la cabeza y lanzó un suspiro mientras volvía a ponerse el casco. Antes de irse añadió:

—Esa carta que esperas ¿viene de Córcega? —Una sonrisa irreprimible me delató—. Pues que sea para bien, aunque por tu cara creo que lo será.

Le sonreí y sentí que me ponía colorada. Luego esperé a que se marchara. Esta vez no reparé en la nube de polvo flotante que produjeron sus ruedas.

Con los dedos poco hábiles por los nervios, solté la goma que envolvía el fajo de cartas y busqué la de Marco murmurando en voz alta:

—Esta no, esta no, esta no, esta no, ¡esta!

«¡Sí!», exclamó Natasha.

Eché a correr hacia la casa y llegué a la cocina con la respiración acelerada. Arrastré un taburete hasta la ventana mientras lanzaba el resto de correspondencia sobre la encimera y, después de sentarme, observé el sobre fijándome especialmente en la caligrafía. Mi dirección estaba escrita a boli negro, con una letra muy masculina. Me dije que ojalá tuviera cerca un experto en grafología que le hiciera un análisis de la personalidad. Pero tuve que conformarme con mi deficiente instinto analítico, que no me decía mucho, salvo que manejaba con destreza el bolígrafo.

Incapaz de extraer ninguna otra información de su letra, me acerqué la carta a la nariz, por si tenía impregnado algún olor.

Nada.

Qué tonta...

Bueno, al menos olía a papel. Un *e-mail* sí que no huele a nada, ni un wasap, ni una conversación por Skype, métodos fríos e impersonales de comunicación. ¿Quién se toma en serio una declaración de amor por WhatsApp llena de *emojis* de ojos saltones con forma de corazón y unicornios rosas? Eso en el mejor de los casos, pero también podría escaparse por error algún cuerno roquero y mandar al diablo la relación...

Me di cuenta de cuánto más apasionante era recibir una carta que cualquier mensaje virtual. Tal vez era un sistema lento y anticuado, pero transmitía tantas sensaciones...

Cuando estaba a punto de abrir la carta de Marco, sonó el timbre de la puerta.

¡Mierda!

Guardé la misiva dentro del libro *Recetas para torpes* que estaba utilizando y fui a abrir.

Encontré a Cati al otro lado, y a Milo saltando a su alrededor.

«Será traidor...», pensé; a mí nunca me recibía así.

—Hola, Cati. ¿Quieres pasar?

Cati, la hija mayor de Tomás, frecuentaba La Rodona desde que era una niña con coletas, y se movía por ella como si fuera su propia casa. Por eso no me sorprendió verla allí. Lo único que lamentaba era que no podría leer la carta de Marco hasta más tarde.

Me siguió hasta la cocina y yo continué mi labor de preparar la comida.

—¿Has terminado las clases?

—Me queda un examen, y luego Selectividad, pero lo llevo bien.

La miré y le sonreí.

—¿Y qué vas a estudiar el próximo curso?

—Me he decidido por Derecho.

—Vaya, tus padres deben de estar muy ilusionados. Y a mí también me vendrá bien una abogada de confianza. —Le guiñé un ojo.

—¿Quieres que te ayude?

—Sí, claro, ¿puedes pelar estas zanahorias?

Se lavó las manos, le entregué el pelador y un pequeño cuchillo y Cati atacó las zanahorias con calma, como si las estuviera afeitando. Tanta abstracción no era normal en ella; por lo general, hablaba tanto que era difícil seguirle la conversación, así que me di cuenta de que le pasaba algo.

—¿Todo bien, Cati?

La vi sonreír sin despegar los labios. Tampoco desvió la mirada de la zanahoria.

—Me conoces mejor que mi madre.

—Eso es porque hablas más conmigo. Y sabes que no es justo para ella.

—Es que contigo es más fácil.

—Claro, precisamente porque no soy tu madre. Pero no hay nadie a quien importes más que a tus padres, recuérdalo. Ahora dime qué te pasa.

Dudó un momento y se puso colorada, lo que significaba que era un tema que le daba vergüenza.

—Oye, Ali, ¿cuántos años tenías cuando...?

La inusitada pregunta me hizo desviar la mirada hacia ella, sin dejar de picar cebolla, lo cual estuvo a punto de costarme un dedo. Virginia afilaba los cuchillos como si fueran catanas japonesas. Un pequeño error y contabas cuatro dedos en la mano. Enseguida adiviné por dónde iba Cati. Quería averiguar a qué edad me había acostado con un chico por primera vez.

—Con diecisiete no, desde luego.

Lo cierto es que había sido con dieciocho, con el único novio formal que había tenido antes de Alfredo. Pero no se lo dije.

—Haré dieciocho dentro de unos meses.

—No sabía que tuvieras novio.

—No lo tengo.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—No sé cómo sería cuando tú ibas al instituto, pero ahora ser virgen con dieciocho es poco menos que tener un problema social.

—No exageres.

—No lo hago, incluso me he inventado un novio para que mis amigas dejen de darme el coñazo. Todas lo han hecho menos yo.

Levanté una ceja; la derecha.

—Seguro que mienten.

—No las conoces, saben demasiado.

—Vivís rodeados de información, no es extraño que sepáis cosas.

—El caso es que me gustaría saber algún detalle para que no se me note que no tengo ni idea.

—Como qué.

—Lo fundamental.

—No debería importarte tanto lo que piensen. Y si se burlan de ti por eso es que no son verdaderas amigas.

—Pero son las únicas que tengo.

—¿Y qué quieres saber?

—Cómo es.

—Cómo es...

—Ya sabes, hacer el amor.

Me di cuenta de que el tema iba para largo. Me quité el delantal, apagué el fogón y abrí la nevera. Saqué dos refrescos y fuimos a sentarnos al porche, al peldaño en el que tantas veces habíamos compartido la merienda. Le di un trago a mi refresco antes de hablar; de pronto se me había secado la boca.

—Es bonito si lo haces con la persona adecuada, alguien que te importe.

—¿Puedes ser más concreta? Eso lo he oído montones de veces.

Estaba claro que no se iba a conformar con un par de detalles, pero yo no soy buena expresando emociones, mucho menos si se trata de describir algo tan íntimo, y no pensaba contarle los pormenores de mi primera relación, que, por otro lado, había sido un acto tan torpe, por ambas partes, y tan desprovisto de romanticismo que casi se me había olvidado. No le daba mayor importancia, ni me había marcado para siempre, pero ¿qué se supone que debía decirle a una chica de diecisiete años ansiosa por perder la virginidad? Me amarré la lengua para no decirle que, si estaba tan impaciente por perderla, seguro que lo lograba en un tiempo récord. ¿Cómo evitarlo rodeada de muchachos con la testosterona saliéndoseles por las orejas?

—Se siente como un..., es como si...

No supe explicarlo.

—Déjalo —me cortó—. Se te da fatal.

—Gracias —dije aliviada.

—Dicen que no hay mejor sensación en el mundo que cuando lo haces con la persona que quieres. Que es como si el cuerpo no pudiera contener tantas emociones y te fuera a estallar el corazón.

—¿Ves? Lo has descrito muy bien. No sé para qué necesitas mi opinión.

—Pero ¿vale la pena reservarse para alguien especial? Es difícil encontrarlo.

—A mí me lo vas a decir.

—¿Eh?

—Nada.

—Hay otra cosa que quiero saber. No me fío de la opinión de las chicas.

—Dispara.

Se revolvió en el sitio y noté que enrojecía.

—¿Duele?

Era eso.

—En mi caso, no. Pero depende de varios factores. Oye, ¿tú estás segura de que quieres hacerlo?

—Quiero quitármelo de en medio.

—Esa no es una actitud muy madura.

—Siempre puedo seguir mintiendo, solo que tengo curiosidad.

—Pues es mejor que les mientas a tus amigas a que te lances a los brazos de cualquiera. Esas cosas no se hacen para quitárselas de en medio, Cati. Seguro que te arrepientes.

—Lo tendré en cuenta.

Le sonreí sin saber exactamente si le había dado el mejor consejo, aunque su rostro más relajado me hizo ver que al menos le había hecho bien hablarlo con alguien.

Sus ojos se centraron entonces en mí, un poco indagadores.

—¿Te habría gustado tener hijos, Ali?

La miré intentando disimular una repentina punzada de tristeza. No esperaba esa pregunta. Nadie se atreve a preguntarte esas cosas a menos que esté borracho, sea un niño o... O fuera Piluchi Neira, la niña más malévola de mi colegio. Tan mala que cuando una vez nos intoxicamos todos con el pescado a ella no le pasó nada. ¡Na-da! Era..., ¿cómo se dice ahora? Ah, sí: la puta ama. Con más énfasis en la tercera palabra que en la segunda.

Todos le atribuíamos cualidades sobrehumanas, como que era capaz de leerte el pensamiento o de hacer que te atragantaras con la sopa. Tardé años en darme cuenta de que solo era una niña con la sangre tan espesa y oscura como el chapapote. Sin poderes ni nada.

En mi última visita al pueblo, la había encontrado en la calle acompañada de su marido y sus dos hijos. Después de los saludos habituales, Piluchi no tardó ni tres segundos en demostrar que su lengua conservaba intacto el instinto maligno:

«¿Sigues viuda, Ali? ¿Y no quieres tener hijos? Te lo digo porque aún estás a tiempo de ir a una clínica a inseminarte. Anímate, mujer, no tienes por qué quedarte sola para siempre.»

Qué cabrona.

Cuatro puñaladas directas al corazón en menos de treinta segundos.

Piluchi no solo no se había reformado con los años, sino que había perfeccionado su técnica. Ahora era incluso más rápida de lo que recordaba.

Era una idiota.

Una idiota con mucha puntería.

Pero la pregunta de Cati carecía de malicia.

—Me habría gustado tener hijos, sí.

—Todavía estás a tiempo.

—¿Conoces algún hombre de mi edad que sea agradable, tierno, cariñoso, simpático y que quiera ser el padre de mis hijos?

—Se te ha olvidado pedir que sea guapo.

—¡Ja! No se me ha olvidado, es que soy realista. Además, no me fío de los guapos.

—Tú eres guapa, pero nadie puede verte porque estás aquí siempre.

—Hablas como Virginia.

Sonrió y en sus facciones vislumbré el último coletazo de la infancia recién superada.

—Pues no conozco a ningún tío así, lo siento.

—¿Algún profesor soltero, viudo o separado? —insistí.

—Nah. Son todos unos callos.

—¿Y el padre de alguna de tus amigas? Que no esté casado, claro.

—Nop.

—¿Lo ves? Si es difícil a tu edad, en la que los chicos están solteros y disponibles, imagínate a la mía.

Permanecimos en silencio; ella pensando en su dilema y yo en el mío. La opción de acudir a una clínica de reproducción asistida se me había pasado alguna vez por la cabeza. Era un poco caro, pero podría asumir el coste, y si fuera lo que realmente deseaba habría sido capaz de vender parte del viñedo.

Pero no era lo que quería.

Quería el cuento completo.

Un padre en la vida de mi hijo y un compañero en la mía.

¿Era mucho pedir?

Estaba claro que, en mi caso, sí.

Cati se había convertido en una joven muy bonita. Había salido a su padre. Tomás aún conservaba porciones de pelo rubio entre las canas y la mirada limpia y azul que también había heredado ella. Sus dos hermanas pequeñas se parecían a su madre y tenían el pelo y los ojos castaños.

Bebimos mientras observamos el precioso paisaje que circundaba La Rodona, con las vistas del viñedo frente a nosotras y la distante silueta de la sierra de Tramontana, desdibujada por la distancia y la claridad del día.

—He estado a punto de hacerlo con Berto —dijo a media voz—, un chico del instituto al que le gusto. Es guapo, pero un poco idiota.

—Pues me alegro de que no lo hayas hecho.

—Dicen que uno siempre recuerda la primera vez, y yo no quiero acordarme de Berto para siempre.

—Es cierto, siempre la recuerdas, para bien o para mal. Cuantas más cosas te unan a esa persona más posibilidades tendrás de recordarla con cariño.

—¿Sabes con quién creí siempre que lo haría?

—No. ¿Con quién?

—Con Álex.

Su confesión me hizo dar un pequeño brinco.

—¡Álex!

—¿Te acuerdas de cuántas veces jugamos juntos?

—Claro que me acuerdo —dije, y en la memoria se me instaló la imagen de los niños enredando entre las viñas.

—Era bueno conmigo, y un poco protector. También nos reíamos mucho. —Me miró con un brillo intenso en los ojos—. Pero desde que volvió no hablamos mucho, es como si no quisiera acercarse a mí.

—Álex lo ha pasado mal en su país. Ya no es un niño. —Tomé una bocanada de aire y añadí —: Sabes que estuvo en la cárcel, ¿no?

Se quedó callada y frotó las manos que mantenía entre las rodillas.

—Lo sé, papá nos lo contó. Pero no puedo evitar que me guste. Me saluda cuando nos cruzamos, aunque nunca se detiene para hablarme.

—Bueno, ocho años a vuestra edad es toda una vida.

—Papá dice que hablas mucho con él. Creo que piensa que tenéis algo.

—¡Qué absurdo!

—Eso mismo le dije yo.

—Álex es un buen chico, y yo confío en él. Lo de la cárcel no fue culpa suya, sus hermanos lo utilizaron. O colaboraba o le daban una paliza, y sé que aguantó unos cuantos golpes antes de ceder. Él mismo me lo dijo.

—Eso es horrible. —La vi estremecerse, y para quitarse esa sensación le dio un trago a su refresco—. He intentado hablar con él, pero mi padre siempre está cerca y no me atrevo.

Suspiré hondo. Estaba segura de que Tomás no lo aprobaría. Álex se había ganado a pulso el respeto de sus compañeros, pero me constaba que algunos, incluido Tomás, no olvidaban su paso por la cárcel.

Pude haber añadido alguna virtud más de Álex, pero lo que menos deseaba era alentar a Cati.

—Esta vez no sé qué decirte.

—¿Crees que tengo alguna posibilidad? Podías hablarle de mí..., para saber lo que piensa.

—Ah, no, no lo haré. Lo siento mucho, Cati, pero es un tema delicado. —Me dolió su gesto de decepción—. De todos los chicos que conoces has tenido que fijarte en Álex.

—Es que él es diferente.

—Sí.

—Y guapo.

No pude evitar sonreír.

—También.

—Y...

—Déjalo ya. Lo que tienes que hacer es centrarte en los estudios y dejar de pensar en chicos.

—Eso es justo lo que diría mi madre.

—¡Exacto! —Le di una palmada cariñosa en la pierna.

Vimos que Tomás se acercaba, procedente de la bodega, y la conversación se terminó.

—¿Has mirado lo del ozonizador industrial? —me preguntó cuando llegó frente a nosotras.

—Estoy esperando presupuesto, pero no sé si podré asumir ese gasto.

—Eso pensaba. Dentro de poco habrá que limpiar a fondo la bodega. He oído decir que el ozono es muy eficaz y no genera residuos contaminantes.

—Lo sé, en cuanto me envíen el presupuesto te digo algo. También podríamos alquilarlo.

—Bien. —Miró a Cati, que seguía sentada a mi lado, y añadió—: Vamos, te llevaré a casa.

—¿Puedo quedarme a comer con Ali?

«¡No! ¡Hoy no!» Tenía que leer una carta muy importante. Hice un gesto impreciso con la mano.

—¿No tienes que estudiar? —preguntó su padre.

Le clavé la mirada y Dimitri me ayudó a insuflarle en el cerebro: «¡Pues claro que tienes que estudiar! Y de paso dejar de pensar con quién quieres perder la virginidad».

Cati se encogió de hombros, suspiró y apuró su refresco. Luego se levantó y se acercó a su padre.

Buena chica.

—Después de los exámenes tendrás todo el verano para hacer lo que quieras —le dijo él.

Me despedí de ellos en el porche y corrí a la cocina en busca del libro de recetas donde había guardado la carta de Marco.

¡Por fin sola!

Si antes mis dedos no tenían mucho tino, ahora no podía contener el temblor de mis manos. Abrí el sobre sin perder un minuto y extraje una hoja blanca.

Pronto sentí un aguijonazo de decepción. Me habría gustado que hubiera sido un poco más larga porque solo había una cuartilla escrita hasta la mitad. La desdoblé y antes de empezar a leer me fijé en el conjunto de su escritura, elegante y ligeramente inclinada hacia la derecha. Volví a llevarme el papel a la nariz y esta vez detecté un agradable aroma que me recordó a manzanas frescas y a canela.

Comencé a leer con el corazón dándome trompicones en el pecho.

Querida Alicia:

Disculpa la tardanza en responder. Te has adelantado, yo pensaba escribirte primero, pero unos asuntos personales me lo han impedido.

No soy bueno escribiendo, de modo que iré al grano. He revisado tu ficha, varias veces, y me resulta muy interesante. También tu fotografía. Mis intenciones son serias y creo advertir que las tuyas también. Me gustaría saber más de ti, que me cuentes tu día a día. Yo prometo hacer lo mismo, al menos lo intentaré. Solo una cosa: si en algún momento no estás a gusto con esta relación, te ruego que me lo digas, no me gusta perder el tiempo, y supongo que a ti tampoco.

MARCO

P. D.: En respuesta a tu curiosidad, nunca me han gustado las redes sociales ni la mensajería instantánea. No quiero parecer retrógrado, pero tal vez hayas oído hablar de la ingeniería inversa, el eavesdropping, *el* hijacking... *No confío en estos medios de comunicación. Me gusta tener el control, eso es todo.*

Terminé de leer la carta con una sensación extraña.

«Parece frío y desconfiado», insinuó Natasha.

Mis ilusiones se desinflaron un poco.

Esa misma noche le escribí una respuesta, y me esforcé en parecer menos formal y más cercana. Después de todo, mi primera carta tampoco había sido un alegato a la simpatía y la espontaneidad.

Hola, Marco:

Me dices que te hable de mi día a día, y tengo miedo de que si lo hago no me vuelvas a escribir. Pero pienso que de nada sirve adornar la existencia de cada uno con guirnaldas de colores si alrededor solo hay ramas secas.

Las últimas semanas han sido muy intensas. Como seguramente sabrás por el informe, poseo un viñedo de catorce hectáreas que cuido con ayuda de mis trabajadores desde que mi marido falleció. Hace tres semanas tuvimos un brote de oídio y debimos emplearnos a fondo para contener la plaga.

No quiero engañarte, el viñedo no da mucho beneficio después de pagar el sueldo de mis empleados, y lo único que me salva de la precariedad es la pensión de viudedad que me dejó mi esposo. No pienses que te digo esto porque crea que eres un interesado, pero es algo que quiero dejar claro desde el principio.

Aquí lo único que hay es mucho trabajo.

Atentamente,

ALICIA

P. D.: ¿Quién se preocupa de los hackers *informáticos? Los políticos, los magnates... No creo que nadie esté interesado en investigar mis correos electrónicos, pero respeto tu postura.*

Con la plaga de oídio controlada y finalizado el aligerado de la masa de vegetación, el trabajo en los campos se relajó. La floración se iba generalizando y ahora era el momento de vigilar que a ningún otro bicho le diera por acercarse a las plantas. Los embriones de las flores ofrecían una idea aproximada de lo que sería el volumen de la cosecha y la fecha aproximada del comienzo de la vendimia. Mi ánimo se elevó al presentir una cosecha temprana y una producción abundante.

¿Y SI FUERAS LA ÚLTIMA MUJER DE LA ESPECIE HUMANA?

—Si yo fuera tan guapa como la protagonista de la película, no solo tendría una segunda oportunidad en el amor, sino infinitas —aseveró Virginia a la salida del cine.

—Tienes a tu *maître*, ¿no?

—Eso no es amor. Joel y yo solo somos amigos con licencia para amar. Es el sidecar de mi motocicleta, nada más.

—¿Es suficiente para ti?

—He estado casada con Raúl diecisiete años. ¿Otro marido? No, gracias. Tengo a los chicos, y el calor de un hombre cuando me apetece.

Era el día libre de Virginia, y casi siempre solíamos aprovecharlo para ir al cine o adonde nos apeteciera. Podíamos hacer lo que nos diera la gana, y cuando Virginia no tenía que estar con los chicos, nos gustaba alargar la velada hasta la madrugada. Era martes, así que los bares y los *pubs* no estaban muy animados. Entramos en un bar de tapas en el que solo había una pareja solitaria en la barra y cuatro hombres sentados a una mesa hablando muy alto y riéndose sin pudor. Nos colocamos en la de al lado y el camarero enseguida se acercó a tomarnos nota. Virginia ordenó un té con leche y sacarina —a secas— y yo pedí una Coca-Cola y dos tapas; una de pulpo y otra de pollo.

—No sé cómo puedes estar tan delgada con todo lo que comes.

Yo me preguntaba lo mismo. Me había comido un recipiente enorme de palomitas en el cine y ahora volvía a tener hambre.

—La verdad es que la vida, si te pones a analizarla, es una completa putada —comentó Virginia—. Todo lo que está bueno y deseamos zamparnos a todas horas es malo para la salud, por no hablar de los kilos que se te ponen encima. A ver, ¿por qué tiene que ser más sana una coliflor que una hamburguesa con patatas? A veces pienso que es todo una falacia y que un día saldrá en la tele un científico con el pelo a lo Einstein diciendo que la coliflor es venenosa y que lo más saludable es la comida industrial, la que está controlada por el hombre y no por la naturaleza, cuyo instinto de supervivencia se ha vuelto contra nosotros. —Respiró profundamente y añadió—: Podría citarte cien cosas que nos hacen la vida placentera pero que son nocivas para nuestro cuerpo.

—¿Como qué?

—Los baños calientes, por ejemplo, son buenos para la mente, pero te dejan la piel tan seca y

arrugada como la de un lagarto. Pasarse el día tumbado es peor que fumarse cinco cigarrillos y, respecto a esto último, se han cargado el beneficio relajante que se le podía atribuir al tabaco. Dime tú quién se relaja con una cajetilla que insiste en matarte en la mano. «¡Fumar mata! ¡Fumar mata!» ¡Coño, ya lo sé!, ¿quieres dejar de joderme el cigarro?

Se me escapó la risa; cuando Virginia se ponía a divagar podía llegar a las más absurdas conclusiones.

—Nos pasamos la vida reprimidos —continuó—; con la comida, con la bebida, con el sexo... ¿Qué nos queda?

—¿La siesta? —dije al desgaire.

Me miró como si acabara de dar en la diana.

—Sí, la siesta, eso sí que es placentero y saludable. Y si alguien dice lo contrario nos lo cargamos y punto.

Virginia y yo no nos parecíamos mucho, ni siquiera en el color del pelo, aunque el suyo no era natural, por supuesto; ningún tipo de cabello puede tener tres tonos distintos. Yo había salido a nuestro padre, que era un hombre espigado y tenía vista de lince. Sin embargo, ella tenía tendencia a engordar y había usado gafas hasta que se operó.

Se quedó mirando fijamente mi peinado.

—¿Cuánto hace que no vas a la peluquería?

Intenté acomodar con la mano la masa de rizos castaños y desordenados.

—Para qué voy a gastar dinero. Sabes que mi pelo tiene vida propia. Aunque tu moño tampoco se llevaría un premio, ¿sabes?

—¡Qué dices! Si es estupendo. Creo que favorece mi perfil. —Se colocó un mechón errante, del color de un saimiri, detrás de la oreja y se quedó callada un momento. Después añadió—: Deberías volver a salir con las chicas.

—No, no debería volver a salir con ellas —farfullé.

Entonces comenzó su desgastado discurso sobre mi deplorable situación sentimental, parecida a la suya, pero, en su opinión, más deprimente. De paso sacó a relucir el tema de Fran, un pedante abogado que me había presentado hacía un año.

—No entiendo qué viste de malo en él —dijo con un gesto de incredulidad tan exagerado que por un momento dudé que mi opinión sobre el picapleitos fuera acertada.

Pero pronto me repuse.

—¿Te suena el cuento en el que unos hermosos cisnes miran con arrogancia a un pato feo? Bueno, pues yo era el pato, así me hacía sentir.

—Pero es bastante atractivo, tiene un buen trabajo...

—Eso no le da derecho a creerse superior a nadie.

—Es de tu edad..., y está soltero.

—Y también es insoportable, por no hablar de su voz de teleñeco.

Resopló con fuerza y volvió a la carga:

—Miranda me ha vuelto a decir que puedes salir con ellas cuando quieras.

—Antes me meto en una secta —repliqué.

El camarero depositó en la mesa su té con edulcorante, mi Coca-Cola y las dos tapas.

Virginia se quedó mirando los platos y torció el gesto.

—Solo a ti se te ocurre mezclar pollo con pulpo al pimentón.

Hice un gesto despreocupado mientras me metía un trozo de pulpo en la boca.

—¿No lo vas a probar?

—No. Oye, si te quedas encerrada en casa, no conocerás a nadie —dijo con parsimonia mientras rompía el sobrecito de sacarina—. Es un suicidio sentimental.

—Déjalo, Virginia, me pones nerviosa cuando empiezas con eso.

—Ahora no te das cuenta, pero dentro de unos años lamentarás no haberlo intentado.

—Lo he intentado, ¿vale? Pero no funcionó. Además, hay otras formas de conocer gente y ni siquiera tengo que salir de casa.

—No estarás pensando en internet...

—¿Por qué no?

Alzó la mirada, sin mover la cabeza, y me ofreció su aspecto de zombi con los ojos vueltos del revés.

—¡Porque solo encontrarás colgados!

La imagen que me había hecho de Marco no se ajustaba a la de un colgado, y aun así, la desconfianza tajante de Virginia encendió una diminuta luz de alarma en mi interior.

—Supongo que habrá de todo —murmuré notando que se me encogía el estómago y que ya no tenía ganas de comer.

Ella no pudo resistirse y se llevó un trozo de pollo a la boca.

Guardé silencio mientras tanteaba la conveniencia de hablarle de Marco, y al final decidí no hacerlo. Pero entonces ella volvió a la carga, asegurándome que, si no me espabilaba, me convertiría en una vieja amargada y solitaria.

Entonces estallé:

—He conocido a alguien, ¿contenta?

Me calibró con la mirada.

—¿En serio? ¿Quién? Este pollo está demasiado hecho.

—Un hombre...

—Eso lo imagino.

—Es... es..., bueno, solo nos hemos intercambiado una carta, pero me ha dicho que yo le intereso y...

—Espera..., ¿has dicho *carta*?, ¿de papel?

Tomé aire profundamente antes de hablar:

—¿Te acuerdas de Nina? Te la presenté hace tiempo.

—¿La rusa que trabaja en recursos humanos de no sé qué sitio y que viste en plan «Mírame las tetas»?

—En realidad, Nina tiene una página de contactos.

Vi en su rostro una expresión semejante a la de un campo desolado después de una explosión nuclear.

—Dime que no lo has conocido ahí.

—No lo he conocido ahí.

—Menos mal, pensé que... ¿Lo dices en serio?

—No, no lo digo en serio. ¡Claro que lo he conocido ahí!

—Entonces, ¿por qué me mientes?

—¡Tú me lo has pedido!

—¡Es una forma de hablar!

Lancé un resoplido y mastiqué un trozo de pollo. No pensaba dejar que su opinión me condicionara. Era una mujer adulta capaz de dirigir mi vida por el camino que considerase oportuno y me daba igual lo que pensaran los demás.

Me preparé para rebatir sus objeciones.

—Dios, Ali..., ¿cómo se te ocurre?

Espoleada por su cara de decepción, extraje de mi bolso la fotografía de Marco, en la que aparecía de cuerpo entero. La había guardado en la cartera para poder mirarla cuando y donde quisiera.

La tomó con urgencia y su semblante mudó de expresión.

—¡Joooooder!

—Eso mismo pensé yo.

—¿En esos sitios hay hombres como este?

—Bueno, yo es la primera vez que veo uno así en dos años.

—¿Hace dos años que buscas pareja por internet?

Hice un gesto resignado con la cabeza y mi hermana volvió a centrarse en la fotografía.

—Seguro que es una foto falsa. Mira que hay montones de perturbados con mucho tiempo libre...

—No podría asegurarlo al cien por cien, pero su forma de expresarse es bastante sensata.

Virginia sorbió su té con cuidado de no quemarse y después suspiró.

—Las mentes más perversas suelen albergar una inteligencia brillante. —Hizo un mohín de disgusto con la boca—. Pero, bueno —suspiró por segunda vez—, háblame de él: quién es, cómo se llama, cuéntamelo todo.

—Se llama Marco Bossi y...

—¿Bossi? ¿Es italiano?

—En realidad, es corso.

Me di cuenta de que no debí decir aquello, al menos no tan pronto. Virginia dio un brinco que estuvo a punto de provocar que su moño se desprendiera de su cabeza y saltara a la otra mesa. Luego se cubrió el rostro con las manos.

—¡Joder, Alicia! —exclamó llamando la atención de los tipos de al lado, que de paso nos miraron con media sonrisa torcida y cuchichearon entre ellos.

—Sshh, baja la voz. Él ha dicho que estaría dispuesto a trasladarse y...

—No lo digo por eso.

Parecía sofocada.

—Entonces, ¿por qué?

—¿Recuerdas que hace cuatro años hicimos un crucero por el Mediterráneo? Al que por cierto te invitamos.

Me dejé caer hacia atrás en la silla y me crucé de brazos.

—Sí, lo recuerdo.

—Hicimos una parada en Córcega, una isla muy bonita, pero con una historia particular. Son cultural e históricamente italianos, pero tienen nacionalidad francesa, algo que por lo visto les chincha bastante.

—Bueno, y qué.

—Pues que al parecer tienen una propensión muy aguda hacia la *vendetta*. Engarzado en esas azules aguas del Mediterráneo se esconde el índice de criminalidad más alto de Europa.

Noté que se me formaba un nudo en la garganta.

—Criminales los hay en todas partes —murmuré con la voz floja.

—Seguro, pero a mí se me han puesto los pelos de punta en cuanto has dicho que es corso. Por Dios, si hasta su bandera parece la de unos piratas. Además, cuando escuchas la palabra *corso* es algo así como decir albano-kosovar o...

—¡Basta, Virginia! —exclamé notando que mi rostro enrojecía. Mi hermana acababa de barrer de un escobazo mis recientes ilusiones con Marco.

—Solo quiero que lo tengas presente antes de seguir con esa relación, no vaya a ser que lo único que consigas es saltar de la sartén al fuego. Por suerte, solo os habéis escrito una carta. Otra cosa, ¿por qué os escribís cartas? Es ridículo.

—Piensa que las nuevas tecnologías son muy vulnerables. Quiere tenerlo todo bajo control.

Me miró como si un *alien* hubiera asomado la cabeza entre mi pelo.

—Hermana, manda a ese tipo a la mierda. Me da mala espina, por muy atractivo que sea. Si es que sus fotos son reales.

La miré con cierta inquina y tuve ganas de arrancarle el moño de la cabeza y lanzarlo de una patada al otro lado del establecimiento.

—Es in-ge-nie-ro a-gró-no-mo —dije marcando cada sílaba para darle más énfasis—, y especialista en cultivos. ¿Sabes lo bien que me vendría alguien como él?

—Mira, cariño, siento ser tan aguafiestas, pero sabes tan bien como yo que ese viñedo está acabando contigo. Creo que es hora de que te deshagas de esa tierra y se la vendas al sapo de Gelabert. Por culpa del viñedo vives aislada en el campo, sin relacionarte con nadie.

—No le venderé nada más a ese miserable. Se ha adueñado de casi todos los viñedos de la zona y he oído que sus tácticas de persuasión no son muy ortodoxas.

—Podrías encontrar trabajo con facilidad, estoy segura. Yo te ayudaría...

—No me escuchas, ¿verdad? ¡No lo dejaré! —exclamé con fuerza, y volvimos a llamar la atención de los cuatro hombres—. Quiero a esas tierras. Son el legado de Alfredo... He sido capaz de ocuparme de ellas todos estos años y seguiré haciéndolo, con o sin ayuda. Bastante me arrepiento de haberle vendido Os Ventos a Gelabert.

—Es Vents —me corrigió—. Controla tu vena gallega.

—Ya me entiendes.

Virginia resopló, sorbió un poco de té y se limpió la boca con toquecitos de servilleta antes de volver a hablar:

—Bueno, haz lo que quieras, pero, por favor, dile a ese corso que has conocido a otro

hombre y santas pascuas.

—Hola, guapas —dijo uno de los tipos de al lado, justo el que estaba a mi espalda—, ¿nos aceptáis una copa?

Yo dije que no y Virginia dijo que sí, las dos al mismo tiempo, lo que provocó bastantes risas. Ganó ella y nos pasamos las siguientes dos horas en su compañía, yo con cara de guerrero de terracota y ella encantada de tener la atención de los cuatro hombres.

Al final, Virginia bebió más de la cuenta, y mientras volvíamos a casa no le dirigí la palabra. Me entretuve imaginando un par de mecanismos tortuosos que me permitieran eyectarla del asiento del copiloto y perderla de vista, no solo por haberme obligado a soportar a cuatro capullos con muchas ganas de marcha, sino porque había conseguido sembrar en mí una semilla de desconfianza sobre Marco.

Llegamos a casa y me bajé del coche sin esperarla. Cuando consiguió abrir la puerta por sus propios medios, me siguió hasta la entrada.

—No me extraña que estés sola, Ali —dijo su voz, detrás de mí, ligeramente distorsionada por el alcohol—. ¿No podías haber sido un poco más agradable? El de la barbita era bastante majo.

—Psá.

—Y el de la chaqueta azul trabaja en un banco.

—Sí, y puede que su mujer y sus hijos lo estén esperando en casa mientras él y sus amigotes invitan a copas a unas desconocidas.

—No lo creo, seguro que está separado. Oye, ¿tú con cuál de ellos te habrías acostado?

La miré de reojo mientras trataba de abrir la puerta a oscuras.

—Con ninguno.

—Ya, pero si tuvieras que acostarte con uno, ¿con quién lo harías?

La maldita llave no acababa de encajar.

—Te he dicho que con ninguno —repetí elevando un poco la voz—. Saca tu teléfono y alumbra la cerradura, anda, o nos quedaremos a dormir fuera.

Revolvió en su bolso y siguió con lo suyo:

—Y si fueran los últimos hombres de la Tierra, ¿a quién elegirías?

—Me metería a monja. ¿Encuentras ese teléfono de una vez?

—¿Y si fueras la última mujer de la especie humana y ellos los últimos hombres?

—¡Pues lo haría con los cuatro!

Rio de forma exagerada.

—Claro, si solo escogieras a uno, los otros tres se mosquearían tanto que provocarían una guerra mundial. —Volvió a reír—. Sería una guerra mundial porque en el mundo solo estaríais vosotros cinco.

—¡Maldita llave! —exclamé sin prestar atención a sus tonterías.

Pero ella no se dio por vencida.

—Dejando aparte lo de la guerra mundial, ¿con cuál lo harías?

La miré de reojo, con la lengua fuera para afinar la puntería y lograr abrir la puerta.

—Es que no me gustó ninguno.

—Pero si te dijeran que...

—¡El de la barba, joder, el de la barba!

—¿Ves como no era tan difícil? Yo también lo elegiría.

Por fin conseguí abrir antes de que ella lograra encontrar el móvil en su bolso. Otro día tenía que recordar dejar encendido el farolillo de la entrada.

Era tarde, iba a marcharme directa a la cama cuando Virginia exigió ver el dosier de Marco.

—Vaya por Dios —gruñí—. ¿Crees que estás en condiciones?

—Me patina un poco la lengua, pero por lo demás estoy perfecta.

Bostecé varias veces, abriendo mucho la boca, mientras subía las escaleras en dirección al dormitorio. Tomé el informe de encima de la mesita y me reuní con ella en el salón, esperando fervientemente que cambiara de criterio después de leerlo.

Encontramos a Milo arrebujado en un rincón del sofá; mi rincón favorito. Ni siquiera me miró cuando me acerqué. Y por descontado, tampoco había salido a recibirnos. Lo soborné con un trozo de salchicha para que se bajara del sofá, lo guie hasta la puerta y después lancé el trozo de carne fuera. Salió disparado como un misil. Cerré la puerta para que nos dejara tranquilas y fui a sentarme al lado de Virginia con el dosier bajo el brazo.

Se lo entregué y la observé mientras abría la carpeta, con el ceño fruncido, y leía en voz alta la información que consideraba importante. Escuchar de nuevo el currículum de Marco salido de su boca me hizo sentir una punzada de orgullo ajeno.

—Es impresionante —dijo.

—Ya lo creo.

—Supongo que esa rusa comprueba cada perfil que entra en su página.

Me encogí de hombros.

—Nunca ha tenido problemas.

Entonces se centró en la información sobre su apariencia.

—Aquí dice que mide un metro ochenta y siete y que pesa ochenta y cinco kilos. —Me miró con los ojos muy abiertos—. Si te cae encima te aplasta.

Me dio un escalofrío solo de imaginarlo. Nunca me habían gustado los hombres demasiado altos. Un tipo que casi te dobla en peso y en tamaño resulta intrínsecamente amenazante.

—Parece el hombre ideal —dijo sin convicción—, lo cual no deja de ser rarísimo.

—Sabes que el físico me importa un pimiento.

—Qué falsa eres.

—Es la verdad.

—Bueno, te creo, Alfredo era más bien escuchimizado.

—Puede, pero era divertido y cariñoso.

—Y seguro que la tenía grande, todos los escuchimizados la tienen enorme.

—Eso es porque al estar tan delgados todo... todo les abulta más —le dije incómoda con la conversación.

—O sea, que la tenía pequeña.

—¡Yo no he dicho eso!

—¿La tenía grande?

—¡Déjame en paz, Virginia! Yo nunca te he preguntado cómo la tiene tu ex.

Entrecerró los ojos y se quedó pensando un momento. Al cabo de un rato se encogió de hombros.

—No me acuerdo —dijo, y soltó una carcajada.

Hizo bromas al respecto y nos reímos como adolescentes durante varios minutos. Luego ella tomó la fotografía de Marco en la que se veía su rostro con nitidez y lo volvió a analizar.

—Se parece a ese actor francés.

—No conozco a ningún actor francés.

—Claro que sí. Gérard Depardieu, Jean Reno, Alain Delon, Christopher Lambert...

—¿Ese Lambert no es americano?

—Creo que tiene doble nacionalidad.

—Ah. Pero Marco no se parece a ninguno de ellos.

—No, pero es clavado a ese que tiene apellido español. Olivier...

—¿Martinez? —dije de pronto asociando el parecido.

—¡Ese!

—Bueno, a ese se da un aire cuando era más joven.

—¿Un aire? Mírale la boca y la forma de los ojos.

Me tendió la fotografía que había en el dosier y la analicé con detalle.

—Sí, podría ser su hermano pequeño.

—Anda que no es guapo el tío.

—Exagerada.

—Bueno, tú ten cuidado, ¿vale?

—Que síííií, pesada.

Se puso en pie y se tambaleó un poco.

—Qué pedo tengo. —Se me quedó mirando y añadió—: Tal vez un día le eche un vistazo a esa página de contactos, tal vez...

Un irrefrenable bostezo la interrumpió, y yo la observé mientras salía del salón estirando los músculos.

—Que descanses.

—Lo haré —dijo—, y soñaré que un hombre como ese me empotra contra la pared.

A pesar de que deseaba acostarme, no pude reprimir más tiempo el impulso de averiguarlo todo sobre la isla de Córcega y, sinceramente, dos horas más tarde, dudaba que hubiera sido una buena idea, pues la información que había encontrado era tan alarmante y contradictoria como sugestiva. La cabeza me iba a estallar. Incluso Dimitri se sentía mareado con tanto dato discordante. Terminé de leer el último artículo con una sensación a medio camino entre la admiración y el sobrecogimiento.

«Córcega, la isla mil veces conquistada; amable, generosa, hospitalaria, pero también violenta, insumisa e indómita. La isla que respeta el entorno. La que protege la profanación de su costa con una fiereza que desconcierta. La que reclama la *vendetta* a la vez que propugna una

conciencia ecológica. La isla de las emociones apasionadas. La isla de las muertes llevadas a cabo con eficacia clínica y motivos ocultos. La isla de la ley del silencio. La isla agreste. La isla de las montañas alpinas en el Mediterráneo. La tierra de las islas Sanguinarias, donde el sol, más que ponerse, se desmaya.»

Los griegos la llamaron Kallisté; la más sublime.

LAS RATAS GIGANTES NO EXISTEN. ¿O SÍ?

Por la mañana, cuando salí a estirar los músculos al fresco, encontré a Milo tumbado en el felpudo de la puerta. Me había olvidado de volver a abrirle por la noche y había tenido que dormir a la intemperie. No era la primera vez que le ocurría, pero no siempre era por mi culpa.

Podría jurar que había emitido un gruñido mientras se desenroscaba y pasaba a mi lado para meterse en casa.

—No te quejes —le dije—. La temperatura es perfecta.

La mañana pasó lenta mientras eliminábamos una parte de los racimos jóvenes para limitar los rendimientos y conseguir un producto de mejor calidad. Después del almuerzo intenté dormir una pequeña siesta recostada sobre el rústico balancín de madera del porche. Hasta allí me llegaba con densa claridad el alboroto que causaba Virginia en la cocina. Nunca le había pedido que compartiésemos los gastos de la casa; ya tenía bastante con destinar la mayor parte de su salario a los chicos y a ella misma, así que compensaba su falta de colaboración económica cocinando.

A pesar de los ruidos de cacerolas, platos y cubiertos, conseguí dormir un rato, pero no fue un descanso reparador, pues en mis sueños yo era un náufrago rescatado por un barco pirata capitaneado por Marco, y cuya bandera era incluso más grande que el navío.

Cuando el sol dejó de sentirse como una maldición sobre la cabeza, volví a los campos hasta última hora de la tarde. La segunda parte del día discurrió más lenta de lo deseable, al menos para mí, y andaba tan abstraída que casi consigo rebanarme un dedo con las tijeras de podar. El verano estaba a punto de inaugurarse, y el sol calentaba tanto la tierra que el calor seguía siendo sofocante a aquella hora tardía.

Llegué a casa con la piel emanando el exceso de calor y la espalda dolorida por la postura acuclillada. Una ducha eliminó de mi cuerpo el polvo, el sudor y el olor a tierra seca acumulados a lo largo de la jornada.

Virginia ya se había ido a trabajar, pero había dejado la nevera llena de platos preparados cuyos nombres e ingredientes no podía llegar a imaginar, de modo que me preparé algo ligero y después rematé la faena con un tazón de leche con galletas. Me había propuesto seguir el consejo de Nina y engordar un poco, solo ante la hipotética posibilidad de que llegara a conocer a Marco.

Al día siguiente, cuando volví a casa a almorzar, encontré una carta suya en el buzón.

Más nerviosa que la primera vez, me senté en el escalón del porche y la abrí. Al desplegar la

hoja, cuidadosamente doblada, comprobé que era bastante más larga que la anterior. ¡Bien!

Volví a llevarme el pliego a la nariz y aspiré con íntimo entusiasmo. El tenue olor a manzana y canela volvió a invadir mis fosas nasales, impulsando potentes sensaciones de electrizante erotismo al resto de mis sentidos.

¿Sería el aroma de su cuerpo?

Me regocijé en ese olor tranquilo durante un instante, con los ojos cerrados y la mente despierta.

Querida amiga:

Me alegra saber que no has visto en mí algún tipo de pretensión interesada. Nada más alejado de mis aspiraciones. Te doy las gracias por tu sinceridad en cuanto a tu situación económica, aunque no me importa en absoluto. No me interpretes mal; siento que las cosas no te vayan bien en ese aspecto, pero, definitivamente, no interfieren en mi interés por ti.

Quiero ser sincero contigo. La población de la isla está muy envejecida por las últimas migraciones al continente. Tanto es así que a veces es difícil encontrar pareja en un círculo reducido. Me gusta viajar, y siempre he sabido que este no sería mi hogar definitivo. Porto Vecchio es una población pequeña y, aunque la capital está cerca, no ofrece muchas oportunidades.

He trabajado entre viñedos varios años y he pasado por todas las etapas; desde la preparación de la tierra de cultivo hasta la producción de vino. Es la mejor forma de aprender a dirigir una bodega. Por eso, cuando vi tu fotografía y tu historial sentí algo que me impulsó a querer conocerte.

No me asusta el trabajo en las viñas; tengo la piel curtida por el sol.

Alicia, tal vez sea atrevido decirlo, pero intuyo una conexión intensa entre los dos. Sé que solo hemos intercambiado un par de cartas, pero la noto cuando miro tu fotografía. Percibo que entre nosotros está a punto de surgir algo importante. ¿Tú sientes lo mismo?

Espero tu próxima carta con impaciencia.

MARCO

P. D. I: La plaga de oídio puede ocurrir también por un exceso de nitrógeno debido a un abonado excesivo, esto obliga a la vid a absorber más agua de lo normal. También hay que ser eficaz en las podas y cuidadoso con las heridas que causamos a las plantas.

P. D. II: ¿Te he dicho ya lo guapa que eres?

Una sonrisa tonta me deformó las facciones. No podía verme en un espejo, pero no lo necesitaba para saber que se me había quedado cara de lechuza atolondrada. Si Virginia había logrado volverme recelosa en cuanto a Marco, su carta pulverizaría todas mis reservas.

Muertas.

Finiquitadas.

Marco demostraba ser un hombre sensible, y era cierto lo de la población envejecida de la isla, yo misma lo había leído, de modo que no era tan descabellado que alguien como él buscara mujer por otros cauces que no fueran los convencionales.

Al día siguiente estuve de muy buen humor. No me importó trabajar duro en el viñedo junto a los demás, y aunque al final de la jornada me escocían las manos como el demonio de tanto apretar las tijeras de podar, apenas notaba el resquemor.

No le respondí de inmediato, quería pedirle a Álex que me hiciera una fotografía entre los

viñedos. Las fotos que tenía Marco no me parecían muy fieles a la versión mía en aquel momento. Había dicho que le gustaba mirar mi fotografía, pero yo necesitaba mostrarme tal cual era. Lo que menos deseaba era crear falsas expectativas.

Encontré a Álex trabajando en los viñedos de la zona sur. Cuando le entregué la cámara, me preguntó por el motivo.

—¿Para qué es la fotico, patrona?

—Es para alguien especial —le dije con sinceridad.

—¿Y no sería mejor que...? —Se detuvo de golpe y yo lo miré con impaciencia—. Bueno, no quiero ser fregón, pero creo que estaría mejor con un vestido. Y ese pelo tan churrusco...

—¡Y dale con mi pelo! —me quejé—. No tiene arreglo, todo el mundo lo sabe, incluso tú.

Hizo un gesto sobre su cabeza.

—¿Por qué no se lo recoge en un moño? Seguro que dejaría de parecerse a la madriguera de un chigüiro.

—¿Un qué?

—Una rata gigante.

Crucé los brazos sobre el pecho en una postura defensiva.

—Tranquila —añadió—, en su país no hay ninguna.

—Muy gracioso. Pero ¿cuántas veces me has visto con el pelo en su sitio?

El muchacho se quedó pensando.

—Exacto —le dije antes de darle tiempo a responder—. Ninguna. Y no uso vestidos cuando trabajo en el viñedo. Esto es lo que soy, y no voy a engatusar a nadie mostrando un aspecto que rara vez tengo.

—«Levantando las enjalmas se ven las peladuras.»

—¿Eh?

—Nada, un refrán de mi tierra.

Me lo quedé mirando fijamente. Lo hice con tanta intensidad que, aunque no se ruborizó, porque Álex estaba de vuelta de casi todo en la vida, sí pareció sentirse incómodo.

—Oye, Álex, ¿tú crees que aún estoy bien? —Reconsideré la pregunta y puntualicé—: No tienes que ser del todo sincero, no te pases, pero ¿crees que podría gustarle a un hombre más joven?

Enarcó tanto las cejas que casi se juntan con la raíz de su pelo. Luego se puso una mano sobre la frente para evitar los rayos de sol que lo cegaban.

Tartamudeó un poco antes de responder:

—No sé, patrona, ¿cuánto más joven?

—Treinta y cinco... —Guiñé los ojos y añadí despacio—: Treinta y tres...

Resopló.

—Bueno, no es por prenderle velitas, pero cuando se arregla para salir se ve bien bonita mi abuelita.

—¿Abuelita?

Soltó una risotada y yo me contagié de su risa; a estas alturas ya estaba acostumbrada a su forma de hablar.

—¿No me ves muy flaca?

—Pues llévese más cucharas a la boca y pronto se verá más popochita. —Se encogió de hombros y añadió—: Aunque yo la veo bien chévere.

—¿En serio?

—Bueno, ya conoce el refrán: «Ni tan bonita que mate, ni tan fea que espante».

—Tú y tus refranes.

—Tan ciertos como que primero fue el uno que el dos.

Disparó la cámara unas cuantas veces y luego me la devolvió. Eché un vistazo a las imágenes. La luz natural siempre había favorecido mis facciones. Álex me observaba con los brazos en jarras y los ojos entrecerrados. Era un chico guapo, de pelo negro y piel tan fina que cuando brillaba por el sudor parecía una estatua de bronce. Algunas veces trabajaba sin camiseta, cuando su padre no estaba cerca. Sabía que le molestaba ver el tatuaje de su espalda, el que le habían hecho en la cárcel en contra de su voluntad. Fue una técnica de supervivencia. Cuanto más horribles y amenazadores fueran los tatuajes, mayor efecto protector tendrían.

No pude evitar acordarme de mi conversación con Cati. Eran tan distintos: él, moreno y de rasgos pronunciados; ella, rubia y de facciones delicadas. No pensaba hacer de alcahueta entre los dos, pero sentí curiosidad por saber lo que pensaba.

—¿Te acuerdas cuando correteabas por los viñedos de pequeño?

Me miró con extrañeza.

—Claro que me acuerdo. ¿Por qué?

—No sé, fueron buenos tiempos. —Me dejé imbuir por la melancolía de mis propias palabras. El subconsciente me jugó una mala pasada y creí ver a Alfredo a lo lejos. Cuando enfoqué la mirada comprobé lo que ya sabía; no era él—. Jugabas mucho con Cati. ¿Ya no sois amigos? Nunca os veo hablar.

Mi pregunta lo cogió desprevenido porque no supo qué contestar. Se limpió el sudor de la frente con el antebrazo y al fin dijo:

—Fíjese que prefiero que me corten una mano antes que arrimarme a ella.

Su respuesta me sorprendió.

—Bueno, es una pena que perdáis la amistad.

—¿Cree que no sé lo que piensa Tomás de mí? No me quiere ni poquito. Si fuera por él ya me habría botado del viñedo.

Desvió la mirada, un poco avergonzado, y permaneció en silencio. Le di una palmada en el hombro y aguardé a que se le pasara esa sensación que le embargaba cada vez que traía a la memoria el año y medio en la cárcel de Bellavista.

Algunas personas buscan su destino, otras se lo encuentran sin buscarlo. A Álex se le había caído encima, o mejor dicho: se lo habían echado encima de un capazo.

—No solo somos nuestro pasado —dije intentando animarlo.

—No es cierto —rebatió—. Yo sé que la embarré. Pero he cumplido. No soy el mismo tipo que antes de entrar en la guandoca.

—Para mí sigues siendo el mismo.

—Pues Tomás no piensa igual. Me mira y solo ve a un delincuente.

—Lo siento, no es justo.

—La vida no es justa. Pero estoy tan a gusto aquí...

—Si te sirve de consuelo, siempre he pensado que eres demasiado listo para trabajar el resto de tu vida en un viñedo ajeno.

Me observó un momento con un brillo especial en la mirada.

—¿Quiere que le confiese una cosa, patrona?

—Sí, pero vamos debajo de aquel olivo o me dará una insolación.

Nos desplazamos unos metros hasta el refugio que ofrecía un árbol no muy grande. La única forma de resguardarse del sol era sentándose bajo las ramas. Y así lo hicimos.

Entonces le presté toda mi atención, pero él pareció dudar un poco, como si la atmósfera de complicidad que lo había empujado a sincerarse conmigo se hubiera esfumado. Lamenté haber roto el momento y tuve que animarlo a que hablara.

—¿Qué es eso que ibas a decirme?

Álex jugaba con un palo fino que había encontrado a su lado, en el suelo. Aguardó unos segundos y después dijo:

—Me gustaría tener mi propio viñedo. Tengo ahorrada casi toda la plata que he ganado, no solamente faenando aquí, sabe que también hago horas extra en otros viñedos.

Le mostré una gran sonrisa.

—Eso es estupendo.

—¿Cómo le suena Bodegas Enrique Rojas e hijo?

—Fenomenal, y si conozco a alguien que puede conseguirlo, ese eres tú.

—La vaina es que me gustaría quedarme a este lado de la isla, y todos sabemos que Gelabert tiene el monopolio de las tierras, no creo que me venda ni media hectárea.

Aspiré una bocanada de aire y la dejé salir lentamente.

—No sabes lo que me arrepiento de haberle vendido Los Vientos.

—La inexperiencia le jugó una mala pasada. Tal vez algún día tenga *chance* de recuperarla.

Contuve la risa.

—No lo creo, pero tampoco me pasaré la vida sufriendo por algo que ya no tiene remedio.

Nos quedamos en silencio, él haciendo dibujos con el palo sobre la tierra y yo observando sus trazos.

—¿Quién es el *man*? —me preguntó de pronto sin llegar a mirarme.

Además de listo, Álex era muy intuitivo. Dudé si ponerlo al corriente de mis asuntos personales. Pero él había sido sincero conmigo y quise corresponderle. Sabía que no era un chismoso y que lo que le dijera quedaría entre nosotros.

Antes de empezar suspiré de una forma que le hizo levantar la cabeza y mirarme con curiosidad. Entonces le hablé de Marco, de cómo lo había conocido, de mis preocupaciones en cuanto a la edad, a su condición de extranjero... Cuando terminé de contarle todo, incluidos los recelos de Virginia, me miró con expresión seria.

—No tengo mucha experiencia en esas cosas, usted sabe, pero soy hombre, y conozco a muchos que pueden decir lo que sea para llevarse a una mujer a la cama o cualquier otra cosa. Ese Marco vive lejos, por lo que el primer motivo, y por el que más tipos se vuelven unos

solapados, queda descartado, no creo que necesite viajar hasta aquí para comerse a una hembra. Parece que está siendo sincero, de lo contrario sus propósitos son tan retorcidos que no alcanzo a imaginarlos.

Tragué saliva. Él lo notó y trató de animarme:

—Tranquila, patrona, yo me inclino por lo primero.

Me quedé ensimismada unos segundos, luego lo miré desafiante.

—Seguro que esa rata no es tan grande.

—Sesenta kilos de rata ¿le parecen suficientes?

—Te lo estás inventando.

Sonrió de forma traviesa.

—No.

HAY UN ASPECTO EN ESTA RELACIÓN QUE ME PREOCUPA

Estábamos terminando junio, el sol apretaba con fuerza al mediodía y la luz que proyectaban las viñas contrastaba de forma llamativa con los caminos de tierra roja. Y allí, medio escondida entre las plantas verdes, yo, posando con una sonrisa, sin maquillaje, con la cara perlada de sudor y la madriguera de una rata gigante en la cabeza.

Querido Marco:

Gracias por tu sinceridad. Me gustan las personas francas y tú realmente lo pareces.

Admito que yo también noté algo cuando vi tu fotografía. Creo que podrías gustarle a cualquier mujer, y me siento halagada por haber llamado tu atención. No voy a negar que me incomoda un poco el hecho de que seas unos años más joven, y me gustaría saber si tú también lo has pensado. Me preocupa que ninguno de los dos seamos conscientes de ello y nos dejemos llevar por otras motivaciones.

Es cierto que tenemos mucho en común, pero deberíamos valorar las cosas importantes antes de seguir adelante. Me sentiría mejor si pudiéramos hablar de esto abiertamente.

Esta semana ha sido dura en el viñedo, ¿cuándo no lo es? Pero admito que me gusta trabajar en los campos de vid. Mi marido me contagió su entusiasmo y hasta ahora nunca me ha abandonado.

Te envío una fotografía. Álex, mi ayudante más joven, me la hizo ayer y, aunque sé que no es muy glamurosa, es el aspecto que tengo cada día.

No sé cómo será Porto Vecchio, pero mi casa está en mitad de un mar de campos y viñedos, y los únicos pasatiempos disponibles son el sol y la tranquilidad del entorno. Tal vez te parezca aburrido, y no voy a negar que al principio me costó acostumbrarme a la soledad y al silencio que lo gobiernan todo, pero he aprendido a apreciarlo, a valorar cada instante de paz.

Gracias por los consejos para evitar el oídio. Hemos logrado contener la plaga.

Atentamente,

ALICIA

En julio las bayas habían crecido y perdido totalmente las flores, y nuestro trabajo se concentró en asegurarle al fruto la ventilación para evitar nuevas plagas y procurarle la suficiente entrada de luz y de calor. Era un momento delicado y, de ser creyente, habría rezado cada día para alejar las temidas tormentas de verano, esos chaparrones cortos pero cargados de tanta fuerza que podían echar a perder una cosecha en pocos minutos. Sabía que Álex era religioso, así que un día le pedí —medio en broma— que rezara por mí.

Se lo tomó muy en serio, pero le falló el repertorio.

—No sé ninguna oración para esto, patrona.

—Pues invéntala, tiene el mismo efecto, ¿no?

—No estoy seguro.

—Creía que sabías más de estas cosas.

—Mire quién fue a hablar, la que estudió con las monjitas.

—Sí, pero sus oraciones no tenían nada que ver con las cosechas.

—A ver qué le parece esta. —Pensó durante unos segundos y después dijo—: Señor, humildemente pedimos sobre nuestra cosecha, para que aumente su crecimiento, fortalezca sus raíces y elimine toda toxicidad y malignidad posible. Amén.

—¿Toxicidad? ¿Malignidad? ¿Qué tengo?, ¿una cosecha radioactiva?

—Es lo que se me ocurrió así de pronto.

—Pues vete buscando otra. Imagina que alguien te escucha rezar eso en voz alta, pensará que abonamos los campos con plutonio.

Me miró con el ceño tan fruncido que sus cejas parecían una línea recta. No le habían gustado mis críticas, pero aun así hizo otro esfuerzo de concentración, frunció la boca, se rascó la nuca y propuso una nueva plegaria:

—Que el Señor proteja nuestra cosecha. Amén.

Esa estaba bien, porque no hablaba de campos radioactivos ni nada. Lo miré complacida y él me miró a mí como si esperase algo.

—¿Qué?

Resopló, y yo comprendí.

—Amén, amén.

Solía aprovechar el día que Manuel me traía el correo para darle la carta sellada dirigida a Marco. Me había hecho con un cargamento de sellos en mi última visita al pueblo y le escribía dos cartas a la semana, igual que hacía él.

Comenzamos a preparar la bodega para recibir la uva: puesta a punto de maquinaria y limpieza exhaustiva. Decidí prescindir del ozonizador, el tamaño adecuado para atender las demandas de la bodega era demasiado caro y alquilarlo me parecía otro derroche, de modo que limpiamos la bodega como lo habíamos hecho siempre, con agua caliente a presión.

A finales de julio, las instalaciones relucían como un cristal de Swarovski.

Agosto fue un mes seco y caluroso, aunque unos chaparrones aislados, con poca fuerza, gracias a —quise pensar— las plegarias de Álex, dieron a las uvas un aroma particular a mosto y encharcaron el viñedo hasta formar un barro que se nos quedaba pegado a las botas. Entonces Tomás pasaba un rastrillo con el tractor para remover la tierra mojada y conseguir que penetrara bajo las capas secas.

Un día quise saber cuál era el factor decisivo para producir un buen vino. Recuerdo que Tomás me miró como si tuviera una lagartija en la frente.

Me dijo que ojalá lo supiera, pero que es importante tener buen olfato, eso permite reconocer los estadios de fermentación y detectar los indicios de que algo no está yendo como debiera.

Su respuesta me deprimió, pues mi capacidad olfativa para el viñedo tenía la sofisticada sensibilidad de un rábano. Y eso era algo raro porque yo siempre había sido buena distinguiendo perfumes y aromas culinarios. Pero en lo referente al viñedo, mi nariz era tan inservible como

una cabeza de toro disecada. Al principio traté de aprenderme toda esa gama de olores, pero me di cuenta, más pronto que tarde, de que era una tarea tan inútil como enseñar técnicas de combate a un pacifista recalcitrante.

Pituitarias aparte, el calor del verano propició que el estado de la fruta cambiara del crecimiento a la maduración. Era el momento más apasionante del ciclo de la vid, al menos para mí. Observar cada día cómo las uvas abandonaban sus tonos verdes, para sustituirlos por los azules y morados, me llenaba de emoción.

El envero marcaba la cuenta atrás para la vendimia.

Las misivas de Marco se hicieron cada vez más íntimas. Leer sus cartas era como estar todo el tiempo a bordo de una montaña rusa de emociones; ahora estás arriba, ahora estás abajo, ahora en el medio, ahora del revés... El efecto se prolongaba hasta que recibía su siguiente carta, unos días después, lo cual me sumía de forma permanente en un estado emocional eufórico del que me resultaba difícil evadirme.

La carta en la que me hablaba de su niñez me pareció especialmente emotiva. Había nacido en Ajaccio, la capital de la isla. Su infancia había quedado marcada por el trágico fallecimiento de sus padres en un accidente de tráfico (eso no me lo esperaba), y desde entonces había vivido con unos íntimos amigos de sus padres cuyo patriarca era también su padrino.

Los abuelos de Marco tenían un viñedo en Porto Vecchio, y él había pasado con ellos cada verano hasta que fallecieron. Cuando terminó el instituto, se fue a París, a la universidad, y mientras estudiaba la carrera trabajó de camarero, entre otras cosas. Su vida no había sido fácil, pero había demostrado un afán de superación admirable y una buena gestión emocional ante las dificultades. Y eso me gustaba. Como me gustaba su filosofía ante la vida. Me había conmovido enormemente su respuesta cuando le dije que me preocupaba la diferencia de edad entre nosotros. Esto fue lo que me escribió:

> *Veo que hay un aspecto en esta relación que te preocupa. Alicia, me siento muy atraído hacia ti, y en estos momentos no pienso en la edad como un impedimento. Eres una mujer joven y creo que no debes obsesionarte. Démonos la oportunidad de conocernos y, dentro de unos meses, si esta extraña conexión entre nosotros aún funciona, tal vez podríamos vernos.*

El corazón me había aleteado en el pecho, había desplegado dos alitas blancas y revoloteado a mi alrededor antes de volver a su lugar. La posibilidad real de conocer a Marco había conseguido alterarme como hacía mucho tiempo que no me sucedía. Para cerrar esta carta, hizo alusión a mi fotografía: *«Gracias por enviármela, me doy cuenta de que me gustas más de lo que imaginaba. Estás preciosa, en serio.»*

Me emocioné tanto que me sentí repentinamente feliz, y en mis siguientes cartas me mostré más cercana y confiada. Mis conversaciones se centraron en sentimientos, sensaciones, sueños..., y él me respondía con la misma complicidad, intercambiando íntimos pensamientos con algún consejo sobre las viñas.

En un arranque de sinceridad, le confesé que siempre había querido tener hijos y formar una

familia, pero que cada día que pasaba ese sueño me parecía más irrealizable. Cuando le di la carta a Manuel, me entró un pequeño ataque de pánico lamentando haber sido tan sincera. No quería que pensara que estaba desesperada y que solo veía en él a un semental que me diera un hijo tras otro.

Aunque era un poco cierto.

Solo un poco.

Poquísimo.

Pero ya era tarde, Manuel ya se había marchado soltando polvo por el camino, y salir disparada tras él con el coche no me parecía una opción a contemplar.

El mensaje viajaba a su destino.

O tal vez viajaba hacia el mío.

Cuando recibí su siguiente misiva, el corazón me latió con tanta fuerza que temí que me abriera el pecho a golpes y se largara corriendo.

Querida Alicia:

Yo también he pensado en formar una familia. No lo he perseguido siempre, pero en este momento creo que estoy preparado. Si hay algo que lamento es no haber conocido más a mis padres. Me habría gustado compartir tantas cosas con ellos que muchas veces la rabia me ciega y maldigo al destino por habérmelos arrebatado tan pronto. Si no fuera por las fotografías que conservo, hace mucho que habría olvidado sus rostros.

Me agarro a los recuerdos como si fueran lo único que me queda, lo único que tengo. Pero no es suficiente, necesito algo más...

Terminé de leer con un nudo en la garganta, un nudo marinero de los que no se deshacen con facilidad. La convicción de que Marco se hacía cada vez más importante en mi vida se intensificó hasta el punto de darme esperanzas. Me sentí más unida a él que nunca. Necesitaba sus cartas, necesitaba leerlas una y otra vez con su fotografía al lado, penetrar en sus pensamientos y aliviar de alguna forma su gran pérdida. Yo también había perdido a quien amaba, pero nunca podría imaginar el sufrimiento de un niño al quedarse solo, sin la protección y el amor de los que más le quieren en el mundo.

«¿Una argucia sentimental para darte pena?», insinuó Dimitri desde su rincón.

Le sacudí un manotazo mental y lo empotré contra la parte interna de la oreja.

TODO EL MUNDO SABE QUE TINEY WINEY ES EL TELETUBBIE MORADO

Durante los meses de verano Virginia pasaba más tiempo en Alcudia con sus hijos, y apenas la veía. Un domingo de mediados de agosto vino a visitarme con los chicos.

Nos sentamos en un banco, al lado de la mesa del jardín y bajo las enormes palmeras. Mis sobrinos, Sergio y Alberto, se enzarzaron en una sucesión de juegos frenéticos con Milo, que se mostró encantado con tanta atención. Los tres provocaron un gran alboroto, llenando de vida un lugar usualmente silencioso y tranquilo. Imaginé por un momento lo que sería tener un par de chiquillos correteando delante de la casa y la imagen de Marco me vino a la cabeza arrastrando con ella un torrente de pensamientos.

Virginia no tardó en exponer el principal motivo de su visita.

—¿Cómo va todo?

Había pronunciado ese *todo* de una forma que no dejaba lugar a la duda. Significaba: «¿Has mandado al carajo al corso?».

—Muy bien —respondí.

—Explícate mejor.

—¿Qué quieres saber?

—Ya sabes lo que quiero saber, Ali.

—Podías haberme llamado por teléfono, no hacía falta que sacrificaras tu domingo en familia.

—No quería llamarte, quería verte. Y además, tú también eres nuestra familia. —Se quedó callada un momento, concentrando la mirada en Sergio, que reía a carcajadas mientras Milo trataba de morder sus deportivas. Volvió la vista hacia mí—. ¿Has dejado de cartearte con ese hombre?

—Vaya, has tardado más de lo que pensaba en soltarlo.

—Es que me preocupa el tema. Joel dice que...

—¿Por qué se lo has contado?

—Bueno, quería otra opinión...

—Pues no, no lo he dejado. —Virginia resopló y negó con la cabeza—. Me gusta Marco —añadí—, es muy agradable y me encantaría conocerlo en persona.

—Sabía que no lo dejarías. —Chascó la lengua y se anudó el pelo con una goma que tenía en

la muñeca—. En estos momentos eres muy vulnerable, cualquier hombre sin escrúpulos, con la apariencia de ese corso, podría hacerte cometer una locura.

—Se llama Marco.

—Sí, y vive lejos. No tienes forma de comprobar que lo que dice es cierto. ¿Has buscado información sobre él en Google?

—Sí, pero no hay nada. El único Marco Bossi que he encontrado nació en 1861. A lo mejor es inmortal.

—Tú bromea, pero a mí me parece muy extraño.

—No empieces a ver fantasmas, Virginia. No a todo el mundo le gustan las redes sociales.

—Tía, ¿tienes chucherías para Milo? —me preguntó Alberto.

Él y su hermano trataban de enseñarle órdenes básicas al perro, como sentarse y dar la pata. Demasiadas cosas a la vez, pensé.

No tenía chucherías de esas porque Milo nunca se las había ganado. No obstante, le indiqué que en la nevera tenía salchichas y que eso eran sus chucherías.

Lo vi salir corriendo hacia la casa mientras su hermano insistía con voz de mando: «¡Dame la pata!», a lo que Milo respondía con un ladrido. Luego dejaba la lengua fuera, colgando al lado izquierdo de la boca como una cascada rosada, pero sin intención de despegar las patas del suelo.

Virginia volvió al ataque:

—Espero que sepas dónde te estás metiendo.

—Me transmite confianza, y ternura. —Lo tercero que me transmitía no se lo dije.

—Pues ojalá no sea un pervertido, o un maniaco, o peor aún, un espabilado que se aprovecha de lo bueno que está para engatusar a las señoras.

—Señora lo serás tú. Yo solo soy una viuda. La gente no se refiere a mí como «la señora de La Rodona», sino como «la viuda de La Rodona». También como «la viuda de la bodega», «la viuda del viñedo», «el vino de la viuda», «el perro de la viuda»... Podría seguir hasta la semana que viene.

Me dio la risa al ver su cara desencajada y le apreté el brazo con mi mano para tranquilizarla.

—Pero lo tengo asumido.

—Viuda o no —dijo Virginia—, tú serías un premio doble. Guapa, con negocio propio...

—Si no confío en nadie, nunca tendré una relación.

—Ya, pero este caso es diferente.

—¿Por qué? ¿Porque es extranjero?

—Entre otras cosas. ¿No crees que hay algo misterioso en él?

Calibré mi respuesta. Virginia tenía razón, pero en vez de preocuparme por ese detalle lo único que consiguió fue avivar mi interés. ¿Acaso Virginia ignoraba que el misterio es como un atrapamoscas humano?

Sí, lo ignoraba.

—Eso lo hace más interesante, ¿no? —dije.

—Y peligroso.

Alberto salió con una salchicha en la mano, y el olor penetrante se deslizó hasta el hocico de Milo, que comenzó a saltar alrededor del muchacho profiriendo sonoros ladridos fácilmente

traducibles: «¡Milo quiere salchicha! ¡Milo quiere salchicha! ¡Salchicha! ¡Salchichaaaaa!».

A los dos minutos, y bajo presión por recompensa simultánea, Milo ya había aprendido a sentarse.

«Es un perro listo —pensó Dimitri—. Pero contigo se hace el tonto.»

Miré a Virginia con cara de circunstancias; se me había olvidado lo último que había dicho.

Mejor. No quería insistir en ese tema.

—Anda, vamos a prepararles a los chicos algo de merendar —le dije antes de que consiguiera acabar con mi buen humor.

El verano había pasado rápido entre el trabajo sofocante en el campo y las cartas de Marco, que eran cada vez más sugerentes y alentadoras. En la última, me había enviado una fotografía suya frente a un paisaje marino propio de una postal. El mar tranquilo de azul intenso se veía moteado por el blanco de las embarcaciones ligeras que aparecían al fondo. Tenía el rostro moreno y una barba de varios días. Era una foto de cuerpo entero en la que una camisa blanca, ligeramente desabrochada, dejaba entrever un torso libre de vello. A mí siempre me habían gustado los hombres con un poco de vello en esa parte, pero el pecho amplio y moreno de Marco se adivinaba hermoso, hasta el punto de que mis dedos recorrieron con íntimo anhelo el contorno de su imagen.

«Es tan guapo que duele mirarlo», me susurró Natasha.

Era cierto, dolía porque no podía tocarlo. Y alguien tan bello a quien no puedes acariciar, besar, oler y abrazar era tan inútil como un póster de Justin Bieber en la pared de un geriátrico.

Marco me hablaba de su actual trabajo en la Estación de Viticultura y Enología, situada en un lugar cercano a Porto Vecchio. No era el trabajo que más le fascinaba, pero le permitía vivir con cierta holgura y disfrutar de tiempo libre.

Tenía que admitir que cuando me hablaba de cosas técnicas no me enteraba de nada, pero de igual modo yo sucumbía a su influencia, fascinada por su sabiduría.

Todo era perfecto en mi mundo de posibilidades: el viñedo marchaba bien y la cosecha era prometedora. Mi relación con Marco, aunque fuera en la distancia, me llenaba de ilusión, y el gusanillo en el estómago esperando el momento de conocerlo no me abandonaba, ni de día, por muy dura que fuera la jornada, ni de noche.

Hasta que ocurrió algo terrible.

Acababa de quedarme dormida, pasada la medianoche, cuando me despertó el estridente sonido de mi teléfono móvil. Era Álex, que gritaba mi nombre como si lo hubiera poseído el fantasma de Tinky Winky, el teletubbie morado (icono de sus pesadillas infantiles. Yo soñaba con cabezas de unicornio mutiladas y él con un teletubbie). Estaba tan alterado y yo tan somnolienta que no entendí nada de lo que dijo.

Mientras trataba de dar sentido a sus palabras, me sorprendió que no fuera capaz de conservar la calma, como acostumbraba a hacer incluso en las situaciones más extremas. Un año antes, Álex había tenido un desafortunado encuentro con una serpiente. No era usual verlas en la tierra seca del viñedo, pero en aquella época del año la cubierta vegetal en la base de las viñas

ofrecía un lecho bastante confortable a más de una.

—Patrona, creo que pisé una serpiente —me había dicho en tono coloquial, como quien informa que cenará pavo esa noche.

—Seguro que es un palo —le respondí yo.

—Pues ningún palo me miró antes como este.

Me acerqué a él al tiempo que le veía hacer un gesto de ninja con las tijeras de podar.

—Y para ser un palo tiene los colmillos muy afilados.

Cuando estuve a su lado vi al reptil a sus pies, cortado en dos pedazos.

—¿Te ha mordido? ¿Y no dices nada?

—Se lo dije.

—¡Pero sin pánico! ¡Sin emoción!

Por eso supe que si Álex estaba tan alterado era que algo grave estaba sucediendo.

Con los nervios de punta, mi cerebro solo llegó a procesar tres palabras de su acelerado discurso: viñedo, fuego, mecagüenlaputa.

Salté de la cama notando un nudo en el pecho. Me puse lo primero que encontré y cuando salí fuera un intenso resplandor en el horizonte me congeló la sangre. «¡Joder, joder, joder!» Las palabrotas y maldiciones acudían a mi mente unas detrás de otras. No solía pronunciarlas en voz alta, pero eso no significaba que no las pensara. Me subí a mi viejo Suzuki Vitara y conduje en aquella dirección a través del camino de tierra que comunicaba la casa con esa parte del viñedo.

La luminosidad anaranjada del fuego se hacía cada vez más y más amenazadora.

—¡Mierda! —grité con la voz agarrotada por la impotencia, descargando la frustración sobre el volante—. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Llegué a los campos y me detuve al lado del todoterreno de Tomás. Me bajé a toda prisa, pero el fulgor cercano del fuego me paralizó: «¡Coño, qué calor!». Apenas podía creer lo que estaba ocurriendo. La parte afectada se concentraba en la zona norte, aunque por la envergadura de las llamas me di cuenta de que si no se hacía algo pronto lo perdería todo.

Las viñas brillaban como antorchas; montones de lenguas ardientes vibraban perfilando con sus siluetas la oscuridad trémula de la noche. El miedo me hizo correr desesperadamente, buscando entre el ambiente de ceniza y humo a Álex y Tomás.

Descubrí la sombra oscura de sus siluetas sobre una pequeña loma que dominaba el viñedo.

Llegué hasta ellos sin aliento no solamente por la carrera, sino porque el humo viciaba el aire volviéndolo denso y tóxico.

—¿Qué ha pasado? —grité notando en la cara el calor que desprendían las llamas, peligrosamente cercanas.

—¡No lo sabemos! —exclamó Tomás apesadumbrado—. A mí me llamó Enrique. Fue Álex quien lo vio primero.

—Pero ¿cómo ha podido pasar?

Enrique apareció ante mí. Estaba alterado. Se limpió el sudor de la frente con el antebrazo e hizo un movimiento de negación con la cabeza.

—No lo sé, patrona, no encuentro una explicación.

—Hay que llamar a los bomberos —dije de pronto, recriminándome no haberlo hecho antes

de salir de casa.

—Ya vienen para acá —me informó Álex.

La visión de las plantas en llamas me impresionó tanto que por un momento estuve a punto de vomitar, no solamente porque la imagen me revolviera el estómago, sino porque las oleadas de humo comenzaban a hacer dificultosa la tarea de respirar. A pesar de la sensata distancia que manteníamos con el fuego, resultaba una imprudencia estar allí. Comencé a temer que, si los bomberos no acudían pronto, el fuego pudiera llegar hasta la casa.

Y esa idea me aterró tanto que al final vomité sobre las botas de Tomás. Por suerte no había cenado mucho, y se sacó los restos de mi ensalada con un poco de tierra que se echó encima.

Estaba tan consternada que ni siquiera sentí vergüenza.

Tosí y me froté los ojos para calmar el picor, hasta que vi en la distancia unas luces giratorias aproximándose a gran velocidad.

CUANDO LA TIERRA PENETRA EN TU CUERPO, YA NUNCA TE ABANDONA

Alfredo y yo solíamos sentarnos a menudo en aquella parte del jardín, en el banco de forja y madera frente a la gran mesa de piedra. Era un lugar acogedor, pues la sombra de dos grandes palmeras proporcionaba un agradable refugio en los meses más calurosos. La posición un poco elevada de la casa desplegaba una panorámica sobre la mayor parte de los viñedos. Era un buen lugar para descansar, observar el fruto del trabajo y hacer planes de futuro. Soñábamos y bromeábamos con buenos tiempos por venir. Alfredo estaba tan orgulloso de sus logros que su entusiasmo hizo mella en mí hasta sentirlo como propio. «Cuando la tierra penetra en tu cuerpo, ya nunca te abandona», me había dicho una vez.

Era cierto, aquellos viñedos se habían convertido en parte de mí. Puede que la sangre de los antepasados de Alfredo no corriera por mis venas, pero sentía que de verdad estaba enraizada a aquella tierra. Vivía y sufría por ella, y trabajaba hasta la extenuación para sacarla adelante. La fiebre de la tierra había penetrado en mí y ya no me dejaría.

Estaba distraída en mis pensamientos cuando distinguí a lo lejos el todoterreno de la Guardia Civil de Santa Margalida acercándose despacio a la casa, desprendiendo una densa estela de polvo en el camino.

Cuando se detuvo a escasos metros de mi refugio, dos agentes, un hombre y una mujer, se apearon del vehículo y se colocaron las gorras sobre la cabeza.

Me levanté del banco y fui a su encuentro.

—Buenos días —dijo él. La mujer hizo un gesto con la cabeza—. Soy el sargento Ripoll, y ella es la cabo Aranda. Queremos hacerle algunas preguntas sobre el incendio.

Los invité a sentarse y les ofrecí un poco de limonada. Él aceptó el ofrecimiento y ella lo rechazó. Entré en casa a buscar la jarra que guardaba en la nevera y cogí tres vasos; estaba segura de que al final ella también la tomaría.

Cuando volví a salir, los encontré de pie, hablando y haciendo gestos en dirección a la zona del incendio.

—Vaya faena —me dijo el sargento.

No pude evitar respirar profundamente y mover la cabeza en señal de afirmación.

La mujer se quitó la gorra y la dejó sobre la mesa, luego le echó un vistazo de reojo a la jarra de limonada, empañada por el contraste de temperatura, con los cubitos de hielo desprendiendo

reflejos brillantes a la luz del sol. Su compañero también se quitó la gorra y la dejó al lado de una carpeta. Se sentaron frente a mí mientras yo servía la limonada en silencio. Ella no dijo nada y dejó que le llenara el vaso.

—Aún no puedo creerlo —suspiré.

—Por la dirección del viento y la intensidad de las llamas podía haber sido mucho peor.

Se me erizó el vello solo de imaginarlo. Habían pasado dos días desde el incendio y todavía no me había atrevido a ir a ver el desastre.

—En el fondo he tenido suerte, ¿es eso lo que me está diciendo? —dije en tono amargo.

El hombre se pasó la mano por el mentón bien afeitado.

—Mire, todo apunta a que el incendio fue provocado.

La declaración me sorprendió.

—¿Provocado? —Se me escapó una risa nerviosa—. ¿Quién tendría interés en quemar mi viñedo?

El sargento me miró con una expresión extraña que me hizo sentir que acababa de ganar el primer premio a la ingenuidad.

—Eso queremos averiguar. ¿Tiene enemigos?

Di un respingo y respondí de forma contundente:

—¡No!

—Pues alguien se ha tomado muchas molestias para hacerle daño. El análisis preliminar de los bomberos es bastante esclarecedor. —Extrajo de la carpeta unos pocos folios y me los entregó—. Tenga una copia, es un informe técnico, pero lo entenderá bien. No deja dudas de la intencionalidad del incendio. El viñedo es un cortafuego excepcional, no existe cubierta vegetal en esta época del año alrededor de las plantas, tampoco hubo tormenta eléctrica que pudiera provocarlo.

El sargento era un hombre de treinta y tantos, alto y agradable a la vista. El uniforme hacía mucho por su imagen pulcra y masculina. En ella, sin embargo, las prendas no tenían el mismo efecto, no estaban diseñadas para potenciar el cuerpo de la mujer, por muy bonito que lo tuviera y por mucha coleta rubia que le colgara de la nuca.

Me centré en mi problema y traté de pensar en imaginarios enemigos. El sector del vino era un mercado cada vez más competitivo, pero pensar que..., era absurdo. Yo no me llevaba mal con nadie.

Tomé el informe y lo dejé sobre la mesa. Mi rostro debía de reflejar una profunda desolación porque la mujer, que había permanecido callada todo el tiempo, estiró la mano y la depositó en mi brazo.

—No se preocupe —me dijo—, casi siempre aparecen los responsables. Supongo que el seguro agrario le cubrirá los daños.

Las manos me empezaron a temblar. Tuve que enlazarlas sobre el regazo para que ellos no lo notaran. Agradecí que la tensión se concentrara en mis manos y abandonara mi estómago sin retorcerme las tripas hasta hacerme vomitar, otra vez. Es mejor hacer esas cosas en la intimidad, donde nadie puede presenciar tus estertores estomacales. ¿Hay algo más bochornoso que vomitar en público?

«Mearse encima», convino Dimitri.

Coleta Rubia interrumpió mis pensamientos.

—Porque tendrá seguro, ¿verdad?

—Claro —dije aparentando calma.

Pero no era cierto, y no tuve ánimos para admitir que, con la idea de recortar gastos, hacía un año que había reducido el capital asegurado y excluido de la póliza del seguro los riesgos excepcionales, entre los que se encontraba el incendio. Me preocupaban más las heladas, el pedrisco y la sequía, pero el incendio no me parecía un riesgo real, y mi intención era que, al cabo de un tiempo, cuando la situación mejorara, volvería a contratar el seguro extendido de siempre.

Estaba acabada.

Mi viñedo estaba acabado.

¿Sería este el fin de las bodegas Galmes i Pont?

Al día siguiente, bastante temprano, una dotación de la policía judicial, y su unidad canina, se presentó en casa. Al parecer, los perros estaban adiestrados para buscar acelerantes de la combustión y su actuación podía ser muy esclarecedora.

Me sentí devastada, igual que mis campos. Pero la posibilidad de encontrar al responsable de aquel desastre me dio nuevas fuerzas, así que decidí acompañarlos a la zona.

Milo se mostró muy nervioso cuando olfateó a los animales que había en las furgonetas, se puso muy pesado y no dejó de dar saltos alrededor del vehículo.

La compañía de los agentes impidió que me derrumbara sobre la tierra calcinada y comenzara a llorar de rabia. Ver el viñedo arrasado por el fuego, a plena luz del día, fue más duro de lo que había imaginado. Podía admitir un incendio provocado por causas naturales, pero no era capaz de asimilar que alguien les hubiera pegado fuego a mis viñas.

Milo no tardó en aparecer, sofocado y con la lengua fuera por la carrera. Al final tuve que cogerlo en brazos, para mi disgusto y el suyo, ya que no dejaba trabajar a los perros policías, unos animales despiertos y bien entrenados que no tardaron en señalar varios puntos a lo largo del inicio de las líneas de vid. Cuando esto sucedía, los agentes jugaban con ellos un rato, a modo de recompensa, examinaban los puntos indicados y recogían muestras.

—A ver si tú también aprendes a hacer algo útil —le espeté a Milo.

Meterme con él me relajaba.

La inspección se alargó un par de horas. Mientras, yo esperaba sentada a la sombra de un olivo cercano, impactada y sobrecogida por aquella visión tan triste, y peleando con Milo para que se estuviese quieto y dejara de intentar soltarse.

Rehusé volver con los policías a casa e hice el camino dando un paseo, con el calzado ennegrecido por las cenizas y Milo demostrándome su enfado con su indiferencia, caminando delante de mí, sin detenerse una sola vez para esperarme. Al final lo perdí de vista.

Las paredes de piedra del viejo edificio de La Rodona aparecieron a lo lejos, rodeadas de una masa ligera de vegetación y dos palmeras. Cómo me gustaba esa casa... Había sido reconstruida

por los bisabuelos de Alfredo sobre las ruinas de una edificación payesa dedicada a la explotación agrícola y ganadera. Era una casa de dos *aiguavessos* —dos vertientes en el tejado —, rodeada de escuetas construcciones para los animales. Uno de esos solares, el más grande, había sido reconvertido en una gran bodega. La casa poseía contundentes muros de piedra, que aislaban del frío en invierno y protegían del calor en verano. El arco de la entrada era lo más característico de su estructura, pues era demasiado grande en comparación con otras edificaciones similares. En el interior, justo bajo la convergencia de las dos vertientes del tejado, había un holgado y acogedor zaguán. Las pequeñas ventanas payesas se habían sustituido por grandes ventanales en ambas plantas. Piedra, tierra, arcilla, tabiquería de marés y vigas de madera marcaban su personalidad insular.

No cambiaría este lugar por ningún otro rincón del mundo, no solo por el cariño que profesaba al recuerdo de Alfredo, sino también por el olor que desprendía la tierra, por la luz que bañaba el horizonte, por los colores que reflejaban su primitiva esencia, capaz de sensibilizar los espíritus más férreos.

Lucharía contra todas las dificultades para conservarlo.

¿QUIÉN HABRÁ SIDO EL JUELDIABLO?

Llegué a casa a la hora de comer. Antes de entrar, Milo me cortó el paso.

—Y tú ¿qué quieres ahora? —refunfuñé.

El perro dejó caer las orejas, se relamió el hocico y movió impulsivamente las patas delanteras. Luego comenzó a jadear.

—Ya, tienes sed. —Movió la cabeza hacia un lado, como si me hubiera comprendido—. Anda, entra, pero tendría que dejar que te secaras como un arenque por no haberme esperado.

Llené su cuenco de agua y yo también me serví un gran vaso. Luego me di una ducha; tenía la sensación de que mi cuerpo estaba tiznado de hollín.

Entré en el salón, fresca como las hojas al amanecer, y descubrí a Milo descansando a pata suelta en el sofá, aunque lo peor fue comprobar que su cuerpo, embadurnado de ceniza y hollín, había ensuciado la tapicería. Alfredo lo había consentido demasiado, dejando que se subiera a todas partes, y aunque yo había intentado reeducarlo, no había tenido ningún éxito. Pero no me daba por vencida y, sobre todo, no iba a permitir que se subiera al sofá después de pasarse la mañana rebozándose en la tierra.

La sangre se me apelotonó en las mejillas al tiempo que gritaba:

—¡Al baño!

Milo reconoció la orden y se preparó para huir. Se enderezó sobre sus patas, me calibró un segundo y sacudió el cuerpo.

Una nube de polvo oscuro se arremolinó a su alrededor e inevitablemente cayó sobre el sofá, provocando que mi enfado se elevara tan alto que salió de mi cuerpo y rebotó contra el techo. Cuando me dirigía hacia él como una locomotora desenfrenada, Milo dio un salto, hizo un requiebro y me esquivó.

—La puerta está cerrada, no podrás escapar —le dije cuando lo vi dirigirse hacia allí.

Lo acorralé en la entrada, me arrodillé en el suelo y extendí los brazos en cruz; no pensaba dejar que se escabullera de nuevo, mucho menos que continuara tiznando de hollín y ceniza el resto de la casa. Él lo comprendió, porque no hizo nada para evitar que le cayese encima como un águila sobre un conejo.

El baño no fue placentero para ninguno de los dos. Yo no era como su difunto dueño, que adoraba a los animales. No sabía tratarlo con cariño, y él lo notaba.

Aun así, prefería mi compañía a la de Virginia, que aprovechaba cualquier ocasión para

disfrazarlo con trapos absurdos, como si fuera un perro de feria. Un día le había puesto en las patas unos viejos patucos de sus hijos, bajo el pretexto de que así no ensuciaría la casa. Verlo caminar como si de repente no reconociera sus propias extremidades fue todo un espectáculo.

Durante el baño no dejó de moverse y de sacudirse, mojándolo todo, y cuando estuvo listo lo envolví en su toalla y lo saqué fuera para que el calor del día lo ayudara a secarse. Esperaba que no se rebozara en la tierra de nuevo, como había hecho en incontables ocasiones, pero creo que había aprendido que si lo hacía volvería de cabeza a la tina.

Esa misma noche llamé a Virginia y le conté lo sucedido. Al decidir llamarla, no tuve en cuenta que era su día libre, así que pocos minutos después, y aunque era tarde, entraba por la puerta muy alterada, como si hubiera sucedido una tragedia de proporciones épicas.

Era una tragedia, vale, pero no tenía nada de épica.

Nos bebimos una botella de vino.

Las dos siguientes cartas de Marco fueron alegres, íntimas y prometedoras, y aunque consiguieron elevarme un poco el ánimo, no me sentí con ganas suficientes para escribirle y contarle lo ocurrido. No en ese momento.

Me reuní en las bodegas con Tomás, Enrique y Álex. Mientras yo había estado en casa lamentándome, ellos habían trabajado en el viñedo, calculado los daños y sopesado cuántas viñas no habían recibido los efectos del fuego, el humo o la ceniza.

El olor entre dulce y ácido de la bodega, unido a la temperatura fresca, activaron mis sentidos, como ocurría habitualmente cuando ponía un pie dentro.

Todos volvieron sus miradas sombrías hacia mí. Me habría gustado decirles que cambiaran las caras, no se había muerto nadie y esto solo sería un bache en el camino, pero no el final del recorrido.

Ni yo misma me lo creía, pero nunca había tenido un carácter propenso al pesimismo.

Enrique fue el primero en hablar:

—¿Quién habrá sido el *jueldiablo*? —lanzó incluso antes de que yo llegara hasta ellos.

Respiré profundamente.

—Algún desalmado sin escrúpulos —dije—. Nos ha tocado a nosotros como podía haberle tocado a otro.

—Yo no lo creo —dijo Álex mientras se quitaba la gorra de la cabeza para limpiarse el sudor de la frente. Me crucé de brazos y lo miré con el ceño arrugado—. Me huele que ha sido Gelabert —añadió—. Ese *man* está resentido porque no le vendió La Rodona.

No me gustaba Gelabert, eso era cierto, pero no lo creía capaz de algo semejante, por mucho interés que tuviera en comprarme el viñedo. Y así lo expresé. Pero, al parecer, Álex no era el único que albergaba esa duda.

—El chaval tiene razón —dijo Enrique.

Por la expresión de Tomás, supe que pensaba lo mismo.

—Seguro que no tarda en proponerte comprar las tierras. Es una buena estrategia, destruirlo para forzarte a vender —conjeturó.

—Ese hombre está muy chocado contigo —añadió Álex.

—¿Y para qué va a querer un viñedo quemado? —inquirí sin acabar de creerme sus insinuaciones.

Tomás apoyó las manos sobre las caderas.

—Todos los bodegueros saben que de aquí sale la mejor uva. Este lugar tiene un microclima especial.

—Pues algo debo de estar haciendo mal porque las últimas cosechas han sido desastrosas.

—Menos abundantes, sí, pero la calidad de la uva es superior, no lo olvides.

—Pensad un momento —les propuse intentando aportar una dosis de cordura—. Ya habéis visto lo que ha hecho Gelabert con Los Vientos; primero parecía haberla abandonado, después la fumigó...

—Y ahora tiene unas uvas enormes —terminó Enrique.

—Sí, pero a base de una fertilización desproporcionada —indiqué.

—Lo que tú quieras —intervino Tomás—, pero una gran producción, después de todo. ¿Crees que a ese imbécil le importa la agricultura ecológica? Su bodega es tan importante que vende cualquier porquería que tenga etiquetado su nombre. —Hizo una pausa para respirar hondo y aplacar su enojo. Luego añadió—: ¿Le has hablado de él a la Policía?

Lo miré estupefacta.

—Claro que no, hace falta algo más que suposiciones para denunciarlo.

—No decimos que lo denuncie —se apresuró a decir Álex—, solo que lo deje caer.

Lancé un suspiro malhumorado y volqué la mirada en Tomás. No deseaba seguir con ese tema.

—¿Cómo están las cosas? —pregunté temiendo la respuesta.

Noté que se ponía tenso.

—Una quinta parte se ha perdido. No es tanto como imaginamos, pero muchas uvas han quedado dañadas por el calor excesivo y la ceniza. Este año aprovecharemos la mitad de la cosecha.

Me llevé una mano a la frente para contener el sudor que empezaba a humedecerme la cara pese a la temperatura agradable de la bodega.

—La mitad de la producción... —murmuré sin mucho ánimo.

—Lo bueno es que no tendrás que contratar personal para la vendimia.

—Pero, de todas formas, nosotros solos tardaremos mucho en recoger la uva.

Tomás se rascó la frente, luego sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se lo pasó por la cara.

—No te preocupes por eso. Gloria y las chicas nos ayudarán.

No me sorprendió el ofrecimiento, y me fijé en que el rostro de Álex cambiaba de expresión y se le marcaban mucho las venas del cuello. ¿Estaría pensando en Cati?

Esa noche recibí una llamada de Nina. Deseaba saber cómo iba mi asunto con el corso e interesarse por las noticias que le habían llegado sobre el incendio. Le hice un resumen

telegráfico; estaba cansada e impaciente por meterme en la cama.

—Ha sido el destino —me dijo con gran entusiasmo—. Lo de Marco, no lo del incendio, eso ha sido una desgracia.

—Ya —dije, y bostecé.

—Y *ahorra*, por lo que más *quierras*, sé cálida y agradable con ese hombre. No sabes la suerte que has tenido. Que no se te escape...

—Que pase lo que tenga que pasar, Nina, no me gusta forzar las cosas.

—No tienes que forzar nada, solo muéstrate dispuesta y receptiva y, sobre todo, infórmame, que me tienes en ascuas.

—No te preocupes, yo te llamo si hay novedades. Ahora me voy a la cama, estoy muerta.

—Eso es por la tensión de estos días. Pero anímate, tal vez pronto no tengas que dormir sola...

Me despedí de ella antes de que me detallara cada una de las ventajas físicas y emocionales que supondría compartir la cama con alguien como Marco, y me fui a dormir con esa imagen en la cabeza, lo cual me provocó insomnio durante la siguiente hora.

RECIPROCIDAD NEGATIVA

A finales de agosto Tomás se paseaba por las viñas cada dos o tres días con un aparato en la mano capaz de medir el índice de refracción de un fluido, aunque yo le atribuía diez o doce cualidades mágicas más, como si fuera la bola de una bruja. ¿Cómo iba a saber ese cacharro cuándo era el momento adecuado de recoger la uva?

Todos estábamos preparados para la vendimia, y cuando el olfato y el paladar de Tomás —junto con el refractómetro— dieron el visto bueno, comenzó la cosecha.

Nos reunimos en el viñedo a primera hora de la mañana, antes de que el sol despuntara en el horizonte; Tomás con su mujer Gloria y sus tres hijas: Cati y las mellizas Sara y Lucía, de dieciséis años; Álex con el camión y los pequeños contenedores, y Enrique y los otros dos trabajadores, que ya esperaban órdenes.

Álex estaba apoyado en el vehículo. Llevaba una camiseta que dejaba al descubierto sus brazos hasta los hombros, morenos y fibrosos. Me fijé en que Cati no le quitaba los ojos de encima desde la distancia. Eso me hizo sentir incómoda e imaginé que la chica iba a intentar aprovechar la coyuntura para acercarse a él.

Una preocupación más.

—Esta *tractomula* necesita una revisión, patrona, a poco y no consigo que arranque —dijo Álex mientras descargaba los contenedores.

—Pues tendrá que esperar.

Nos distribuimos por las líneas de vid, comenzando por el extremo más alejado de la parte quemada. Durante la semana anterior, Tomás había coordinado la tarea de limpieza y se había deshecho de las viñas y las uvas afectadas, así que solo quedaba recoger las que habían logrado salvarse del desastre.

La mañana era fresca, y había que aprovechar al máximo el tiempo antes de que el calor se volviera implacable. Estaba escuchando las instrucciones que Tomás daba a sus hijas sobre cómo debían cortar los racimos cuando reconocí el coche rojo de Virginia aproximándose por el camino polvoriento. No voy a negar que se me iluminó la cara cuando ella y los chicos se apearon del coche. Tres pares de manos más no eran nada desdeñables.

Me acerqué a ella con una expresión infinita de agradecimiento.

—¿Qué hacéis aquí? —Fue una pregunta tonta, lo sé, pero es de las que salen solas.

—Me han dicho que hay un loco que se pasea desnudo por tu viñedo y he venido a

comprobarlo —respondió con una sonrisa mientras se ponía unos guantes.

—Gracias, hermana —le dije, y la abracé—, sois más que bienvenidos.

Mis palabras sonaron como las de Aragorn agradeciendo la llegada de los elfos galadhrim a las puertas del Abismo de Helm.

Claro que yo no me enfrentaba a diez mil orcos y a Uruk -Hai sedientos de sangre humana.

Mi misión era más modesta.

Y mis recursos también.

Entre todos formamos un equipo entregado, familiar y eficiente, que me hizo darme cuenta de lo afortunada que era. Álex se encargó de asesorar a mis sobrinos y se mantuvo cerca de ellos.

Cortamos, apilamos, cargamos y condujimos el tractor hacia la bodega con la fruta rozagante. Trabajamos durante las horas más frescas del día para evitar que la uva llegara caliente a la bodega y más proclive a ser machacada.

El sector más joven perdía frecuentemente la concentración: Lucía miraba a Sergio; Sergio a Sara; Sara a Alberto; Alberto a Cati, y Cati a Álex. Mi viñedo se había convertido en un corazón gigante que exhalaba feromonas jóvenes y seductoras. Pero tan equivocadas como la comunicación química de las abejas después de haberse posado sobre unas coles fétidas.

Reciprocidad negativa, o nula, o como se llame.

Esa semana recibí dos nuevas cartas de Marco en las que, extrañado por no recibir noticias mías, me preguntaba si había ocurrido algo.

Claro que había ocurrido algo. Pero no quería decírselo porque: a) no deseaba darle pena, b) iba a quedar como una idiota sin seguro contra incendios, y c) ¿a quién le gusta mostrar los fracasos?

A pesar de todo, me dije que debía escribirle pronto. No se merecía lo que le estaba haciendo, por muy pocas ganas que tuviera de encarar el asunto.

Tres días más tarde, estaba descansando en el balancín de madera, esperando a que el sol dejara de ser una bola de fuego peligrosa para volver al viñedo, cuando sonó mi teléfono móvil. Miré la pantalla y vi que se trataba de un número oculto.

Algún cliente, pensé.

—Bodegas Galmes i Pont, buenas tardes —dije mientras me ponía de pie y caminaba descalza por el porche.

Virginia dormía la siesta en su cuarto, y los chicos habían desaparecido de mi vista.

—Alicia...

Supe al instante que era él. No solo por la forma de pronunciar mi nombre, sino también por la ansiedad contenida en la voz.

Noté un calor violento y sofocante en la cara. El sonido de su voz era dulce y era grave, era musical y era cálido, y no pude comprender cómo todo alrededor permanecía impasible. En mi imaginación, las palmeras hicieron una reverencia, el viento se detuvo para dejarme escuchar y hasta los pájaros escondidos entre los arbustos se quedaron mudos, atentos a la voz.

—¿Marco? —suspiré su nombre, o jadeé su nombre...

—Alicia... —Otra vez aquel sonido—. ¿Qué ocurre?

Intenté reaccionar y pensar con agilidad alguna respuesta. ¿Cómo habría conseguido mi número? ¡Qué tonta! Venía en la web de la bodega y en cualquier página de información.

—Sí, ha ocurrido algo —atiné a decir notando que me faltaba el aire.

—¿Es por mí?

—¡No! —me apresuré a responder—. Hemos tenido un incendio en el viñedo —confesé tratando de que mi voz no sonara derrotada.

Hubo unos instantes de silencio en los que fui consciente de los feroces golpes de mi corazón contra las costillas.

—Lo siento mucho —dijo al fin, y pude oír su respiración pausada.

Mientras le contaba los detalles, me preguntaba si él estaría analizando mi voz como yo hacía con la suya, si la encontraría agradable, si le gustaría mi forma de expresarme... Le hablé de la investigación que se estaba llevando a cabo, le puse al día de mi tensa relación con Gelabert e incluso le hice partícipe de nuestras sospechas. Él me escuchó sin interrupciones, y cuando por fin me quedé en silencio, preguntó:

—¿Han encontrado alguna prueba?

Marco tenía un acento extraño, suavizaba las erres a la francesa, pero su entonación era italiana. Jamás había oído semejante mezcla.

—Aún no sé nada.

Volvió a quedarse callado. El silencio me incomodó tanto que estaba a punto de soltar cualquier tontería cuando él volvió a hablar:

—¿El seguro te cubre los daños?

¡Mierda! Ahora me tocaba reconocer que no tenía ese seguro, y me sentí como una auténtica incompetente. Cuando terminé de explicárselo, escuché su respiración fuerte y profunda.

—Bueno, no podías prever que pasaría algo así —dijo tratando de reconfortarme.

Vaya, qué comprensivo. Habría dado cualquier cosa por saber lo que pensaba de verdad.

«Que eres una inepta», me susurró Dimitri desde muy lejos.

Bah, que pensara lo que le diera la gana. ¿Acaso podía hacer otra cosa?

—Te escribiré hoy mismo —le dije antes de despedirnos.

Lo oí reírse suavemente.

—Adiós, Alicia —dijo, y colgó.

Me desconcertó su despedida, y no supe qué hacer. Caminé unos pasos hacia un lado, me detuve y cambié de sentido. Mi cerebro estaba ocupado asimilando la llamada y no atendía a las demandas del resto de mi cuerpo, que actuaba descontrolado.

Sentí una mezcla extraña de emociones: alegría por su llamada y desconcierto por su despedida. No supe cómo interpretar sus dos últimas palabras y tuve la sensación de que me decía adiós para siempre.

UNA VIEJA VERRAQUERA

El resto de la tarde mis pies apenas tomaron contacto con la tierra ardiente del viñedo. No porque no estuviera allí, sino porque levitaba como un globo, henchida de ilusiones. La sensación inquietante, provocada por la extraña despedida de Marco, fue desapareciendo hasta extinguirse. Si me había llamado era porque le importaba, así que no tenía de qué preocuparme. Al contrario, me sentí entonces como si fuera un hada saltando de flor en flor con su varita cargada de deseos, dejando a cada salto una estela de color y muchos globos con forma de corazones.

«Buaj, qué cursi. ¿En qué te estás convirtiendo?», se mofó Dimitri.

Tenía razón.

«Acabarás poniéndoles lazos rosas a los repollos», apostilló.

«Que sean morados —intervino Natasha—, combinan mejor con el verde.»

En mi cabeza comenzaba a sobrar gente.

Durante los días siguientes, las carretillas y tinajas llenas de racimos de uva se cargaban en el camión con la rapidez y el cuidado adecuado para que no sufrieran ningún daño. Utilizábamos contenedores pequeños y no demasiado profundos, eran fáciles de manejar y la fruta no corría el riesgo de machacarse por su propio peso.

Gloria tuvo una bajada de tensión y se sintió mareada. Tomás decidió llevarla a casa y, durante su ausencia, Cati se acercó a hablar con Álex.

Desde mi posición no pude oír lo que decían, pero la incomodidad de Álex era evidente. Lo noté en sus movimientos, en la postura tensa de su cuerpo y en que apenas se atrevía a mirarla a la cara.

Esa misma tarde, aprovechando que estaba a mi lado haciendo un pequeño descanso bajo la sombra de un árbol, le pregunté por el motivo de su ceño fruncido.

Movió la cabeza negando sin hablar, chascó la lengua y al fin dijo:

—Es por Cati. Se pasó toda la mañana echándome gafa, y después me buscó para hablar.

—Ya lo he visto. Tomás debe de ser el único que no se ha dado cuenta.

Se despejó el pelo de la frente, húmeda por el sudor.

—Me ha dicho que se acuerda de cuando jugábamos y...

—¿Y?

—Y que me echa de menos.

—Es normal.

—Me dio su número de teléfono. Dijo que le gustaría que saliéramos alguna vez, como amigos. Me he puesto nervioso y todo. Apenas es una peladita, pero, carajo, ya sabe mirar como una mujer.

Para tener diecisiete años, Cati era bastante lista, y también extremadamente decidida.

—Y tú ¿qué piensas?

—Que ya no estamos chiquitos para jugar. Y que, si se entera Tomás, es capaz de colgarme de los huevos.

Me dio la risa, pero se me cortó de golpe porque estaba segura de que Tomás sería capaz de hacerlo.

—Odio los prejuicios —murmuré.

—Tiene motivos.

—Si te conociera bien... Además, no puede evitar que seáis amigos.

Me miró de reojo.

—Patrona, puede que yo sea un pelado sin estudios y muchas otras cosas, pero sé cuándo una vieja quiere ser mi amiga o...

No llegó a terminar la frase, y yo no quise pronunciar en voz alta sus pensamientos. No deseaba inmiscuirme en una relación que podía tener fatales consecuencias.

—¿Qué harás? ¿La llamarás?

Resopló.

—Ay, carajo, no sé.

Intenté cambiar de tema para animarlo:

—¿Nadie te ha dicho que a las mujeres de aquí no nos gusta que nos llamen viejas?

—No —dijo con los ojos muy abiertos.

—Pues ya lo sabes.

—¡Ahijuelita! Es nuestra forma de hablar. Pero fíjese que, si me oyeran ahoritica en mi barrio de la Comuna 13 San Javier, ni me reconocerían.

—Cuando te fuiste ni siquiera tenías acento, y escúchate ahora, pareces un personaje de culebrón.

—Tan chistosa... ¿Fue que tomó caldo de payasito esta mañana?

—Al menos he conseguido que te rías. Además, no deberías pavonear tus músculos por los viñedos en medio de tantas adolescentes.

—Yo no me pavoneo...

—Claro que lo haces, y te echas el pelo hacia atrás con ese gesto tuyo tan sugerente...

Volvió a mirarme con expresión pasmada.

—¿Se está riendo de mí, patrona?

Se me escapó la risa.

—Un poco.

—Es usted una vieja verraquera —dijo entrecerrando los ojos oscuros. Luego se quedó pensativo, con la cabeza agachada y la mirada extraviada en la tierra polvorienta. Un instante

después me miró con curiosidad—. ¿Cómo va lo suyo con el extranjero?

Me traicionó una risita.

—Me ha llamado.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí y no. He escuchado su voz, me ha gustado mucho, pero se ha despedido de una forma fría.

—¿Cómo de fría?

Le expliqué lo que había sucedido y se quedó callado.

—¿Qué opinas? —le pregunté, y observé con desánimo su ceño fruncido.

—Es como si quisiera confundirla.

—¿Y por qué querría hacer eso?

Se encogió de hombros.

—Encima no me ha vuelto a escribir.

Álex apretó los labios y contuvo una risotada. Pero finalmente no aguantó más y explotó:

—Estamos salaos, patrona —dijo entre risotadas.

—¿Salaos?

—Sí, vieja, estamos jodidos.

Le di con el puño en el hombro.

—¡Ay! —se quejó sin dejar de reír.

—¡Que no me llames vieja!

Me contagié de su risa y llamamos la atención de Tomás, que en esos momentos pasaba cerca.

—¿Cómo está Gloria? —le pregunté alzando la voz.

—Mucho mejor —dijo escueto—. Es la falta de costumbre.

—Dile que no es necesario que vuelva. Somos suficientes.

Hizo un gesto afirmativo y siguió su camino.

—Tomás piensa que intento ligar con usted —me dijo Álex.

—Sí, algo he oído.

Volvimos a reírnos a carcajadas.

Cada noche me acostaba con la espalda tan dolorida que creía que al día siguiente no podría levantarme. Pero al llegar la mañana mi cuerpo apenas se resentía del esfuerzo del día anterior. No le sucedió así a Virginia, poco acostumbrada al trabajo en el campo, y más de un día tuvo que quedarse en casa haciendo reposo por culpa de una molesta lumbalgia que luego arrastraba hasta la cocina de su restaurante.

Los más jóvenes resistían las jornadas con estoicismo y la energía propia de su edad, entre bromas y juegos que hicieron de esta vendimia la más alegre y divertida de cuantas recuerdo.

Tan solo Álex no parecía estar de buen humor.

Tres semanas más tarde, toda la uva estaba en la bodega, y nuestro trabajo se trasladó de lugar. Había que eliminar el raspón, la estructura vegetal de la uva, y para ello disponíamos de

una despalilladora que desgranaba el fruto de una forma delicada, sin deteriorarlo o romperlo. Después, el estrujado convertía la uva en una pasta que era enviada a través de bombas de vendimia a los depósitos donde comenzaba la fermentación.

Cati no había vuelto a acercarse a Álex; no tuvo oportunidad de hacerlo con su padre cerca, y me constaba que Álex no la había llamado.

Yo seguía sin tener noticias de Marco, y hasta le envié una carta preguntando si había cambiado algo y si su llamada había significado una despedida. Puede que hubiera sido muy directa, pero a estas alturas de mi vida no pensaba andarme con rodeos.

No obtuve ninguna respuesta.

Comencé a pensar que nuestra incipiente historia se había terminado cuando apenas acababa de nacer. Mi ánimo se resquebrajó y, para no darle más vueltas, me dediqué a recoger y limpiar todos los equipos de transporte de la uva; una tarea que me mantuvo ocupada varios días. Después me refugié en la bodega y ayudé a Tomás en los controles de fermentación.

Me pasaba el día ensimismada, tratando de descifrar las últimas palabras de Marco, su forma tan fría de despedirse.

Dimitri, el del pensamiento analítico, le hizo una autopsia integral al tono de su voz y a la cadencia con que había pronunciado aquellas pocas palabras; dos, para ser exactos: «Adiós, Alicia».

«Si analizamos el tono y la emoción de la voz y los patrones previos de habla/silencio para medir el nivel de emoción/satisfacción del individuo, podemos establecer que su actitud revela indicios preocupantes con el claro objetivo de lograr incomodar y/o perjudicar al oyente.»

«Paparruchas —intervino Natasha—. Su voz era cálida, seductora, conmovedora y sexi.»

«Patética.»

«¡Carámbano!»

Me olvidé de esos dos y me centré en el trabajo. Pero Tomás advirtió mi estado alelado y me lanzaba miradas preocupadas. Con mucha mano izquierda, no dejó que me acercara demasiado a los contenedores de fermentación, en los que se efectuaban cada día dos mediciones del valor de densidad y temperatura para el control exhaustivo del estado del mosto. Creo que tenía miedo de que acabara estropeando algo. De modo que no tenía mucha tarea. Era la temporada en que algunas bodegas aprovechaban para tomarse unos días de descanso. Yo nunca lo hacía, no quería irme de vacaciones, tampoco me sobraba el dinero, y lo único que me permitía era ir de vez en cuando a la playa con Virginia.

Al final de cada día, cuando el sol se desplomaba en el horizonte y creaba un escenario asombroso, me sentaba a la mesa de mármol, bajo las palmeras, con una ensalada y una lata de cerveza. La temperatura era perfecta, el marco de fondo que ofrecía La Rodona, nuestra finca de dimensiones redondeadas, extraordinario. El sol caía lentamente sobre el valle de lomas suaves, de encinas y acebuches. Las viñas reflejaban los tonos brillantes de un sol que estallaba en mil colores antes de hundirse definitivamente en el oeste, antes de desaparecer hasta extinguirse. Después solo quedaba ese instante mágico, con el cielo teñido de rojos y anaranjados esperando la llegada de la noche.

ADIVINA QUIÉN VIENE

La mañana siguiente la pasé en la bodega, acompañando a Enrique y a Tomás, pero sin intervenir en su trabajo. Me sentía inútil. En la elaboración de un vino ecológico como el nuestro, en el que en las fases previas se han empleado bajas cantidades de aditivos y conservantes, la posibilidad de pérdida de calidad era elevada, así que ni se me ocurría inmiscuirme en las valoraciones analíticas del vino en proceso. Mis conocimientos sobre la materia no se habían desarrollado tanto.

Ni lo harían nunca.

Virginia volvía a disfrutar de sus hijos en Alcudia el tiempo que le correspondía, y tardaría unos días en hacerme una visita. Esa noche me quedé dormida en el sofá viendo la tele, con Milo descansando no muy lejos, en su cojín favorito, el que solo usaba cuando yo no le dejaba subirse al sofá.

Me despertó el sonido del teléfono. Di un salto al tiempo que Milo se arrojaba fuera de su cojín y busqué el aparato guiada por el sonido insistente. «¿Quién será?», me dije. Miré el reloj; era cerca de la medianoche.

Encontré el teléfono sobre la encimera de la cocina, lo agarré y traté de averiguar quién me llamaba a aquellas horas. «Número oculto», leí, e inmediatamente pensé en Marco. Antes de responder, corrí hacia la puerta y salí al porche; de repente necesitaba que me diera el fresco. Me senté en el peldaño, aspiré profundamente el aire limpio de la noche y le di al botón verde.

—¿Diga?

Vi que Milo pasaba a mi lado y echaba a correr hasta perderse en la oscuridad.

—Hola, Alicia. —Oí la voz de Marco al otro lado del teléfono.

Si pensaba despedirse de mí para siempre, al menos podía haber puesto una voz menos sensual. Uno no utiliza el mismo tono de voz para quitarse a alguien de encima —aunque sea por teléfono— que para enamorarlo. Cuando Virginia trabajaba como agente inmobiliario hizo un breve curso de locución donde le enseñaron a utilizar los distintos tonos de voz para ser más productiva en las ventas. Recuerdo que uno de los ejercicios consistía en leer un texto cualquiera transmitiendo cada vez una emoción diferente. Ella había escogido el obituario de un periódico y su primer reto consistía en leer una esquela como si fuese un texto graciosísimo, lo cual produjo una impresión muy rara. Pero la cosa no se quedaba ahí. Luego Virginia leyó la nota necrológica como si estuviera enfadada, muy enfadada, y eso casi llegó a ser una experiencia traumática.

De esas prácticas yo también extraje mis propias conclusiones. Y ahora, pensando en ello, estaba casi segura de que, por el tono de su voz, Marco no quería despedirse de mí para siempre.

—Hola, Marco. —Traté de aparentar frialdad—. No esperaba tu llamada.

—¿Por qué no?

—La última vez que hablamos tuve la impresión de que no volvería a saber más de ti.

Primera dosis de sinceridad.

—A veces soy un poco seco. *Excusez-moi*.

—Tampoco me has escrito...

Segunda dosis de sinceridad.

—No más cartas, restan espontaneidad a los pensamientos.

—¿Quieres decir que ahora hablaremos por teléfono?

—Si no te importa...

—No me importa.

—Aunque tal vez... —Se quedó callado y yo esperé con impaciencia—. Tal vez podríamos vernos.

Sentí un vértigo en la boca del estómago.

—¿Vernos? ¿Dónde?

—Dispongo de cuatro días.

Un murmullo de ansiedad me recorrió el cuerpo, de norte a sur y de este a oeste, y se concentró después en la boca de mi estómago en forma de agujero negro, que absorbió mi entereza y la centrifugó hasta catapultarla a otra dimensión —o espacio temporal— girando a una velocidad de 1150 veces por segundo. No es que no me sedujera la idea de ver a Marco, al contrario, es solo que me había pillado desprevenida.

—¿Vendrías aquí?

—Solo si tú quieres.

—Bueno, así de pronto...

—¿Te parece precipitado?

—Un poco. —En realidad, era muy precipitado—: ¿Y cuándo...?

—Mañana.

—¡Mañana!

Eso no era precipitado, ¡era inminente!

—¿Algún problema?

—No..., pero...

—Solo necesito saber si tú también quieres verme.

—Bueno, sí, claro, será interesante conocernos.

—¿Interesante?

Escuché un sonido de disgusto y busqué una palabra más acertada.

—Emocionante, será emocionante.

—Mucho mejor.

Permanecimos unos incómodos segundos en silencio. La verdad es que me moría de ganas de conocerlo, pero necesitaba hacerme a la idea de que sería tan pronto. Al final pregunté:

—¿Quieres...? ¿Necesitas que vaya a buscarte... al aeropuerto?

—No.

—Sabes que vivo en medio del campo, ¿quieres que te dé alguna indicación?

—No es necesario.

—¿Y a qué hora crees que llegarás?

—Posiblemente a media tarde.

—¿Tú no duermes? Aquí es tarde y en tu isla también. Podías haberme llamado por la mañana.

—No duermo mucho. En realidad, pensaba darte una sorpresa, pero no sabía cómo reaccionarías.

—¿Ibas a venir sin avisarme?

—Sí.

Pero ¿qué le pasaba a este hombre?

—Eres un poco imprevisible, Marco.

Oí su risa al otro lado.

No quise hacer más preguntas, por muy extraño que me resultara todo. Tan extraño que me habría sorprendido menos si me hubieran dicho que el hombre acababa de aterrizar en Marte, o de amartizar, o como se diga.

—Tengo muchas ganas de estar ahí, Alicia.

—Ya —fue lo único que atiné a decir.

—Que descanses —dijo antes de despedirse.

¿Descansar? ¿Sabiendo que vendría al día siguiente? ¿En serio?

No pegaría ojo en toda la noche, estaba segura.

Mi primer impulso fue llamar a Nina. No me importaba que fuera tarde, ella me había metido en este lío y tendría que escucharme.

Volví a coger el teléfono y marqué su número.

—¿Diga? —dijo una voz somnolienta.

—¡Va a venir!

—¿Quién llama?

—¡Despierta, Nina! Soy Alicia.

Exclamó algo en ruso que no sonó muy amable.

—¿Qué *quierres*, Alicia? ¿Quién va a venir?

—El corso.

—¿Marco?

—¿Conoces algún otro corso?

—*Da*. —Esto quería decir sí.

—Acaba de llamarme para decir que viene mañana.

La oí bostezar.

—Genial, ¿no?

—Nada de genial, casi no nos conocemos.

—Pues por eso viene.

—¿Y qué hago?

—¡Disfruta, mujer! ¿Dónde está el problema? Un hombre guapo viene mañana a tu casa.

—¿Y si es un psicópata?

Se le escaparon unas carcajadas.

—Marco no es un psicópata, es de fiar, créeme.

—Oye, Nina, ¿sabes algo que yo no sepa?

Comenzó a balbucir de forma incomprensible.

—¡Nina!

—Tenemos un amigo en común.

—¿Tienes un amigo que conoce a Marco?

—Se podría decir así.

—¿También es corso?

—Ajá.

—¡Joder, Nina! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Creerías que había amañado lo vuestro.

—¿Y lo hiciste?

Silencio al otro lado.

—¡Lo hiciste!

—Un poquito.

Respiré profundamente antes de volver a hablar:

—Está bien —dije más para mí que para ella—. Explícame eso.

—*¿Ahorra?* Es tarde y mañana tendré *ojerras* si no duermo.

—Y si no hablas, iré a tu casa y te meteré los dedos en tus azules ojos rusos.

—No hay mucho que contar. Hace unos años conocí a Bastien en Marbella. Él y su padre tienen una casita allí. Tuvimos un lío. La cosa no cuajó, pero seguimos siendo amigos y hablamos de vez en cuando. Un día, comentando cosas sobre mi trabajo, le hablé de ti, de tus viñas, de tu soledad...

—¡Coño, Nina! ¿Le contaste esas cosas?

—Él no te conocía, ¿qué más daba? Entonces me habló de Marco, un íntimo amigo suyo que a veces se venía con ellos a Marbella... El resto ya lo sabes.

—O sea que Marco no buscaba pareja en una página de contactos.

—*Nyet*.

—Claro... —Me quedé pensando un momento—. Era extraño que alguien como él...

—Vimos que *erra* perfecto para ti, y cuando Bastien le enseñó tu foto le gustaste mucho. Entonces el propio Marco me envió toda la información necesaria.

—Me siento engañada, Nina.

—No exageres. Y no vayas a tirar por la borda lo que habéis conseguido en estos meses. Le *interresas* realmente, Bastien me lo dijo, así que olvida cómo os habéis conocido y *mirra* hacia adelante.

—Ya —dije un tanto abatida—. ¿Me has engañado en algo más?

—¡No! Y *engañar* es una palabra fea. Si te *hubierra* dicho que había un tipo en Córcega que

deseaba conocerte, jamás le habrías dado una oportunidad. Pero cuando leíste la información sobre él tú misma te diste cuenta de que además de guapo era ideal para ti. Todo lo que dicen esos papeles es cierto.

—Nina, mañana tendré a la puerta de mi casa a un hombre al que apenas conozco y que me ha mentido para conocerme.

—Piensa, Alicia, ¿te ha mentido?

Repasé sus cartas mentalmente, y la verdad es que no encontraba ningún dato que pudiera resultar falso.

Suspiré hondo.

—¿De verdad es de fiar?

—Mi amigo pondría la mano en el fuego por él.

—Sigo pensando que debiste contármelo.

—Oye, tengo la conciencia tranquila. Mi trabajo es unir a gente que busca *parreja* y que sean compatibles. ¿Qué os pasa a las españolas con los *extranjerros*? Tengo a un millón de compatriotas deseando casarse con un español.

—Yo no soy rusa, joder, Nina.

—No encontrarás a nadie más perfecto para ti que Marco. Y lo sabes.

—Creo que mañana no estaré de muy buen talante para recibirlo.

—Alicia, Marco no te ha engañado, en todo caso hemos sido Bastien y yo, pero él está al margen, recuérdalo.

Cuando colgué el teléfono me sentí abatida. Antes pensaba que estábamos en igualdad de condiciones, pero ahora todo había cambiado.

Sin soltar el teléfono marqué el número de Virginia.

—¿Qué pasa, Ali? ¿Estás bien?

—Ya sé que es tarde, lo siento.

—No pasa nada, acabo de llegar a casa. Iba a darme una ducha. Me huele el pelo a coliflor.

—Necesito que vengas mañana.

—¿Algún problema?

—Ya lo creo —dije con la voz floja.

—Vamos, habla —me acució con impaciencia.

—Se trata de Marco.

—¿El corso?

—¡Sí, el corso! ¿Quién si no?

—¿Qué pasa con él? ¿Te está acosando? Ya te dije que dejaras de escribirle.

—No es eso. —A ver cómo le explicaba que estaba en camino—. Mañana estará aquí —le solté, no tenía tiempo para sutilezas.

Y su efecto fue el previsto.

—¿Cómo que aquí? ¿Aquí en este planeta? ¿Aquí en esta galaxia?

—Aquí en La Rodona.

—¡Mierda, Ali! ¿Estás loca? ¡Dile que no venga! ¡No lo conocemos!

—Nina dice que es de fiar.

—Tal vez sea ella quien no es de fiar. Nunca me gustó esa rusa, viste como una puta en Carnaval, y ¡mira en qué lío te ha metido!

—Marco ha llamado hace un rato y me ha dicho que llegará a media tarde. No quiero estar sola cuando llegue, Virginia.

—Y no lo estarás. ¿Por qué demonios no le dijiste que no viniera?

—No pude...

La oí resoplar.

—En el fondo estás deseando conocerlo, ¿verdad?

—No voy a negarlo, pero era lo último que esperaba. Tal vez si hubiéramos planificado un encuentro entre los dos... Pero ha sido decisión suya y yo...

—Bueno, tranquilízate. Le diré a Raúl que se quede con los chicos durante un par de días. ¿Te ha dicho cuánto tiempo piensa quedarse?

—Tiene cuatro días libres.

—¡Joder con el corso! Cuatro días. Bien, ahora acuéstate e intenta dormir.

—Hasta mañana.

¡SEXOSEXOSEXO!

Tratar de dormir en semejante estado de alteración supuso un reto tan imposible como si me hubiera propuesto averiguar cuánto pesa el alma. Me pasé la noche en vela y solo logré dormir durante tres horas al llegar el alba. Cuando desperté, pasadas las nueve, el recuerdo de la conversación con Marco me espabiló de repente. Salté de la cama y me preparé para enfrentarme a la situación. Tenía que hacer una lista para organizarlo todo y que no se me olvidara nada. Tomé un boli y una hoja y anoté:

1. *Recoger la casa y preparar la habitación de invitados.*
2. *Cambiar las sábanas de mi cama, solo por si acaso.*
3. *Retirar de mi cuarto las fotografías de Alfredo, también por si acaso.*
4. *Someter mi cuerpo a una depilación integral, por lo mismo que los dos puntos anteriores.*
5. *Tener unos preservativos a mano...*

«¿Alguien ha dicho preservativos? —Natasha se despertó de repente—. ¡Sí! ¡Sexo! ¡Sexo! ¡Sexo!»

Me quedé pensando dónde podría comprarlos.

«Tendrías que buscar una farmacia —me indicó Dimitri—. Y entre la ida y la vuelta perderías mucho tiempo. De modo que ojalá él sea más previsor. Además, deberías esperar a verlo antes de asumir que tendréis sexo, es una cuestión de lógica elemental.»

Tal vez, pero me sorprendí a mí misma pensando que, si Marco era la mitad de lo que parecía ser, casi seguro que acabábamos en la cama. Después de todo, el sexo es una parte fundamental para conocer a otra persona. Lo segundo que pensé fue que, aunque tan solo fuera una sombra de lo que parecía ser, seguramente acabaríamos en la cama de todas formas.

«¡Sexo! ¡Sexo! ¡Sexo!»

«Casquivana», gruñó Dimitri.

«¡Cara de nuez!»

«Idiota, tú eres la mitad de la nuez.»

Por la mañana pasé el aspirador y limpié el polvo. Era una casa grande, aunque yo solo usaba la cocina, el salón y el dormitorio con mi baño. Virginia se ocupaba de su propio espacio, pero La Rodona contaba con otras cuatro habitaciones amplias que permanecían cerradas, con los muebles cubiertos con sábanas viejas.

Decidí que Marco se instalara en la habitación de la planta baja, porque era la que quedaba

más retirada de las nuestras, en el piso de arriba. No era una cuestión de desconfianza, o tal vez sí. Me sentía confusa y bastante incómoda, por muchas ganas que tuviera de conocerlo.

Dimitri, más racional y susceptible, me dio un puntapié en la espinilla.

«Mándalo a un hotel.»

Natasha, mi lado más sensible y necesitado de un hombre, le respondió veloz:

«¡Ja!»

Le hice una limpieza exhaustiva al dormitorio, dejé que se aireara toda la mañana e incluso coloqué un jarrón con flores sobre la cómoda. Quedé satisfecha con el resultado y decidí acercarme a los viñedos hasta la hora de comer. Necesitaba distraerme un rato hasta que llegara Virginia.

Encontré a Enrique arando el terreno alrededor de algunas plantas, una tarea que se lleva a cabo nada más terminar la vendimia, antes de la caída de las hojas. Entonces se comprueba el vigor de cada vid y, si hace falta, se abona.

Me saludó con un gesto de cabeza. Enrique no era muy hablador y siempre había mantenido conmigo el distanciamiento propio entre jefe y empleado. Yo había intentado que adoptara posturas más relajadas, pero no lo había conseguido.

—¿Cómo están las plantas? —le pregunté.

Torció el gesto antes de contestar:

—No lo sé. Parece que este año están más flojas de lo normal.

—¿Les habrá afectado el incendio?

—Es posible, pero yo de eso no sé mucho. Lo único que podemos hacer es abonar las más débiles y esperar que recuperen fuerzas.

—¿Y si no se recuperan? ¿Tendré que sustituirlas?

—Es posible.

Lo miré con gesto pesaroso. Su rostro moreno, aún más ennegrecido por los efectos del sol, dejaba a la vista unas marcadas arrugas alrededor de los ojos y en la frente. Siempre se quitaba el sombrero de paja cada vez que yo me acercaba, y si lo veía en la distancia, hacía el gesto sin llegar a quitárselo.

Seguí mi camino cabizbaja y pensativa. No podía permitirme perder más plantas. Si seguía así, los beneficios de la cosecha no alcanzarían para cubrir gastos. Y entonces tendría que hacer algo para garantizar la continuidad de la bodega.

Pero ¿qué?

La única solución sería deshacerme de alguna hectárea que me permitiera reactivar la economía. Pensé de pronto en Gelabert. ¿Habría sido él el causante del incendio? Aún no había recibido el informe de la Policía científica y tampoco sabía si estaban haciendo algo para esclarecer lo sucedido. Me dije que debía llamar al sargento para enterarme.

Cuando me quise dar cuenta, había llegado a la zona quemada, ahora limpia de restos carbonizados. Me quedé observando la tierra desolada que había sido arada y preparada para recibir a las nuevas plantas a finales del otoño, durante la parada vegetativa.

Sentí rabia. Si era verdad que había sido provocado, quería encontrar al responsable.

Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no me di cuenta de que alguien me

llamaba. Hasta que me pusieron una mano en el hombro.

Me di la vuelta sobresaltada. Era Tomás.

—Perdona, no quería asustarte.

Volví la mirada hacia el terruño devastado.

—Qué tristeza verlo así, ¿verdad?

Me pasó una mano por el hombro y me obligó a darme la vuelta.

—No lo mires más, no sirve de nada. Dentro de poco será otra vez un viñedo lleno de vida.

—Dentro de unos cuantos años.

—No tantos, no seas pesimista.

—Creo que no saldré de esta, Tomás.

—No digas eso, y no adelantes acontecimientos.

Caminamos uno al lado del otro en dirección a las viñas sanas.

—¿No está Cati contigo? —me preguntó—. La dejé en tu casa hace una hora.

No supe qué decir, porque no la había visto, pero sentí la necesidad de escudarla frente a su padre, aunque ello me obligaba a mentirle, y eso no me gustaba.

—Se ha quedado enredando con Milo, dice que ya ha tenido bastante viñedo durante la vendimia.

Tomás meneó la cabeza.

—Estos jóvenes...

Empecé a preocuparme. No había visto a Cati en toda la mañana y no sabía dónde podría estar.

Aunque tenía una ligera sospecha.

Me despedí de Tomás e hice el camino de vuelta lo más rápido que pude, con un presentimiento que se hacía cada vez más incómodo.

Llegué sin aliento y vi a Milo sentado frente a la puerta cerrada de la bodega, con gesto frustrado por no poder entrar. Sin embargo, movía la cola como si esperara que alguien saliera de allí.

Me acerqué a toda prisa, entré con sigilo y recorrí las salas de vinificación sin hacer ruido; primero la del vino tinto y luego la del blanco, pero no vi a nadie. Entonces entré en la sala de barricas.

Todo parecía tranquilo. Iba a dar media vuelta para marcharme cuando oí un suave jadeo, y luego otro, y un tercero. Guiada por el sonido y previendo que lo que encontraría no me iba a gustar, rodeé la primera fila de contenedores de roble y hallé lo que buscaba.

—¡Cati! ¡Álex!

Los dos dieron un salto. Se estaban besando. Cati rodeaba el cuello de Álex con los brazos y él la sujetaba por la cintura. Se separaron al instante y di gracias al cielo por haber sido yo quien los encontrara.

—¡¿Estáis locos?!

—Ha sido culpa mía —dijo Álex consternado.

—No es verdad, ha sido culpa mía. —Cati agachó la cabeza completamente ruborizada—. Yo... venía a hablar contigo, pero entonces vi a Álex en la bodega y...

—No importa quién sea el responsable —le dije demostrando mi enfado—, pero imagina por un segundo que os hubiera pillado tu padre. A ti no te dejaría volver a La Rodona, y a ti... —dije aniquilando a Álex con la mirada.

El rubor en el rostro de Cati se esfumó como si no le quedara sangre en las venas. Palideció hasta el punto que creí que se desplomaría allí mismo.

—No le dirás nada, ¿verdad?

—Acabo de verlo en los viñedos, y he tenido que mentirle cuando me ha preguntado por ti. ¿Cómo se te ocurre?

Vi que estaba a punto de echarse a llorar e intenté calmarla.

—Está bien —dije más tranquila—. Ya hablaremos. Ahora salid de aquí, tu padre puede volver en cualquier momento.

Di media vuelta y deshice mis pasos hasta la puerta esperando que ellos me siguieran. Milo continuaba apostado en el mismo lugar, tal vez albergando la idea de que Cati jugara un rato con él, como solía hacer cuando venía a casa.

«Vas listo —pensé—. Ha descubierto un juguete más interesante.»

Caminé hasta la casa y me detuve en el porche. Volví la mirada hacia la bodega y vigilé la puerta, impaciente por verlos salir. ¿A qué estaban esperando? Comencé a temer la posibilidad de que alguien más los viera, y cuando me disponía a regresar para sacarlos de allí tirándoles de las orejas, descubrí a Tomás acercándose por el camino.

Mi primer impulso fue correr y avisarlos; me daría tiempo. Sin embargo, Tomás vería mi movimiento, y lo que menos deseaba era hacerme cómplice del comportamiento de los chicos. Pensé con rapidez una segunda alternativa y mi mano buscó el teléfono móvil en el bolsillo del pantalón. Pero no lo llevaba encima.

La única opción era avisarlos para que se mantuvieran escondidos en la sala de barricas. Él no tenía nada que hacer allí, de modo que si entraba en la bodega no iría más allá de las sa-las de vinificación.

Entré en casa y busqué el teléfono. Había olvidado dónde lo había dejado. Nerviosa, me detuve a repasar mi recorrido por la casa durante la mañana.

Me dirigí a la habitación que había preparado para Marco y lo encontré encima de la cómoda, al lado del jarrón con flores. Lo cogí con urgencia y me dirigí a la ventana de la cocina; desde allí podía ver la entrada de la bodega.

Entonces busqué a Álex en mi lista de contactos. Pero fue demasiado tarde.

Salieron juntos y se encontraron con Tomás a escasos metros. Este se detuvo en seco y se los quedó mirando. Pude intuir en la distancia su expresión desconcertada. Me apresuré a salir al porche y me quedé allí, atenta al cariz que pudieran tomar los acontecimientos. Tal vez Tomás no sospechara nada, Cati nunca le había dado motivos para ello.

Desde mi posición, no llegué a escuchar lo que decían, pero no me hizo falta. Tomás se lanzó sobre Álex y descargó un puño sobre su cara. Este se tambaleó, pero no llegó a caer. Cati dio un grito y yo corrí hacia allí para evitar males mayores.

Tomás se disponía a cargar de nuevo contra Álex, pero, antes de que lo hiciera, lancé un grito y conseguí detenerlo:

—¡Basta!

Llegué hasta ellos sofocada por la carrera. Cati lloriqueaba y trataba de sujetar a su padre por un brazo mientras este zarandeaba a Álex, que se dejaba agitar como un muñeco, sin hacer nada para defenderse. Era obvio que, si hubiera querido, Tomás no habría logrado tocarlo. Álex era un chico delgado, pero alto y con brazos fuertes. Me había contado que los años pasados en Medellín lo habían convertido en una máquina de supervivencia. Las peleas eran frecuentes en su barrio, y no solo eran puños las armas utilizadas en esas reyertas.

—¿Tú lo sabías? —me preguntó Tomás después de soltar a Álex con un gesto brusco.

—Ella no sabía nada, papá. Lo juro —intervino Cati.

—Esto es excesivo, Tomás. No quiero peleas en La Rodona.

—Y yo no quiero que él se acerque a mi hija.

—¡He sido yo, papá! Yo he ido a buscarlo...

Por la expresión de Tomás, pensé que también la golpearía. Sin embargo, se contuvo.

Yo sabía que Cati era joven e impulsiva, pero no le conocía ese valor. Había asumido toda la responsabilidad, y esa actitud era la más justa para Álex. Vi que él iba a decir algo para defenderla, pero se amedrentó ante mi mirada ceñuda. Si hablaba, no sería Tomás quien lo colgara de sus partes nobles. Yo misma lo haría.

—Si te vuelvo a ver cerca de ella, no respondo —le espetó Tomás.

Sujetó a su hija por el brazo y los dos se dirigieron al aparcamiento en la parte trasera de la casa.

Cuando estuvieron lo bastante lejos, me encaré con Álex:

—¿A ti qué te pasa? ¿Quieres que Tomás te parta todas las costillas?

—Todavía está fuerte, el viejo —dijo limpiándose la sangre que se le escapaba de la ceja izquierda—. Me rompió la jeta del traque reaspero que me metió.

El ojo comenzaba a parecerse a una berenjena.

—Anda, ven a casa. Te limpiaré esa herida.

Me puse en camino y me di cuenta de que no me seguía.

—¡Vamos! —insistí.

Me siguió sin protestar y lo envié directo al baño.

—Lávate con jabón. —Me agaché y saqué del pequeño armario, bajo el lavabo, una toalla limpia—. Cuando acabes, ven a la cocina.

Fui a buscar el botiquín a la bodega y, cuando regresé, Álex ya estaba en la cocina apretando un trozo de papel higiénico contra la herida para contener la sangre que no dejaba de manar.

Abrí el botiquín y extraje una gasa de su envoltorio, la empapé de desinfectante y le ordené que apartara la mano.

—¡Ay! —se quejó cuando presioné la herida.

—Me alegro de que te duela. ¡Te lo mereces! —Lo oí chascar la lengua y resoplar—. Imagina lo que va a ser trabajar con Tomás a partir de ahora. No querrá tenerte cerca.

Agachó la cabeza y guardó silencio. Le coloqué un pequeño apósito sobre la ceja y luego abrí la puerta del congelador. Extraje una bolsa con cubitos de hielo y volqué unos pocos sobre un trapo limpio.

—Toma —dije arrimando el trapo a su ojo—. Sujétate esto antes de que se te ponga cara de chino.

—¡Ay! —Volvió a quejarse al notar el hielo sobre su ojo morado—. Dudo que pareciese chino. Soy demasiado alto.

—No seas presumido.

Sonrió y luego suspiró, y yo me di la vuelta para tirar a la basura el trozo de papel impregnado de su sangre.

—No pensaba que Cati llegaría tan lejos... —dijo.

—Yo sí lo sabía —le respondí—, y ahora creo que debí prevenirte.

—¿Lo sabía?

—Sí, pero en el fondo nunca pensé que se atrevería.

—Siempre la he pensado mucho.

—¿Qué quieres decir?

Guiñó el ojo sano en un acto reflejo y se retiró un momento el trapo.

—Que a veces todavía pienso en ella.

—¡Para! —le dije—. No sé si quiero saberlo.

Pero no me hizo caso.

—Cuando éramos chiquitos me fascinaba su pelo. Lo tenía tan rubio que cuando le daba el sol imaginaba que era un rayo de luz agarrado a su cabeza. A veces llevaba aquellas coletas... —Hizo un gesto con la mano a cada lado de su hombro—. Un día le dije que me gustaba más cuando lo llevaba suelto. Desde entonces no volví a verle las coletas. Yo sabía que se lo dejaba suelto para mí, y no sabe lo bonito que sentí eso.

Me dejé caer sobre una silla un poco abatida por la confesión.

—No tenía ni idea, Álex.

—Pero cuando sabes que alguien jamás será para ti no es bueno estar pensando eso todo el día.

Vi por la ventana el coche de Virginia aproximándose. Por fin se dignaba venir. Ya comenzaba a pensar que no recordaba lo que habíamos hablado la noche anterior. No era que desconfiara de ella; al contrario. Pero entre sus múltiples cualidades no figuraba una memoria prodigiosa. Desde pequeña era terrible recordando cosas, aunque yo sospechaba que su memoria era demasiado selectiva para ser un proceso asociativo inconsciente, o sea, un acto puramente involuntario. En aquel entonces podía olvidarse de sacar la basura cuando le tocaba, pero me recordaba mi turno con precisión suiza. Podía olvidarse de recoger su cuarto, pero cuando mamá me preguntaba: «Alicia, ¿cuándo fue la última vez que ordenaste tu cuarto?», ella asomaba la cabeza por la puerta y decía: «El 25 de septiembre, hace más de un mes». Tampoco era capaz de recordar la lista de la compra, aunque constara de tres artículos. Ya sé lo que estáis pensando: que podía hacerse una nota. Pero eso habría sido lo mismo que admitir que tenía el cerebro de una pulga doméstica, pues la lista era siempre minúscula. Sin embargo, y para justificar mis sospechas, diré que Virginia era capaz —y lo sigue siendo— de recordar uno a uno, en cualquier orden y en las proporciones exactas, la lista de ingredientes de cualquier receta de cocina, incluso de las más sofisticadas. También podía recitar de memoria los beneficios y propiedades de una

alcachofa, y, si la apurabas un poco, era capaz de averiguar hasta su signo zodiacal.

—Tenemos visita —le dije a Álex de mala gana, lamentando que Virginia no hubiera llegado quince minutos más tarde. Álex puso cara de circunstancias—. Tranquilo, es mi hermana.

La vi dejar el coche frente a la casa y dirigirse a la entrada.

—¡Ali! ¿Estás en casa?

No me quedó más remedio que responder:

—¡En la cocina!

Asomó por la puerta y se quedó pasmada al ver a Álex allí sentado, con el apósito en la ceja y el hielo apretado contra su ojo.

—¿Qué le ha pasado?

No tuve intención de responder. Tendría que ser Álex quien le diera las explicaciones que considerase oportunas.

Este me miró con el ojo sano solicitando mi intervención. Respiré hondo y, clavándole la mirada, dije:

—El muy tonto se ha pisado el pie derecho con el izquierdo y se ha ido al suelo.

Virginia hizo un gesto de extrañeza con la boca, frunciendo los labios.

—¿Eso puede pasar?

Se pisó su propio pie y al intentar moverse trastabilló de una forma grotesca.

—¿Es que tú también quieres partirte la cara? —le espeté—. Y tú —dije volviendo la mirada hacia Álex—, quiero que te tomes unos días libres. Hoy es jueves, no quiero verte por aquí hasta el lunes.

—Pero si estoy bien, puedo trabajar...

Le dirigí una mirada que abortó su protesta al instante.

Milo asomó el hocico y se sentó frente a nosotros con la lengua fuera observándonos con curiosidad.

Virginia dio un salto.

—A ti quería verte —dijo dirigiéndose al perro, que intuyó algo extraño y se largó de allí a toda prisa.

Ella lo siguió y yo aproveché para aconsejar a Álex:

—Es mejor que Tomás no te vea por el momento. Se le irá pasando. Hablaré con él...

—Lo siento, Ali.

—Yo también lo siento. Ah, y quítate esa camiseta, está salpicada de sangre. Te daré una de Alfredo, no quiero que tu padre te vea así.

—Gracias.

Lo dejé allí y subí a mi habitación. Abrí el armario y busqué la camiseta. No fue sencillo porque solo conservaba dos, y estaban bajo una pila de ropa que nunca usaba. Sin embargo, guardaba todos sus calzoncillos. Nunca supe qué hacer con ellos. No me parecía higiénico meterlos en una bolsa y lanzarla al contenedor comunitario de ropa usada, y tirarlos a la basura no era una opción. Tampoco tiraba a la basura las flores marchitas del jarrón, ni las diminutas babosas que aparecían en las lechugas. Definitivamente, hay cosas que no se tiran a la basura, y yo había decidido que los calzoncillos de Alfredo —por muy grandes y abolsados que fueran—

no merecían ese destino.

Cuando volví a la cocina, Álex estaba de pie, mirando por la ventana con la camiseta sucia en la mano.

Me dije que tenía una espalda hermosa. Era una pena que aquel siniestro tatuaje ocultara la perfección de su piel. Aquellos ojos grises, casi blancos, tatuados dentro de unas cuencas oscuras de calavera, parecían mirarme al interior del alma, como si pudieran adivinar mis pensamientos. El contorno del cráneo huesudo quedaba oculto bajo las líneas de una capucha dibujada con grises y negros, y parecía tan real que daba miedo. Tal vez si le hubieran hecho una chapuza —algo así como el *Ecce Homo* de Borja—, su visión suscitaría unas risas, pero aquel trabajo estaba hecho por un maldito profesional y no daba risa, sino que acojonaba.

—¿Has pensado alguna vez en quitarte el tatuaje?

Se dio la vuelta para mirarme.

—Sí. Pero tal vez no deba hacerlo. Me recuerda dónde estuve y adónde no quiero volver.

—Me pone la carne de gallina cada vez que lo veo. Es como mirarle a los ojos a la muerte.

—Me alegro de no poder verlo, entonces.

—¿Qué vas a hacer con Cati? —dije mientras le extendía la camiseta.

—No lo sé. No tengo muchas opciones.

Me crucé de brazos junto a él y lo contemplé mientras se embutía la camiseta de Alfredo. Le quedaba pequeña, pero al menos estaba limpia. Decidí contarle las intenciones de Cati. Después de todo, si había alguien que podía salir malparado de aquella relación, ese era él.

—Mira, no debería contarte esto, pero me importas demasiado. No niego que Cati pueda estar interesada en ti, ella misma me lo dijo, pero sé que está un poco agobiada por sus amigas. Todas tienen novio, y ya sabes...

Me miró entornando el ojo sano, como si estuviera haciendo un esfuerzo por comprender.

—No, no sé —dijo.

—Venga, Álex, ¿tengo que explicártelo todo?

—Por favor...

—Cati busca un chico con quien... tener su primera vez, ¿me entiendes? Alguien de quien luego guarde un buen recuerdo. Y ha pensado en ti. Desconozco si su interés va más allá o solo...

—Vaya, eso sí que es cantar por el pico... De modo que quiere utilizarme para dejar de ser muchachita.

Asentí con la cabeza y él permaneció callado asimilando la información.

—Bueno, gracias por decírmelo, y como suele decirse: «Guerra avisada no mata soldado».

—Sabes que Cati aún es menor de edad..., no quiero que te metas en un lío. Prométeme que serás prudente. Si ella no es capaz de controlarse, al menos quiero saber que tú sí podrás.

—¿Quiere que la rechace?

—Solo te pido que tengas cuidado.

—De acuerdo, se lo prometo. —Se quedó pensativo y entonces fue él quien me miró con gesto de reproche—. ¿Por qué le dijo a su hermana que me pisé mi propio pie? He quedado como un lerdo patoso.

—No te quejes, podría haberle dicho que te asustaste con un grillo y te desmayaste.

—No se hubiera atrevido.

—Claro que sí. —Le guiñé un ojo y le sonreí.

Antes de que Álex se marchara, lo puse al corriente del gran acontecimiento. Marco estaba a punto de llegar, y los nervios comenzaban a pasarme factura.

—¿Y ha sido decisión del individuo eso de venir? Ni que vos estuvieras pintada en la pared.

—En eso llevas razón, pero si lo pienso mucho me emberraco, como tú dices.

—No se emberraque, mi patrona, no sea que lo espante y no vuelva.

—Más se perdió en la guerra. —Sonreí, y añadí—: Le he pedido a Virginia que venga a quedarse.

—Sabe que también puede contar conmigo. Si el tipo se pone bravo, llámeme y se lo saco de La Rodona antes de que le dé tiempo a jalar aire.

—Lo tendré en cuenta.

—Hablo en serio, Alicia. Me llama si me necesita.

Solo me llamaba Alicia, en vez de patrona, cuando se ponía serio. Y ahora Álex no estaba bromeando.

EL QUINTO COMPONENTE DE ABBA ES UN PERRO

—¿Dónde estabas? —le pregunté a Virginia cuando la vi aparecer de nuevo en la cocina—. ¿Ya has comido?

—Sí, no te preocupes.

Recogí mi plato y lo llevé al fregadero. Entonces apareció Milo, ataviado con una extravagante ropita para perros.

—¿Qué le has hecho?

—Quiero que tenga una apariencia agradable ante los invitados.

Si hubiera podido hablar, seguramente Milo me habría pedido que lo mantuviera apartado de la loca del moño.

—Da grima verlo.

El animal comenzó a frotar su hocico contra el suelo, recorriendo una a una las baldosas de toda la cocina. Solía comportarse así cuando tenía alguna hoja u otra cosa pegada al cuerpo, y ahora estaba completamente cubierto de pequeñas prendas de colores chillones. Parecía el quinto miembro perruno de ABBA en sus tiempos más psicodélicos. Aquellos volantes en las patas le impedían moverse con soltura.

—Ya le estás quitando todo eso ahora mismo, apenas puede caminar.

—Mejor, así no podrá subirse al sofá. ¿Piensas que a todo el mundo le gustan los perros? A mí, por ejemplo, me parece asqueroso que lo dejes rebozarse como una croqueta en tu precioso sofá.

—Yo no le dejo, pero no me hace caso.

—Pues hoy no se subirá. Te lo garantizo.

—Marco pensará que somos un par de perturbadas si lo ve así vestido. Quítaselo. ¡Ahora!

Aún refunfuñó un poco, pero al final conseguí librar a Milo de su humillante apariencia. No es que me generase mucha empatía, pero incluso a mí me parecía una afrenta innecesaria.

Virginia salió a buscar algo a su coche y regresó al cabo de un momento con unos tápers llenos de comida.

—Traigo vuestra cena —dijo exhibiéndolos—. No sabía si preparar carne o pescado, pero me decanté por lo primero; a todo el mundo le gusta la carne. Pollo especiado al Sauvignon con patatas y una ensalada templada de beicon con vinagreta de miel.

—¿Has usado vino francés? —le pregunté incrédula.

—Bueno..., en el restaurante me regalaron una botella en Navidad...

La buena disposición de Virginia me sorprendió.

—Para no gustarte Marco te estás tomando demasiadas molestias.

—¿Y qué puedo hacer?, ¿dejarte sola?, ¿apostarme delante de la puerta con una escopeta? Has tomado tu decisión. Yo solo puedo acompañarte. Además, en cuanto le eche la vista encima a ese corso sabré con qué pie baila. Qué rabia que no pueda quedarme a la cena, pero el deber me llama. Además, Joel dice que ya eres mayorcita para necesitar carabina.

—¿Se lo has contado?

Se encogió de hombros y yo solté un sonoro bufido.

Fue una tarde de preparativos, más dirigidos hacia mi persona que hacia cualquier otra cosa. Virginia no solo había traído la cena, sino también su maletín de maquillaje —desplegable y de cuatro pisos— y un cargamento entero de ropa. Dijo que, si no había forma de evitar que me viera con Marco, al menos no aparecería frente a él desaliñada.

En el fondo, siempre había sabido que podía contar con ella en aquella aventura, tan solo era cuestión de dejarle el tiempo suficiente para que lo asimilara.

Lo peor fue que me hizo probar cada uno de los modelos sofisticados y atrevidos que había desperdigado encima de la cama. Al principio protesté, pero al final opté por callarme y hacerle caso, consciente de que toda su indumentaria me vendría grande. Y así era. Todos los modelos excepto un conjunto de pantalón negro *boot cut* y un top blanco con lentejuelas plateadas que brillaban como la piel de una sardina.

Me miré en el espejo y me vi atractiva. Decidí dejármelo un rato, pero no pensaba presentarme ante Marco como si fuera a salir de fiesta. Mi imagen tenía que ser casual, aunque hubiera empleado toda la tarde en lograrla.

Virginia también se mostró satisfecha, y su afán se centró entonces en mi cara y en mi pelo.

—No me maquilles demasiado, que se vea natural.

Me senté en una silla, de espaldas al tocador, y Virginia estiró mis rizos para sujetarlos en un moño alto, como los que solía usar ella, hasta que las comisuras de mis labios estuvieron a punto de rozarme las orejas. Aguanté, por no hacerle un feo a sus intenciones, y no protesté, aunque tuve que apretar la boca con fuerza para contenerme.

Primero me limpió la cara, y luego permití que me pusiera una mascarilla revitalizante, vigorizante, reconstituyente, electrizante y mil funciones embellecedoras más, una de esas mascarillas capaces de inmovilizarte los músculos faciales y que solo te la puedes sacar de encima a tirones, lo que dejaba entrever otra de sus muchas facultades: la idiotizadora, a juzgar por la cara que se te quedaba durante el proceso.

Mientras esperábamos a que se secara, Virginia me contó algo que me dejó perpleja, por decirlo de una forma educada.

—Estoy pensando en hacerme una labioplastia.

El potingue actuó rápido y comencé a notar la piel tirante. Mi boca apenas se movió cuando dije:

—¿Por qué? Tienes unos labios bonitos.

—No me refiero a esos labios.

La miré con cara de pasmo.

—Te refieres a... —Señalé con un dedo la zona central de mis muslos.

—Ajá.

—Creo que te estás aficionando al bisturí. Te acabarás pareciendo a Carmen de Mairena. ¿Qué tienen de malo tus...? —Señalé su entrepierna.

—Joel dice que son demasiado grandes.

Traté de reprimir un ataque de risa y hablé como un ventrílocuo:

—¿Se puede saber por qué me dices estas cosas cuando no puedo mover ni un solo músculo de la cara?

—Solo quería comentártelo.

—Vaya con el *maître*. ¿Acaso su polla es perfecta?

Esta vez fue ella quien rio. Yo me mantuve seria; había conseguido que dijera *polla* y eso significaba que estaba realmente indignada. Según mi criterio, las mujeres vivimos demasiado condicionadas por la opinión que los hombres tienen de nuestros cuerpos.

—¿Desde cuándo eres tan vulgar?

—Desde que mi hermana me ha dicho que quiere mutilarse el..., la..., bueno, ya me entiendes.

Frunció el ceño y trató de justificarse:

—El otro día estábamos viendo una peli porno. —Me miró como si tuviera que disculparse por ello—. Ya sabes, para motivarnos un poco.

Hice un movimiento con los ojos como diciendo: «A mí no tienes que darme explicaciones». Yo solo había visto una película porno en mi vida, de un actor llamado Nacho Vidal que decían que la tenía enorme. Y era totalmente cierto. Pero había decidido que no me gustaban. Estaban dirigidas al placer de los hombres, no al nuestro.

—El caso es —continuó Virginia— que me fijé en que esas mujeres de la película apenas tenían..., ya sabes..., no les sobresalía ni medio milímetro.

—Es su herramienta de trabajo, supongo que escogen a las que lo tienen más estético, o tal vez se lo arreglen, yo qué sé... No deberías dejarte influir por esas cosas, mucho menos por el idiota de tu novio.

—He estado buscando información y he leído que el noventa por ciento de las mujeres que se someten a una operación de este tipo tienen parámetros normales de labios interiores.

La mascarilla tensaba tanto mi piel que ya casi no podía mover la boca.

—*Jo-er*, no *-e -uedo* creer que *este-os* hablando de esto —vocalicé sin mover los labios. Era incapaz de pronunciar la eme y la pe. Inmediatamente después, sentí una insana curiosidad—. ¿Y cuáles son los *-ará-etros nor-ales*?

—Unos veintiséis milímetros. Los míos están dentro de la normalidad.

—¿Te los has *-edido*? —dije demasiado enfática, y noté que la mascarilla se resquebrajaba.

—¿Cómo quieres que sepa si son normales si no me los mido?

—Desde luego, *her-ana*, *des-ués* de tantos años de *-atri-onio* y dos hijos, no entiendo *có-o* te

-reocu-an estas cosas. Y ahora *quíta-e* esta cosa de la cara antes de que *-e* haga un esguince facial.

—Nunca habría reparado en ello si Joel no lo hubiera mencionado —dijo mientras me sacaba a jirones la mascarilla, que más parecía un pegamento ultrafuerte que un cosmético.

Cuando recuperé el control de los músculos de la cara le dije:

—Parece que algunos hombres llevan siempre bajo el brazo un manual titulado *Las mejores formas de acomplejar a una mujer*.

—El caso es que me da un poco de miedo, no sé, a perder sensibilidad o algo así.

Me incorporé un poco en la silla hasta lograr agarrarle el brazo. Tiré de ella y su nariz casi colisionó con la mía.

—Si se te ocurre cortarte algo, dejo de ser tu hermana. Y si al *maître* no le gusta tu vagina, ¡que se joda!

El siguiente paso fue embadurnarme la cara con una crema hidratante antes de pasar a la laboriosa tarea de maquillarme.

Veinte minutos más tarde, al fin se sintió satisfecha con el resultado. Pero yo aún no había tenido la oportunidad de comprobarlo, ya que no me había permitido seguir el proceso en el espejo. «El efecto no sería el mismo», había dicho.

Me dolían las raíces del pelo como si acabara de hacer *puenting* con la cuerda elástica atada a mi melena y sentía que se me iba a saltar el cráneo. Respiré aliviada cuando tiré de la goma y deshice el moño. Luego me volví para mirarme.

Comprobé que Virginia tenía razón: el efecto, sin duda, no habría sido el mismo si me hubiera mirado todo el rato en el espejo.

Apenas pude reconocerme.

—Pero qué... ¿A esto llamas tú natural? —le grité furiosa.

—Natural estás siempre. Hoy tienes que estar un poco más... —No encontró la palabra—. Simplemente, un poco más. Con eso es suficiente.

—Estoy horrible, maldita sea, ¿qué me has hecho? Parezco la versión más friki de una Monster High.

—Pareces una mujer maquillada. Mira que eres quejica. Hazme caso por una vez, mujer, y muéstrate atractiva.

Cogí una toallita desmaquilladora y me dispuse a limpiarme todo aquel potingue. Ya pensaría qué hacer con el pelo. Los rizos habían desaparecido por el efecto tensor de Virginia y ahora mi melena se parecía a un plumero cargado de electricidad estática. Tendría que volver a mojarla.

—Hace calor aquí dentro —dijo ella, y la vi por el rabillo del ojo dirigirse a la ventana con la intención de abrirla.

La primera toallita quedó tan impregnada de color que parecía el trapo de un pintor fauvista. Estaba pensando en que Matisse era mi favorito cuando Virginia interrumpió mis divagaciones:

—Ali.

—¿Qué pasa? —dije con los ojos cerrados mientras me frotaba los párpados.

—Hay un hombre ahí fuera.

—¿Qué?

Me volví hacia ella de un brinco.

—Digo que hay un hombre ahí fuera.

—¡Ya te he oído!

Solté la toallita y me acerqué corriendo a la ventana.

—¿Es él?

—¿Cómo voy a saberlo? Está de espaldas.

—¿Quién puede ser si no?

Observé al hombre con detenimiento y no tuve ninguna duda.

—Es él.

Marco se encontraba al lado de la mesa de mármol, bajo las palmeras que tantas veces me habían cobijado. Miraba al horizonte, al extenso campo de viñedos desplegado frente a él. Tenía las manos dentro de los bolsillos de su pantalón vaquero, y su mirada se concentraba en el hermoso paisaje.

Comprendí que estuviera fascinado.

Se mantuvo firme, como una estatua.

—No parece tan alto —dijo Virginia—. Seguro que se ha puesto unos centímetros de más.

—¿Cómo habrá llegado? No hemos oído ningún coche.

—Tampoco trae equipaje.

—¿Estás segura de que es él?

—Dijo que llegaría a media tarde y...

—Y ya está aquí.

Como si hubiera salido de una ensoñación, me di cuenta de mi aspecto.

—¡Mierda! —dije llevándome una mano al pelo alborotado. Virginia me miró intrigada—. Tengo media cara maquillada y el pelo hecho un desastre.

—Si no te lo hubieras tocado.

—¿Te has fijado en él? Lleva una simple camisa y unos vaqueros, ¿cómo voy a bajar con esta pinta? Virginia Andrade, si salgo bien parada de este lío, juro que jamás dejaré que vuelvas a tocarme la cara con tus potingues. Ahora baja y entretenle hasta que yo esté lista.

—¿Estás de broma?

—O bajas o te lanzo por la ventana.

—¿Y qué le digo?

—Lo que tú quieras —le dije mientras la empujaba hacia la puerta—. Dile que Milo se ha hecho daño en una pata y que lo estoy curando.

—¿En serio quieres que le diga eso?

—¿Se te ocurre algo mejor?

—No.

—¿Dónde está Milo?

—Yo qué sé. La última vez que lo vi estaba en el salón.

—¡Milo! —grité—. ¡Blablablá, salchicha!

—Pero ¿qué dices...?

—Da igual, él solo entenderá la última palabra.

Virginia comprendió la treta.

—¡Salchicha! —gritó—. ¡Milo, salchicha!

Levanté la mano en el aire con el puño cerrado y fui estirando los dedos mientras contaba los segundos.

Antes de que hubiera estirado los cinco dedos, Milo apareció frente a nosotras y comenzó a dar saltos. Eché a Virginia de allí y cerré la puerta. Milo me siguió como si me hubiera convertido en una enorme salchicha ambulante.

Me puse delante del espejo otra vez y no supe qué hacer primero, si cambiarme de ropa, quitarme el maquillaje o arreglarme el pelo, así que decidí hacerlo todo a la vez. Me quité el top y con el reverso de la prenda me froté la cara para eliminar la mayor parte del maquillaje; ya la enviaría otro día a la tintorería. Mientras me frotaba enérgicamente con una mano, desabroché el pantalón con la otra y me lo saqué pateando. Me metí en el baño, abrí el grifo y me lavé la cara con jabón a la vez que humedecía ligeramente mi pelo hasta que los rizos volvieron a aparecer. Los ojos me ardieron como el demonio por culpa del jabón. Casi a ciegas me acerqué al armario, saqué un vestido de verano que acentuaba las líneas de mi cuerpo, sin llegar a ser ceñido, y me calcé unas sandalias informales. Por último, usé el secador durante dos minutos hasta que mi melena quedó con el aspecto de siempre.

Cuando volví a mirarme, era otra vez yo, aunque mi cara estaba inusualmente colorada, debido a la refriega, los ojos brillantes y enrojecidos, como los de un bacalao, y mis labios sobrepigmentados. «Malditas barras modernas», no había forma de quitarlas. Me los mordisqueé durante un rato para que se terminara de ir el color, pero solo conseguí inflamarlos.

Me asomé a la ventana y vi a Marco y a Virginia charlando animadamente. Me extrañó el comportamiento de ella. Estaba tan susceptible con Marco que pensé que estaría interrogándolo como si fuera sospechoso de algo. Aunque se había equivocado en una cosa: Marco era tan alto como decía en su ficha, y Virginia apenas le llegaba al hombro.

Sonreí con malicia; estaba segura de que ya se habría percatado de su error, a juzgar por la postura forzada de su cuello.

En ese instante ella miró hacia la ventana. Me vio observándolos y me hizo un gesto disimulado y apremiante con la mano.

Me alisé el vestido, respiré hondo y salí del dormitorio con Milo pisándome los talones.

—¿Quieres tu salchicha?

Meneó el rabo y me siguió hasta la cocina. Saqué una salchicha de la nevera y, aprovechando que aún tenía el botiquín encima de la mesa, busqué el rollo de gasa y le coloqué un improvisado vendaje en una pata. Luego lo sujeté con un poco de esparadrapo.

—Lo siento —le dije—. Pero es una emergencia.

Miré el reloj; habían pasado seis minutos desde que Virginia había ido al encuentro de Marco.

Me dirigí hacia la puerta notando que el corazón me latía con violencia. La encontré abierta y hasta allí me llegó el suave murmullo de la conversación entre Marco y Virginia. Me alisé el vestido y respiré hondo, por segunda vez, y fui a su encuentro.

UN MILLÓN DE BESOS

Marco fue el primero en percatarse de mi cercanía. Se dio la vuelta y pareció sobrecogerse cuando me vio. No pude evitar deslizar la mirada por su alta figura; era incluso más atractivo de lo que aparentaba en las fotografías, sobre todo porque en estas no se intuía la presencia poderosa de alguien de su tamaño. Me reí en voz alta sin querer, justo cuando estaba llegando a su lado, pero logré disimularlo.

Comprendí en ese instante que no era para mí. Éramos tan opuestos que incluso noté una punzada de decepción. ¿Cómo iba a gustarle yo a alguien como él? Tal vez se había sobrecogido al verme porque estaba pensando exactamente lo mismo que yo; que era poco para él. Y ahora estaba aquí, y tendría que ser amable, y decirme cosas bonitas sin sentirlas, y buscar alguna excusa para mantener las distancias, y marcharse sin hacer ninguna promesa, y...

La percepción de que era demasiado perfecto me hirió en lo más hondo.

Dejé de pensar; no me estaba haciendo ningún bien. Marco tuvo la delicadeza de no mirarme fijamente, y cuando lo tuve enfrente me quedé tan quieta como una lechuza deslumbrada por la luz.

Yo era la lechuza.

Él era la luz: elegante, sensual, inalcanzable.

—Hola —dije hecha un manojo de nervios.

Sonrió un poco mostrando una porción de dientes bonitos. Si estaba tan emocionado como yo, lo disimulaba con bastante eficacia.

—¿Cómo estás, Alicia?

Se acercó a mí y me quedé inmóvil mientras me besaba una sola vez en la mejilla.

No quise moverme porque ignoraba cuántos besos se dan los corsos al saludarse y no quería dejarlo con la mejilla flotando en el aire esperando otro beso, o lo que es peor, chocarnos las narices para un segundo beso inesperado.

Una vez leí que hay lugares en Francia donde se saludan con cinco besos. No sabía si era cierto o no, y por eso creo que adopté la posición más sensata: quedarme quieta y dejar que él me besara, corriendo el riesgo de ofrecerle una primera impresión torpe.

Fue un solo beso, un roce suave de sus labios en mi mejilla sonrosada. Un solo roce en el que mi cuerpo quiso volverse hacia él y devolverle el gesto.

Multiplicado por cien.

Multiplicado por mil.

Multiplicado por un millón de millones.

La unidad seguida de doce ceros.

¡Un billón de besos!

El cuerpo a veces se crea sus propias expectativas, ilusiones que luego el cerebro se encarga de reprimir. O al menos una parte del cerebro.

Y yo para eso ya tenía a Dimitri.

—Bien. Ya conoces a mi hermana Virginia.

Se volvió para mirarla y, al hacerlo, vi en su mejilla izquierda una fina cicatriz.

—Sí —contestó, y noté que ella se ponía nerviosa—. Me ha estado mostrando los límites de vuestro viñedo.

—Le estaba diciendo a Marco que el acento corso es extraño, con esas erres tan francesas y esa entonación italiana. Me sorprendió bastante cuando visité la isla.

—¿Conoces Corsica?

—Muy poco, una visita de crucero.

—Bien —dije otra vez, y miré un segundo a Virginia. Esta me hizo un gesto disimulado de reproche al ver mi aspecto. Hice como que no lo había visto y me centré en Marco—. ¿Cómo has llegado?

—Me trajo un taxi —dijo. Me miró otra vez y yo aproveché para contemplar sus ojos cuanto pude; eran de un color a medio camino entre el castaño y el verde.

Virginia y yo cruzamos una mirada de desconcierto, y Marco se vio obligado a puntualizar:

—He alquilado una casa y he venido caminando.

¿Alquilado? ¿Una casa?

Me sentí como un niño al que prometen ir al circo y en el último momento le dicen que no irá y que los payasos son personas disfrazadas.

Había alquilado una casa.

Pues qué bien. Noté que una ceja se me alzaba y que ponía cara de circunstancia.

La única propiedad en alquiler que había en las inmediaciones pertenecía a Gelabert y era un lugar solitario frecuentado por parejas en busca de la tranquilidad del campo.

—Así que estás en la finca Las Rosas —conjeturé.

—Rosers —puntualizó Virginia.

—Sí, creo que así se llama. Un lugar con mucho encanto.

—¿Sabes que pertenece a Gelabert? —le informé.

—¿El hombre del que sospechas que incendió tu viñedo? —Asentí con un gesto lento de cabeza y él añadió—: Es lo único que he encontrado por aquí. No habrás pensado que pretendía instalarme en tu casa.

Balbuceaba algo incongruente cuando Milo apareció corriendo como si lo persiguiese el demonio. Eso distrajo su atención, y yo respiré aliviada por no tener que responderle.

—¿Este es Milo? —preguntó—. Parece que su pata ya está bien.

—Eh..., sí, no ha sido para tanto.

Milo corría como si supiera que eso era justo lo que no debía hacer. El muy villano se había

despegado el esparadrapo que sujetaba el vendaje y ahora colgaba a modo de bufanda en su pata.

—¡Milo! —exclamó Marco—. *Vieni qui!*

Para nuestro asombro, Milo frenó en seco con sus patas delanteras, derrapó al dar la vuelta y se acercó a Marco inusualmente contento.

Este metió la mano dentro del estrecho bolsillo trasero de su pantalón y extrajo una golosina para perros, luego la sujetó a la altura de su pecho, con el brazo extendido. Milo se sentó justo debajo, con la lengua colgando a un lado de la boca. Si fuera una persona, habría jurado que sonreía.

—¿Quieres la galleta? —le dijo—. Vamos, ¡salta!

Milo saltó, pero no consiguió atraparla.

—Otra vez —dijo Marco—. *Sauter,* Milo!

El animal dio otro salto, pero esta vez apoyó las patas delanteras sobre las piernas de Marco y se dio un nuevo impulso que lo catapultó hasta la galleta.

—*Voilà!*

Virginia aplaudió la actuación de forma impulsiva. Y yo me quedé pasmada, cautivada por el magnetismo que desprendía aquel hombre que acababa de llegar y ya se había ganado a mi hermana y a mi perro.

—*Bon chien!* ¡Buen perro! Vamos, Milo, saluda a las *mesdames.*

Marco hizo una reverencia y Milo correteó entusiasmado a su alrededor con la galleta en la boca. Marco se agachó, lo interceptó y entonces Milo recibió más caricias de aquel extraño en cinco segundos de las que había recibido de mí en toda su vida.

Miré al singular dúo con cierto estupor. Desconocía que el más bajito de los dos poseyera esas habilidades.

—¿Te apetece un vino? —le dije.

Marco nos dedicó otra de sus sonrisas.

—Estoy deseando probarlo.

—Vamos, pues.

Caminamos hacia la casa. Milo iba en cabeza. Se había terminado su galleta, pero estaba claro que no pensaba perder de vista a su proveedor. Virginia lo seguía, y yo notaba la gran presencia de Marco detrás, sus pasos firmes siguiendo los míos.

Entramos en el recibidor y él cerró la puerta tras de sí, luego se quedó varado en la entrada. Me volví hacia él y lo encontré sujetando la fotografía de Alfredo conmigo. Esperé mientras la observaba, frotándome las manos.

—Parecéis muy felices —dijo.

—Lo éramos.

Dejó la fotografía en su sitio y luego me siguió hasta el salón, donde Virginia comenzaba a regañar a Milo por subirse al sofá. Este no le dedicó ni una mirada; creo que jamás le perdonaría que lo hubiera disfrazado de perro saltimbanqui.

—Yo me rindo —dijo al fin, y salió del salón en busca de una botella de vino y tres copas.

Me quedé a solas con Marco y no supe qué decir. Me limité a observarlo mientras él, con absoluto dominio de la situación, comenzaba a deambular por el salón, deteniéndose a analizar

con detalle alguna fotografía o algún objeto. Milo tampoco lo perdía de vista, tal vez con la esperanza de que al recién llegado se le ocurriera la feliz idea de sacarse más galletas del bolsillo.

No pude evitar observar a Marco con admiración. Tenía el pelo más largo que en las fotografías, era castaño y abundante, de corte informal y ligeramente revuelto. Verlo en mi salón era ciertamente desconcertante, y allí dentro aún parecía más alto.

Se fijó en una de las fotografías más antiguas de la librería y, sin mirarme, preguntó:

—¿Qué has pensado al verme?

Aunque él seguía de espaldas, sonreí de oreja a oreja con una repentina confianza que me sorprendió. Se mostraba tan directo como lo hacía en sus cartas. Me gustaba esa forma de actuar, aunque intimidaba bastante. Decidí ser franca, en la medida de lo posible.

—He pensado que eres igual a como apareces en las fotos, excepto por la cicatriz de la mejilla. No se aprecia en tus fotografías. También he pensado que no encajamos.

Se volvió hacia mí y torció el gesto mientras se esforzaba por comprender mis palabras y la expresión de mis facciones. Inclinó la cabeza a un lado, con mirada reflexiva, y dijo:

—Explícame eso.

—Bueno, está claro que somos diferentes...

—Por suerte...

Yo no me refería a diferentes en plan «hombre-mujer», sino en plan «tío bueno-mujer corriente». O peor aún: «tío bueno y joven-mujer corriente y madura». Pero no pensaba admitir eso en voz alta.

Natasha pareció enfadarse con mi apreciación e inició un debate inoportuno.

«Tenemos que hablar —dijo—. Es hora de que entiendas que aún no eres una mujer madura, en sentido estrictamente biológico.»

«Cuánto victimismo, Señor», apostilló Dimitri.

«Pregúntale qué ha pensado él al verte», sugirió Natasha.

—Ah, no —murmuré en voz alta sin darme cuenta.

—*Pardon?* —dijo Marco.

«¡No habla contigo!», intentó responderle Natasha, pero apreté los dientes y no dejé que mi boca se abriera.

Cuando logré ordenar mis pensamientos, le dije:

—Quería decir que no siempre es una suerte que seamos diferentes.

—Tendremos tiempo para descubrirlo.

—Sí, claro.

«Vamos, pregúntale qué ha pensado él de ti, te mueres por saberlo», insistió Natasha.

Claro que sentía curiosidad, pero ¿qué tal si lo ponía en un compromiso y no sabía qué decir? O peor aún: imaginad que se quedara meditando la respuesta durante más de tres segundos. Sería horrible. No pensaba preguntárselo.

«Pues lo haré yo», resolvió Natasha con extrema rapidez.

Intenté apretar los dientes, pero esta vez no funcionó.

—¿Y qué has pensado tú al verme? —dijo mi boca, y me puse colorada.

Marco sonrió.

—He pensado que para tener cuarenta años tienes un aspecto muy cautivador.

«¿Lo ves? —le grité a Natasha—. ¡No me gusta esa respuesta!»

Esperaba que mis gritos mentales la hubieran dejado en coma profundo. Y a Dimitri también. No quería que volvieran a importunarme con sus desavenencias y con su particular visión de los hechos.

—Tengo treinta y nueve —dije rumiando mi orgullo herido—. ¿No te has leído mi ficha? Porque serías un desconsiderado si... —Me di cuenta de que se estaba riendo—. ¿Te estás quedando conmigo?

—Solo un poco. Para romper el hielo.

—Pues no juegues con la edad de una mujer si no quieres que te rompan el hielo en la cabeza.

—Está bien. —Sonrió de forma encantadora—. Prometo no hacer más bromas.

—Vale.

No supe qué añadir. Me limité a forzar media sonrisa y a apartarme el pelo de la cara. Entonces él me miró de un modo penetrante, como si quisiera leerme la mente.

—¿Te alegras de que haya venido? —preguntó.

Enlacé las manos, torpes por los nervios, a la espalda, y afirmé con un suave gesto de cabeza.

—Aunque también me ha parecido precipitado.

—Hum..., cuánta sinceridad.

—Podríamos habernos visto en otro lugar, no era necesario que hicieras un viaje tan largo.

—¿Largo? En realidad, a nuestras islas apenas las separan seiscientos kilómetros de mar.

—Pero no hay vuelos directos y...

—No desde Porto Vecchio, pero Cerdeña está muy cerca, y desde Alguer salen vuelos a Gerona con regularidad. No es tan complicado.

Virginia entró de nuevo en el salón con una botella de vino tinto y tres copas. Me miró como si detectara algo raro en mí, y yo me pregunté si mi cara estaría encendida de rubor, o si se me habría puesto el pelo de punta o... Dejé de pensar en eso y entonces recordé que ella tendría que marcharse a trabajar y que yo me quedaría a solas con él... El corazón volvió a latirme con fuerza y se me erizó el vello del cuerpo, incluso el que normalmente jamás se eriza.

Marco hizo los honores y descorchó la botella bajo la atenta mirada de dos mujeres deslumbradas. Sirvió el vino en las copas, sujetó la suya entre los dedos y se la llevó a la nariz.

—Es un vino experimental —le dije—. Maceramos la uva y la fermentamos a muy baja temperatura durante quince días, luego la prensamos y hacemos una segunda fermentación en botas de madera de tres años, donde el vino permanece hasta que es conveniente su trasvase. Antes de embotellarlo, hacemos un filtrado ligero.

—Tiene buena intensidad aromática. —Levantó la copa y la puso al trasluz—. Rojo rubí; excelente tono. —Virginia y yo contuvimos el aliento mientras se llevaba la copa a la boca. Dio un corto trago y lo paladeó un momento antes de tragarlo—. Es fresco, amable y directo, con un posgusto afrutado de... ¿arándanos, tal vez?

—Y grosella —dije satisfecha poniendo cara de pichón enamorado.

—Alicia me ha dicho que trabajas en una estación de viticultura y enología —comentó

Virginia.

—Así es.

—¿Y en qué consiste exactamente tu trabajo?

—Resolvemos cuestiones técnicas y desarrollamos proyectos que se plantean en el sector. —Hizo una pausa y, al ver que lo escuchábamos con interés, continuó—: Nuestro instrumental analítico nos permite estudiar los principales compuestos químicos relacionados con la calidad de las uvas, de los vinos y de los aguardientes, y su seguridad alimenticia.

—Vaya, qué interesante, ¿verdad, Ali? —dijo Virginia con un tono de sarcasmo en la voz que solo yo pude apreciar.

Creo que se debatía entre rendirse ante la perfección de Marco o mantener firme su barrera de escepticismo. Volvió la cabeza hacia mí, buscando algún gesto que delatara mis pensamientos, pero yo estaba mentalmente ocupada enroscando la lengua, que se me había estirado como un tobogán hasta el suelo.

—Sí, mucho —logré balbucir.

—También realizamos actividades formativas dirigidas a viticultores y embotelladores.

Mi boca se volvió a abrir y mi campanilla aplaudió, eufórica, dejándome sin habla.

Definitivamente este hombre no era para mí. Había nacido para compartir la vida con una rubia de un metro setenta y cinco, de pechos redondos y trasero puntiagudo, con el cutis tan fino como el alabastro, las uñas bien arregladas y zapatos de tacones imposibles que la harían parecer casi tan alta como él. No era para una mujer que se pasa el día en ropa de faena, trabajando en el campo, con los pies encerrados en unas botas horribles, con las manos descuidadas, la piel tostada por el sol y unos pechos insignificantes.

«Menudo despliegue de antiatributos», se mofó Dimitri.

Era para deprimirse.

Noté que mi hermana también empezaba a sentir cierta fascinación hacia él, en todas sus facetas. No podía reprochárselo. La vi posar la mano en su antebrazo antes de hablarle:

—Tal vez luego quieras ver los viñedos de cerca —le dijo.

Él se volvió para mirarla.

—Me encantaría.

—Ali te los mostrará. Yo no puedo acompañaros. —Se encogió de hombros y retiró la mano de su brazo—. Tengo que trabajar, y ya se me está haciendo tarde.

—Eres cocinera, ¿verdad?

—¿Ali te lo dijo?

Marco asintió.

—Y soy muy buena. —Le sonrió de forma coqueta y yo sentí ganas de darle un empujón. ¿Qué estaba haciendo? Cada vez que se dirigía a él apoyaba la mano en su brazo. Las mangas de su camisa, recogidas hasta los codos, dejaban a la vista unos antebrazos fuertes y bronceados, y Virginia no hacía más que sobárselos. Dio un largo trago a su vino y añadió—: Si mi hermana te invita a cenar esta noche, tendrás oportunidad de probar mi arte culinario.

—Pues espero que lo haga —dijo él con buena disposición.

Nos quedamos en silencio; Marco con los ojos clavados en mí y yo con los míos fijos en mi

copa, incapaz de sostenerle la mirada.

Virginia nos contemplaba desconcertada, sin saber muy bien qué hacer. Al final dijo:

—Debería marcharme si no quiero llegar tarde. Hace dos horas que tendría que estar en el trabajo.

Tanteó mi reacción, por si veía en mí algún gesto que la apremiara a quedarse. Pero yo la animé a marcharse con un ademán relajado. Después de todo, la situación no era tan crítica, y Marco parecía un hombre de fiar.

—Vaya, lo siento si he sido el responsable —se disculpó él.

—Ah, no te preocupes, tengo un poco de enchufe con el jefe.

—¿Enchufe?

—Ya sabes, favoritismo. Soy la mejor cocinera que tiene.

—Ah, entiendo.

—Supongo que te veré por aquí —le dijo ella, y él le sonrió.

—Seguro.

—Bueno, pues hasta pronto.

Le dio un trago a su vino y depositó la copa encima de la gran mesa del salón que nunca usábamos.

—Hasta luego, Virginia —dije.

Los dos la observamos mientras se marchaba. Mi hermana llegó hasta la puerta y, antes de desaparecer, se giró para dedicarnos un gesto de despedida. Ambos levantamos nuestras manos y le devolvimos el saludo.

Después nos quedamos solos.

El silencio nos devolvió el sonido de la puerta al cerrarse y, segundos después, el del motor del coche mientras maniobraba.

Le di un sorbo tan largo a mi vino que me lo terminé.

Marco rellenó mi copa.

—Ahora que nos hemos quedado solos, ¿piensas emborracharte?

Carraspeé un poco y negué con la cabeza. Luego le di otro trago al vino.

—Te noto tensa, Alicia, y no quiero que te sientas intimidada.

—No lo estoy.

¡Mentira! No recordaba haberme sentido más retraída en mi vida.

Pero ni muerta se lo habría confesado.

—Me alegro.

Busqué algo que decir, lo que fuera, pero no se me ocurría nada. No podía mirar a Marco y pensar a la vez. Y si tenía que escoger, prefería mirarlo. No me interpretéis mal, no es que fuera como una adolescente deslumbrada por un tío bueno, incapaz de controlar sus impulsos. Marco no solo era una imagen atractiva, tenía algo difícil de encontrar; tenía carisma, esa cualidad innata que poseen algunos elegidos para atraer o fascinar. Creo que mi embelesamiento habría sido el mismo aunque no fuera tan guapo. Había algo impreciso en él que transmitía con la mirada, con el habla, con el movimiento... Y el resto de los mortales no podíamos hacer otra cosa más que rendirnos a su encanto.

Al final, y dado que mi cerebro —ambos lados— trabajaba al ralentí, opté por hablar del tiempo:

—Hace una tarde preciosa, ¿verdad?

Qué estúpida. Tal vez en Inglaterra hablar del tiempo sea un tema que da para un debate, porque es tan variable como la bolsa de valores, pero en una isla como Mallorca ese aspecto se reducía a «estable». Y *estable* es una palabra carente de interés.

Me puse nerviosa. Marco sonrió, pero no dijo nada, y yo continué poniéndome en ridículo:

—¿En tu isla también hace bueno?

Marco volvió a sonreír. Supe que notaba mi nerviosismo.

—Es como si no me hubiera movido.

—Claro. Es así casi siempre, me refiero a que...

—Alicia.

—¿Qué?

—¿Seguro que quieres hablar del tiempo?

—La verdad es que no sé de qué hablar contigo.

—Después de todas las cartas que nos hemos enviado, ¿no tienes nada que decirme?

—Por carta es más fácil. No te tengo así..., tan cerca, mirándome fijamente. Lo siento, es que todavía no me hago a la idea de que estés aquí. Necesito un poco de tiempo para acostumbrarme a verte, eso es todo.

—Espero que cuatro días sean suficientes, no quisiera que estuvieras tensa todo el tiempo.

—Vale —murmuré con timidez, y le di un trago laaaargo a mi vino.

Él también bebió del suyo y al cabo de mil años dijo:

—Tu hermana es muy agradable.

—Ajá.

—Y se preocupa mucho por ti.

Eso era cierto. Era la primera vez que Virginia faltaba unas horas al trabajo, algo que nunca se permitía. Si estaba resfriada, se ponía una mascarilla en la boca y se iba a trabajar. Si le dolía la espalda, se ponía una faja en la cintura y se iba a trabajar. Si se rompiera las piernas, cogería unas muletas y se iría a trabajar, y si se rompiera las manos se iría a trabajar y cocinaría con las orejas. Pero nunca, jamás, faltaría al trabajo. Era toda una profesional.

Acababa de darme cuenta de hasta qué punto le preocupaba el asunto de Marco.

—Es verdad, se preocupa por mí.

—Hace bien en protegerte. Vives en este pequeño paraíso y piensas que todo el mundo es tan sincero y transparente como tú. Aquí estás a salvo, entre tus viñas, tu gente... Pero cuando le abres una puerta al mundo, el mismo diablo se puede colar dentro.

Eso había sonado muy raro. Y también inquietante.

Me miró un momento con expresión seria, como si fuera a decir algo trascendental, pero al cabo de un segundo su rostro se relajó y sus labios dibujaron una sonrisa tensa. Estiró una mano y aferró la mía.

Habría dado cualquier cosa por conocer ese pensamiento furtivo apresado en su cabeza.

—Ahora enséñame tu mundo —dijo tirando de mí.

LO QUE ESCONDE TU MIRADA

Cuando salimos al porche, me soltó la mano, y yo sentí una extraña sensación de pérdida al dejar de notar su contacto. Marco descendió el peldaño y comenzó a caminar hacia el sendero que conducía a las viñas, el que solo usábamos cuando íbamos a pie, pues era demasiado estrecho para que ningún vehículo lo transitara. Tardé un momento en seguirlo, como un pollito tras la mamá gallina, ansiosa por no desperdiciar ni un segundo del tiempo que pudiera estar en su compañía.

El sol descendía en el horizonte y provocaba sombras alargadas y esbeltas. La luz era acogedora, y los sonidos habituales de la naturaleza se iban aletargando esperando la llegada de la noche. Era un buen momento para pasear por el viñedo.

Marco hizo muchas preguntas, sobre la variedad de uvas que plantábamos, sobre los fertilizantes que solíamos usar, los sistemas de podas, los de riego, sobre los remedios contra las plagas. Algunas eran preguntas sencillas. De otras, simplemente desconocía la respuesta, como cuando quiso saber ciertos parámetros de vigor y productividad de las viñas. Tendría que hablar de ello con Tomás. Parecía un investigador de viñedos. Tocaba las hojas, valoraba el grosor de los troncos y analizaba las marcas producidas por las últimas podas en verde.

Reconozco que lo observé con cierta admiración. Me fijé en su forma de moverse, en las líneas de su cuerpo grande y esbelto, en el perfil de su rostro, en el mohín que hacía su boca seductora cuando estaba concentrado en una planta o en un tallo. Movía una mano y yo lo miraba, cambiaba el peso de su cuerpo de una pierna a otra y yo me deleitaba con el movimiento.

De la misma forma que fui consciente de que Marco Bossi no había nacido para ser mío, fui consciente de cuánto deseaba que lo fuera. No solo por ser un hombre carismático —algo que influía bastante—, sino por su profesional dominio sobre el viñedo.

Nina tenía razón: ¿Podía haber alguien más perfecto para mí?

Y ahora venía la pregunta crucial: ¿Era yo perfecta para él?

La respuesta dolía como un clavo dentro del zapato. Y cuanto más lo miraba, más me dolía.

Llegamos a la parte quemada, y su semblante mudó de color. Hice un comentario, pero no me respondió, como si se hubiera recluido en un mundo interior al que yo no tenía acceso.

—La Policía se está ocupando de buscar al responsable —dije pensando que no me escucharía.

—¿Y crees que encontrarán algo? —dijo dejando claro que estaba más pendiente de mí de lo

que yo pensaba.

—No lo sé, pero ¿qué más puedo hacer?

—¿Por qué crees que ha sido Gelabert?

—Sé que quiere el viñedo, y aquí todos piensan que es culpable.

—He estado informándome sobre él.

Lo miré sorprendida por su interés.

—Es un hombre acaudalado —añadió—. Tiene viñedos diseminados por todo el territorio, la mayor parte aquí, pero también al sur de la isla. Aparte del vino, se dedica al turismo y al sector inmobiliario. No necesita tu viñedo.

Me asombraba que se tomara tan en serio el asunto. A mí me gustaba pensar que, pese a la gravedad del suceso, saldría adelante, a menos que a alguien se le ocurriera la feliz idea de acabar con el resto de mi viñedo.

Se me erizó la piel solo de pensarlo.

Él se dio cuenta de que me estaba entristeciendo y cambió de tema:

—Lo estáis haciendo bien, Alicia. Las propiedades del suelo parecen buenas, a juzgar por el vigor de las plantas. La disponibilidad hídrica afecta también al desarrollo, pero veo que aquí no es un problema.

Definitivamente, Marco Bossi era mi hombre.

—Me alegra saber eso —le dije, y habría apostado la mitad izquierda de mi cerebro a que mis ojos brillaron de entusiasmo. Contuve las ganas de abrazarlo y añadí—: Ahora tenemos que volver, dentro de nada esto estará muy oscuro.

—*D'accord*.

Hicimos el camino de vuelta apenas sin hablar. Marco parecía ausente. A veces nuestros brazos se rozaban y yo recibía un torrente de sensaciones que viajaban a velocidad vertiginosa por mi cuerpo. Mis sandalias se llenaban de tierra a cada paso y continuamente tenía que dar pataditas al aire para vaciarlas, lo que me hacía caminar como si fuera un soldado ruso en un desfile. Por suerte, él no se dio cuenta. Avanzamos en silencio, uno al lado del otro, mientras la noche nos caía encima y las primeras estrellas se hacían visibles en el cielo. Me pregunté, entonces, si aquel paseo sería el comienzo de algo extraordinario, o si, por el contrario, Marco se marcharía de allí al cabo de cuatro días y no volvería a verlo.

—¿Qué piensas? —le pregunté.

—¿Mmm?

Estaba totalmente abstraído.

—Estás muy pensativo. ¿Tan pronto te has arrepentido de haber venido?

Conseguí arrancarle una sonrisa.

—No, al contrario, estaba pensando lo duro que va a ser marcharme. Me gusta esto.

No debería decir esas cosas, hacía que me ilusionara tontamente.

—Yo nunca podría dejarlo.

Se detuvo y me miró intensamente. Sus ojos me transmitieron comprensión.

—Lo sé.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Por primera vez, la falta de conversación no me

incomodó. Al contrario, entre nosotros se formó una atmósfera de repentina complicidad que me produjo una pacífica sensación de bienestar.

El hechizo se rompió cuando Milo apareció en medio de la penumbra y comenzó a dar saltos alrededor de su dispensador de galletas, ignorándome a mí por completo.

—*Mon petit ami* —le dijo Marco mientras lo acariciaba—, se acabaron las galletas por hoy. Tal vez mañana.

Llegamos frente a los muros de La Rodona. Entramos los tres en casa y le indiqué a Marco dónde estaba la cocina. Me disculpé un momento y subí a mi cuarto con el propósito de cambiarme de calzado y limpiar mis pies de polvo y tierra.

SI APRIETAS LOS DIENTES, APARTA LA LENGUA

La cena fue agradable, aunque no exenta de tensión. Por más que me complaciera la compañía de Marco, no dejaba de pensar que era un extraño. Tal vez su interior no lo fuera, pero ahora me tocaba acostumbrarme a su presencia. Y os aseguro que no era fácil estar a su lado sin sufrir ciertas alteraciones corporales. A saber:

Confusión mental severa.

Pulso cardiaco anormal.

Hiperhidrosis palmar.

Neuronas asociadas al sentido crítico en estado vegetativo.

Sentido del ridículo elevado a su máximo nivel.

Hasta ese momento, Marco solo había significado un montón de palabras en un papel, unas con mayor profundidad que otras, pero palabras al fin y al cabo. Y ahora tenía que fundir en un solo elemento su imagen y sus pensamientos, cada una de las sensaciones, vivencias y anhelos que había compartido conmigo a través de las cartas, y la contundencia de su presencia, esa que me hacía experimentar cosas. Ya sé que *cosas* es otra de esas palabras que no definen nada —igual que *estable*—, pero a veces no son necesarias más aclaraciones.

Marco, en todo su conjunto, se encontraba ahora en una silla frente a mí.

Y estaba resultando una experiencia bastante intimidante.

Siempre que me había encontrado en presencia de hombres me había sentido favorecida en comparación con ellos, incluso agraciada pese a todos mis defectos. Pero Marco Bossi anulaba esa benévola percepción de mí misma y me hacía sentir un patito feo a su lado; poca cosa, ya me entendéis. La balanza de la belleza se inclinaba sin remedio hacia él, lo cual era un fastidio porque me hacía perder de un plumazo la seguridad que me caracterizaba, como si se me hubiera caído al suelo y Milo se la hubiera tragado de un bocado. Miraba a Marco y deseaba estirar una mano y tocarlo.

¿Cómo habría reaccionado si lo hubiera hecho?

Nunca lo sabría.

Tenía que admitir que, antes de ese día, más de una noche me había dejado llevar por fantasías eróticas con él como protagonista. Bueno, fueron bastantes noches, pero muchas de ellas no contaban porque me había quedado dormida antes de llegar a algo importante. Siempre comenzaban siendo pensamientos inocentes que inevitablemente iban subiendo de tono.

Tumbada en la cama miraba su fotografía y fantaseaba con su imagen: «¿Cómo se moverán sus labios al hablar? ¿Serán sus manos torpes o serán expertas? ¿Serán suaves y cálidas para las caricias, o frías y ásperas? ¿Le gustará susurrar al oído mientras hace el amor o será de los que nunca dicen nada, de los que ignoran el poder seductor de la palabra?». A mí me gustaban los primeros, a pesar de que Alfredo nunca hablaba en esas situaciones. Mi primer novio sí lo hacía, pero decía cosas inapropiadas, y eso también puede ser un inconveniente.

Estaba pensando en todo esto cuando me atraganté con el pollo al Sauvignon.

—¿Estás bien? —me preguntó Marco.

Asentí con la cabeza y bebí un poco de vino.

Otra de las particularidades que tiene encontrarse en presencia de alguien que te impresiona mucho es que es terriblemente sencillo hacer el ridículo, como si no tuvieras tiempo el resto del año para hacerlo cuando estás sola. Por suerte, solo me había atragantado con un pequeño trozo de pollo sin masticar.

Cuando volví a mirar a Marco, me dije que no podía haber nada más afrodisíaco que contemplarlo, incluso verlo llevarse el tenedor a la boca resultaba excitante.

¿Qué me estaba pasando? ¿Era un síntoma de la abstinencia?

Durante la cena, él alabó el talento de Virginia para la cocina, haciéndose el sorprendido cada vez que probaba uno de los platos, y yo misma tuve que reconocer que mi hermana se había esmerado porque todo estaba muy sabroso. Marco me habló de las especialidades culinarias de Corsica, como él llamaba a su isla; carnes, pescados, frutas y verduras y productos lácteos. Después se tiró veinte minutos seguidos hablando del vino de su tierra, y aunque se notaba que a él le fascinaba el tema —a mí también, pero no en aquel momento—, reconozco que, absorta como estaba en su imagen, no le presté demasiada atención, y mi mente se entretuvo sin querer con cualquier particularidad de su aspecto, como por ejemplo un lunar pequeño que tenía justo al final de la línea de su ojo izquierdo, o un mechón de pelo más claro que le brillaba sobre la frente. También tuve tiempo de fijarme en que no llevaba anillos, ni pulseras, ni cadenas... Y deduje que sus orejas nunca habían lucido pendientes porque no había señales en ellas de haber sido perforadas. Su único complemento era un G-Shock en la muñeca, uno de esos relojes indestructibles de aspecto deportivo.

Todo lo que Marco me contaba me parecía fascinante, al menos lo que le había escuchado, aunque de igual modo me habría resultado embriagador el ciclo reproductivo de una trucha, siempre y cuando fuera él quien me lo explicara.

Por suerte, fui capaz de disimular con bastante eficacia, y pese al desestabilizador ritmo de emociones que procesaba mi cerebro, incluido el diálogo interno entre Dimitri y Natasha, que yo había decidido ignorar, me comportaba con cierta naturalidad.

Una hora después de terminada la cena, todavía seguíamos sentados, hablando de platos sabrosos y similitudes entre las dos islas. En realidad, yo no había comido mucho porque tenía el estómago cerrado; una sensación fastidiosa que nunca había sufrido. Jamás me había impresionado tanto un hombre como para quitarme las ganas de comer, y lo de Alfredo había sido tan gradual que nos habíamos acostumbrado el uno al otro casi sin darnos cuenta.

Hablamos, hablamos y hablamos hasta que se nos agotaron las palabras.

Yo podía haber seguido hasta la mañana siguiente —a riesgo de ensartar una tontería tras otra, que era precisamente lo que llevaba haciendo ya un buen rato—, pero adiviné, por la cara de Marco, que él también tenía suficiente.

Se levantó de la silla y recogió su plato y el mío.

—Te ayudaré a recoger —dijo.

Con un gesto involuntario, aferré su brazo con mi mano para que desistiera en la tarea.

—No te preocupes.

Al notar el contacto se detuvo en seco, como si mis dedos lo hubiesen paralizado. Retiré la mano y añadí:

—Ya recogeré luego.

Dejó los platos sobre la mesa y su teléfono móvil emitió un sonido bajo, rítmico e intermitente. Lo sacó del bolsillo de su pantalón y atendió la llamada.

Permanecí sentada mientras lo escuchaba, notando cómo el tono de su voz se hacía más profundo y gutural al hablar en su idioma; ese extraño acento francés que resultaba difícil de situar si uno desconocía la procedencia del hablante.

Caminó por la cocina respondiendo con frases cortas, como si estuviera recibiendo una información importante. Lo perdí de vista y no me atreví a girar el cuerpo para buscarlo, tan solo pude oír su voz sin llegar a comprender lo que decía.

Entonces lo presentí detrás de mí, a escasos centímetros del respaldo de mi silla. Sabía que, si movía ligeramente la cabeza hacia atrás, mi cabello rozaría su cintura. Me quedé tan inmóvil como una montaña, hipnotizada por el sonido incomprensible de su voz.

Unas cosquillas en la cabeza me hicieron darme cuenta de que Marco jugaba con mis rizos mientras seguía la conversación. Sus dedos eran lentos y curiosos. Respiré pesadamente, sin atreverme a hacer un movimiento. Hacía tanto tiempo que no me enfrentaba a estas situaciones que no sabía cómo debía comportarme.

Acarició la base de mi cuello y, en su descenso, la mano barrió el tirante de mi vestido, que se deslizó hacia abajo por el hombro. Noté la plenitud de su mano, grande, cálida y muy excitante, en contacto con mi piel. Me estremecí por la caricia y yo también quise tocarlo. El corazón me latió deprisa mientras pensaba en hacerlo, pero entonces Marco se despidió de su interlocutor y apartó la mano.

Había perdido la oportunidad.

Se puso a mi lado, agachó el cuerpo para apoyarse sobre la mesa y su aliento me rozó suavemente la oreja.

—Tienes un pelo precioso —dijo, y yo lo miré con cara de boba.

Si había algo rebelde e indómito en mí, eso era mi pelo. Pero ¡a él le gustaba! Sonreí para mis adentros y tragué saliva a un palmo de su cara.

—Y una piel muy suave —añadió mientras volvía a colocar el tirante en su sitio.

—¿Quieres un licor? —le pregunté más feliz de lo que puedo describir.

Sus ojos y su boca sonrieron.

—Claro.

Me levanté de la silla, con un movimiento torpe, y salí de la cocina. Busqué en el mueble del

salón un aguardiente de nuestra cosecha, tomé dos vasos y antes de volver a la cocina descorché la botella y le pegué un trago a morro. El licor me arañó la garganta como lo harían las uñas de un gato rabioso. Cuando volví, me di cuenta de que Marco estaba fuera.

Me asomé al porche y lo encontré sentado en el peldaño enredando con Milo.

—*Vieni qui*, Milo! —exclamó cuando este salió corriendo.

—Eso no ha sonado muy francés —le dije desde la puerta—. ¿Es corso?

Se giró para mirarme.

—Sí.

Me acerqué a él y me senté a su lado. Contuve la tentación de estirar el cuello y olisquearlo como un animal, buscando el rastro del aroma de su cuerpo, ese que me recordaba en sus cartas a las manzanas frescas y a la canela y que tanto me fascinaba.

Malditas conductas sociales, ¿por qué tenemos que reprimir siempre nuestros instintos primitivos?

«Porque si no el mundo sería una jodienda», conjeturó Dimitri, como siempre tan poético.

Bueno, yo me conformaba con olerlo. Después..., ya veríamos.

Le ofrecí un vaso, serví el aguardiente y me olvidé de tratar de averiguar a qué olía.

—Marco tampoco es un nombre muy francés —comenté.

—Mi abuelo materno era genovés.

Alzamiento de cejas. Las mías.

—Ah.

—¿Lo hacéis vosotros? —me preguntó.

—¿El qué? —Señaló la botella—. Sí, pero yo no suelo beberlo, es demasiado fuerte.

Levantó su vaso con la intención de brindar.

—Por los buenos comienzos —dijo, y juntó su vaso con el mío.

—Por los mejores finales.

—*A salute!*

—Salud.

Noté el calor del licor invadiéndome las entrañas y hablé con la voz estrangulada por el alcohol:

—Háblame más de tu isla.

Bebió un trago de aguardiente y no se inmutó, como si él no tuviera un gato mosqueado en la garganta.

—Es una montaña en el mar. Un paisaje de picos y llanuras. —Dio otro sorbo y continuó—: Ha sido colonizada por cerca de veinte países. Ahora es Francia quien intenta asimilarnos. Pero Corsica es un agujero negro político. Aunque supongo que no querrás hablar de eso ahora.

—Si tú quieres hacerlo, no me importa escucharte.

—No, no quiero. —Acercó su cabeza a la mía y luego dijo serio—: En realidad, quiero hablarte de otra cosa.

—No te conozco mucho, pero me inquieto cuando me hablas así.

Sonrió un poco.

—Quiero ayudarte, Alicia. —Pausa—. Verás, tengo un dinero ahorrado...

Intenté modular el volumen de mi voz al preguntar:

—¿Me estás ofreciendo dinero? ¿Has venido a eso?

Lo miré confundida, como si acabara de despertar de un sueño.

—Déjame explicártelo, ¿quieres?

Me quedé callada y lo escuché.

—¿Has valorado la opción de buscar un socio inversor?

Milo apareció frente a nosotros y se tumbó en el suelo de madera, al lado de Marco.

—Si quisiera un socio inversor no habría acudido a una página de contactos. Los socios inversores no las frecuentan mucho.

—¿Crees que un marido te sería más útil?

—No lo sé, pero si las cosas van mal, al menos tendría un hombro sobre el que llorar.

—Ya veo, la soledad pesa más que las finanzas.

—Tal vez. Además, un socio inversor querría recuperar el capital invertido en un corto plazo, y también llevarse parte de los beneficios. Sería para ti un negocio ruinoso.

—No me importa no recuperar el capital, y renunciaría a los beneficios...

—Eres un mal negociante.

—Hace tiempo que quiero invertir en algo, y tu viñedo me gusta.

—O sea que esta es una visita de negocios.

Se me acababa de caer la venda de los ojos.

—También tenía muchas ganas de conocerte.

—Si tu intención era esta, podías haberte ahorrado las cartas e ir al grano.

—Esa no era mi primera intención, pero cuando me hablaste del incendio, pensé que podría hacer algo para ayudarte.

—Y has venido a ofrecerme dinero.

—Escucha, Alicia. Nada ha cambiado. Mi interés por ti es el mismo. Pero veo que lo estás pasando mal, tendrás que reponer buena parte de las viñas..., los postes, los alambres... Cuentas con la mitad de la cosecha, la producción de vino será limitada y tus beneficios se verán reducidos.

Dicho así, parecía que estaba hundida en la miseria. Yo no lo había tomado tan mal. ¿Por qué tenía él que restregármelo por la cara? Apreté los dientes con fuerza sin darme cuenta de que mi lengua estaba en el medio. Aflojé la mandíbula y noté que me chispeaban los ojos por el dolor. Luego me entró la risa tonta. Yo sabía que era por los nervios, pero Marco no, y tenía miedo de que lo interpretara mal.

—No puedo aceptarlo, Marco —dije volviendo a adoptar un gesto solemne—. Apenas nos conocemos... Solo hemos intercambiado unas cuantas cartas... Perdona si soy tan sincera, pero...

Me miró con cara desencantada.

—¿Eso ha significado para ti? ¿Unas cuantas cartas?

Tuve que reflexionar sobre esa pregunta.

—Bueno...

—Pensé que habíamos conectado, que tomabas esta relación en serio.

—Y la tomo en serio —me apresuré a decir—. Tus cartas han sido una corriente de aire

fresco en mi vida. Pero no aceptaré tu dinero.

—Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo.

—Y yo te lo agradezco, pero no cambiaré de opinión.

Me levanté y entré en casa a buscar las llaves del coche. Lo cierto es que me sentía defraudada y no quería continuar con la conversación.

—Vamos —le dije cuando volví a salir—, te llevaré a Las Rosas.

Me dirigí sin esperarlo al garaje de la parte trasera. Cuando regresé al volante de mi viejo Suzuki, no lo vi. Me bajé del coche y entré en casa.

—¿Marco?

No obtuve ninguna respuesta.

«Será cretino», me dije. Me había dejado plantada.

UN TARADO ATRACTIVO ES MIL VECES PEOR QUE UNO CORRIENTE

Calculé que, a pie, Marco no tardaría más de media hora en llegar a la propiedad de Gelabert. Estuve tentada de salir en su busca, pero estaba resentida, la noche era clara, no había alimañas peligrosas que pudieran devorarlo y si seguía el camino no tenía posibilidad de perderse.

Me dispuse a entrar en casa y silbé para llamar a Milo, pero él tampoco vino. Posiblemente había seguido a su nuevo amo.

«Le pondré un ultimátum: o él o yo.»

No, no era buena idea. Seguro que yo saldría perdiendo y, aunque no nos llevábamos bien, era el único vínculo vivo que tenía con Alfredo.

Estaba secando las copas de vino cuando sentí el ruido vago de un motor. Miré por la ventana y aprecié en la oscuridad la silueta del coche de Virginia. Era cerca de la una.

—¿Qué haces aquí sola? —me preguntó nada más entrar.

Exigió conocer cada detalle desde que ella se había ido a trabajar, y yo le relaté nuestro paseo por el viñedo, la posterior cena y nuestro desencuentro final.

—¿Te has enfadado porque te ha ofrecido dinero?

—¿Tú lo ves normal?

—No, pero lo rechazas y ya está, no hace falta hacer un drama por ello.

—Yo no hago un drama —dije sacudiendo el trapo en el aire—, es solo que nadie te va ofreciendo dinero sin exigir nada a cambio.

—Y yo que te imaginaba en plena acción... Lo venía pensando por el camino y me moría de envidia. Me ha impresionado ese corso, y creo que a ti también.

—Ha sido él quien se ha marchado, y sin despedirse.

—Si yo fuera tú, me plantaba allí ahora mismo.

—Si yo fuera tú, me iría de cabeza a la ducha. ¿Qué has cocinado hoy? ¿Mofetas?

—Mejor no quieras saberlo, pero yo también estoy deseando sacarme de encima este olor. Me voy al baño.

—Y yo me voy a la cama... ¡Sola!

—Porque tú quieres... —dijo a media voz mientras salía de la cocina.

Subí a mi dormitorio un poco aturdida. Marco era un hombre peculiar. Tal vez se debía a que era extranjero, tal vez los corsos eran diferentes. Los ingleses son distantes y tienen un extraño

sentido del humor, los alemanes son fríos y poseen un agudo sentido de superioridad, los franceses son maleducados. Marco era francés, y también corso, y yo nunca había oído hablar de la personalidad de los corsos.

Salvo lo de la *vendetta*, pero creo que eso no contaba.

Mi primera impresión al verlo había sido buena. Qué digo buena, había sido tremenda. Hasta entonces ningún hombre me había deslumbrado tanto a primera vista. ¿Qué habrá pensado él de mí? ¿Le interesaré en serio? ¿Acabaremos en la cama? ¿Y si no se lanzaba? ¿Podré soportarlo? ¿Y si se lanzaba y luego no me gustaba porque no era como Alfredo?

Ojalá la noche no hubiera acabado así.

Los minutos pasaban lentos mientras me movía inquieta en la cama sin lograr conciliar el sueño. Abrí el cajón de mi mesita y extraje las cartas de Marco. Las guardaba ordenadas por fechas, así que no me resultó difícil encontrar la primera. Saqué el papel del sobre y releí su primer mensaje. Era escueto y directo, tal vez un poco displicente, pero había mejorado mucho con el tiempo.

Volví a leerlas todas. Ahora que lo había conocido, sus palabras cobraban vida ante mí de una forma efectiva. Entonces me di cuenta de que Marco no era ningún extraño. En realidad, había compartido conmigo pensamientos tan profundos como nadie lo había hecho antes. Había desnudado su alma ante mí, y yo lo había tratado como a un desconocido.

Me arrepentí de haber sido tan desconfiada y tan fría, y sentí de pronto un súbito impulso de ir a verlo. No me gustaba que me hubiera ofrecido dinero, pero también me había dicho que su interés por mí era el mismo. Yo le gustaba. ¿Podía ser cierto?

Marco pasaría en La Rodona cuatro días y yo estaba desperdiciando la primera noche. Ni siquiera le había ofrecido un mínimo aliciente que pusiera de manifiesto que él también me gustaba.

«Ya sé, iré a hablar con él y se lo diré», me dije; no quería mantener esa sensación amarga toda la noche.

¡Maldita sea! ¿A quién pretendía engañar? No quería hablar con él, solo acostarme con él. De vez en cuando conviene ser realista. Y yo hacía demasiado tiempo que no estaba con un hombre.

Salté de la cama de un brinco y saqué del armario mis mejores braguitas, pero al ir a ponérmelas cambié de opinión y busqué un tanga; el único que tenía. Los detesto, no puedo evitarlo, sé que no es muy moderno reconocerlo, pero no me gustan. Aun así, podría soportar el triangulito durante unas horas, solo ante la posibilidad de que...

Buf, qué estrés. Me agitaba solo de pensarlo. No me puse sujetador, tampoco lo necesitaba. Es la ventaja de tener los pechos pequeños, que se sujetan solos. Y sin sujetador al menos se me marcaban los pezones.

Volví a ponerme el vestido y sustituí las sandalias por unos zapatos de tacón vertiginoso que casi nunca usaba. Otra cosa que detesto. Pero quería parecer sexi y, sobre todo, quería que Marco me deseara.

Justo antes de bajar las escaleras, me entró una duda existencial y tuve la necesidad imperiosa de resolverla. Caminé de puntillas —todo lo que me permitían los tacones— hasta la habitación de Virginia y me acerqué a su cama sin hacer ruido. Roncaba como un troll. Me senté

en la cama y la zarandeé por el hombro con suavidad.

—Virginia —susurré.

No se movió.

La meneé un poco más fuerte.

—Virginia —dije, esta vez sin susurrar.

Abrió un poco los ojos y enseguida los cerró.

—¡Virginia! —grité.

Se incorporó en la cama de un salto.

—¿Qué pasa? ¿Es que quieres matarme de un susto?

—Lo siento, no te despertaría si no fuese un caso de vida o muerte.

Se fijó en mi ropa y el sueño se le fue de repente.

—¡Vas a verlo! —tronó.

Asentí con la cabeza.

—Pero antes quiero preguntarte algo. —Me dedicó toda su atención—. Oye, ¿cómo se lleva ahora el..., el ya me entiendes?

Se rascó la cabeza, y su melena, todavía bien peinada, se alborotó.

—Ali, acabas de despertarme de sopetón, ¿cómo voy a adivinar lo que es «el ya me entiendes»?

—Joder, Virginia, el toto. ¿Se lleva natural o recortadito?

—Se lleva calvo, y ahora déjame dormir.

—¿Calvo?

—Mira que despertarme para esto...

Se tumbó de nuevo y cerró los ojos.

—Pero ¿calvo tipo Kojak o calvo con flequillo tipo José Oneto?

Refunfuñó.

—Pelao, Ali, como una bola de billar. ¿Cómo lo llevas tú?

—Recortadito, pero natural.

—Bueno, pues no te preocupes —murmuró—, Marco parece un hombre listo, no creo que se pierda en la selva.

—Cómo eres...

—¿Crees que estará despierto a estas horas? —dijo, y bostezó.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

—Pues que tengas suerte. —Volvió a bostezar—. Ahora mismo no me das ninguna envidia. Me muero de sueño.

—Está bien. Tú sigue durmiendo. Y si no vuelvo, ya sabes dónde estoy.

—Sí, sí, hasta mañana.

Cuando salí de allí ya estaba roncando de nuevo.

Antes de marcharme, entré en el cuarto de baño a cortarle el flequillo a Oneto. No pensaba dejarlo tan pelón como Cocoliso, pero quería parecer moderna, no una mujer del Cuaternario. Cuando aquello se pareció más a una reunión de hormigas que a la barba de un duende, volví a calzarme el tanga y bajé las escaleras a toda prisa.

Encontré la casa a oscuras. Eran las dos y media de la madrugada y supuse que Marco estaría durmiendo.

En aquel momento de irresponsabilidad embriagadora me sentí insegura. Y también horriblemente decadente. No quería interrumpir su descanso, pero tampoco deseaba marcharme. Imaginaba que si Marco se parecía en algo al típico hombre mediterráneo, no tardaría ni cinco segundos en estar en su cama.

Decidida, me dirigí a la puerta y llamé con suaves golpes mientras me preparaba para hacer frente a una escena tórrida y desenfrenada que nos llevaría a los dos hasta su habitación.

Marco abrió la puerta. Apareció frente a mí con el pelo revuelto y sin rastro de somnolencia. Llevaba puestos los pantalones. La camisa desabrochada dejaba a la vista su magnífico torso, el mismo que yo había acariciado en la fotografía. Iba descalzo.

Me puse nerviosa porque no dijo nada al verme, solo la expresión de sus ojos transmitió su sorpresa.

«¡Sexo, sexo, sexo!», gritó Natasha en mi cabeza.

Noté que me sonrojaba, porque pensé que la palabra se me había quedado escrita en la frente con letras de neón.

—¿Te he despertado?

Se llevó una mano a la nuca y apoyó el brazo sobre el marco de la puerta. Los músculos de su pecho se estiraron y se hicieron más prominentes.

—No. ¿Qué ocurre?

¿Qué ocurre? Esa no era una respuesta muy acorde con la situación.

—He venido a decirte que...

De pronto no podía hablar.

—¿Sí? —me acució.

Pensé con rapidez. Marco no estaba colaborando, y tuve la vaga impresión de que le molestaba que estuviera allí. Me sentí tan ridícula que cambié de parecer a la velocidad de un chasquido. Ya no pensaba decirle que me gustaba.

Por grosero.

Natasha me chivó una respuesta, y mentí atropelladamente.

—He venido a decirte que... que prefiero que me llames Ali.

—Ali... —repitió él con un tono impreciso.

—Sí, todos me llaman así.

—Mientes muy mal, Ali.

Me había pillado.

—Es cierto que... —quise insistir, pero Dimitri interrumpió la transmisión de información a mis cuerdas vocales y me quedé sin habla de repente.

«No intentes arreglarlo —dijo—. Ha sido una respuesta lamentable.»

—No me refiero a eso —comentó Marco.

Al verme descubierta, solo pude contemplarlo con cierta impotencia y maldecirlo por su falta

de cooperación. Decidí buscar una disculpa y marcharme de allí antes de sentirme más avergonzada. De modo que dije:

—¿No vas a invitarme a pasar?

Lo sé, lo sé, fue una falta terrible de coordinación entre mi cerebro y mi lengua.

—¿Quieres pasar?

Ahora ya no.

—Sí —dije, y pasé dentro bajo su atenta mirada.

«¡Sexo! ¡Sexo! ¡Sexo!»

El interior estaba débilmente iluminado por una lámpara. Resultaba acogedor, y tuve que admitir que Gelabert o sus decoradores tenían buen gusto; todo en plan rústico, pero con estilo.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó.

—¿Qué tienes?

—Una botella de vino de la competencia.

—¿Vino de Gelabert? ¿Quieres que te salgan un par de orejas nuevas en los hombros?

Se sonrió.

—No puede ser tan malo.

—Seguro que es peor.

—Pues no tengo otra cosa, lo siento, solo agua del grifo.

—Vale, entonces me arriesgaré con el vino. Si me salen orejas en los hombros siempre podré dedicarme al mundo del circo, o a ser colaboradora en un programa de televisión.

«Debería callarme», pensé. ¿Por qué decía esas tonterías?

Marco volvió a sonreír. Mientras él iba a la cocina a por el vino, yo eché un rápido vistazo alrededor. Me moví como un correcaminos y me asomé al dormitorio. Estaba levemente iluminado y pintado con tonos cálidos, casi blancos. La cama estaba deshecha. Mmm, una cama grande y espaciosa. Luego metí la cabeza en el cuarto de baño, que resultó amplio y sofisticado en comparación con el resto de la casa. Cuando apareció con el vino, yo ya me había colocado de nuevo en mi sitio, como si no me hubiera movido.

Él me hizo un gesto para que me sentara en el sofá, y yo lo observé mientras descorchaba la botella y servía el vino en dos copas.

No estaba muy animada que digamos. No había esperado un recibimiento tan frío. Tampoco pretendía que me arrastrara a la cama en cuanto abriese la puerta (bueno, la verdad es que sí), pero comencé a pensar que no se alegraba de verme. Había metido la pata hasta el fondo y ahora no podía tomarme el vino de un trago y marcharme por las buenas.

¿O sí podía?

«No, no puedes», sentenció Dimitri.

Me senté en un lado del sofá, sujetando la copa con las manos, y él se sentó en el otro extremo, como si yo tuviera algo contagioso (¿estupidez, por ejemplo?). Sin embargo, volvió el cuerpo hacia mí ligeramente y esa postura nos acercó.

—Háblame de ti —dijo.

Contemplé su pelo castaño, casi negro, y la forma atractiva en que le caían los mechones alborotados sobre la frente. Me habría gustado estirar una mano para atusárselos un poco, aunque

con el pelo revuelto estaba encantador.

Probé el vino. El sabor no era para hacerle una ola, pero tampoco estaba tan mal.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

Me dio la risa, pero él permaneció serio. Un poco en broma comencé diciendo:

—Bueno, cuando nací, mi madre quiso llamarme Aurora, como su tía, pero mi padre no la soportaba, a mi tía, no a mi madre, y sugirió llamarme Adela, como su madre. Mi madre no estuvo de acuerdo y al final buscaron un nombre que no tuviera nada que ver con...

Me paré de golpe y lo escruté. Esperaba que él dijera: «Puedes saltarte esa parte, cuéntame solo las cosas importantes». Pero no lo hizo. Al contrario, se mostraba extremadamente interesado.

—Sigue, por favor.

—No creo que quieras escuchar toda la historia.

—Por supuesto que quiero.

—Créeme, acabarás tan aburrido como el gato de una octogenaria.

Sonrió mostrándome sus dientes perfectos.

—Eso déjame decidirlo a mí. Quiero saberlo todo de ti, Ali, necesito conocerte antes de dar un paso adelante.

—Ah —murmuré decepcionada—. Por eso estamos aquí, en la sala, en vez de allí. —Señalé el dormitorio con un gesto suave de mi barbilla.

—Sí.

—¿Es importante para ti?

—Mucho.

—No me esperabas, ¿verdad?

—No.

—¿Y te alegras de que haya venido?

Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

—Sí, me alegro.

—¿A qué ha venido esa pausa?

—¿Qué pausa?

—Has hecho una pausa, de tres segundos, y se supone que debías responder al momento.

—Estaba pensando si añadir algo más.

—No lo has hecho.

—No era necesario.

Suspiré y cerré los ojos. Luego lo miré desconcertada.

—Quiero que seas sincero conmigo.

—Lo seré, ¿y tú?

—Por supuesto.

—Bien. Ahora continúa, por favor.

—¿Por dónde iba?

—Creo que ibas a decirme que eres la primera Alicia de la familia.

EFLUVIOS DE AGUARDIENTE Y MIEL

Lo que comenzó siendo el relato superficial de mi vida se convirtió en un análisis escrupuloso de mi personalidad. Le hablé de cuando era niña, de las monjas, de mi padre, que era técnico de Telefónica, de mi madre, que siempre había sido ama de casa. Le conté que de pequeña quería ser catadora de helados, porque imaginaba que antes de llevarlos a las tiendas alguien debía probarlos. Cuando llegué a la adolescencia, él ya se había puesto de pie y se paseaba de un lado a otro, con un brazo cruzado sobre el pecho y una mano en la barbilla. Estaba tan concentrado en mi charla que parecía un investigador tratando de descifrar un enigma. Escuchaba en silencio. Solo a veces dejaba escapar una palabra o hacía un gesto con la cabeza indicando que entendía y que seguía mi discurso sin distraerse.

Los primeros años de mi existencia —si dejábamos a un lado a Piluchi— habían sido felices y sin contratiempos; una estabilidad propiciada por unos padres bondadosos y comprensivos y una hermana bastante razonable, dentro de su extravagancia. Una pierna rota a los dieciséis, un primer desengaño amoroso a los veinte y una breve etapa de inconformismo social y antisistema.

Lo típico de la edad.

Le hablé de cómo había conocido a Alfredo, de nuestro largo noviazgo en la distancia y, finalmente, de la boda. Sin embargo, no le dije cómo había muerto, y él no me lo preguntó.

Casi todo el tiempo me sentía cohibida, porque estaba segura de que lo estaba aburriendo, incluso yo misma llegué a la conclusión de que nunca había hecho nada digno de tener en cuenta. Pero sus gestos y sus miradas parecían decir lo contrario. Cuando creí que había terminado y que había logrado hacer un buen resumen de mi vida, llegó el turno de las preguntas.

Una tras otra. Sin tregua.

Fue entonces cuando comencé a inquietarme.

No recordaba haber hablado tanto en mi vida, ni haberle confesado a nadie las cosas que le confesé a él. No conforme con ello, Marco siguió indagando en mi intimidad, buscando profundizar en las emociones. Las mías. Y por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, yo le respondía a todo, como si me hubiera lanzado un hechizo de la verdad, como si no pudiera resistirme a su curiosidad infinita. Lo averiguó todo: mis temores, mis anhelos, las zonas erógenas de mi cuerpo, el rasgo más acuciado de mi personalidad, mi postura favorita para dormir...

Le revelé cosas que ni yo sabía de mí misma, y encima no se conformaba con una respuesta

simple, sino que profundizaba en ella hasta obtener lo que quería. Y yo le fui respondiendo con la voz cada vez más floja y comenzando a preocuparme por su interés desmedido en todo lo que me concernía.

Admito que al principio me sentí halagada siendo su centro de interés, pero, al cabo de dos largas horas de interrogatorio, estaba exhausta, con la boca seca y la mente confusa.

Ni siquiera escuché su última pregunta.

—No te diré nada más —dije con aplomo.

Hacía rato que se había sentado en una poltrona, frente a mí, con un tobillo cruzado encima de una rodilla, los codos descansando a cada lado del sillón y las manos entrelazadas y apoyadas sobre la boca.

Pareció sorprendido por mi pequeño acto de rebeldía, inclinó el cuerpo hacia adelante y apoyó los antebrazos sobre los muslos.

—Está bien, podemos seguir mañana.

—¿Mañana? —Eso consiguió enfadarme—. No, no te contaré nada más, ¡no me queda! Me parece que tu curiosidad es enfermiza.

—Es solo interés, créeme.

—Pues ahora me toca a mí.

—De acuerdo.

Volvió a apoyar la espalda en el respaldo, y yo tanteé la primera pregunta:

—¿Cuál es tu mayor deseo?

Meditó un par de segundos.

—Jamás podrá realizarse, así que...

Intuí por dónde iba.

—¿Te refieres a tus padres? —Oí la tristeza de mi voz.

Afirmó con la cabeza.

—¿Y tu segundo mayor deseo?

—Vivir tranquilo.

Sus palabras contenían un tono de frustración.

—Bueno, algunos dirían viajar por el mundo, tener una casa en la playa, ganar la lotería...

—Eso no da la felicidad.

—Estoy de acuerdo. ¿Cuál es tu peor pesadilla?

Hizo una pausa para meditar la respuesta.

—El remordimiento.

No me esperaba eso, y quise saber más.

—¿Hay algo de lo que te arrepientas y que te atormente?

—¿Tú no te arrepientes de nada?

—Tal vez sí, pero es tan insignificante que no me causa remordimientos.

—Por eso me gustas.

—¿Porque no tengo remordimientos? —Enarqué una ceja.

—Y porque duermes bien.

—¿Te gusto porque duermo bien? —Sonreí—. Es lo más extraño que me han dicho en la

vida. Además, ¿cómo sabes que duermo bien?

—Me lo has dicho antes —dijo solemne.

—Ah, claro.

No pude evitar reírme.

—Duermo bien porque trabajo duro. ¿Tú no duermes?

—Lo justo para seguir vivo.

—Un caso severo de insomnio, entonces. ¿Te lo has mirado?

—No, pero ningún médico me ayudará a dormir sin drogarme.

—Así que eres antidrogas; medicamentos, quiero decir.

—Sí, soy anti las dos cosas.

Su mirada era intensa, y yo me estremecí hasta la médula.

—¿Quieres hablarme de esos remordimientos?

Se acomodó en su asiento y se calló durante un segundo, como si estuviera decidiendo si contármelo o no.

—Tal vez en otro momento.

—Es que me interesa mucho.

—Te lo contaré, pero no esta noche.

—Vale.

—¿Hay algo más que quieras preguntar?

Yo también quería saberlo todo sobre él, pero no tenía su imaginación para las preguntas. Encima estaba harta de hablar.

—No tengo más preguntas, por ahora.

—Bien; en ese caso, hemos terminado.

Lo interpreté mal.

—¿Terminado?

—De hablar.

Qué susto.

Acercó un poco el cuerpo hacia mí y, clavándome la mirada, preguntó:

—¿Quieres dormir conmigo esta noche?

El corazón me dio un vuelco en el pecho y contuve las ganas de gritarle que sí.

—Has dicho que casi no duermes.

Me recorrió el rostro con los ojos brillantes.

—Pero puedo mirarte mientras lo haces tú.

—Eso me pondría nerviosa, ¿y si ronco?

Se encogió de hombros.

—Sobreviviré.

Se levantó del sofá y se dirigió al dormitorio, y yo me quedé allí sentada, esperando a que mis piernas obedecieran el mandato de mi cerebro.

«¡Venga, ¿a qué estáis esperando?!», ordenó Natasha.

«Demasiadas inseguridades», opinó displicente Dimitri.

«¡No soy insegura! —repliqué—. Solo lo estoy asimilando.»

Al fin me puse de pie sobre mis tacones, notando el corazón desbocado. Marco había desaparecido tras la puerta y supuse que debía seguirlo, a menos que quisiera dormir en el sofá —lo cual no dejaba de ser una po-si-bi-li-dad re-mo-ta—. De modo que avancé despacio hasta la puerta y asomé la cabeza.

Estaba frente a la cama, quitándose la camisa.

Os aseguro que fue la imagen más sexi que había visto en mi vida.

Me acerqué a paso lento, admirando su torso desnudo y saboreando aquel maravilloso preludio antes de que nuestros cuerpos se encontraran. A lo largo de la tarde apenas nos habíamos tocado, tan solo un discreto beso en la mejilla y algún roce leve. Y ahora mi cuerpo vibraba de excitación, anticipándose al placer.

Había fantaseado —varias veces, y en diferentes escenarios— con la posibilidad de hacer el amor con Marco, y en mi imaginación éramos dos personas moviéndonos con gestos bruscos, sumidos en una inconsciencia mental sin espacio para pensar en otra cosa que no fuera quitarnos la ropa, tocarnos, besarnos..., todo ello con una urgencia y con una necesidad digna de la mejor película romántico-erótica.

Así que de ninguna forma estaba preparada para un desarrollo tan lúcido de la situación.

Tragué saliva y me coloqué frente a él. Marco concentró la mirada en mi pecho agitado, que no dejaba de oscilar arriba y abajo. Notaba los pezones tan rígidos bajo el vestido que estaba segura de que él también podía verlos. Es más, era justo donde se clavaba su mirada en ese instante.

Ahora dudaba que hubiera sido buena idea haber venido sin sujetador. Con una prenda menos que quitar, antes iba a quedarme desnuda.

Y la idea me aterrorizó.

Traté de serenarme concentrándome en él.

Con abrumadora calma, Marco se llevó las manos al cinturón, lo desabrochó con un ruido de metal y luego desabotonó el vaquero y lo deslizó a lo largo de sus piernas. Sus bóxer negros y ajustados revelaban claramente que estaba preparado. Nerviosa, dirigí la vista hacia sus hombros.

No esperaba que se quitara la ropa interior —todavía no—, pero lo hizo, y se quedó desnudo frente a mí.

Dios mío, qué violento. ¿Este hombre no conocía el pudor?

Evidentemente, no era la primera vez que veía un hombre desnudo, claro que no. Había visto muchos hombres desnudos. Montones. Bueno, para ser franca, había visto a un hombre desnudo muchas veces, que puede que no fuera lo mismo, pero, en esencia, todos son iguales, ¿no?

De cualquier forma, hubiera visto antes millares de hombres desnudos o no, lo cierto es que no pude apartar la mirada de la sombra oscura de sus genitales.

Lo sé, no tuve mucho tacto, pero en mi defensa debo decir que Natasha tomó el control de los músculos de mis ojos.

Llegados a este punto, me gustaría pensar que nadie espera una descripción detallada de su..., bueno, de «lo que estáis pensando», porque ya he dicho al principio que no soy una mujer vulgar. Y por más que busco una forma sutil de describir lo que pasó a continuación, no encuentro ninguna palabra que no haga visionar el asunto de una forma bochornosamente gráfica.

Bueno, qué demonios, es cierto que no soy vulgar —la mayoría de las veces—, pero cuando toca, toca, y creo que alguien podría sentirse decepcionado si me guardara esos detalles para mí.

Pero no pienso decir *polla.*

Ni *clítoris.*

Una vez leí un libro en el que un hombre llamaba Leroy a su atributo masculino. Siempre decía: «Leroy y yo hacemos esto, Leroy y yo hacemos lo otro...».

Me pareció gracioso, pero poco romántico.

Yo miraba esa parte de Marco y pensaba en algún nombre que le viniese bien, pero ninguno parecía hacerle justicia.

Mis ojos estaban eclipsados ante tanta abundancia.

El pene (Dios, qué cursi suena) de Marco era tan grande que rompía las proporciones áureas de su cuerpo. Parecía que llevara entre las piernas un arma de destrucción masiva, una amenaza para cualquier jarrón sobre pedestales, una pitón albina...

Bueno, puede que haya exagerado un poco, pero lo cierto es que esa parte de su cuerpo (no volveré a repetir lo de *pene*) era de tamaño normal; normal para un hombre de su estatura. Y considerando que Marco medía casi un metro noventa, os podéis hacer una idea. Yo, al menos, no había visto algo así en mi vida.

Y eso era lo que estaba mirando con bastante atención cuando él interrumpió la experiencia.

—Quítate el vestido —dijo con los ojos brillantes.

Respiré hondo sin que se notara mucho, y más nerviosa de lo que había previsto, deslicé la cremallera lateral de mi vestido hasta la cintura, me bajé los tirantes y la prenda cayó de golpe hasta mis caderas. Tuve el natural impulso de cubrirme los pechos con las manos, pero me aguanté, y sentí que mis mejillas se encendían mientras sus ojos se clavaban en ellos. ¡Jesús, qué difícil estaba resultando esto! Habría preferido mil veces haberlo hecho en un arrebato de esos que te dejan medio ciega y no eres consciente de nada.

Marco se dio cuenta, pero no apartó los ojos de mí.

—Eres preciosa, *chérie.*

Agradecí mentalmente el cumplido y mi confianza recibió un empujón hacia el techo.

¿Había dicho *chérie*?

Sonreí débilmente y empujé el vestido hacia abajo con un suave balanceo de caderas.

Marco dio dos pasos hacia mí y su cercanía elevó mi ritmo cardiaco de forma alarmante; por nada del mundo quería desmayarme en ese momento, y aunque sentí ganas de respirar como una parturienta, me contuve y traté de disimular mi estado de agitación.

Marco me rodeó la cintura con el brazo y me arrastró hacia él despacio, provocando que mi cuerpo, en alguna dimensión paralela, desprendiera chispas de placer al sentir su contacto. Me puse de puntillas, estirando el cuerpo al máximo para que no tuviera que agacharse tanto, y su barba incipiente me rozó la mejilla en el descenso hacia la boca. Entonces me besó con suavidad, y supe, con una lucidez extraña, que recordaría aquel beso para siempre. Sus labios eran sedosos y calientes, húmedos y sensuales, y su lengua tenía el sabor del aguardiente y la miel.

Su mano bajó hasta mis nalgas, las acarició y las apretó, y con su mano en mi trasero me guio hasta la cama.

Allí se tumbó encima de mí y nos besamos un buen rato mientras yo me deshacía de los zapatos. El sonido de una tela al rasgarse me hizo abrir los ojos y mirarlo. Luego bajé la mirada hacia el tanga; Marco había roto una de las costuras que lo sujetaban a la cadera.

Por un momento, una milésima de segundo tal vez, calibré la posibilidad de que Marco fuera un pervertido, y me dije que, de serlo, yo no me encontraba en la postura más disuasoria; inmovilizada sobre la cama, las piernas trabadas con las suyas y desamparada en el delirio de sus besos.

Aparté ese pensamiento de la cabeza y tragué saliva antes de hablar:

—¿No era más fácil quitármelo? —pregunté descolocada.

Sonrió de forma lasciva.

—Pero no sería tan excitante.

Movió las manos hacia el otro lado y repitió el gesto. Luego tiró del tanga hasta que se desprendió del todo.

Sin tiempo para quejarme por lo que había hecho, su boca me obligó a recibir un nuevo beso, y yo me olvidé del tanga mientras me aferraba a su espalda y mis piernas trepaban por sus caderas. Cuando al fin me penetró, muy lentamente, tardé cinco segundos en tener un orgasmo.

—¿Ya? —me susurró mirándome a los ojos.

Tuve que recobrar el aliento antes de hablar:

—Es que hace tanto que no lo hago...

No era por eso, pero no quería admitir cuánto me excitaba.

Sonrió dulcemente.

—Mmm, eres rápida —dijo, y añadió algo en francés o en corso o en lo que fuera.

No lo entendí, pero el sonido de su voz consiguió renovar mi excitación.

Empujó fuerte en mi interior y yo solté un gemido.

La impaciencia ardiente retenida hasta entonces se liberó, y Marco aumentó el ritmo de sus movimientos. Me mordí los labios para no gritar de placer, y cuando creía que tendría que pedirle que se detuviera, él rodó sobre sí mismo y me encontré montada sobre sus caderas. Al cabo de un momento se incorporó hasta que quedamos frente a frente, respirando nuestros propios alientos sin decidirnos a besarnos. Cerré los ojos; necesitaba cerrarlos para disfrutar con más intensidad de aquellas sensaciones. Si lo miraba, si me perdía en la profundidad de sus ojos, mi mente se olvidaba de los placeres del cuerpo. Y yo necesitaba sentir la plenitud de aquel deseo que me devoraba por dentro. Marco fue dulce y fue delicado, fue complaciente y generoso. Una mano en mi pelo, la otra abrazando mi cintura, atrayéndome hacia su boca sensual de aguardiente y miel.

—Abre los ojos, *mon coeur* —me susurró—. Me gusta más cuando me miras.

«¿Mon coeur?» Eso me había hecho perder la concentración. No hablaba francés, pero había palabras que la literatura había vuelto universales y conocía su significado. ¿Era yo su corazón? ¿O era una forma de hablar? Independientemente de la intención con que las dijera, la expresión de cariño me inundó, y sentí un escalofrío.

Quise decirle que a mí también me gustaba más cuando lo miraba, pero me callé. Consciente de que sabía demasiadas cosas sobre mí, quería conservar un poco de intimidad.

Marco se concentró en ser un amante complaciente, lo cual le resultó sencillo, pues sabía qué partes de mi cuerpo eran más sensibles a las caricias, yo misma se lo había confesado momentos antes.

Me tumbó de nuevo sobre mi espalda y contuvo su peso sobre los brazos. Entonces los movimientos rítmicos se hicieron más profundos, más intensos y más veloces. El cambio de ritmo descontroló mi cuerpo, que se vio abocado sin remedio a otro orgasmo que me dejó exhausta. Segundos después, él se contrajo y vibró al tiempo que emitía un gruñido sordo.

Se desplomó sobre mí y me aplastó ligeramente.

Tardé un momento en recobrar todas las funciones del cuerpo, e incluso de la mente. Ni siquiera podía pensar. Marco tenía la cabeza refugiada en mi cuello, y podía notar en la piel la cálida caricia de su respiración agitada volviendo a la normalidad. Entonces, en aquel instante de relajamiento físico y mental, yo me entretuve por fin aspirando su olor. Siempre me había fascinado la capacidad evocadora de cualquier aroma. Puede que mi olfato no fuera bueno para el viñedo, pero podría haber hecho el amor a ciegas con Marco y habría sabido inequívocamente que aquel hombre no era mi difunto esposo. Alfredo poseía un olor terroso y tánico que me recordaba el aroma de las bodegas, como si su cuerpo hubiera asimilado la fragancia del hollejo de la uva. Sin embargo, la piel de Marco exhalaba un aroma suave y ligero, a manzanas frescas y a canela, y a partir de ese momento supe que distinguiría su olor del de cualquier otro hombre. Me pareció tan sensual y sugestivo que llegué a pensar que mi deseo descontrolado solo podía deberse a que mi cuerpo estaba ovulando.

¡Ovulando!

Me senté de golpe en la cama y traté de recordar la fecha de mi última menstruación.

Marco se percató de mi movimiento brusco y se incorporó a mi lado.

—¿Qué ocurre?

Lo miré con cara de preocupación.

—Me acabo de dar cuenta de que no hemos usado protección.

Entornó los ojos de forma seductora.

—¿Te acabas de dar cuenta ahora?

—Sí.

—No te preocupes —dijo apartándome un mechón de pelo del cuello y rozándome la piel con un beso—, soy un hombre sano.

—No lo digo por eso. Quiero decir, me alegro de saber que estás sano..., pero...

No podía concentrarme en la fecha de mi periodo, pero los mensajes de mi cuerpo habían sido inequívocos. A estas alturas de mi vida lo conocía lo suficiente como para saber que durante la ovulación la necesidad de tener un hombre cerca se acrecentaba. La naturaleza era sabia en este aspecto, de otra forma la humanidad ya se habría extinguido mucho tiempo atrás. En otro momento de mi ciclo menstrual, lo más probable es que me hubiera quedado en la cama, durmiendo plácidamente, en lugar de haber salido corriendo en busca de Marco.

¡Estúpidas hormonas!

—¿Pero? —me apremió.

—Pues eso, Marco, que no hemos usado protección.

—Sí, y ha sido muy placentero.

—E irresponsable.

Sacudió ligeramente la cabeza.

—¿Por qué? Decías que querías tener hijos.

Lo miré como si se hubiera vuelto majareta.

—¿Has sido consciente todo el rato de esa posibilidad?

—Por supuesto, ¿me tomas por un inconsciente? —Marco demostraba que su cabeza había estado más fría que la mía—. ¿Tú no lo pensaste?

Me avergonzaba reconocerlo, pero era evidente que no lo había hecho. Y no podía decirle que me provocaba un deseo tan monumental que me había olvidado incluso de lo más importante.

—Ali, Ali..., qué voy a hacer contigo.

Me echó el cuerpo hacia atrás y me cubrió de nuevo con el suyo.

—¿Qué haces? No volveré a repetirlo así.

—Sí lo harás. Sé que deseas un hijo, y yo puedo dártelo, pero tienes que poner de tu parte.

—Esto es algo serio, Marco.

—Lo sé.

Comenzó besándome los pechos y enseguida subió hasta mi boca. Ahora que era consciente de la situación no me lo podía quitar de la cabeza. Era cierto que deseaba un hijo, lo deseaba con todas mis fuerzas. Marco también lo sabía y estaba dispuesto a darme lo que tanto anhelaba. Pero ¿deseaba yo tener un hijo suyo? Marco era un hombre que se había hecho a sí mismo, atractivo, inteligente, decidido...

«Controlador», me susurró Dimitri.

«Eso es solo un detalle», le respondió Natasha.

«Obsesivo.»

«Ella tampoco es perfecta.»

«Inquietante.»

«No, es solo diferente.»

Las señales de alarma se diluyeron lentas y vaporosas entre el aroma de su cuerpo y los besos de aguardiente. Volví a notarlo dentro, esta vez suave y escurridizo como una anguila. Nos unimos con una mínima sensación de roce, tan dulce y agradable que parecía que fuéramos dos viejos amantes. Con todo ello, noté su poderosa presencia en mi interior de una forma íntima y contundente.

—Me gustas mucho, Ali —murmuró complacido.

Quise decirle algo parecido, pero no se me daban bien esas cosas. Me salía decir: «Pues anda que tú a mí», pero era una frase ordinaria carente de romanticismo y del todo inapropiada para un momento tan dulce. Tal vez se debiera a que mi temperamento gallego era más bien frío y poco dado a este tipo de sentimentalismos que siempre me habían parecido cursis, aunque he de admitir que en la voz de Marco todo adquiría una nueva dimensión.

SITZ! PLATZ! HOPP!

Me desperté con las primeras luces del día. Abrí los ojos despacio y, al volverme, descubrí que estaba sola en la cama. Me levanté y busqué la ropa. Encontré con facilidad el vestido, pero el tanga parecía haberse evaporado. Al final lo descubrí en el suelo, hecho un gurruño, y suspiré al examinar el desgarrón en las costuras.

Me pregunté dónde habría ido Marco a esas horas, y antes de marcharme me entretuve curioseando por la casa.

En el dormitorio encontré una pequeña maleta, pero por nada del mundo habría husmeado en su interior. No penséis que soy una persona tan encomiable; me moría de ganas de hurgar en sus cosas, y hubo un momento en que pensé que sucumbiría a la tentación, pero —¡bien por mí!— logré mantenerme fiel a mis principios. Solo me permití coger su camisa, colgada del respaldo de una silla, y olfatearla buscando el aroma afrutado de su cuerpo.

Mientras conducía de vuelta a La Rodona, la representación mental del cuerpo de Marco —provocando estragos en el mío— no me abandonó ni un momento, aunque ahora me remordía la conciencia no haber tomado precauciones. Sin embargo, no pude evitar sentirme maravillosamente bien. Cuando ya había dado por perdidas ciertas cosas en la vida, la mínima posibilidad de alcanzarlas me producía un estado de agitación interna cercano a la felicidad. De pronto tenía a un hombre interesado en mí, dispuesto a compartir todas las facetas de mi vida: ser mi socio, mi compañero, mi amante, el padre de mis hijos...

El padre de mis hijos..., repetí mentalmente, y sentí un escalofrío recorriéndome el cuerpo. No era posible que pensara en ello en serio. Sin embargo, lo hacía, no de una forma racional y meditada, sino como un pensamiento que nacía de mis deseos más íntimos, de mis aspiraciones más profundas.

«Es todo muy extraño», insinuó Dimitri desde su refugio de racionalidad.

¿Por qué es extraño? ¿Porque le gusto? ¿Porque me desea? ¿Es que yo no puedo levantar pasiones en los hombres?

«¿Hombres como él?»

Envié un par de millones de neuronas para amordazar a Dimitri. Estaba resultando un aguafiestas, y en esos momentos yo flotaba en una nube de algodón.

Aparqué el Suzuki detrás de la casa y entré con sigilo, imaginando que Virginia aún estaría en la cama. No quería despertarla.

Milo salió a recibirme. Se aproximó a mí sin menear la cola —como siempre—, y cuando iba a agradecerle con una leve caricia que viniera a darme los buenos días, pasó a mi lado sin mirarme y se sentó frente a la puerta. Estaba claro que quería salir. Le abrí y desapareció trotando.

Caminé hacia las escaleras con la intención de darme una ducha y bajar luego a comer algo, pero Virginia asomó tras la puerta de la cocina con el pelo alborotado y la mirada somnolienta.

—Has vuelto —dijo, y bostezó.

—¿Qué haces levantada tan temprano?

—Me desperté y no podía volver a dormirme pensando qué tal te habría ido. Estaba esperando a que llegaras. —Se fijó en mi pelo y en mi ropa arrugada—. Madre mía, parece que ha sido una noche memorable.

Me traicionó una risita.

—Lo ha sido —dije sin poder disimular.

—¿Qué llevas en la mano?

—¿Esto? —Levanté la mano y sacudí las llaves del coche.

La vi fruncir el ceño.

—No, en la otra.

—Nada —dije apretando el puño que contenía mi tanga roto.

Se acercó a mí con su habitual curiosidad e insistió:

—Entonces, ¿por qué aprietas tanto el puño? Parece que quieras pegarle a alguien.

—Por nada, Virginia, no seas cotilla.

Comencé a subir las escaleras, pero ella me sujetó por el brazo.

—Vamos, dímelo, ¿qué guardas ahí? ¿Te ha dado un anillo o algo parecido?

Se me escapó la risa.

—No, es solo esto —dije abriendo el puño y dejando a la vista la maltrecha prenda.

Virginia se quedó sin palabras durante un instante. Hasta que exclamó:

—¿Y por qué demonios no lo llevas puesto?

Resoplé y me volví hacia ella con una pizca de malicia.

—Porque está roto.

Contuvo una exclamación, tapándose la boca con las manos mientras me observaba subir las escaleras. Luego reaccionó:

—¿Es un salvaje en la cama ese corso?

—Un poco —le dije desde lo alto de las escaleras.

Sentí cierto regocijo al contemplar su cara alelada. Yo había tenido que escuchar muchas veces sus aventuras sexuales con el *maître*, y por una vez me gustaba ser la protagonista.

Después de darme una ducha caliente, bajé a desayunar sin importarme la certeza de ser sometida a un nuevo interrogatorio. Virginia había preparado café y tostadas y me esperaba sentada en el taburete frente a la barra de la cocina.

Agarré una manzana del frutero, la olí con íntimo interés, por si su aroma me recordaba al de Marco, y le di un mordisco. Luego me senté a su lado.

Virginia me observó en silencio, con una expresión apremiante que dejaba entrever sus

ansias por saberlo todo. Como yo no estaba dispuesta a iniciar la conversación, ella me acució:

—Bueno, ¿vas a contarme lo que ha pasado o tendré que torturarte?

Se me escapó la risa.

—Sabes lo que ha pasado.

—Sí, pero quiero detalles. A mí ningún hombre me ha roto las bragas... ¡o el tanga! en un arranque de pasión.

Volví a reír. Virginia había dicho aquello como si lamentara haberse perdido la experiencia.

—No pienso contarte cómo fue. Lo único que te diré, y te lo digo porque me preocupa, es que nosotros...

Me detuve; no sabía si contarle lo sucedido o no. La verdad es que temía su reacción.

—Vosotros qué, vamos, termina —dijo impaciente.

Decidí confesarme; necesitaba una segunda opinión.

—Bueno..., el caso es que... no usamos protección.

La vi torcer el gesto y guiñar los ojos, creo que incluso bizqueó.

—¿No usasteis protección? —Negué con la cabeza—. ¡Oh, Dios! Te acabará pegando algo.

—Dice que está sano.

—Pues entonces te quedarás embarazada.

Sonreí de una forma que le hizo comprender.

—¿Lo estás utilizando para quedarte embarazada?

—¡No! —gruñí—. Tengo su permiso.

—¡Vaya par de irresponsables! ¡Apenas os conocéis! ¿Qué pasa si te quedas embarazada y luego él se larga para siempre?

Me encogí de hombros y noté que mi rostro se iluminaba de expectación. Virginia comprendió al instante.

—Ya veo —dijo con lentitud—. Te da igual si la relación funciona o no, tú tendrías a tu hijo. —Se quedó pensativa un momento y añadió—: Tú no quieres un hombre, quieres un semental que te insemine.

—¡Claro que me importa la relación! ¿Tú te has fijado bien en él?

—Ya lo creo.

—Quedarme embarazada ahora mismo no es mi principal meta, pero pienso en esa posibilidad y se me alegra el corazón.

—Pues ojalá no te salga rana. A veces las cosas no son lo que parecen.

—Le gusto, ¿puedes creerlo?

—Cuidado, Alicia. Hay algo raro en todo esto. Ayer, cuando os miraba juntos...

—Ya sé que somos muy distintos, es eso, ¿no?

—No digo que no estés a su altura. Pero, sí, sois... diferentes.

—Podría enamorarme de él...

—Tú y el noventa y ocho por ciento de las mujeres.

—¿Qué pasa con el otro dos por ciento?

—Se enamoraría de ti.

Me dirigí a la bodega pensando en las palabras de Virginia, que fueron un desagradable hilo

que perturbó mis pensamientos durante las dos horas siguientes. No podía negar que yo también apreciaba cierta incongruencia en esta relación, pero hacía tanto tiempo que no me sentía tan emocionada que prefería ignorarla. Estaba decidida a darle una oportunidad.

Entré buscando a Tomás. En las últimas horas no había pensado mucho en el incidente del día anterior, pero debía atajar cualquier atisbo de enfrentamiento entre mis trabajadores.

Lo encontré tomando las primeras mediciones de la mañana. Cuando me vio acercarme, su expresión se ensombreció.

—Quiero que me expliques a qué vino lo de ayer —le dije a bocajarro plantándome frente a él con los brazos cruzados sobre el pecho.

Se portó como si esperara la pregunta. Me miró de lado y respondió:

—No quiero que Álex se acerque a Cati.

—¿Y si es ella quien lo busca? —repliqué.

—¡Solo tiene diecisiete años!

—Ya, y pronto tendrá dieciocho. Si les prohíbes verse solo conseguirás acrecentar su interés.

—¿Quieres que me quede mirando cómo mi hija destroza su vida?

—Álex es un buen chico.

—Los buenos chicos no van a la cárcel.

—¡Se merece una oportunidad!

—¡Pues que la busque en otra parte!

Resoplé.

—Eso no es justo.

—Sabía que te pondrías de su parte, siempre lo has defendido, a lo mejor sois cómplices en esto.

—Yo no he tenido nada que ver con lo que viste ayer. Pero sé que Cati siente un cariño especial por Álex, y me consta que el sentimiento es mutuo.

—Pues yo haré todo lo que esté en mi mano para impedir esa relación. No digo que Álex no se haya enmendado de sus errores...

—Errores que cometió obligado por sus hermanos, no lo olvides.

—Como sea. Yo lo vigilo de cerca, sé que en cualquier momento puede volver a pasarse de la raya, y no quiero que Cati esté con él cuando eso suceda.

—No voy a inmiscuirme en tu familia, Tomás, pero no quiero más enfrentamientos en La Rodona.

Iba a responder algo cuando Virginia entró en la bodega acompañada de un curioso Marco que examinaba todo lo que había alrededor.

Un vértigo intenso me removió el estómago cuando lo vi y tuve que hacer un esfuerzo por disimularlo. Estaba muy guapo, tenía el pelo húmedo y vestía ropa informal, adecuada para moverse entre viñedos.

Llegaron hasta nosotros e hice las presentaciones:

—Tomás, este es Marco Bossi, un amigo que ha venido desde Córcega a conocer los viñedos. Hay algunos aspectos técnicos que le gustaría saber y yo no he sabido explicárselos. ¿Te importaría enseñarle las instalaciones?

—Como quieras —dijo, y le tendió la mano.

Marco se la estrechó.

—Os dejamos, entonces —dije—. Ah, Tomás, luego iré a Manacor, quiero encargar los nuevos postes y todo lo demás. Cuanto antes nos los sirvan antes comenzaremos a reconstruir el viñedo. De paso compraré semillas para la cubierta vegetal y pasaré a ver al sargento Ripoll, seguro que ya tiene el informe de la Policía científica.

—Parece que se han olvidado del asunto —respondió él.

—Me gustaría acompañarte —comentó Marco.

Tomás nos miró con curiosidad. Virginia se centró solo en Marco. Podría jurar que estaba componiendo en su mente una imagen que tenía que ver con arrancar tangas a tirones.

—Está bien —dije un poco azorada—. Saldré dentro de una hora.

Marco apareció a la hora acordada. Por el camino le pregunté dónde había ido tan temprano esa mañana.

—Me gusta salir a correr —dijo—. Después fui a conocer a mi arrendador.

—¿Has conocido a Gelabert?

—Sí. Un hombre singular.

—¿Qué impresión te ha dado? ¿Lo ves capaz de incendiar mi viñedo?

—Alicia, cualquiera sería capaz de incendiar tu viñedo con la suficiente motivación.

—¿Qué motivación? ¿La de destruirme?

No me respondió, y yo me sumí en el silencio.

El sargento Ripoll tampoco tenía nada nuevo.

—Seguimos trabajando en ello —nos dijo—. El informe de la Policía ha corroborado que se trata de un incendio provocado. Dar con el autor o autores es otra cosa, a menos que los pilles con el mechero en la mano. Vuelvo a hacerle la misma pregunta, Alicia: ¿tiene usted algún enemigo o desconfía de alguien?

—No tengo enemigos, aunque...

Me callé y miré al sargento con prudencia.

—Continúe, si sospecha de alguien es mejor decirlo ahora.

—Bueno, Gelabert...

—¿El bodeguero?

—Sí, él quiso comprarme el viñedo cuando murió mi marido. Le vendí una parte, pero sé que quiere el resto. Mis trabajadores están convencidos de que tiene algo que ver, aunque es solo una corazonada.

Lo vi anotar en el informe, con el semblante escéptico y cierto gesto de fastidio. Gelabert era un pez gordo en la isla y se notaba que al sargento no le había hecho gracia que pronunciara su nombre. No era ningún secreto que el viejo empresario financiaba con su dinero alguna obra pública, como la remodelación de la casa cuartel o la casa consistorial. De esta forma, compraba la permisividad de las instituciones ante algunas de sus actuaciones más turbias.

—Las corazonadas no son suficientes para acusar a alguien.

—Solo he respondido a su pregunta.

Me miró en silencio y, cuando iba a decirme algo, Marco desvió sabiamente su atención:

—¿Qué tipo de indicios ha encontrado la Policía?

El sargento se centró en él.

—Acelerantes corrientes como gasolina y disolventes de pintura, por desgracia bastante comunes. Cualquiera puede tenerlos en casa.

—O sea que tal vez nunca se descubra quién lo provocó.

—Es posible.

Conclusión: jamás sabría la identidad del pirómano que la había tomado con mi viñedo. Salí del cuartel con un deprimente sentimiento de impotencia que tardó en difuminarse.

En la herrería encargué los postes y todos los accesorios para replantar casi tres hectáreas de terreno. Por el camino había calculado mentalmente el desembolso que me generaría aquello y no sabía cómo podría afrontarlo. Me incomodaba que Marco viniera conmigo. Tenía pensado lloriquearle a Cosme con la intención de conseguir las mejores condiciones de pago, pero se me hacía difícil si Marco estaba a mi lado.

Cosme lamentó lo del incendio y se ofreció a ayudarme dentro de sus posibilidades. Habría sido una buena oportunidad para pedirle indulgencia, pero con Marco delante no fui capaz; ya vendría otro día a negociar las condiciones.

Replantar un terreno de casi treinta mil metros cuadrados no era una cuestión menor. Elegí el tipo de postes, alambres y tensores bajo la atenta mirada de mi acompañante, que torcía el gesto cada vez que yo desestimaba el material de mayor calidad y me decidía por el menos sofisticado y duradero.

Pero era lo único que podía permitirme.

Marco se enredó en una conversación con Cosme y, mientras tanto, yo me distancié de ellos y paseé por el amplio recinto, deteniéndome aquí y allá para observar el carísimo material de última generación.

Antes de marcharnos, le dije a Cosme que volvería la semana siguiente.

En el vivero encargué las semillas que llevaba cada año, aunque al final Marco no pudo contenerse y me sugirió cambiar la mezcla por un preparado de cuarenta especies diferentes de crecimiento bajo que había visto.

Me crucé de brazos frente a él, dispuesta a dar mi opinión.

Sin embargo, él insistió:

—Estas semillas formarán una cubierta tupida con muchas flores. Te gustará.

—No se trata de que se vea bonito.

—También es muy efectiva. La cubierta atraerá polinizadores, aumentará la fertilidad del suelo y dinamizará la comunidad edáfica para la regeneración.

—¿Edáfica? —Jamás había escuchado semejante palabreja—. ¿Y eso qué significa?

—Se refiere a los organismos adaptados a las condiciones del suelo.

Asentí con un gesto, y con la boca abierta, como siempre me quedaba cuando Marco demostraba su sabiduría. Empezaba a verlo como a un ser superior.

Antes de regresar a La Rodona, él quiso hacer algunas compras. Lo llevé a un supermercado

y salió al cabo de diez minutos con un par de bolsas. Cuando volvió a acomodarse en el asiento del copiloto me miró ilusionado.

—Esta noche cenarás al estilo de Corsica.

—¿También sabes cocinar? —pregunté con los ojos desorbitados, como si me costara conjugar tanta perfección en un hombre.

—Tendrás ocasión de comprobarlo.

Dejé a Marco en Las Rosas y volví a La Rodona. Él necesitaba tiempo para preparar la cena y yo tenía cosas que hacer en el viñedo. Podía desaparecer cuatro días y todo seguiría adelante, pero había trabajo en el campo y si Álex no aparecía por allí, como le había ordenado, no vendría mal que echara una mano.

Cati me esperaba en casa, acompañada de Virginia. Entre las dos trataban de enseñar a Milo buenos modales —algo ciertamente inútil tratándose de él, pero quién era yo para abrirles los ojos.

Me planté delante y los observé. Virginia parecía muy divertida y Milo también. Sin embargo, Cati estaba enfurruscada.

—¿Por qué nunca me obedece? —dijo.

Me encogí de hombros.

—*Sitz!* —ordenó, y Milo comenzó a dar brincos a su alrededor—. *Platz!* —continuó—. *Hopp!* Este perro no sabe hacer nada.

—¿Por qué le hablas en alemán? ¿Piensas que ha estudiado en la escuela de idiomas?

—Son órdenes clásicas.

Entré en casa y busqué una salchicha en la nevera. Salí fuera y se la di a Cati.

—Prueba ahora, y háblale en cristiano.

Cati partió un trozo de salchicha cocida y, en cuanto Milo la olfateó —al cabo de un microsegundo—, sus saltos se volvieron frenéticos. Hasta que Cati exclamó:

—¡Sienta!

Y Milo se sentó.

Recibió su trozo de salchicha y Cati exclamó:

—¡Tumba!

Y Milo se tumbó.

—¡Salta!

—No te pases —le dije—, no sabe hacer nada más.

Ella lo miró con la boca fruncida.

—Bueno, sabe dar la pata —añadí.

—¿Cómo es esa orden?

—No sé, yo nunca he probado. Son mis sobrinos los que le enseñan. Prueba con «Dame la pata».

Cati se concentró de nuevo en Milo, y Milo se concentró de nuevo en la salchicha.

—¡Dame la pata! —ordenó, pero no dio resultado. Me miró para ver si se me ocurría alguna otra orden, pero negué con la cabeza. Entonces siguió probando—: ¡Levanta la pata! ¡Choca la pata! ¡Arriba la pata! ¡Estira la pata! ¡Saluda! ¡Pata! ¡Patita!

Nada.

—¿Cómo estás? —dije por probar, y Milo levantó su pata.

Cati la estrechó con su mano y soltó una carcajada.

—¿Cómo estás? Yo bien, gracias.

—No te olvides de darle su salchicha o no te volverá a hacer caso.

Un poco más tarde me quedé a solas con Cati en la cocina. No había querido hablar delante de Virginia y yo sabía que había venido a enterarse de cómo estaba Álex.

—Tiene una ceja partida y un ojo morado —le dije.

Creí que iba a echarse a llorar, pero solo fue un mohín de disgusto.

—Quiero verlo, Ali.

—Ah, ni hablar. Le he prohibido aparecer por La Rodona hasta el lunes. ¿Quieres que tu padre le parta la otra ceja?

—La culpa fue mía.

—Por supuesto, y no le has hecho ningún favor.

—Me gusta mucho, más de lo que creía.

—Lo que quieres es que te ayude a quitarte de encima un problema. —Hice un gesto en el aire para entrecomillar la palabra *problema.*

—Ya sé lo que te conté —me interrumpió—, pero después de lo de ayer..., yo no...

—Cati, no digo que tengáis que renunciar a veros si lo que sentís es sincero, solo quiero que lo pienses y que estés segura de que no es un capricho. Eres muy joven..., y tu padre...

—Soy muy joven, es verdad, pero he tenido oportunidad de estar con otros chicos, algunos incluso mayores que Álex, y no lo he hecho porque no sentía nada por ellos. Tengo amigas que están con cualquiera solo por anotar en su cuaderno de conquistas un tío más. He sacado buenas notas y dentro de unos días empiezo la universidad. Creo que tengo edad suficiente para decidir con quién quiero salir.

Por primera vez, atisbé un indicio de la mujer en la que se estaba convirtiendo. Tenía razón en lo que había dicho, pero estaba dirigiendo su discurso hacia la persona equivocada.

—Cati, creo que deberías hablar con tu padre. Hazle saber lo que sientes, dile lo que me has dicho a mí.

—No es lo mismo, con él no me sale, me da vergüenza, y cuando está enfadado no se puede hablar con él.

—No haré de intermediaria entre vosotros, lo entiendes, ¿verdad?

—Sí. Solo quería saber cómo está.

—Está bien, no te preocupes. Tú intenta hablar con tu padre.

—Para qué, no cambiará de opinión.

—Pues habla con tu madre...

—Ella está de su parte. Cuando se ha enterado, se ha puesto a llorar y no razona.

—Si tienes claros tus sentimientos, insiste, y dales tiempo a que se vayan mentalizando. Ahora márchate antes de que tu padre te vea aquí, no quiero más problemas.

—Yo tengo claros mis sentimientos —dijo mientras recogía un pequeño bolso de bandolera que había dejado sobre la mesa. Se dirigió a la puerta y antes de salir añadió—: Pero me gustaría

estar segura de los suyos antes de dar otro paso.

Se marchó y yo tuve que morderme la lengua para no hablar. No quería inmiscuirme en este asunto, pero me daba lástima que los prejuicios les impidieran estar juntos. No pude evitarlo y la llamé antes de que abandonara la casa:

—¡Cati! —La oí deshacer los pasos hasta la cocina, asomó por la puerta y me miró con gesto interrogante—. Puedes confiar en sus sentimientos.

Su rostro se iluminó, y sonrió ampliamente.

—Gracias —dijo, y la escuché corretear por el pasillo hacia la salida.

CENA AL ESTILO CORSICA

Eran las ocho en punto cuando llamé a la puerta, nerviosa y sujetando entre las manos una botella de vino. Marco apareció frente a mí, y su imagen volvió a deslumbrarme. Estaba empezando a preocuparme ese encandilamiento que me provocaba, porque si yo ya era un desastre —en algunas cosas— con las facultades plenas, no quería pensar lo que podría pasar si las tenía mermadas. Y Marco no las mermaba, las aniquilaba. Cuando estaba con él me sentía tan vulnerable que ni siquiera Dimitri se libraba de su influencia y se mantenía extrañamente callado, sin poder suficiente para incordiarme con su raciocinio.

Marco estaba muy guapo, y sexi, y estos días sería todo mío.

«Todo mío.» Sonaba tan bien que sentí ganas de escribirle un poema. Yo, que siempre me había reído de esas tonterías.

Vestía un pantalón negro y una camisa gris, y yo llevaba una versión distinta del vestido del día anterior. Lo único diferente en mí era que, siguiendo los consejos de Virginia, me había recogido el pelo.

Y también que no llevaba tanga.

—*Bienvenue* —saludó, y esperó en la puerta a que yo cruzara el umbral.

Le sonreí cuando pasé a su lado, y él me siguió hasta el salón. La mesa estaba dispuesta con sobriedad y elegancia, predominando el color blanco del mantel y el rojo de un jarrón con rosas. La luz indirecta, que proyectaban varios apliques en las paredes, ofrecía la ambientación perfecta para una cena de dos, y un par de velas encendidas sobre la mesa, encajadas en soportes de cristal, añadieron el complemento perfecto para una cena romántica.

Yo nunca lo habría hecho mejor; no era tan detallista, ni tan eficiente preparando veladas. No tenía ni el gusto ni la paciencia ni la delicadeza sensorial para crear una atmósfera romántica. Una vez le había preparado a Alfredo una cena íntima con motivo de nuestro primer aniversario de boda, y había sido un rotundo fracaso. Me había chamuscado el pelo con las velas de lavanda. Lavanda, ¡a quién se le ocurre! Incluso tuvimos que abrir las ventanas para que se fuera aquel maldito olor, demasiado intenso y penetrante para la ocasión, y para colmo, tres gusanos tejedores se habían escapado de la caña tierna de mandarino que había cortado para adornar el ramo floral del centro de la mesa, y los tres echaron a correr por el mantel como si aquello fuese el circuito del Jarama. Una semana después, uno de los gusanos apareció entre las sábanas de nuestra cama, y cuando lo vi, la sangre se me bajó a los pies y a punto estuve de desmayarme del

susto. Nunca me expliqué cómo había logrado llegar a nuestro dormitorio, cuya distancia, respecto al salón y en un mundo de gusanos, debía de ser algo así como si yo decidiera partir hacia San Petersburgo caminando, sin agua y sin provisiones. Todo esto, sumado al mantel naranja combinado con servilletas azules y platos con florecitas rosas, terminó por arruinar el evento. De modo que, a partir de aquel día, fue Alfredo quien se ocupó en persona de esas celebraciones. No es que él fuera el mejor decorando mesas, pero, comparado conmigo, era merecedor del premio al Mantel de Oro, si es que existía.

Marco demostraba que era un buen anfitrión.

Hasta mi nariz llegó un olor delicioso.

—¿Qué has cocinado? Huele muy bien.

Me cogió de la mano y me guio hasta la pequeña cocina. Le di la botella de vino y le echó un vistazo.

—Un gran reserva —dijo satisfecho—. ¿Te he dicho ya lo que me excita beberme tu vino?

Negué con la cabeza y noté calor en las mejillas. Él se limitó a sonreír de forma sensual y a rozarme las rojeces de mi rostro con el dorso de los dedos. Luego añadió:

—Esto me recuerda que hoy no te he besado.

Inclinó la cabeza y yo me estiré para recibir un beso de medialuna que me hizo volverme más hacia él y buscar el centro de su boca. Pero Marco se movió un poco hacia atrás, me sujetó por la cintura y me levantó hasta sentarme sobre la encimera de granito.

Separó mis piernas con un gesto, se encajó entre mis muslos y me agarró el trasero para apretarme contra su pelvis. Noté en la piel el contacto frío de la hebilla de su cinturón, y comencé a hiperventilar.

Buf, debería controlarme.

Lo miré fijamente, y él se acercó de nuevo a mi boca para besarme, primero suave y largamente, luego con avidez. Me olvidé de todo, abducida por sus besos y el contacto de su cuerpo. Sus manos grandes me acariciaron por encima del vestido y yo metí las mías por debajo de su camisa, buscando la piel tersa y suave.

—No deberías ponerte estos vestidos, Ali, no dejo de pensar que puedo desnudarte en menos de un segundo y tenerte en menos de tres.

—¿Tres? Dije aturdida por los besos.

—Sí.

—Uno —comencé a contar resollando, y oí su risa al mismo tiempo que el sonido de una cremallera deslizándose hacia abajo—. Dos... —Noté que sus dedos tiraban hacia un lado de mi ropa interior—. Tres.

Me aferré a su espalda con fuerza cuando noté la invasión dulce y placentera de mi cuerpo. Rodeé sus caderas con mis piernas y lo atraje hacia mí.

—No pares ahora.

Cenamos berenjenas a la Porto Vecchiaise, un plato a base de queso *brebis* que Marco había traído de Córcega y que había cocinado con pan, huevo, ajo, albahaca y salsa de tomate. No

reprimí el impulso de mirarlo durante toda la cena. A veces no era capaz de seguir su conversación y me dejaba llevar sin remedio por el movimiento de sus labios al hablar, por cada uno de sus gestos, por la cadencia de su voz, por sus sonrisas distraídas o por la expresión de sus ojos.

De postre, un dulcísimo flan de naranja.

Lo felicité por la cena y le agradecí el esfuerzo. La botella de vino reposaba en la mesa, vacía, y yo me sentía un poco achispada. Cuando me levanté, me tambaleé un poco, y él se rio ante mi poca resistencia al alcohol. Nunca solía beber tanto vino; prefería la cerveza, aunque confesarlo habría sido lo mismo que si Mark Zuckerberg declarase que prefiere Twitter a Facebook.

Marco me sujetó por los hombros y yo me aferré a su cintura mientras caminábamos abrazados hasta el sofá. El ligero mareo desapareció cuando me senté de nuevo, aunque permaneció en mi cuerpo una ligera sensación de ardor que, sin embargo, tenía poco que ver con el alcohol y mucho con el hombre que estaba a mi lado.

En la tele echaban una película de Hitchcock; *Con la muerte en los talones,* creo. La verdad es que no le presté demasiada atención. ¿Quién podría hacerlo con alguien como Marco besando y acariciando cada rincón de tu cuerpo? En algún momento llegué a preguntarme si todo aquello no sería un sueño, si no me despertaría de pronto en mitad de la noche, sola como siempre y con esa angustia que se había adueñado de mi vida en los últimos tiempos. Quise decirle a Marco que me pellizcara, que hiciera algo que me sacara de esa sensación de ensueño. Necesitaba cerciorarme de que todo era real, pero no me atreví por miedo a quedar como una idiota.

Mejor que un pellizco fue lo que vino a continuación. Marco me sujetó por la cintura y con un movimiento ágil me encontré sentada a horcajadas sobre él. Tenía que darle la razón en cuanto a mi vestido, era bastante práctico para esas situaciones. Desabroché uno a uno los botones de su camisa y acaricié su pecho bronceado y libre de vello. Él deslizó hacia abajo mis tirantes y mis pechos quedaron expuestos. Ya no me incomodaba tanto mostrarme desnuda ante él, porque era evidente que le gustaba.

Mis manos bajaron hasta el cierre de su pantalón y me entretuve desabrochándolo despacio, conteniendo el deseo y recreándome en las sensaciones.

Hicimos el amor una vez más, y cuando parecía que él estaba a punto de sucumbir al clímax, se contuvo y me llevó a la cama en volandas. Yo ya había tenido un orgasmo contundente y me sentía satisfecha y agotada.

—Dios, Marco..., no puedo más...

Pero él aún no se había saciado.

—Aguanta, *chérie* —dijo con la voz entrecortada—, te necesito.

Atenazada sobre el colchón por su peso, mi cuerpo se resintió por la intensidad de sus embates, y mis entrañas se retorcieron entre el dolor y el placer, entre el deseo y el sometimiento. Su nombre se escapaba de mi boca sin poder contenerlo y al final me dolía el cuerpo lo suficiente como para saber que aquello no era un sueño demasiado vívido, una fantasía de onironautas. Una vez más, Marco me catapultó a la cima del placer, y cuando por fin se contrajo y se derrumbó sobre mí, su cuerpo estaba bañado en sudor.

—Dios, creí que iba a morirme —dije resollando.

—Y yo, *chérie*, y yo —murmuró él entre jadeos.

Notaba la respiración agitada en su pecho y su aliento acelerado en mi cuello. Todo en él era tremendamente sexual. Incluso cuando estaba extenuada y complacida, Marco era capaz de provocarme un poderoso y renovado deseo.

Rodó sobre la cama y se quedó mirando al techo. Me apoyé sobre el codo y lo miré.

—Voy a estar dolorida durante una semana.

Su rostro desveló una mueca de disgusto.

—Lo siento, he sido un poco brusco, pero...

Lo silencié con un beso, y él me abrazó y me besó dulcemente.

—No volverá a ocurrir.

—No, ha estado bien —dije para quitarle importancia—. De verdad.

Me clavó la mirada.

—Me cuesta contenerme contigo, Ali. Me encanta ese sonido que haces cuando empujo dentro de ti y se te corta el aliento, o ese otro más profundo cuando estás a punto de...

Quise enumerarle todas sus virtudes como amante, pero no lo hice, y perdí la oportunidad de hacerle saber que había encendido en mí una chispa de necesidad que amenazaba con transformarse en un fuego violento, y lo peor era que no sabía cómo iba a sobrellevar los días sin tenerlo cerca, sin vivir cada momento con la ilusión anticipada de volver a verlo.

A VECES SUCEDEN ESAS COSAS

Tenía que agradecer a Gelabert que hubiera sido generoso y hubiera instalado en el cuarto de baño una gran bañera de hidromasaje. Marco estaba sentado delante de mí y masajeaba mis piernas mientras yo enjabonaba su espalda perfecta.

Mi mente estaba ocupada con un solo pensamiento:

«Señor, gracias por traer este hombre a mi vida.»

Cuando nos fuimos a la cama él parecía un poco ausente. Di por sentado que no volveríamos a hacer el amor, pero, cuando ya me estaba quedando dormida, Marco estiró un brazo y me arrastró hacia él.

—Acabarás conmigo.

—Seré suave, te lo prometo.

Y lo fue. Descendió por mi cuerpo y me arrancó gemidos de placer con su boca. Durante todo ese tiempo yo no podía dejar de pensar que jamás había sentido nada igual con otro hombre, ni siquiera con Alfredo, reconocí con cierta tristeza. Quería a Marco en mi vida, todos los días, a todas horas, y me aterraba pensar que dentro de dos días se marcharía lejos.

Se deslizó dentro de mí con un suave roce, y sus movimientos fueron delicados y sedosos, aunque al final yo misma le pedí que procediera con más fuerza.

Y él obedeció.

Después me dormí casi al instante. Mi cuerpo estaba exhausto, desgastado por el placer y las emociones. Desperté al cabo de dos horas, de madrugada, y me di cuenta de que estaba sola en la cama. Me incorporé para buscarlo y lo vi sentado en un sillón, con las piernas cruzadas y las manos descansando en los reposabrazos. Llevaba puestos los pantalones y tenía los ojos clavados en la cama, clavados en mí.

Tuve la sensación de que era una persona diferente.

Tomé aire antes de hablar.

—¿No puedes dormir?

Se demoró en contestar:

—Ya te dije que no duermo mucho.

—¿Quieres... hablar?

—Depende.

—Vuelve a la cama, por favor.

Para mi regocijo, obedeció. Se quitó los pantalones y se acostó a mi lado. Luego me abrazó con fuerza en un acoplamiento perfecto, con su pecho pegado a mi espalda y su aliento cálido en mi nuca.

—Háblame de Bastien.

Pareció sorprenderse, a juzgar por el movimiento que hizo su cuerpo al escuchar el nombre de su amigo.

—Nina me dijo que lo conoció en Marbella —le aclaré.

—Y gracias a eso tú y yo estamos aquí ahora.

—Cuéntame cómo sucedió, qué te hizo querer conocerme.

—Es largo de explicar.

—Tenemos toda la noche.

—Hace tiempo que quiero empezar una nueva vida fuera de la isla. Quiero olvidar el pasado. Y Bastien lo sabe. Cuando me habló de ti me pareció una idea pésima. —Eso me dolió, pero no dije nada porque quería que continuara—. Lo que menos deseaba era tener a mi lado a una viuda que...

Se calló de golpe y yo sentí que mi orgullo se resentía.

—Supongo que no deseabas cargar con el sufrimiento de otros.

—No era eso. Puedo hacerme cargo del dolor ajeno, sé cómo manejarlo. Pero la muerte ensalza las virtudes y suaviza los defectos.

—Yo nunca te compararía con Alfredo.

Noté que me apretaba la espalda contra su pecho.

—¿Cómo murió?

Vaya, ahora me tocaba explicar «aquello». Sabía que llegaría ese momento, pero no dejaba de ser incómodo.

—Fue un accidente. Le dispararon mientras colaboraba en un simulacro de escape de animales peligrosos en un zoo. Un vigilante no estaba al corriente del evento y... Fue una muerte absurda.

—A veces suceden esas cosas —dijo él anticipándose.

Me di la vuelta y quedamos uno frente al otro.

—Es cierto, ¿verdad? A veces pasan cosas trágicas y absurdas. Pero suceden, y no podemos hacer nada para evitarlas.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, y Marco dijo:

—Otras veces ocurre lo contrario. En 1998, en Francia, un hombre trató de suicidarse saltando de un acantilado. Pero antes se ató una cuerda al cuello y la amarró a una roca, después ingirió veneno, se prendió fuego y mientras saltaba se disparó un tiro en la cabeza. Pero la bala cortó la soga y el hombre cayó al mar, el agua apagó el fuego y las sacudidas le hicieron vomitar el veneno.

Me eché a reír.

—O sea que se salvó.

—Creo que al final murió de una hipotermia.

—¿En serio?

—Sí. Era lo esperado. Lo contrario habría sido un caso de darwinismo al revés.

—No entiendo.

—La supervivencia del más idiota.

Volví a reír, esta vez con más ganas, y le agradecí con la mirada que me ayudara a superar ese momento de tristeza.

Me dio un largo beso que me adormiló.

—Cuando Bastien me enseñó tu historial y tu fotografía supe que, si existía una oportunidad de empezar de nuevo, sería contigo.

—¿Cómo podías estar tan seguro?

—Fue algo... instintivo.

—Me siento un poco abrumada, Marco.

Hundió el rostro en mi cuello y lo olfateó, luego se quedó callado. Yo le acaricié el pelo suavemente, como si fuera un niño, y al cabo de unos minutos me di cuenta de que se había dormido. No me atreví a mover un solo músculo para no despertarlo y, al final, apretada por sus brazos, yo también me dormí.

Cuando desperté, aún seguíamos abrazados. Marco dormía tranquilo, y yo notaba el cuerpo agarrotado. Despacio, separé un poco la cabeza para mirarlo. Su respiración era apacible y su boca estaba entreabierta. Quise besarle los labios, pero me limité a admirarlo. Dimitri, que había permanecido ausente en las últimas horas, se desperezó y comenzó con su diatriba.

«Parece que te estás enamorando», me insinuó.

No me importaría enamorarme de él, y a medida que pasaban las horas empecé a notar una tremenda sensación de ansiedad al pensar que pronto se marcharía y yo me quedaría aquí imaginando a cada hora dónde estaría y con quién, y lo que estaría haciendo a cada minuto, y si podría darse el caso de que —oh, fatalidad del destino— pudiera conocer a otra persona y enamorarse perdidamente, y olvidarse de que alguna vez había conocido a una mujer que tenía un viñedo llamado La Rodona, a la que había enamorado en solo un instante, con la primera mirada, con la primera caricia...

ÑAM, ÑAM, ÑAM

La despedida fue tal y como había previsto: triste y desoladora. Quise llevarlo al aeropuerto, pero él insistió en marcharse como había venido. Un taxi se lo llevó, dejándome a solas con los recuerdos de cuatro días inolvidables. Me sentí abatida y me pregunté cuándo volveríamos a vernos. Aprovechamos el domingo por la mañana, unas horas antes de que se fuera, para dejar las cosas claras. Fue una conversación extraña. Me dijo que ahora todo dependía de mí. Él estaba seguro de lo que quería, y a mí me correspondía tomar la decisión. No hablamos de amor; la racionalidad de la mañana había evaporado los sentimientos exacerbados de la noche. Ambos sabíamos que entre los dos había una fuerte atracción y unos intereses mutuos. Yo podía ofrecerle el cambio de vida que deseaba y él se comprometía a ser para mí lo que yo quisiera que fuera; lo que yo eligiera que fuera: mi socio, mi compañero, mi amante, mi marido...

La elección era mía, y tendría tiempo para pensarla.

Pasamos en La Rodona las últimas horas antes de la despedida. Caminamos por el viñedo cogidos de la mano y, cuando regresábamos a casa, acerté a ver la moto de Álex aparcada frente al porche. Lo peor fue descubrir que Cati lo acompañaba. Estaban sentados en el balancín y los dos se pusieron en pie cuando nos vieron aproximarnos.

Solté la mano de Marco con disgusto.

—¿Quiénes son? —me preguntó mientras nos acercábamos.

Lancé al aire un resoplido y me dispuse a ofrecerle una visión rápida de la situación:

—Él es Álex, el hijo de Enrique, uno de mis trabajadores de confianza. Trabaja en el viñedo desde que regresó de Colombia hace dos años. Y ella es Cati, la hija de Tomás. Los conozco a ambos desde que eran pequeños. Se gustan, pero Tomás no quiere que su hija se acerque a él.

—¿Por qué?

—Estuvo en la cárcel. Pero él no tuvo la culpa —me apresuré a puntualizar—. Era muy joven y sus hermanos lo obligaron a colaborar en sus malas acciones.

—¿Confías en él?

—Totalmente.

—Si la chica fuese mi hija...

—Ya sé lo que vas a decirme, pero ¿qué hacemos con Álex? ¿Lo lanzamos al mar? Merece una oportunidad, ¿no crees?

—Todo el mundo merece una oportunidad. Pero entiendo los recelos de su padre, eso es

todo.

Los chicos descendieron el escalón y salieron a nuestro encuentro.

—Hola, Ali —dijo Cati escrutando a Marco abiertamente.

Marco, a su vez, apoyó las manos en las caderas y observó a los muchachos con curiosidad.

Hubo un momento de incómodo silencio y yo hice las presentaciones:

—Este es Marco, un amigo de... Córcega.

Álex estiró una mano y Marco lo saludó con un apretón de la suya. Los vi calibrarse mutuamente durante un momento. Álex no era tan alto como Marco, pero le faltaba poco. Cati sonrió indecisa, y al final se acercó a él y se estiró sobre los dedos de los pies para besarle las mejillas.

—Veo que tu ojo ha mejorado —le dije a Álex—. Ya no tienes ese bonito color berenjena.

Cati sofocó la risa y el chico nos miró enfurruñado.

—Muy chistosas.

Nos quedamos en silencio y supe que no hablarían delante de mi acompañante.

—¿Nos disculpas un momento? —le dije a Marco—. Necesito hablar con ellos en privado. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no. Iré a la bodega a echar un vistazo.

—Gracias.

Volvimos al porche y los dos volvieron a instalarse en el balancín. Yo me senté frente a ellos en un banco de madera.

—¿Es tu novio? —preguntó Cati, y soltó una risita—. Es muy guapo.

—Es..., eh..., no es mi novio.

—Pero te gusta mucho —añadió ella—. Se te nota a kilómetros.

—Sí, pero no habréis venido a conocerlo. ¿O sí?

—No —respondió Álex—. Queremos pedirle un favor.

Aspiré una bocanada de aire, la contuve, me eché el pelo hacia atrás y solté el aire de golpe.

—No hablaré con tu padre —dije mirando fijamente a Cati.

Álex agachó la cabeza y ella protestó:

—¿Por qué? Solo queremos estar juntos.

—¿Solo?

—Si no tenemos su permiso, nos seguiremos viendo de todos modos.

Ignoré las súplicas de Cati y me concentré en Álex.

—Queréis que convenza a Tomás para que os permita veros, y si después, por alguna circunstancia, las cosas no salen bien, ¿a quién creéis que culpará? ¡A mí por meterme en medio!

—¿Por qué iba a salir mal? —protestó Cati.

No le hice caso y seguí centrada en Álex, que permanecía prudentemente callado.

—Estáis empezando a veros y ya queréis formalizar vuestra relación. ¡Es una locura!

Cati volvió a tomar la palabra. Sus mejillas estaban rojas de agitación.

—Bueno, tú no parece que vayas muy despacio con lo tuyo.

Hice un movimiento brusco y me crucé de brazos frente a ella.

—¿Me ves cara de tener diecisiete años? Soy una mujer viuda de treinta y nueve, y puedo

hacer con mi vida un pandero, dedicarme a la vida contemplativa, ingresar en una secta raeliana o en un convento si me apetece. No tengo que rendir cuentas a nadie, mucho menos a vosotros.

Los chicos intercambiaron una mirada de desconcierto, pero Cati reaccionó pronto:

—Cuando yo cumpla dieciocho tampoco tendré que rendir cuentas a nadie. Y ya falta muy poco.

—No seas mocosa. He visto a tu padre deslomarse por vosotras, trabajar a turno doble para sacaros adelante. Hace diez años le pidió a Alfredo que contratara a un trabajador menos para la poda de invierno. Dijo que necesitaba un jornal extra. Tenías que haber visto sus manos al terminar la temporada. Tus padres necesitaban el dinero para tu Comunión. ¿Recuerdas el día de tu Primera Comunión, Cati?

El semblante de la muchacha palideció y afirmó con la cabeza.

—Yo estuve allí —continué—. Llevabas un vestido precioso. Tu madre dijo que había sido caro, pero que era el que te gustaba. Luego os fuisteis los cinco a EuroDisney. Recuerdo que cuando tu padre anunció en el banquete que os marchabais a París lo abrazaste y le dijiste que era el mejor padre del mundo. En aquel momento se me saltaron las lágrimas. Yo había sido testigo de su esfuerzo, de cada gota de sudor y sangre que había derramado en esta tierra por vosotras. —Hice una pausa y respiré hondo—. Así que no vuelvas a decir que no tienes que rendirle cuentas a nadie.

Cati no pudo contener las lágrimas. Tenía los labios apretados en una mueca reprimida y, después de mirarme un instante, se levantó y se marchó corriendo.

Álex se puso en pie para ir tras ella, pero yo lo retuve por un brazo.

—No estoy contra vosotros, ¿lo entiendes?

—Sí —dijo sin perder de vista la trayectoria de Cati.

—Pero hablaré con Tomás. Lo haré por ti si estás seguro de tus sentimientos.

—Lo estoy.

—Bien.

Le solté el brazo y se fue corriendo. Llegó hasta su moto, la arrancó y salió tras ella.

Preparé para Marco una cajita de cartón con tres botellas de nuestro mejor vino. Quería que me recordara cada vez que diera un sorbo. Prometió hacerlo. Dijo que yo tenía un olor dulce y picante como el de los arándanos y que sin duda el aroma del vino le recordaría a mí.

Antes de que se fuera, hicimos el amor inmersos en un silencio íntimo, siendo conscientes de que nos tocaba separarnos. Fue un acto primitivo y apremiante que no sabría definir, pero que convertía aquella unión instintiva en una necesidad inaplazable. Quise pronunciar su nombre, necesitaba dejarlo salir porque no me cogía en el pecho y me ahogaba contenerlo. Pero logré sofocarlo, como si pronunciarlo hubiera significado también entregarle mi alma.

Marco se llevó con él mi promesa de valorar nuestro futuro. Y estuve tentada de decirle que no tenía nada que pensar, que mi decisión estaba tomada y que lo quería en mi vida. Pero eso habría significado seguir los dictados de una mente impulsiva, y yo no podía permitirme conducir mi vida a base de arrebatos.

Permanecí un momento sentada en el peldaño del porche, acompañada de Milo, que había recibido una sabrosa galleta como regalo de despedida. Creo que, si hubiera podido hablar, me habría mirado y me habría dicho: «Ahí te quedas, yo me voy con este tipo, me gustan sus galletas y me trata como a un perro inteligente».

Cuando entramos en casa, quince minutos después de que se marchara, me di cuenta de que Marco se había olvidado las botellas de vino.

—¡Mierda!

Miré el reloj. No sabía exactamente a qué hora partía su vuelo, pero si salía tras él llegaría a tiempo de entregarle las botellas.

Cogí el vino, lo metí en una mochila y fui a buscar el coche. Realmente, el vino no tenía mayor importancia, pero era una excusa perfecta para estar con él unos minutos más. Acababa de marcharse y ya estaba ansiosa por volver a verlo.

¿Cómo se supone que iba a afrontar todos los días que me esperaban sin estar cerca de él?

Conduje en dirección al aeropuerto más rápido de lo habitual, saltándome las limitaciones.

«Te acabarán poniendo una multa, insensata», me amonestó Dimitri.

Me daba igual la multa.

«A esta velocidad no solo te multarán, también te inmovilizarán el coche por conducción temeraria.»

¡Vale! Levanté el pie del acelerador y respeté las señales.

Qué fastidio. Tenía la impresión de que no llegaría nunca. Así que para apaciguar los nervios comencé a morderme las uñas.

Ñam, ñam, ñam, y me despedí de las uñas de la mano derecha.

Ñam, ñam, ñam, y adiós a las uñas de la mano izquierda.

Me preocupaba no llegar antes de que Marco desapareciera en la zona de embarque, y supuse que, como último recurso, podría hacerlo salir de allí alegando una emergencia, aunque entregar unas botellas de vino no me parecía una cuestión de vida o muerte.

«Unas botellas de vino que le recordarán el aroma de tu piel a cada sorbo», reflexionó Natasha.

Sí, definitivamente, era una emergencia.

Pisé el acelerador en los últimos kilómetros, ignorando nuevas advertencias de Dimitri, y llegué en cuarenta y cinco minutos. Dejé el coche mal aparcado y salí corriendo sujetando en la mano la mochila. Pero no sabía hacia dónde dirigirme, el aeropuerto no era un lugar que frecuentara a menudo, de modo que una vez dentro busqué los paneles informativos con los próximos vuelos. Supuse que Marco haría el mismo trayecto que lo había traído a Mallorca, pero a la inversa. Busqué un vuelo a Gerona y no encontré ninguno. Esquivando a un montón de gente y carritos cargados con maletas, llegué a un mostrador de atención al cliente.

Un hombre amable me informó de que el vuelo había salido por la mañana y no habría otro hasta el día siguiente.

Me pareció raro, pero ni yo le había preguntado a Marco el destino de su vuelo ni él me lo había confirmado. Encontrarlo iba a ser más difícil de lo que imaginaba. No tenía más opciones que llamarlo por megafonía. Iba a decírselo al hombre amable parapetado detrás del mostrador

cuando me pareció ver la figura de Marco entre la gente. Me puse de puntillas, estiré el cuello y abrí los ojos como un lémur. Sonreí abiertamente al reconocer su camisa blanca, sus pantalones oscuros y la pequeña bolsa de viaje. Su estatura también lo delató.

Con la sonrisa en los labios y la piel del cuerpo demandando el reencuentro, me dirigí hacia él sin despegar los ojos de su silueta para no perderla de vista. Marco hablaba por teléfono con aire ausente, y mientras me acercaba iba imaginando su cara de sorpresa al verme. Seguro que se alegraba tanto como yo de poder darnos un último beso. Nos abrazaríamos en medio de los anchos y abarrotados pasillos del aeropuerto, como sucedía en las películas, y los viajeros se detendrían un momento a mirar la efusiva despedida de los enamorados, con una sonrisa en los labios y una mirada comprensiva.

Pero entonces, cuando casi lo había alcanzado, un hombre se paró junto a él y lo saludó con una palmada afectuosa en la espalda. Me detuve en seco y observé. Marco guardó su teléfono en el bolsillo del pantalón y los dos hombres se enredaron en una conversación.

Dudé si avanzar de todas formas o tratar de averiguar desde la distancia quién era el otro tipo. Al final ganó la segunda opción; cuatro días maravillosos no eran suficientes para cimentar una confianza ciega en él. Así que hice lo que habría hecho cualquiera en mi situación: los espié con el propósito de obtener algo de información extra sobre Marco.

Me escondí detrás de un enorme helecho, estratégicamente colocado para disimular el antiestético impacto visual de un pilar de hormigón, y asomé un poco la cabeza. Un par de chinos, o japoneses, o vete tú a saber de qué país asiático, pasaron a mi lado y me miraron con desconfianza desde las estrechas ranuras de sus ojos, como si fuera sospechosa de tramar algo, claro que posiblemente eso era lo que aparentaba estar haciendo. No les hice caso y me centré en mi objetivo. El hombre que estaba con Marco parecía de su edad, tenía el pelo corto y claro, y un poco de barba. Vestía traje de ejecutivo, gris oscuro, muy formal, y llevaba la chaqueta colgada del brazo. ¿Quién demonios era? ¿Qué hacía allí? Y, sobre todo, ¿qué relación tenía con Marco?

Me sobresalté cuando los vi dar la vuelta y caminar en mi dirección. El corazón estuvo a punto de subírseme al cerebro de un salto mientras me atrincheraba en la pared opuesta del pilar, con la espalda pegada a él, esperando que pasaran de largo. Pero para mi disgusto se detuvieron justo al lado de mi escondite. Saqué el móvil del bolsillo de mi pantalón y me lo llevé a la oreja fingiendo hablar para no llamar la atención con mi actitud. Les di la espalda y escuché el sonido de sus voces, hablando en francés, que me llegó nítido y claro, y nunca antes me lamenté tanto de no saber idiomas.

Me giré un poco y me atreví a mirarlos. Marco me daba la espalda, pero tenía una visión perfecta de su amigo, tan buena que incluso pude ver un llamativo lunar en su mejilla derecha.

Cuarenta segundos de conversación y después siguieron su camino. Metida en el papel de espía, los seguí a cierta distancia, escondiéndome entre la gente con torpeza. Hasta que alguien tropezó conmigo o yo con él y la mochila se me cayó al suelo.

Supongo que imagináis lo que ocurrió a continuación. Me agaché para recoger la mochila y, cuando la alcé, un chorro de líquido rojo comenzó a inundar el suelo. Traté de contenerlo con las manos, pero el vino seguía derramándose sin que hubiera forma humana de evitarlo. Al principio la gente se asustó, y tardé en comprender por qué todos me miraban como si fuera una psicópata.

Pero es que el vino que había elegido para Marco era de coloración intensa, tan roja como la sangre, y su densidad y su cuerpo eran mayores que en los vinos más corrientes.

—¡Es solo vino! —exclamé ante la mirada de los que se detenían a cierta distancia para observar la escena.

El aroma intenso pronto colonizó sus fosas nasales y no tuvieron más remedio que creerme.

«¿Lo veis?», les dije con la mirada.

Pero nadie parecía querer irse de allí, y al final me vi rodeada de un montón de gente que probablemente no tendría otra cosa que hacer más que matar el tiempo.

Sin embargo, a mí lo único que me preocupaba era que Marco llegara a verme en semejante trance.

«Por favor, Señor, ya sé que no rezo a menudo, pero si lo mantienes lejos de aquí prometo...»

—¿Qué llevaba en esa mochila? —me dijo una voz—. ¿Una bodega?

Me volví para averiguar quién me estaba hablando y me encontré con un vigilante de seguridad. Se había acercado hasta allí acompañado de una mujer de la limpieza, que tenía un extraño y antinatural parecido con MacGyver y que se restregaba el contorno de la boca con el dorso de la mano como si algún desaprensivo la hubiera interrumpido a la hora de la merienda.

—Solo eran tres botellas —dije un poco avergonzada, sintiéndome como una niña que acabara de hacer una travesura.

—¿Solo? —exclamó MacGyver fregona en mano, lanzándome una mirada que me sentó como un puñetazo.

—Lo siento, lo siento mucho... —dije, y miré al vigilante con un ojo.

Con el otro ojo busqué algún indicio de Marco.

Por suerte, no parecía estar entre el público, así que respiré aliviada y me relajé un poco.

La mochila seguía goteando restos de vino y MacGyver me miraba como si fuera su peor enemigo. Dejó la fregona y se dirigió a su sofisticado carrito, que era algo así como una navaja suiza pero en carrito de limpieza. Allí había de todo, y lo que no había seguro que podría fabricarlo en un momento. Sacó de alguna parte una enorme bolsa de basura y, después de abrirla con la mayor destreza, me instó a meter la mochila dentro.

Así lo hice. Luego me fui retirando poco a poco hasta que logré perderme entre la gente.

Cuando salí fuera me di cuenta de que mi ropa estaba llena de rosetones morados, húmedos y olorosos.

Estaba a punto de meterme en el coche cuando la figura de un miniavión, de elegante aerodinámica, se elevó a gran velocidad en el cielo azul de Palma.

Dejé de darle vueltas al asunto y me subí al coche. Volvía a casa conduciendo despacio y abstraída en mis pensamientos cuando me detuvo una patrulla de la Guardia Civil.

Control de alcoholemia.

Lo que me faltaba.

Dos guardias se acercaron al coche mientras yo bajaba la ventanilla con la mano. La cara de uno de ellos, más aburrida que un puesto de ajos, me saludó con un gesto. Al instante lo vi arrugar la nariz.

—Control de alcoholemia, ¿ha bebido usted? —me preguntó con un poco de sorna.

Intuí que debió de parecerle una pregunta retórica porque era evidente que no esperaba una respuesta. En realidad, ya me había sentenciado.

¡Cul-pa-ble!

No era para menos, porque el olor de mi ropa debió de caerles como una pedrada en el bulbo olfatorio.

Sinceramente, estaba empezando a estar harta de aquella tarde en la que todo parecía salirme al revés. ¿Qué más podía pasarme? ¿Una plaga de moscas sobre mi cabeza extasiadas con mi olor?

La tensión de las últimas dos horas me pasó factura.

Y se me escapó la risa.

Pero no una risa loca y estruendosa de la que luego siempre te avergüenzas, sino una risita en plan «ji, ji, ji». Una risita para adentro, de las que te descontrolan el cuerpo, y por mucho que te digan: «¡Eh, cuéntanos el chiste!», tú no puedes hacerlo porque te resulta imposible parar de reír, y cuanto más lo intentas más te ríes, y al final piensas que te dará algo y que te morirás con cara de idiota.

Los dos hombres se cruzaron una mirada que llevaba implícito un mensaje obvio: «Está más borracha que Homer Simpson a la salida del bar de Moe».

Yo hacía esfuerzos por serenarme, pero no podía evitar imaginar sus caras cuando se dieran cuenta de que mi cuerpo estaba más limpio de alcohol que una mezquita. Y si al final logré controlarme fue solo porque temí que me endilgaran doscientos euros de multa por hacerles perder el tiempo, lo cual no me parecía razonable, pero seguro que venía tipificado en algún código de honor de la Benemérita.

La situación era de lo más extravagante.

—¡Sople!

Y yo soplé.

—Más..., más..., un poco más...

Cero. ¡Ce-ro!

Sentí un regocijo cercano a la euforia cuando los dejé allí plantados. Seguramente se preguntaban cómo me las habría arreglado para tirarme tanto vino por fuera sin que se me colara una gota dentro.

Pero no me dio la gana de darles explicaciones.

Estaba enfadada.

Peor: estaba mosqueada. O recelosa, si os gustan las palabras más elegantes. ¿Quién era el hombre que estaba con Marco? ¿Por qué estaban juntos en el aeropuerto? ¿Por qué no me había dicho nada?

Lo primero que haría al llegar a casa sería llamar a Nina.

Dimitri estuvo todo el camino importunándome con un nombre: Bastien.

TE ESTÁS ENAMORANDO

—¿Diga?

—Nina, soy yo.

—¿Quién *erres* tú?

—¡Alicia!

—Ah, *privyet* —saludó—. ¿Cómo ha ido el fin de semana?

—Muy bien, pero...

—¡Me alegro! ¿Habéis intimado?

—¿Eh?

—Que si habéis follado, Alicia.

—Mira que eres burra. —Escuché su risotada—. Oye, llevo una tarde horrible y no tengo el cuerpo para bromas.

—¿Qué pasa?, ¿no te ha gustado el corso?

—Al contrario, me ha gustado mucho.

—Lo sabía. Sabía que *errais* la pareja perfecta.

—Dime cómo es Bastien.

—¿Bastien? ¿Para qué lo *quierres* saber?

—Contesta, Nina.

—Muy guapo.

—Descríbemelo.

—Es alto, tiene el pelo rubio y corto... No sé qué más puedo decirte.

—¿Tiene un lunar en...?

—La mejilla, sí. ¿Cómo lo sabes?

Bufé antes de contestar:

—Lo he visto con Marco.

—¿Bastien está aquí? ¿Lo has conocido?

—No. Fui al aeropuerto a llevarle a Marco algo que se había olvidado y los vi juntos.

—Si está aquí y no me llama, tendrá que escucharme.

—¡No! No le digas nada, por favor, no quiero que Marco piense que lo estaba espiando.

—Pero lo hacías, ¿no?

—¡Joder, Nina, fue sin querer!

—*Harasho, querrida*, como quieras.

—¿Qué pintaba Bastien en el aeropuerto? ¿Y por qué Marco no me dijo nada? No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero seguro que hay una explicación razonable. Pregúntale a tu hombre.

—Lo haré. Y no digas *mi hombre*, suena anticuado.

—Es un hombre, ¿no? ¿Prefieres que diga tu mascota?

Esa noche dormí mal, y a la mañana siguiente traté de contener el impulso de llamarlo al teléfono fijo que me había dado. Llamar es perseguir, y perseguir hace que parezcas ansiosa. Es una regla básica del manual del cortejo. Además, él había prometido llamarme esa tarde, así que solo tenía que esperar unas horas. No importaba que las circunstancias hubieran cambiado, que la incertidumbre viajara por mi cuerpo descontrolada como si fuera la bola de un *paintball*, que hubiera hecho el ridículo en el aeropuerto, que aquellos guardias civiles me recordaran como La loca del vino durante los próximos dos años...

Yo era perfectamente capaz de controlarme.

Así que no llamé.

Al menos durante la siguiente media hora. En el minuto treinta y uno estaba marcando su número con la ansiedad propia de un náufrago frente al avistamiento de tierra firme.

El aparato enseguida comenzó a dar señales de llamada. Una, dos, tres..., veinticinco, veintiséis, veintisiete...

Desistí en la número doce de la quinta llamada, y luego me arrepentí de haber insistido tanto. Marco podía creer que me sucedía algo o, peor aún, podía pensar que era una loca acosadora.

Con la intención de distraerme, fui en busca de Tomás. Le había prometido a Álex que hablaría con él, y no tenía sentido retrasarlo.

Lo encontré en el viñedo trabajando junto a Enrique. Un poco más lejos, Álex removía la tierra alrededor de algunas viñas.

—Hola —saludé.

Enrique se llevó una mano al sombrero.

—Tomás, ¿podemos hablar un momento?

No me puso buena cara, y la figura lejana de Álex se detuvo un momento para observarnos.

Lo llevé aparte y, de pronto, no supe cómo abordar el tema.

—Si vienes a decirme lo de los chicos, ahórratelo. Cati me lo contó anoche.

Buf, qué alivio.

—Me alegro de que te lo haya dicho. Yo..., verás, están ellos por un lado y tú por otro...

—No deberían meterte en este asunto.

—No pasa nada, sois como mi familia.

—Todo esto no me gusta, Alicia, no me gusta nada.

—Lo sé. Solo quería decirte que yo confío en Álex y que pondría la mano en el fuego por él.

Lo vi fruncir los labios y tragar saliva.

—No quiero que le hagan daño a Cati, eso es todo.

—Son muchachos, tienen que crecer, tener experiencias, enamorarse...

—Cati está en desventaja. La vida de Álex nada tiene que ver con la suya. Él ha vivido demasiado.

—Sí, para su desgracia, pero no deja de ser un chico que ha descubierto muy pronto lo cruel que pueden ser las personas, incluso las de su propia sangre.

—He visto el tatuaje de su espalda.

—Vaya, hombre...

—Lo sorprendí cambiándose en la bodega. Ni siquiera se dio cuenta de que lo miraba. Alguien en su sano juicio nunca se haría algo así.

Suspiré fuerte.

—No fue culpa suya. Lo obligaron en la cárcel. Y no quiero imaginar a qué otras cosas lo habrán obligado.

—Ya.

—Si no te ganas la confianza de tu hija, te mantendrá al margen y no vendrá a ti en caso de que necesite ayuda.

—Por eso estoy dispuesto a ceder, pero los estaré vigilando.

Me alegré de oír aquello. Álex se mantenía erguido, contemplándonos desde la distancia. Tomás siguió la línea de mi mirada y también lo vio.

—Iré a hablar con él —dije—. Le preocupa lo que piensas. Te aprecia.

Me miró de reojo.

—Dile que si le hace daño...

—No lo hará.

—Tú díselo.

Asentí con la cabeza y me marché. Cuando llegué donde estaba Álex observé que ahora era Tomás quien no nos quitaba el ojo de encima.

—¿Qué le dijo, patrona? Me muero por saberlo.

—Está dispuesto a ceder. —Una gran sonrisa ocupó la mayor parte de su rostro—. Pero dice que si le haces daño... —Hice un gesto con las manos hacia su entrepierna, como si sujetara una enorme tijera de podar.

Su semblante se contrajo un momento y luego se relajó.

—Bueno, al miedo nadie le puso calzones, pero asumo el riesgo.

Le sonreí hasta que recordé otra cosa que me había dicho Tomás.

—Ha visto tu tatuaje —dije haciendo un gesto con la barbilla hacia su espalda.

—Ay, carajo, por eso Cati insistía el otro día en que me sacase la camiseta. Seguro que Tomás se lo contó para asustarla o algo, pero ahora no va a parar hasta que se lo enseñe.

Le di una palmada en el hombro.

—Bueno, en algún momento tendrá que verlo.

—No si puedo quitármelo antes.

—Cati te importa mucho, ¿verdad?

Agachó la cabeza y vi que se sonreía.

—Ya le digo —murmuró tan bajo que casi no llegué a oírlo. Un momento de silencio y luego

alzó la cabeza para mirarme—. ¿Y a usted qué le pasa, patrona?

—¿A mí?

—Sí, tiene los ojitos todos tristes. ¿Ya se fue su amigo?

Dijo la palabra *amigo* lentamente, como si le hubiera dado una vuelta alrededor de la lengua antes de soltarla.

—Sí, ya se ha marchado. —Puse cara de perrillo abandonado.

—¿Le gusta mucho?

—Me gusta, sí.

La sonrisa de su rostro se fue esfumando hasta convertirse en una mueca sombría.

—No sé si debo decirle esto...

—Decirme qué.

—Estuve toda la noche dándole vueltas a la cabezota..., pero creo que hago bien en avisarla.

Me puse en estado de alerta máxima; cuando Álex se ponía serio y trascendental es que iba a decirme algo serio y trascendental.

—¿Qué es, Álex?

—Es por su hombre.

Y dale con *mi hombre.*

—Habla ya, me estás poniendo nerviosa.

—Mire, he chocado la mano con muchos tipos... peligrosos, y uno acaba reconociéndolos en cualquier parte.

¿De qué hablaba? ¿Tipos peligrosos? ¿Dónde? Yo no conocía a ningún tipo peligroso más allá de Terminator o Saruman.

—No te entiendo.

—Ayer, cuando estreché la mano de ese Marco... No sé, sentí lo mismo que otras veces cuando me enfrentaba con alguien de quien preferiría mantenerme lejos.

—¿Marco te parece peligroso?

Noté que una mano invisible me retorcía las entrañas.

—Es solo un presentimiento, pero hasta ahora nunca me falló. En la cárcel conocí algún *man* así, y siempre era lo mismo..., no sé..., es como un latido aquí dentro... —Se llevó el puño cerrado al pecho y se dio dos toques—. No puedo explicarlo mejor, pero ayer me pasó igual con su hombre. —Debí de poner una cara aterrada porque Álex enseguida añadió—: No quiero meterle cucarachas en la cabeza, patrona, pero quise decírselo.

—Gracias —dije con el ánimo flojo—. Lo tendré en cuenta.

Se me habían quitado las ganas de hablar. Me despedí de Álex y por su expresión supe que comenzaba a arrepentirse de haberme dicho aquello. Pero entendí su postura; yo habría hecho lo mismo por él si tuviera su don. Sin embargo, yo no era tan intuitiva, y no había nada en Marco que me hiciera creer que era una persona peligrosa.

Milo me acompañó de vuelta a casa. Y esta vez no me dejó atrás.

—Me temo que se te acabaron las galletas —le dije, y lo vi levantar la cabeza para mirarme.

Parecía contento, y si me hubiera entendido habría salido corriendo y se hubiera olvidado de mí en el acto.

Cuando llegué a casa, mi ánimo estaba tan bajo que mis pies lo pisoteaban a cada paso.

Me tomé un vaso de agua con zumo de arándanos y recompensé a Milo por su fiel compañía, ofreciéndole un trozo de salchicha que se tragó sin masticar y cuyo regusto lo mantuvo ocupado, relamiéndose, durante los siguientes quince minutos.

Estaba preparándome algo para comer cuando sonó el teléfono. Me puse tensa, y nerviosa, y a la defensiva.

«Número desconocido.»

Era él.

—Hola —dije al descolgar.

—Hola, *chérie*.

Respiré hondo y controlé la voz.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien. ¿Cómo estás tú? Tengo cinco llamadas tuyas. ¿Todo bien?

—Eh..., sí. Te llamé porque... —Decidí ir directa al grano—: Olvidaste mi vino.

Oí una risita.

—Sí, me di cuenta en el avión, lo siento.

—Fui al aeropuerto a llevártelo.

Una pausa larga me hizo comprender que lo había sorprendido.

—¿Estuviste en el aeropuerto?

—Sí.

Un nuevo silencio me apretujó el corazón. La incertidumbre me estaba matando. No pude contenerme y añadí:

—Te vi con un hombre...

Otra vez aquel maldito silencio. Respiró con fuerza, a lo Darth Vader (al menos así lo escuchaba yo), y me acerqué a la ventana de la cocina para mirar al exterior mientras esperaba una respuesta.

—Era Bastien —murmuró.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Nina lo conoce, ¿recuerdas?

—¿Por qué no te acercaste? Te lo habría presentado.

No me esperaba esa pregunta y esta vez fui yo quien guardó silencio.

—Por desconfianza, ¿verdad? —añadió.

—No es eso.

Soltó un bufido enojado.

—Si te hubieras acercado, te habría explicado que Bastien es abogado y que estaba en Madrid con un cliente. Antes de volver a Corsica hicieron una parada para recogerme.

—Estabas en el aeropuerto, no en una estación de autobuses.

—Era un avión privado —dijo con un tono de voz seco.

—Vaya, qué clientes más ricos tiene tu amigo.

Guardó silencio, y yo no quise seguir insistiendo porque no quería parecer demasiado

recelosa cuando acabábamos de conocernos. Pero no pude evitar echarle en cara que no me hubiera dicho nada.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No le di mayor importancia.

—Pero si ayer volaste a Córcega no habrás tardado más de hora y media en llegar a la isla, y me dijiste que no llegarías hasta esta mañana.

Las pausas de silencio me gritaban que algo iba mal. Oí un murmullo de palabras francesas o corsas que no entendí y que eran fácilmente traducibles como juramentos o maldiciones, reconocibles en todos los idiomas.

—Yo también sé maldecir en varias lenguas —le dije pensando en mi gallego natal o en el mallorquín, idioma en el que, aunque no lo dominaba, sí conocía alguna palabra malsonante.

—Perdona, es que no sé a qué viene esto.

—Me parece raro, eso es todo.

Respiró fuerte antes de hablar.

—El cliente de Bastien tuvo que hacer una gestión en París antes de regresar —explicó con voz de hielo—. Llegamos a Corsica hoy al mediodía.

Aguardé en silencio, notando un nudo en la garganta. Pese a todas sus explicaciones, no me arrepentía de haberlo interrogado. Estaba más o menos conforme con sus respuestas, pero no del todo.

Marco retomó la conversación. Su voz volvía a ser suave.

—Me gustaría que confiaras en mí.

—Nos conocemos poco, por mucho tiempo que hayamos pasado en la cama.

—Yo me esforcé en conocerte. Pero tú no demostraste el mismo interés.

—¿Insinúas que si no salimos de la cama fue por mi culpa?

—Yo no insinúo nada. Pero tú no parecías interesada en conocerme mejor.

—Pues siento haberte dado esa impresión. Claro que quiero conocerte, pero no a base de someterte a un interrogatorio como tú hiciste conmigo.

—Pero lo haces ahora.

—Está bien, olvídalo.

—No quiero olvidarlo.

—Vale, pues dame tu número de móvil.

—¿El móvil? ¿Para qué?

—Porque el fijo solo sirve cuando estás en casa.

—Yo te llamaré todos los días.

—¿Quieres que confíe en ti o no?

Suspiró en silencio y al fin murmuró los dígitos con poca convicción.

—Espera que lo anote.

—¡No!

—¿No?

—Memorízalo, es más seguro.

—Si es importante para ti...

—Lo es.

—Cuando hablas así no sé qué pensar.

—Ya te he dicho que soy un maniático del control.

Su respiración se volvió pesada y rápida, y podía oírla con claridad a través del teléfono. Durante esa pausa, yo me desplacé hasta un cajón de la cocina para buscar un bolígrafo, luego escribí el número en la palma de mi mano.

—Me asusta todo esto, Marco —le dije en un susurro—. Pero estos días juntos han sido muy importantes para mí.

—Ojalá pudiera estar ahí contigo. —Su voz se volvió otra vez dulce—. ¿Quieres que te diga lo que te haría?

Cerré los ojos y dejé que su voz me hiciera el amor. Me relató con detalle la atención que dedicaría a cada parte de mi cuerpo, y yo me estremecí, y deseé tenerlo cerca con tanta intensidad que me dolió.

«Te estás enamorando», me susurró Dimitri.

Dejé que ese pensamiento se me enroscara al corazón.

—¿Te gustaba cuando te hacía el amor, *chérie*?

—Sí —susurré agitada.

—¿Puedes responderme a una cosa?

—Tú has contestado a mis preguntas.

—Puede que la mía sea más difícil de responder.

—Prueba.

—¿Pensabas en mí cuando estábamos juntos?

Me sorprendió esa pregunta. Creía que le había quedado claro cuánto me gustaba.

—¿En quién iba a pensar?

—No me hagas decirlo.

Entonces me di cuenta.

—¿Crees que podía estar pensando en... mi marido?

Silencio.

—¡No! —exclamé. Siempre había creído que tres adultos en una cama era una mala combinación—. Allí no había nadie más que tú. Ni fantasmas ni recuerdos ni sentimientos del pasado. Solo tú.

«Te estás enamorando.»

«Te estás enamorando.»

Mi corazón bombeaba ese pensamiento al resto de mis terminaciones nerviosas.

—Podías fingir. Es más fácil de lo que crees.

—Nunca he fingido, te lo juro.

—No sabes cuánto me gusta oír eso —murmuró con voz encantadora—. Me gustaría enamorarme de ti, Ali. Quiero amarte, y protegerte, y abrigarte para que no pases frío, y cuidarte para que no vuelvas a sufrir. Quiero que no te sientas sola, y darte todo lo que desees.

«Te estás enamorando.»

«Te estás enamorando.»

«Te estás enamorando.»

—En tu isla, ¿todos los hombres son como tú?

—Tendrías que venir para averiguarlo.

Virginia decía que más peligroso que un hombre atractivo, que te enamora con su aspecto, es un hombre que te enamora con la lengua, y no en el sentido que estáis imaginando. Ella se refería a las palabras. En su opinión, es fácil rendirse a la belleza. Pero es una rendición superficial y efímera. Sin embargo, si sucumbes a las palabras de un hombre, lo amarás para siempre.

Cuando colgamos el teléfono dediqué unos minutos a memorizar su número de móvil y luego me lavé las manos.

EL GRUÑIDO DE LAS HIENAS

El martes por la tarde recibí una visita inesperada. Iba camino de Manacor cuando sonó el teléfono. Era Tomás informándome de que Gelabert estaba en La Rodona. Venía a hablar conmigo.

Apreté los dientes y di la vuelta; ya iría otro día a negociar con Cosme los pagos de todo lo que había comprado. Si no me equivocaba, y estaba segura de que no, el empresario astuto venía a proponerme algún negocio. Solo imaginar que había incendiado mis viñedos me provocaba náuseas.

Cuando llegué a La Rodona apareció ante mí la imagen típica de un puñado de hombres en posición de ataque/defensa, dispuestos a saltar unos sobre otros como si estuvieran en un combate de *pressing catch.* Gelabert no había venido solo. Lo acompañaban dos de sus más fieles empleados, que medían fuerzas ante un enfrentamiento contra Álex, Tomás y Enrique.

Milo también formaba parte del equipo local, y tal vez para el equipo visitante supusiera una diferencia nimia, pero yo estaba segura de que, si la cosa se desmadraba, alguno de ellos se llevaría a casa un recordatorio de su mandíbula.

«No hay enemigo pequeño ni fuerza desdeñable», me sopló Dimitri solemne.

Siempre me había alucinado esa tendencia de los hombres a arreglarlo todo a puñetazos (en el mejor de los casos). Era como si la resolución de conflictos por medio del diálogo mermara de alguna forma su virilidad.

Si hubieran sido mujeres, la escena habría sido bien distinta. Para empezar, jamás habría sospechado que entre ellas hubiera el mínimo atisbo de mal rollo. Las habría encontrado tomando una cerveza en el porche mientras criticaban a sus maridos y presumían de sus hijos que, por supuesto, serían infinitamente mejores que los de las demás. Entonces, la versión femenina de Gelabert me diría: «Alicia, maja, le estaba diciendo a tus empleadas lo terrible que ha sido lo de tu incendio. Pero no te preocupes, que para eso estamos las vecinas. Te lo compro todo. Así tú podrás dedicarte a buscar marido a tiempo completo, que la soledad es muy mala y ya no eres una chiquilla. Además ya sabes el dicho: «Vino añejo, solo para el viejo».

Esta habría sido una forma femenina y delicada de plantear la cuestión, aunque no exenta de algún que otro dardo paralizante.

Pero es cierto, las mujeres odiamos la violencia y siempre estamos dispuestas a dialogar.

Cuando salté del Suzuki solo me preocupaba evitar un enfrentamiento entre aquellos seis

hombres y un perro.

En cuanto estuve cerca, Gelabert comenzó a quejarse:

—Diles a tus empleados que se controlen. Si no sujetan la lengua, tendrán que hacer frente a una demanda judicial.

Álex tenía el rostro contraído en una mueca, y el semblante de Enrique y Tomás no era menos agresivo.

—¿Qué quieres, Gelabert?

—Tus hombres han lanzado acusaciones muy graves contra mí.

—Bueno, si son falsas no tienes de qué preocuparte.

—¿Tú también crees que yo quemé tu viñedo?

Contuvo una carcajada, pero no lo logró del todo y su risa nos abofeteó al resto.

—Mis sospechas ya las conoce el sargento Ripoll —dije tratando de sonar confiada.

—Ah, Ripoll, buen chico, su padre trabaja para mí.

Apreté la mandíbula.

—¿A qué has venido?

—¿Podemos hablar sin hienas alrededor?

Tomás dio un paso hacia el empresario y Enrique lo contuvo. Milo dio un ladrido, como si a él tampoco le hubiera gustado que lo compararan con una hiena.

—La única hiena *jueldiablo* que hay aquí es usted —le dijo Álex—, que viene a aprovecharse de las vainas de los demás.

—Todos podemos salir ganando.

—Lo dudo mucho —le espeté.

Sacó de su chaqueta un cigarro parecido a un puro pequeño y lo encendió con calma. Le dio varias caladas y nos intoxicó con su humo y su aroma. Luego dijo:

—Cómo echo de menos a tu difunto marido, Alicia. Con él se podía razonar.

—Suelta de una vez a qué has venido y márchate.

—He venido a proponerte una oferta muy ventajosa. Todo el norte de la isla sabe que tu bodega tiene los días contados, y ahora, con lo del incendio, nadie te hará una proposición como la mía. Eres una insensata si no la aceptas.

—El viñedo no está en venta.

—Ni siquiera has escuchado mi oferta.

—Y no voy a hacerlo. No se trata de dinero, es una cuestión de lealtad a la familia.

—¿Qué familia? Los muertos ya no necesitan lealtad, y tú estás más sola que las serpientes, incluso tu vino huele a soledad.

No podía verme la cara, pero sabía que estaba roja de furia.

Di un paso al frente con los puños cerrados, dispuesta a hacer que Gelabert se tragara su cigarro. Después le metería el puño por el culo y lo volvería del revés, como si fuera un guante de látex.

Olvidad lo último, es asqueroso.

Olvidad también todo ese rollo sobre las mujeres y la liga antiviolencia.

Estaba tan alterada que noté el sabor amargo de la bilis subiéndome por el esófago. Pero es

que Gelabert me sacaba de quicio, porque siempre hurgaba con el dedo en la llaga más dolorosa. Y sus palabras me habían hecho daño.

Tomás me sujetó por un brazo y uno de los empleados de Gelabert se sonrió.

—Vamos, píntemela, que yo se la coloreo —amenazó Álex dirigiéndose a él.

Una nueva oleada de agresividad me impulsó a borrarle a aquel tipo la sonrisa de un puñetazo. El hombre notó mis intenciones, se puso serio de repente y afianzó el peso sobre sus piernas mientras yo avanzaba hacia él. Álex, que era el más ágil de movimientos, me agarró por la cintura y despegó mis pies del suelo.

—No vale la pena, patrona —dijo mientras yo me debatía en el aire.

—¡Déjame, Álex!

—Eso es lo que quiere el humillapendejos lamparoso, no le dé el gusto.

Volvió a dejarme en el suelo y traté de serenarme.

—Sabes que, si no me vendes el viñedo a mí, se lo venderás a mi hijo —continuó Gelabert —. Pero más tarde o más temprano tus tierras serán de mi familia.

—¡Antes prefiero regalarlas!

—No lo harás porque La Rodona es todo lo que tienes.

—Tal vez tenga pronto un heredero a quien pasar el relevo.

Mis tres hombres me miraron con la cara desencajada. Incluso Milo me miró. Gelabert chupó su cigarro y sonrió de forma extraña mientras lo sujetaba con los dientes. Obvió mi comentario y dijo:

—Dentro de unos meses no podrás pagar el sueldo de tus trabajadores. ¿Lo saben ellos?

—No es asunto suyo —replicó Enrique.

—Yo los mantendría en la finca —continuó Gelabert en tono arrogante—. Mi oferta incluye una buena tasación de las tierras y quedarme con tus operarios, a los que les vendría bien un aumento, ¿no es cierto?

—Yo no pienso faenar para usted —le espetó Álex.

Tomás me puso una mano en el brazo.

—No lo escuches, sabes que nunca trabajaríamos para él, aunque nos doble el sueldo.

—¿No quieres oír de cuánto dinero hablo?

Apreté los labios antes de responder:

—No.

Lanzó su cigarro al suelo y lo pisó.

—Piénsalo, Alicia. Volveré a verte dentro de una semana.

—No hace falta que vuelva. No cambiaré de opinión.

Nos miró con aire de superioridad, como si fuéramos hormigas a las que pudiera aplastar de un pisotón, y se metió en el coche seguido de sus hombres. Nos lo quedamos mirando mientras se alejaba, notando que la ira y la impotencia se iban diluyendo a medida que el vehículo de Gelabert desaparecía. Milo salió corriendo detrás de la nube de polvo que levantaban las ruedas, pero se cansó pronto y regresó a nuestro lado profiriendo sonoros estornudos.

Tomás intentó tranquilizarme:

—No puede obligarte a vender, no te preocupes.

—¿Estás seguro? Tiene razón en una cosa. Se acercan tiempos difíciles para La Rodona. Este año produciré la mitad de vino y la próxima temporada tal vez no pueda manteneros a todos.

—Encontraremos una solución, no se precipite —dijo Enrique.

Me quedé pensativa un momento, tratando de encontrar una salida. La oferta de Marco comenzó a golpearme la cabeza. Al principio me había parecido una idea absurda, pero después de cuatro días juntos ya no lo tenía tan claro.

De pronto me interesó conocer la opinión de los demás. Los invité a sentarse a la mesa bajo las palmeras y le dije a Álex que me acompañara a la cocina a buscar algo de beber.

—¿Tu padre no te ha preguntado por ese ojo morado? —dije mientras sacaba unas cervezas de la nevera.

—Claro, y no me quedó otra que cantar fino.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que merezco el puñetazo.

Sonreí un poco.

—¿Has hablado con Tomás?

—Ni en chiste. Si las miradas tuvieran la fuerza de los puños, ahora mismo estaría arrastrado por el suelo.

—Al menos podéis estar uno al lado del otro.

—Pero no muy junticos.

Salimos con las bebidas y, por el camino, Álex quiso satisfacer su curiosidad:

—Eso que ha dicho antes sobre el heredero...

Me eché a reír.

—No fue nada, solo un deseo pronunciado en voz alta en el momento menos adecuado.

—Pues ojalá se cumpla su deseo, patrona.

Le sonreí esperanzada, deseando que la vida me diera algún día esa oportunidad.

Nos reunimos con los demás y cuando nos sentamos a la mesa, tomé aire y les dije sin rodeos:

—Mi amigo de Córcega me ha propuesto ser socio capitalista. Le gusta el viñedo y está interesado en invertir. He rechazado la oferta, pero..., no sé, ¿qué pensáis vosotros?

Se miraron unos a otros. Tomás se centró en Enrique, evitando cruzar la mirada con Álex.

—¿Conoce la situación y los riesgos de su inversión? —preguntó.

—Sí.

—¿Y sigue interesado en invertir? —añadió Enrique.

—Ajá.

—¿Cuáles son sus condiciones? —quiso saber Tomás.

—Renuncia a los beneficios y asume el riesgo de no recuperar el capital.

Me miraron sin acabar de creerse lo que oían.

—¿Qué clase de inversor renuncia a los beneficios?

Álex me lanzó una mirada de complicidad. Él sabía que los beneficios de Marco tenían dos piernas y la madriguera de un chigüiro en la cabeza.

Suspiré y confesé la verdad:

—Bueno, Marco y yo tenemos una... una relación sentimental. —Dejé pasar un instante para que lo asimilaran y añadí—: Eso lo empuja a querer ayudarme.

Tomás frunció el ceño, como si la noticia lo hubiera cogido desprevenido.

—¿Has pensado qué pasaría si...?

—¿Si la relación se va al traste? —concluí por él.

Asintió con la cabeza.

—En ese caso él llevaría la peor parte porque tardaría en recuperar su dinero.

—¡Pues acepta! —exclamó.

Miré a Álex y a su padre.

—¿Qué pensáis vosotros?

—Es eso o Gelabert —dijo Enrique—. Yo digo que acepte, patrona.

Álex sonrió y supe que estaba de acuerdo.

Moví la cabeza en señal afirmativa al tiempo que un vértigo me encogía el estómago. No solo por la oportunidad que supondría la inversión de capital en el viñedo, sino porque eso me uniría más a Marco. Y, a pesar de las dudas, a pesar de lo poco que nos conocíamos, deseaba tenerlo cerca.

HOMO PERFECTUS

El viernes conduje hasta Manacor para cumplir mi cometido de negociar mi deuda con Cosme. Lo encontré cargando unos hierros pesados que depositó en el suelo cuando me vio, después se quitó los guantes, sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor de la frente.

—¿Qué te trae por aquí, Alicia?

Me sorprendió la pregunta.

—Vengo a negociar los pagos, y espero que puedas fraccionarme la cantidad porque ya sabes que el incendio me dejó en una situación delicada.

—¿Los pagos?

Pensé que la palabra en plural no le había hecho gracia, y no era de extrañar; la maldita crisis estaba afectando a todos los sectores, y el suyo no era una excepción.

—Es que no podré pagártelo todo junto y...

—Alicia —me interrumpió—. ¿Es que no lo sabes?

—El qué.

—El hombre que vino contigo se hizo cargo del importe.

Lo miré con incredulidad y noté que se me aflojaba la mandíbula y se me abría la boca.

—¿Qué dices? ¿El pago entero?

—Y en metálico.

Me quedé muda un momento. Cosme añadió:

—Parece que te ha caído un ángel del cielo. Te llevarás una sorpresa cuando recibas el pedido.

No entendí bien de qué hablaba, pero preferí no hacer preguntas.

—Si encuentras otro como él, mándamelo por aquí —dijo cuando ya me iba—. No tengo clientes así.

Era consciente de que el importe de la factura ascendería a unos quince mil euros, y eso era demasiado gasto para considerarlo una pequeña ayuda. Además, ¿cómo es que llevaba encima tanto dinero?

Volví a casa sin poder quitármelo de la cabeza. Le había negado a Marco la posibilidad de invertir en el viñedo y él había encontrado la forma de hacerlo sin mi permiso.

A pesar de verme libre del cuantioso pago, no me parecía bien que lo hubiera hecho sin consultarme. No le debía dinero a Cosme, era cierto, ahora se lo debía a él. Y no estaba segura de

que me gustara la idea. Una cosa era ser socio inversor y otra pagarme las facturas como si fuera un padre sacándole las castañas del fuego a su hija. Le llamaría esa misma noche exigiendo una explicación.

Aun así, la relación con Marco me llenaba de ilusión. Parecía tan perfecta —él me parecía tan perfecto— que no podía evitar sentir cierta cautela. ¡Nadie es tan perfecto! Y solo rezaba para que sus defectos, que seguro que los tenía, no fueran demasiado importantes como para arruinarlo todo.

Por favor, dioses del Olimpo, que no sean demasiado importantes. No me importará mucho si no sabe bailar, si es un cabezota sempiterno o incluso si se rasca sus partes de vez en cuando. También podría soportar que le gustase el fútbol, que pusiera el aire acondicionado del coche a tope o que nunca colgase la toalla del toallero. Pero, por favor, por favor, no le pongáis encima algún defecto imperdonable.

También podía suceder que no tuviera defectos. ¿Y si Marco era perfecto por expreso deseo divino? ¿Quién había dicho que los hombres perfectos no existían? ¿Acaso era esa una verdad suprema de primer orden?

Imaginad los titulares:

«¡Hallado el primer ejemplar de Homo perfectus de la historia! Alicia Andrade, de treinta y nueve años y natural de La Coruña, ha sido quien ha descubierto este significativo hallazgo que marcará un hito en el actual estudio de la evolución humana.»

Soñar es dulce.

Y motiva mucho.

Nina me llamó para saber si había averiguado algo sobre la presencia de Bastien en el aeropuerto. Le dije lo que me había contado Marco y no desaprovechó la ocasión para reprocharme lo escéptica que era.

—Si sigues desconfiando lo *apartarrás* de tu lado.

No le hice mucho caso porque, para entonces, yo ya había decidido deshacerme de mis dudas en beneficio de la humanidad, así que al final de la tarde disfruté de un baño relajante con espuma, un poco de vino blanco, velas y la evocación dulce de nuestro «momento bañera».

Antes de cenar decidí llamarlo. Había memorizado su número tal como me había pedido, pero después pensé que yo le había obedecido en esto y sin embargo él no me había hecho ningún caso pagando mi deuda. Eso provocó en mí un pequeño arrebato de rebeldía. Cogí el taco de *post-it* que tenía pegado en la nevera con un imán y escribí su número de teléfono setenta y cinco veces. Luego empapelé los armarios de la cocina con las pequeñas hojas adhesivas, incluso Milo recibió una en la frente. Hice un par de fotos, una donde se veía claramente el número en el papel amarillo y la otra donde se apreciaba un plano general de la estancia cubierta con papeles. Después se las envié.

Tres minutos más tarde recibí una llamada.

—Eso no ha tenido gracia —me dijo en tono glacial.

Tal vez me había pasado, pero no pensaba reconocerlo.

—¿A qué te refieres?

—Estoy empezando a arrepentirme de haberte dado el número.

—Bueno, tú haces lo que quieres, sin contar con mi consentimiento, y yo hago lo propio. Es justo, ¿no?

—No te entiendo.

—¿Por qué demonios pagaste mi compra?

—Ah, eso.

—¡Claro! ¡Eso!

—Ya te dije que quiero ayudarte.

—Sí, pero pensé que había quedado clara mi postura.

—Tardarías años en hacer frente a esos pagos.

—No es asunto tuyo.

—Cada día que pasa siento que es más asunto mío. No dejaré que te hundas, Ali. Te ayudaré con o sin tu permiso.

—Y otra cosa más: ¿siempre llevas tanto dinero encima?

Aguardé una explicación que me dio a regañadientes.

—Te oí decir a Tomás que ibas a encargar el material y tuve tiempo de ir a buscarlo. Había llevado de Corsica una pequeña cantidad en metálico.

—¿Pequeña?

Se quedó callado, respirando de forma ruidosa, como si no comprendiera mi falta de visión para los negocios. O tal vez fuera por mi desconfianza.

—Eres un cabezota —dije sin ganas de seguir discutiendo.

Un defectillo bastante predecible, incluso en un Homo perfectus.

—Un cabezota al que le importas.

Suspiré; él hizo lo mismo y luego cambié de tema.

—Gelabert ha estado en La Rodona.

Lo oí mascullar una exclamación, seguro que una palabrota.

—Sabía que no tardaría en ir a verte.

—No ha sido muy amable, ha vuelto a presionarme para que venda.

—Déjame ayudarte, Ali. —Su voz sonó persuasiva.

—Verás, de eso quería hablarte. Hemos valorado entre todos las opciones y... el caso es que me han aconsejado que acepte tu oferta.

Lo oí respirar hondo.

—¿Y lo harás?

La garganta se me cerró, como si se negara a dejarme pronunciar la palabra, como si Dimitri se rebelara de su confinamiento y quisiera sacarse su mordaza.

Pero no lo consiguió.

—Sí —dije finalmente.

—Me alegro. —Su voz fue apenas un susurro en mi oído.

—Pero tenemos que hacer las cosas bien, pactar un capital de inversión, condiciones y beneficios.

—Lo haremos como tú quieras.

Hubo un silencio en el que escuchamos nuestras propias respiraciones.

—Marco, ¿lo has pensado bien? Puede ser un negocio ruinoso.

—¿Te he dicho alguna vez que soy muy controlador?

—Sí.

Otro defectillo sin importancia, a menos que quisiera controlar hasta el color, el tejido y el tamaño de mis bragas.

—También se me dan bien los negocios. Confía en mí. Tus viñedos volverán a ocupar el lugar que se merecen, te lo prometo. Y ahora quita todos esos papeles de tu cocina antes de que me enfades de verdad y me hagas tomar un avión para darte unos azotes.

—Primero tendrías que atraparme.

—Lo haría, *chérie*, lo haría.

SE AVECINAN CAMBIOS

Mi asesor me procuró un abogado especialista en derecho mercantil. Él se encargaría de redactar los documentos en los que establecer las condiciones que Marco debía aceptar antes de invertir su dinero.

El letrado escuchó mis premisas con el ceño arrugado y el semblante torcido. Carraspeó y me miró un poco atónito por encima de las gafas. Aun así, tuvo la serena paciencia de escucharme sin hacer interrupciones hasta que lo solté todo. Muy amablemente, concluyó que ningún inversor capitalista en su sano juicio aceptaría semejantes condiciones, y que el Código Civil en su artículo 2696 señalaba que: «Será nula la sociedad en que se estipule que los provechos pertenezcan exclusivamente a alguno o algunos de los socios y todas las pérdidas a otro u otros». Le ofrecí media sonrisa y le dije que retocase lo justo para hacer lícito el contrato y que me dejara a mí el resto.

Era cierto, eran unas condiciones leoninas. Marco invertiría su dinero con un alto riesgo y sin apenas beneficios. Pero no tenía otra opción; primero debía asegurar el sueldo de mis trabajadores, y si después de eso había beneficios, él se llevaría su parte.

Esa misma noche hablamos por teléfono.

—Estaba pensando en ti —me dijo cuando oyó mi voz.

—Y yo en ti, pero creo que mis pensamientos difieren de los tuyos.

—Yo me estaba acordando del color de tus ojos cuando haces el amor.

—El color de mis ojos es siempre el mismo. Yo me preguntaba si aceptarías las condiciones que te he puesto como socio inversor.

—Tus ojos son grises, pero se vuelven azulados cuando estás excitada. Acepto las condiciones.

—Te lo estás inventando, no cambian de color. ¿Aceptas las condiciones sin conocerlas?

—Algún día te lo demostraré, guardaré un espejo debajo de la almohada. Acepto cualquier condición.

—Así que un espejo, ¿eh? Las condiciones son tan desmesuradas que solo un tonto las aceptaría.

—También he pensado en otras partes de tu cuerpo y ha sido muy agradable recordarlas al detalle. Conque un tonto. Pues el tonto tiene algunas condiciones de última hora.

No me gustó oír aquello. Tratándose de él no sabía qué esperar.

—Dímelas.

—¿Las partes de tu cuerpo o las condiciones?

Quería saber ambas, pero di prioridad a lo segundo.

—Las condiciones, Marco.

—Me decepcionas, *chérie,* tenía una lista completa con las partes de tu cuerpo que más me gustan. Pero veo que prefieres hablar de negocios. —Hizo una pausa y escuché su respiración—. Bien, quiero formar parte de la gestión del viñedo y trabajar en él. Si voy a invertir mi dinero con muy pocas posibilidades de recuperarlo, quiero estar dentro.

—Pero para eso tendrías que vivir aquí de forma permanente.

—Veo que lo vas pillando.

—¿Y tu trabajo?

—No sería un problema dejarlo.

—Yo..., no sé... No puedo pagar otro sueldo.

—No te he pedido un sueldo.

—Tendría que pensarlo. ¿Es negociable?

—Podemos debatirlo si quieres.

—Bien.

—Tengo una última condición.

—¿Otra?

—*Oui,* y esta no es negociable.

Tragué saliva con dificultad, como si tuviera barro seco en la boca.

—¿Cuál?

—Te casarás conmigo.

Si me hubieran abierto las venas no habría derramado una sola gota de sangre.

—¿Hablas en serio?

—*Naturellement.*

—¿Te has vuelto loco?

—No.

—¿Y si me niego?

—No puedes, *chérie,* te acabo de decir que es innegociable.

¡Qué *chérie* ni *chérie*! Eso me descolocó y me enfureció al mismo tiempo. ¡Me estaba chantajeando! Tardé un momento en salir de mi propio desconcierto y me centré en el asunto. No se lo iba a permitir. Por mucho que me gustara, por mucho que adorase cada una de las partes de su anatomía, había límites que no debían traspasarse y él acababa de rebasarlos.

Fruncí los labios para reprimir una palabrota.

—Eso tiene un nombre —le dije—: se llama «chantaje». ¿Quieres que te lo pronuncie en francés?

—Me encantaría que lo intentaras, al menos. Se dice *chantage.*

—¿Por qué te lo tomas a broma?

—Al contrario, me lo tomo muy en serio.

—Marco, ya no estamos hablando de un negocio, sino de dos vidas, la tuya y la mía. Apenas

nos conocemos.

—Yo sí te conozco.

—Pero yo a ti no. Eres bastante hermético.

—Tendrás tiempo de conocerme.

—Es una locura.

—Te dije que iba en serio.

—Ya lo veo. Y si no me caso contigo, ¿no invertirás en el viñedo?

—No más de lo que ya he hecho.

—Eres un cabronazo.

—Tal vez, pero necesito pensar que pertenezco a ese sitio, Ali. Siendo solo un socio no me sentiré parte de ello. Si voy a arriesgarme, quiero algo a cambio.

—¿Y ese algo soy yo? —dije sin dar crédito.

—*Oui.*

—¿Y dónde queda el amor?

—Siento muchas cosas por ti, Alicia. Estoy seguro de que me acabaré enamorando.

Eso no era lo que esperaba escuchar. Porque yo ya estaba enamorada de él. Sin embargo, él acababa de admitir que no lo estaba de mí.

Y eso dolía.

Pero ¿qué podía esperar? Unas cuantas cartas y cuatro días retozando no daban para mucho. Había oído que hay personas que se enamoran en un instante, al primer golpe de vista. Pero definitivamente eso no era lo que le había sucedido a él.

—No pretenderás que te conteste ahora...

—Me decepcionarías si no lo hicieras. ¿Qué demonios buscabas en una página de contactos?

—Buscaba pareja, no un marido exprés. Tampoco buscaba un socio.

—Yo puedo ser las tres cosas. Reconócelo; soy perfecto para ti, *mon coeur*.

—¡No vuelvas a decirme *mon coeur* ni *chérie* ni ninguna de tus gilipolleces gabachas! Parece que nos queremos y no es así.

Estaba enfadada, o desilusionada, o todo a la vez. Fuera lo que fuera que me pasaba (capullo controlador), se hizo visible en mi contundente tono de voz.

Y si había algo que me sacaba de quicio eran los tarzanes controladores: «Yo Tarzán. Tú Jane. Tarzán quiere casar con Jane. Si no querer casar, Tarzán tirar Jane de árbol más alto».

¡No!

¡No! ¡No! ¡No!

Yo no necesitaba un Tarzán en mi vida, ni quería ser Jane saltando de liana en liana, ni quería criar a mis hijos en las ramas de un banano.

Tal vez estuviera deseando estar con él, pero si trataba de imponerse utilizando métodos de presión, yo me revolvería como una trucha en un anzuelo.

Su buen humor se esfumó y me respondió en el mismo tono seco:

—Parecería que nos queremos si tú no fueras tan fría —dijo.

¿Mande? ¿Fría yo? ¿Cómo podía decirme aquello? Me había derretido en sus brazos, había gemido como una vaca hasta extasiarme sin importarme que él me escuchara. ¿Acaso no eran

señales inequívocas de que no soy una mujer fría?

Me succioné la lengua para no decirle cosas de las que luego podría arrepentirme, como que no era yo quien estaba haciendo de nuestra relación un negocio.

Pensé en mandarlo a la selva y cortar la llamada, pero lo veía capaz de presentarse aquí en persona.

También imaginé por un momento las caras de los demás cuando los informara de que ya no habría socio inversor.

«No se lo dirás —me susurró Dimitri—. No lo harás porque piensas aceptar su propuesta.»

¡Ja! ¡De eso nada!

«Claro que lo harás, y lo sabes.»

Maldita sea, era cierto, iba a aceptar su propuesta porque me moría de ganas de que estuviera conmigo, y la posibilidad de trabajar juntos y sacar adelante la bodega era como un sueño. Me sentía muy vulnerable frente a Gelabert a pesar de hacerme la fuerte, pero era una cuestión de tiempo que me viera obligada a vender. Había imaginado tantas veces la posibilidad de compartir la carga con alguien que en el fondo no me importaba si Marco me utilizaba para escapar de su isla o si era un alienígena buscando absorber una nueva forma de vida.

Era mi tabla de salvación, y pensaba aferrarme a ella con todas mis fuerzas.

Si él me utilizaba a mí, yo lo utilizaría a él.

Ni siquiera tomé aire antes de hablar:

—Está bien, acepto.

Y después de haberlo dicho, sentí que Dimitri se rebelaba en mi cabeza y la emprendía a patadas con cada neurona que se cruzaba en su camino.

HOMO QUASI PERFECTUS

La lista de defectillos de Marco iba en aumento. Había descubierto que era imprevisible, chantajista, cabezota y controlador, lo cual lo hacía descender un par de peldaños en la escalera evolutiva hasta situarse en la categoría de Homo quasi perfectus, un lugar donde ya podía encontrarse algún que otro espécimen en vías de evolución, como por ejemplo Jason Momoa o Jamie Dornan.

Adiós al titular de prensa.

Al día siguiente le comuniqué a Tomás mi decisión de aceptar a Marco como socio inversor, obviando decirle que lo había aceptado también como marido. La noticia le alegró, y dijo que la opción del socio en esas condiciones era la oportunidad perfecta para salir adelante sin apenas riesgos. Supuse que, aunque no lo demostraba, a él también le inquietaba su propio futuro y el de su familia. Conocía mis intenciones de no vender a Gelabert, pero también era consciente de que, si no hacía algo, no conseguiría salir adelante con el viñedo mermado.

Pensé que debía sentirme animada, después de todo iba a lograr lo que tanto había deseado. Sin embargo, había algo que me lo impedía, esa incertidumbre propiciada por la pérdida de control. Estaba perdiendo el control de mi vida, y Marco lo estaba asumiendo.

Por favor, dioses del Olimpo, no me importa que sea un poco controlador, pero ¡no tanto!

Cuando Virginia vino a verme y le di la noticia, se quedó patidifusa.

—No sé qué decir.

—Di que te alegras por mí.

Estábamos cómodamente instaladas en el balancín del porche, sorbiendo la habitual bebida que ella solía preparar a base de zumo de arándanos y gaseosa. Dejó su refresco encima de una pequeña mesa y me observó con detenimiento.

—¿Cómo voy a alegrarme si tienes esa cara?

—Lo sé, es que todo va tan rápido que me cuesta asimilarlo. Pero es lo que quiero. Además, quien no se arriesga no cruza el río.

Hizo un alzamiento de cejas mostrando incredulidad y desconfianza.

—Algunos se ahogan antes de alcanzar la orilla.

—Pero yo nado muy bien, ¿te acuerdas?

—Si usaste manguitos hasta los catorce años.

—¡Pero después hice un cursillo!

—Ya entiendes lo que quiero decir...

—No lo estropees, Virginia.

—No pretendo hacerlo, y tengo que reconocer que no te falta valor.

Chasqué la lengua y respiré hondo.

—No me gusta la vida que llevo, a él tampoco le gusta la suya. Todos salimos ganando.

—¿Por qué no le gusta su vida?

Le conté lo que les había ocurrido a sus padres. Ella lo asimiló rápido.

—Así que Marco es un adulto con una infancia traumática que quiere largarse de su isla porque le trae malos recuerdos. Y para ello se busca otra isla parecida a la suya y una mujer que posee un negocio que él domina. ¡Joder, qué listo es!

—Dicho así suena maquiavélico —dije un poco desanimada.

—Un matrimonio por interés, ¿qué esperabas encontrar en una página de contactos?

—¡No lo sé, Virginia!

—Aunque te has llevado el premio gordo del bombo. Seguro que nunca imaginaste encontrar a alguien como él.

—Es cierto.

—Pero tú estás enamorada.

—Tal vez pensé que lo estaba. Ahora creo que se trata solo de deseo, de simple atracción. Hay que ser realista; el amor no surge de repente.

—Que sepa tanto de viñedos también juega a su favor.

—Sí, claro, Marco va a ser de gran ayuda.

Me observó fijamente, y yo miré hacia otro lado con gesto culpable.

—¿De verdad es lo que quieres? —inquirió muy seria.

Mis ojos se pasearon por el viñedo. Cuando volví la mirada hacia ella, le sonreí.

—Sí.

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, luego miró al frente mientras recogía las piernas para ponerlas sobre el balancín. Al cabo de un momento se volvió hacia mí.

—Bueno, pues ya puedes hacerte con una buena reserva de bragas.

Entorné los ojos y no pude contener la risa al tiempo que una parte de mi cuerpo se estremecía al recordar aquel momento.

—Eres terrible.

—¿Yo?

—Además, no eran unas bragas, era un tanga.

—Tú no lo tientes por si acaso.

Cati se marchó a Palma cuando empezó el curso. Tomás asumió los gastos de un piso compartido para evitarle continuos desplazamientos, de modo que Álex y ella no podían verse hasta el fin de semana. Eso mantenía a Álex ensimismado y taciturno. Se limitaba a trabajar y hablaba poco. Tomás seguía evitándolo; que consintiera la relación no significaba que fuera a hacerse amigo de Álex. Al contrario, el ambiente entre ellos era tan denso que podía palparse.

El viñedo comenzaba a mudar de color, pasando del verde vehemente del verano a los tonos ocres y rojizos que adquirían las hojas antes de caerse. En otra situación diferente, este habría sido un tiempo de descanso, pero había que preparar más de tres hectáreas de terreno para recibir las nuevas viñas durante el invierno, y eso significaba mucho trabajo.

A mediados de octubre recibimos el pedido de Cosme y nos llevamos una sorpresa cuando la explanada terrosa de la casa se vio ocupada por un camión de grandes proporciones. Dos operarios, ataviados con polos azul marino y pantalones de faena con muchos bolsillos, descendieron de él y se encargaron de dirigir el nuevo proyecto de emparrado. Tomás inspeccionó el material y me miró sin comprender nada. Aquello no era lo que yo había encargado, sino un novedoso y caro sistema de cultivo. Habíamos oído hablar de él y nos constaba que los nuevos viticultores, que podían permitírselo, comenzaban a instalarlo.

Valoré lo que ese nuevo material podía aumentar el desembolso de Marco que yo había calculado y no pude evitar notar una punzada en la boca del estómago. Era casi el doble.

Tomás y el resto se mostraron entusiasmados, pero yo no lo estaba tanto. No es que me disgustara tener material de última generación, lo que me molestaba era esa sensación de pensar que se me escapaba algo importante, algo que me turbaba y no conseguía averiguar qué era.

Me detuve a analizar los últimos acontecimientos y me di cuenta de que la personalidad de Marco comenzaba a dominar todos los aspectos de mi vida. Puede que yo no tuviera su mismo afán gobernador, pero también era muy mía y me sublevaba que alguien, a quien todavía consideraba ajeno, quisiera imponerme sus reglas.

Me sublevaba mucho.

Encima, me había bajado el periodo y estaba irascible y de mal humor, aunque fue un alivio descartar la posibilidad de un embarazo. ¿O no? No estaba segura de eso. Tenía casi cuarenta años, quería tener un hijo y había tenido un hombre a mi disposición durante cuatro días en mi periodo fértil. ¿Y si Marco ya no volvía? Sería algo raro después de su propuesta, pero en una situación tan extraña todo era posible. Aceptar casarme con él era lo más extravagante que había hecho en la vida, claro que tenía mis motivos. Pero ¿y los suyos? ¿Era el accidente de sus padres razón suficiente para empezar una nueva vida lejos de su hogar con una mujer a la que apenas conocía?

No quise profundizar en ese asunto. En realidad, no quería profundizar en nada, solo deseaba encontrar de nuevo mi lugar en la vida y, de alguna forma, presentía que estaba a punto de lograrlo.

Esa noche llamé a Marco y lo interrogué sobre el tema de los postes. Se justificó diciendo que el material que yo había elegido estaba obsoleto y que el nuevo sistema me ahorraría el ochenta por ciento en mano de obra e incrementaría el rendimiento de las vides en setecientos kilos. Si los resultados eran satisfactorios, habría que plantearse renovar el emparrado de toda la finca; una inversión que se amortizaría en pocos años.

Dijo esto y se quedó tan ancho.

—¿Sabes el desembolso que supondría eso?

—Sí, ya lo he calculado.

—¿De dónde sacas el dinero?

Lo oí gruñir al otro lado:

—No hablemos de dinero.

—Vale, pero tengo la sensación de que incluso sin estar aquí tienes el control. Me siento sobrepasada.

—Va siendo hora de que te relajes, Ali. Si todo sale bien, en dos semanas estaré ahí.

—¿Dos semanas?

—Me acompañarán Bastien y su padre. Max es mi padrino, te hablé de él en las cartas.

—Sí, dijiste que eran tu familia.

—Así es. Y no quiero estar solo el día de mi boda.

—¿Qué? ¿Quieres que nos casemos tan pronto?

—Ahora que hemos llegado a un acuerdo, ¿para qué esperar? Una boda civil será suficiente por el momento, a menos que tú la prefieras religiosa. A mí no me importa.

Defectillo número 5: impaciencia.

—No, creo que civil es lo más correcto.

—Preguntaré a Bastien sobre el papeleo y tú puedes ir gestionando el resto. La legislación sobre el régimen económico matrimonial en Mallorca es de separación de bienes. Pero si tú tienes algo que objetar...

—No, claro que no, estoy de acuerdo.

—Bien. Intenta conseguir alguien que nos case dentro de dos semanas y yo me encargaré del resto.

—Eh...

Quise decir algo. En realidad, tenía muchas cosas que decir. Pero me quedé callada.

—Ali...

—¿Sí?

—Cómprate un vestido bonito. Yo correré con los gastos. No quiero que esto suponga un esfuerzo económico para ti.

Esperé a que añadiera: «¿Te parece bien?». Pero no lo hizo.

—No pienso dejar que pagues mi vestido —le dije ofuscada.

—No te lo tomes así...

—Si quiero un vestido, yo puedo comprármelo, no me trates como a una Cenicienta.

—Yo no te trato...

—Da igual, déjalo.

Comencé a sentirme como un condenado que arrastra una bola de hierro en el tobillo y al que le exigen que corra una maratón. Sin embargo, no deseaba echarme atrás. En el fondo trataba de convencerme a mí misma de que delegar algunos asuntos en Marco sería reconfortante. Después de todo, si él invertía su dinero en el viñedo, sería el primer interesado en que todo saliera bien. En ese aspecto no tenía mayores preocupaciones. Mis inquietudes se centraban en el plano personal, y en ese aspecto todo se reducía a lo imprevisible, a una lotería que aún no se había rifado.

La primera semana pasó muy rápido. Virginia había puesto cara de caniche estupefacto al enterarse de las intenciones de Marco respecto a la boda. No acababa de entender a qué venía tanta prisa. «Ni que estuviera preñado», comentó con sarcasmo. Pero su actitud defensiva se volatilizó al descubrir que Bastien y su padre viajarían con él.

—Un par de hombres más en casa, no está nada mal.

Quiso enterarse de todo respecto a ellos, pero, aparte de que eran abogados y de que Bastien parecía tener la misma edad que Marco, no sabía nada más. La edad de Bastien la echó para atrás, así que su interés se centró en el padre.

—Se llama Max —le dije.

—Max —repitió ella—. ¡Qué bien suena todo lo francés!

Entorné los ojos; a mí el acento galo siempre me había producido un poco de grima. Además, lo único que podía pronunciar con cierta dignidad en ese idioma era *petitsuisse*.

—Si estuviera casado, su mujer viajaría con ellos, ¿no crees?

—No lo sé, Virginia, y no voy a preguntarlo.

—Tengo tiempo de ir a la esteticista —dijo para sí.

—¿Y qué pasa con tu *maître*? ¿Está descatalogado?

—No estoy casada con él, y tenemos una relación muy casual. A veces yo también echo de menos algo más profundo, ¿sabes?

—¿Tú? ¿La que ha jurado por la memoria de Simone de Beauvoir que jamás volvería a casarse?

—¿Y cuándo he cumplido yo mis promesas?

Torcí la cabeza pensando.

—Casi nunca.

—Tú pon un hombre guapo, inteligente y atento en mi vida y verás dónde se van mis promesas.

Virginia se cruzó de brazos cuando se dio cuenta de que no la escuchaba.

—¿Crees que deberíamos invitarlos a quedarse en casa? —le pregunté.

—¡Pues claro! Marco va a ser de la familia, ¿no?

Dimitri dijo algo, pero no lo escuché, o simulé no escucharlo. El tiempo se me echaba encima. En el Ayuntamiento me habían dicho que la lista de espera para una boda civil era de dos meses, y la única opción era conseguir que el juez de paz accediera a celebrar el acto en alguna otra parte.

—Hazlo aquí —me sugirió Virginia—. Si no ha cambiado, creo que Raúl conoce al juez. No me gusta pedirle favores, pero le diré que hable con él si quieres.

—¿Crees que aceptará?

—No lo sé, pero por intentarlo...

—Bueno, tú habla con Raúl, y si no se puede..., que Marco se aguante y que espere.

—Habrá que hacer lo posible, mujer. Por cierto, ¿has llamado a mamá? —Negué con la cabeza—. Hablé con ella ayer. Está en Lanzarote con las tías. Se ha quejado de que nunca la llamas.

Nuestra madre vivía con sus dos hermanas en La Coruña. Todas estaban viudas y parecían

estar disfrutando de una segunda juventud. Entre las clases de baile, manualidades, encaje de bolillos y los viajes del Imserso, apenas tenían tiempo para nada.

—Prefiero no decírselo todavía. Ya sabes que para ella, si no es una boda católica, no es una boda. Dentro de unos meses ya veremos lo que pasa.

Virginia se quedó pensativa.

—Tengo que ponerme al día con el francés —dijo—. Lo tengo un poco oxidado.

—No te preocupes, creo que hablan nuestro idioma. Tienen una casa en Marbella.

Virginia palmeó al aire.

—¡Estupendo!

VOS SOS UNA MUJER

La noticia pilló a todos desprevenidos, pero nadie se atrevió a ofrecerme su opinión. Le conté a Álex la verdad, que lo nuestro era una sociedad con una cláusula de matrimonio. Eso lo descolocó, pero no dijo nada. En el fondo se lo agradecí porque, a pesar de todo, estaba muy ilusionada.

Tal vez demasiado. De ese tipo de ilusión que solo te deja ver serpentinas de colores y globos rojos con forma de corazones.

Defectillos aparte.

La única que se tomó con normalidad la noticia fue Nina, que dijo haber tenido claro lo nuestro desde el principio. «Estáis hechos el uno para el otro, *querrida*.»

Hablaba con Marco cada noche. A pesar de la inminencia del enlace, tenía la sensación de que nuestras conversaciones se iban enfriando. Tal vez fuera yo la que había interpuesto una barrera entre los dos sin darme cuenta, pero no era menos cierto que él no se mostraba como antes. Vale, yo le había pedido que no volviera a usar palabras cariñosas conmigo, pero fue un enfado pasajero que al parecer se había tomado demasiado en serio. Y las echaba de menos. Marco me hablaba del viñedo y de lo que supondría una inversión importante de capital para la bodega. Yo lo escuchaba un poco aburrida. No es que no me entusiasmara la idea de darle un nuevo impulso a mi negocio, al contrario, pero en mi mundo de prioridades mi estado emocional también ocupaba un puesto destacado. No entendía su cambio de actitud y tenía la impresión de que se había mostrado tan galante conmigo porque tenía un objetivo y, ahora que ya había obtenido mi consentimiento, sus verdaderas intenciones se ponían de manifiesto.

Defectillo número 6: ¿interesado?

Las únicas referencias al plano personal se reducían a un par de cortas explicaciones sobre su situación en Porto Vecchio, y había tenido que sonsacárselas a base de preguntar con insistencia.

No dudaba que yo le gustara, una mujer siente esas cosas cuando está con un hombre, pero su prioridad era un cambio de vida, un cambio que estaba a punto de materializarse. Yo era una adquisición colateral, y lo peor de todo era ser consciente de que nunca me había mentido, de que siempre me lo había dejado claro: éramos dos personas que nos atraíamos y que podíamos beneficiarnos mutuamente. Eso era todo.

Defectillo número... ¡Bah! Qué defectillo ni qué defectillo. Eran DEFECTOS, con mayúsculas. Marco era cabezota, controlador, imprevisible, impaciente, interesado... Y podría

añadir manipulador, egocéntrico, frío y lo que me faltaba por descubrir.

No voy a negar que yo también tenía unos intereses y unos objetivos que él podía satisfacer, eso sería engañarme a mí misma, pero tenía la sensación de que yo me había involucrado más que él en el plano emocional. Le había echado más sentimientos al asunto.

«Claro, vos sos una mujer», convino Dimitri con acento argentino.

¿Por qué demonios hablaba así?

Caí en la cuenta de que llevaba varios días escuchando la colección de tangos de Alfredo. No solía poner música en casa, pero últimamente el cuerpo me pedía escucharla. Era eso o Camilo Sesto.

Cada noche, después de hablar con Marco, me iba a la cama con la impresión inequívoca de que acababa de conversar con mi socio, no con un hombre con el que estaba a punto de casarme. Me hundía en el vacío de sus palabras, y después, justo antes de dormirme, recordaba los momentos tan apasionados que habíamos vivido juntos y que él parecía haber olvidado.

¿Dónde habían quedado? ¿Ya no se acordaba?

La víspera de su llegada mi entereza se había evaporado y estaba cabreada. Aunque —cobardemente— no sería capaz de decirle cuánto me incomodaba el nuevo cariz que había tomado nuestra relación.

Era viernes, y todo estaba preparado para el domingo. Marco me había dicho que se había ocupado de todos los detalles para que fuera una ceremonia bonita, y yo solo tuve que asegurarme de tener mis cosas en regla y conseguir que el juez de paz nos casara el día y a la hora acordados. No fue difícil convencerlo, y sus honorarios me parecieron razonables. Conseguir los certificados pertinentes con tanta celeridad tampoco resultó una misión imposible, aunque en el trámite se me fueron varias botellas de mi mejor vino.

Así que ahora solo me cabía esperar.

La mañana era soleada. El mes de octubre estaba a punto de terminarse, pero el clima de la isla era benévolo y la temperatura agradable.

Todo ese tiempo tuve que aguantar a Dimitri en modo *on*. No se callaba ni cuando dormía, pues aparecía en mis sueños vociferando duras advertencias como si fuera una persona real, disfrazado con casaca, bombachos y gorro al estilo ruso.

Tener entre las manos el certificado de defunción de Alfredo me empujó a dejarme imbuir por la melancolía. ¿Querría él que dejara en manos de un extraño su viñedo? ¿Aprobaría lo que estaba haciendo?

«No se trata de su vida, se trata de la tuya», murmuró Natasha en mi oído.

Era cierto, pero me habría gustado conocer su opinión.

Cuando llegó Virginia, su aspecto me sorprendió. Había eliminado de su pelo las estridentes mechas que le conferían aspecto de yorkshire y lucía una melena castaña y lisa que modificaba su apariencia de forma definitiva. No adiviné qué más cosas se había hecho, pero nunca la había

visto tan guapa.

—¿A quién quieres impresionar? —le pregunté cuando terminé de admirarla.

—Eso ya lo decidiré cuando conozca a esos hombres. Si tú puedes engatusar a uno más joven, tal vez yo también pueda.

—Pensé que habías apuntado hacia el padre.

—Ya veremos. Por cierto, ¿has visto las noticias?

—Ni siquiera recuerdo la última vez que encendí el televisor.

—Ayer una persona murió en un ajuste de cuentas en Córcega.

Hice un gesto de indiferencia con los hombros. En esos momentos no tenía el cuerpo para escuchar noticias internacionales.

—Salió un ministro francés diciendo que era absolutamente excepcional que en una isla de trescientos mil habitantes se cometieran el veinte por ciento de los asesinatos por arreglos de cuentas perpetrados en toda Francia, cuya población es de sesenta y cinco millones. —Me miró con cara de asombro—. Es increíble, ¿no crees?

—De verdad, Virginia, no tengo la cabeza para pensar en eso.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, Virginia, Milo y yo esperábamos en el jardín, bajo las palmeras, la llegada de los tres hombres. El acto civil tendría lugar al día siguiente por la mañana y a él solo asistirían mis trabajadores más allegados, Virginia y los chicos, y Nina.

Por segunda vez en mi vida me mordí las uñas, y Virginia tuvo que atizarme un par de veces en las manos para que dejara de hacerlo. Nunca había estado tan nerviosa, y me costaba estarme quieta.

Al fin, a las cuatro y media en punto, vimos acercarse a La Rodona un gran vehículo negro. No le había preguntado a Marco los medios de transporte que pensaba utilizar esta vez, no me importaba en absoluto, pero por alguna razón esperaba ver aparecer la silueta blanca de un taxi.

El corazón me dio unos saltos inquietantes en el pecho mientras el coche avanzaba hasta llegar frente a la casa. Me faltó un poco el aire, pero respiré hondo varias veces y conseguí calmarme. Cuando se detuvo frente a nosotras, una ligera nube de polvo flotó alrededor de un gran vehículo todoterreno con aspecto de tanque: uno de esos Volvos que parecía que pudieran pasarte por encima con facilidad cuando te cruzabas con ellos en la carretera y que ocultaban la identidad de sus ocupantes tras cristales tintados.

Tenía en la retina la imagen de Marco al marcharse, con su camisa blanca y su pantalón informal. Por eso me sorprendió tanto la visión de los tres hombres vestidos de ejecutivos que se apearon del vehículo. Virginia me sacudió un codazo disimulado y me miró embobada.

Las dos nos levantamos a la vez y esperamos allí de pie a que ellos se aproximaran.

—¡Qué elegantes! —murmuró Virginia por lo bajo, como si fuera un ventrílocuo.

Milo salió disparado al reconocer a Marco, que escondía su mirada tras oscuras gafas de sol, pero que, sin embargo, no ocultaban su sonrisa complacida ante las cabriolas de Milo.

«Seguro que esta vez no le ha traído galletas», pensé. Pero me equivocaba. Marco se agachó al lado de Milo y sacó una bolsita de su chaqueta, la abrió y le dio una golosina.

De modo que con él seguía comportándose igual, incluso reforzaba su confianza, mientras que conmigo se mostraba cada vez más frío y distante.

No era justo.

Sentí celos de mi perro.

De pie, junto al coche, Bastien y su padre observaban los alrededores de La Rodona con interés, demorándose un instante en el paisaje y dejando que Marco se aproximara solo. Este acarició a Milo, que se hallaba ocupado mordisqueando su galleta, y luego se dirigió hacia nosotras. Se me cortó el aliento al verlo vestido de aquella forma. Estaba muy seductor.

Cuando lo tuvimos enfrente, se limitó a mirarme. Supuse que se centraba en mí, pues su mirada se parapetaba detrás de los cristales oscuros de sus gafas. Apoyó las manos en las caderas y el movimiento desplazó hacia atrás su chaqueta, dejando a la vista el contorno de su cintura; la misma que yo había cabalgado en varias ocasiones.

Me puse colorada por dentro.

Y también por fuera.

Virginia volvió la mirada hacia mí sin saber qué hacer o qué decir.

—Voy a presentarme a tus amigos —le dijo a Marco, y se fue al encuentro de los dos hombres.

Comencé a notar que mi respiración agitada se reflejaba de forma evidente en mi pecho. Él se quitó las gafas y su mirada descendió hasta esa parte para luego volver a centrarse en mis ojos.

—¿No vas a saludarme?

Relajé la postura y respondí en tono seco:

—Hola.

Avanzó tres pasos hacia mí, y ante la invasión de mi espacio más próximo, retrocedí de forma instintiva. Por Dios que le sentaba de maravilla aquel traje. Estiró una mano y la depositó en mi nuca, por debajo de mi pelo. Tiró suavemente y me forzó a dar un paso hacia él hasta que mi cuerpo chocó contra el suyo. Entonces agachó la cabeza y depositó un fugaz beso sobre mis labios.

La calidez de su boca consiguió que se me contrajera la entrepierna.

¡Maldito corso!, me dije. ¿Cómo iba a aparentar frialdad si con solo rozarme me dejaba en ese estado de excitación?

Se separó un poco y me miró a los ojos.

—Hola —respondió. Sin *chérie* ni nada.

Agaché la cabeza y descubrí con espanto que estaba a punto de echarme a llorar. Los nervios de las últimas semanas amenazaban con desbordarme, de modo que hice un esfuerzo, respiré hondo, recompuse el gesto, segura de que las lágrimas no me traicionarían, y levanté la mirada.

Mi corazón —y alguna otra parte más de mi cuerpo— se estremeció cuando me fijé en sus ojos. Parecían más hundidos y sus ojeras se habían intensificado, como si no hubiera dormido en varios días. Quise levantar las manos y enjaular en ellas su rostro vulnerable antes de besarlo, pero había perdido la confianza para hacerlo.

Una mezcla chocante de sentimientos me desconcertó.

—Bonito coche —dije para salir del trance—. Aunque el negro no es un buen color para este

sitio; acabará lleno de polvo.

Miró hacia donde estaba el vehículo y yo hice lo mismo, pero mis ojos se centraron en Virginia, que charlaba animadamente con los dos invitados.

Marco se encogió de hombros.

—Es solo un coche.

Bajé la mirada hacia la placa.

—¿Matrícula nacional?

—Muy observadora. Vendí mi coche de Corsica y le encargué a Max que me comprara uno en Marbella. Él lo ha elegido, pero si no te gusta...

—No he dicho eso, solo digo que...

—¿En serio quieres hablar del coche?

No, no quería hacerlo. En realidad, mi atención ya se había desviado del vehículo, por muy chulo que fuera. Estaba ensimismada preguntándome cómo alguien con el aspecto de estar tan cansado podía tener una apariencia tan atractiva, y aunque no era eso lo que más me gustaba de él, era imposible no tenerlo en cuenta, sobre todo cuando estaba cerca. La belleza fascina a los hombres y mujeres por igual, y yo había comprendido que no era una excepción.

Una sonriente Virginia y dos abogados con aspecto de abogados se acercaron a nosotros. A Bastien ya lo conocía, y su padre aparentaba ser un hombre de cincuenta y bastantes años que conservaba una buena imagen. Tenía la barba recortada y salpicada de abundantes canas, un rostro alargado y una frente amplia. Padre e hijo se parecían bastante, e imaginé que si Bastien se cuidaba un poco esa sería la imagen que tendría al cabo de los años.

—Déjame presentarte a mis amigos —dijo Marco sujetándome por un codo y acercándome a ellos—. Este es Maximilien. —Señaló al hombre más mayor.

—Puedes llamarme Max, *ma belle* —dijo con un acento cantarín.

Lo saludé con un par de besos y Marco añadió, señalando al más joven, y al que ya conocía del aeropuerto:

—Y este es Bastien.

—A mí puedes llamarme Bastien —dijo este con un poco de sorna extendiendo su mano para saludarme.

Me apretó la mano más de la cuenta y casi oí crujir mis huesos.

Será bruto...

—Este lugar me recuerda a nuestra isla —dijo Max.

—Son dos islas en el Mediterráneo —le respondí—, supongo que algo tendrán en común.

—Corsica es más montañosa —añadió, y paseó la mirada un instante por los campos—. Es increíble que te ocupes tú sola de todo esto.

—Tengo ayudantes muy eficientes. Somos una gran familia.

El hombre sonrió complacido y desvió la mirada hacia Marco, quien le devolvió un gesto de aceptación.

Max me causó buena impresión. Era de ese tipo de personas que poseen una cara afable que transmite confianza, el tipo de rostro del que nunca te esperas una traición.

Sin embargo, Bastien me pareció frío y distante. No había dicho nada, aparte de la broma con

su nombre, y su mirada tampoco era la más amable del mundo.

—Pues ahora vas a tener a tu lado al mejor experto —dijo Max sonriendo y dándole una palmada en la espalda a su ahijado.

Marco no se inmutó, ni se contagió de su sonrisa, se limitó a mirarme con rostro pétreo.

¿Qué mosca le habría picado?

Virginia les ofreció algo de beber, pero Max quiso ver primero el viñedo y las instalaciones.

Era sábado por la tarde y no había nadie trabajando. Los invité a pasear por las viñas más cercanas a la casa y dimos un corto paseo. Por supuesto, Milo volvió a preferir la compañía de Marco, a la espera de una nueva recompensa, y no se despegó de su lado.

Max demostró interés por la variedad de nuestras uvas y el tipo de vino que elaborábamos. De vez en cuando Marco matizaba mis respuestas, pero lo hacía en francés, sin darme a mí, y supongo que tampoco a Virginia, la oportunidad de enterarnos de sus comentarios. Después de un buen rato de explicaciones, Marco advirtió mi expresión de disgusto.

—Lo siento.

—Discúlpanos —dijo Max con media sonrisa—, no estamos acostumbrados a hablar entre nosotros en otro idioma. Marco me decía que este lugar tiene un microclima especial.

—Sí, es cierto.

—Eso puede resultar un aliciente muy valioso para codiciar estas tierras —añadió Max.

Sabía por dónde iba su comentario, estaba segura de que lo decía por Gelabert y supuse que Marco les habría puesto al corriente de la situación.

El sol templaba nuestros pasos; una tibia sensación que invitaba al contacto con la naturaleza. Bastien tocó las hojas de una planta que se empezaban a volver rojizas y luego miró a Marco antes de dirigirse a él en francés. Me detuve para contemplarlo y me dije que no me pegaba nada con Nina; ni con su personalidad ni con su estilo ni con sus gustos, que tendían hacia los hombres de aspecto más... indómito, ya me entendéis, de esos que usan camisas de mangas recortadas y cazadoras de cuero negro con tachuelas. Estaba tratando de imaginarlos juntos cuando él interceptó mi mirada y me la devolvió de una forma que no supe interpretar si era hostil o amistosa. Sus ojos eran impenetrables.

Dimos la vuelta y volví a situarme al lado de Marco con la intención de averiguar qué le había dicho Bastien.

—Es algo personal —me respondió.

—Entiendo... —murmuré algo decepcionada.

Se detuvo y me miró. El sol arrancaba reflejos dorados en sus ojos.

—Ha dicho que aquí seré feliz.

CONSENSUS OMNIUM

Faltaban treinta minutos para el mediodía. Era la hora acordada y todo estaba preparado. Me busqué en el espejo y no me encontré, al menos no encontré la imagen que tenía de mí misma.

El vestido era un sencillo modelo de raso que se ajustaba con delicadeza a las líneas de mi cuerpo y cuyas ondulaciones a la altura de las caderas y del pecho me dotaban de unas formas sinuosas que en realidad no poseía. Virginia había insistido en regalármelo, dijo que le hacía ilusión, así que no pude negarme. También hizo un buen trabajo con mi pelo y con el maquillaje, algo discreto, sin experimentos, y me había conseguido una flor blanca para el cabello y un ramo hecho con flores del jardín.

Me acerqué hasta la ventana y miré fuera separando un poco la cortina. Todavía no acababa de creerme que Marco hubiera preparado todo aquello. A primera hora de la mañana, un equipo organizador de eventos había llegado a La Rodona con la misión de acondicionar una parte del jardín para celebrar la boda. Levantaron una pérgola y la vistieron de gasa blanca y flores, extendieron una moqueta roja y colocaron un pequeño atril donde se llevarían a cabo las firmas para el registro civil. También colocaron una mesa alargada, vestida de un grueso mantel blanco, donde Virginia podría diseminar los platos en los que había estado trabajando el día anterior.

Sin embargo, lo que más me sorprendió fue la presencia de un cuarteto musical, formado por tres violines y un contrabajo que, desde que habían aparecido, no habían dejado de poner a punto sus instrumentos.

Volví la mirada hacia el interior del dormitorio y me dije que en ese espacio ya no quedaba nada de mi vida anterior, tan solo las paredes y los muebles.

Me había deshecho de las fotografías de Alfredo. Las guardé en un armario. No sentí ni lástima ni remordimiento; ya le había dedicado a su recuerdo demasiados años. Siempre sería para mí el primer amor sincero de mi vida, pero había llegado el momento de empezar de nuevo. Con su ropa hice algo parecido; la apilé en varios montones y Virginia se ocupó de llevarla a algún lugar donde pudieran aprovecharla. A sus calzoncillos les prendí fuego en un rincón alejado del jardín y, antes de que todos ardieran, Milo había cogido uno y lo había arrastrado por el viñedo. Cuando al fin lo recuperé, dos días más tarde, era solo un pedazo de tela hecho jirones.

También había renovado las sábanas y colocado en las paredes algún cuadro que había comprado hacía tiempo. Sin embargo, conservé una pequeña escultura que me había regalado Alfredo en un viaje a París. Se trataba de una réplica de *La eterna primavera* de Rodin. Adoraba

aquella figura porque era la imagen del amor eterno, de la sensualidad, y no fui capaz de desterrarla al fondo de una caja.

Me aparté de la ventana y me senté a esperar sobre la cama. ¿La compartiría esa noche con Marco? Ninguno de los dos estaba muy receptivo, la verdad, era como si ambos hubiéramos aceptado que aquello era un acuerdo comercial y que no hacía falta fingir ningún tipo de sentimiento.

Consensus omnium.

Estaba divagando cuando Nina y Virginia entraron como un torbellino en el dormitorio. Nina se acercó a mí haciendo aspavientos, algo realmente prodigioso teniendo en cuenta que llevaba el vestido tan apretado como las tuercas de un submarino.

—Tu hombre acaba de llegar —dijo—. Y es el novio más guapo que he visto en mi vida. Y he visto muchos.

El estómago me dio un vuelco. Para distraerme me fijé en su vestido verde clorofila, demasiado chillón, y en lo desproporcionado de su escote. Aunque tenía que reconocer que su atuendo era más discreto de lo habitual, ya que sus pechos, a punto de desparramarse por encima de los límites del vestido, estaban ligeramente cubiertos por una elegante gasa bordada.

Virginia, en cambio, había apostado sobre seguro con un vaporoso vestido aguamarina, realizado en chifón, con escote palabra de honor y largo hasta las rodillas.

«Mi hombre» y sus amigos se habían alojado en un hotel en la carretera de Alcudia, lo que en el fondo había supuesto un alivio para mí y un fastidio para Virginia, que disfrutaba con la compañía de los hombres y que había empezado a fijarse en Max de una forma especial. No me lo había confesado, pero noté que le gustaba.

—¿Ha llegado el juez de paz? —les pregunté con los nervios comenzando a aflorar.

—Sí —dijo Virginia—. Está todo listo y es la hora.

Me levanté con gesto decidido y me dispuse a salir del dormitorio.

—Estás muy guapa, hermana —me dijo Virginia con los ojos brillantes mientras juntaba ambas manos a la altura de la boca.

Respiré hondo y avancé a grandes pasos, poco decorosos para una novia, hasta la puerta. Pero Nina me detuvo.

—*¡Esperra!* No puedes ir tú sola. Alguien tiene que entregarte al novio.

—¿Qué importa eso?

—Claro que importa —ratificó Virginia—. ¿Cuándo se ha visto a una novia caminando sola hacia el altar?

—No hay ningún altar.

—Lo que sea. Puedo pedírselo a Tomás o Enrique.

—Tonterías —dije, y salí de allí.

Era sorprendente la entereza que había adquirido en el último minuto. Solía sucederme cuando las cosas parecían inevitables y no había más remedio que afrontarlas. Entonces me venía arriba y encaraba mi suerte fuera del color que fuera.

Aparecí en el porche con el sol deslumbrándome de frente. Entrecerré los ojos y, cuando logré un buen enfoque, observé con incomodidad que todos se habían vuelto para mirarme desde

el jardín. Milo se acercó a olisquearme, como si no acabara de reconocerme. Virginia le había puesto un ridículo traje para perros, incluso parecía que llevara corbata. Supe que estaba incómodo porque tenía el hocico cubierto de tierra, signo inequívoco de que había estado rebozándose con la intención de sacarse de encima la prenda.

Entonces los músicos comenzaron a entonar la pieza escogida para dirigir mis pasos hasta la pérgola; un sonido de violín dulce que me estremeció, no porque fuera hermoso, que lo era, sino porque reconocí la melodía. Era el *Himno* de Vangelis que tanto me gustaba.

Tragué saliva; el sonido de los violines me hizo flotar a un palmo del suelo, y creí que podría llegar levitando hasta allí sin siquiera rozarlo. Pero un temblor en las piernas me dejó claro que mi cuerpo no era tan liviano ni el poder de la música tan asombroso.

¿Cómo habría sabido Marco que me gustaba esa música? No recordaba habérselo dicho.

No acerté a verlo entre el escueto grupo de gente. Descendí el peldaño, levanté un poco el vestido para que no rozara el suelo y comencé a caminar seguida de cerca de Nina y Virginia.

Todas las miradas me siguieron, y el aplomo que había logrado minutos antes se empezaba a desmoronar. Aquel corto paseo hasta el jardín se me iba a hacer eterno.

Con violines o sin ellos.

Vi por el rabillo del ojo que Max se acercaba por mi derecha a grandes zancadas. Cuando estuvo a mi lado me ofreció su brazo.

—No puedes ir sola, *ma belle.* Yo te acompaño.

Lo miré con alivio infinito, me aferré a su brazo y avancé con mayor decisión. Max estaba muy elegante vestido con un traje gris perla. Pensé que era un hombre maduro que podría desprender elegancia aunque paseara desnudo por la calle; un pensamiento absurdo, lo sé, pero todo era debido a los nervios y a la confusión que reinaba en mi cabeza.

—Estás temblando —me dijo depositando su mano cálida sobre la mía.

—No puedo evitarlo —respondí intentando que el temblor no se transmitiera a mi voz—. Este es un matrimonio extraño, ¿no crees?

Se detuvo y yo también me vi obligada a ello. Me miró.

—Él te ha elegido, y yo confío en su criterio. Sé que apenas lo conoces y que a veces parece reservado, pero dale tiempo. Tiene un corazón noble.

Agradecí sus palabras, y cuando vi a Marco a la izquierda del atril, frente al juez de paz, algo en mí me dijo que no me equivocaba, que estaba haciendo lo correcto. Marco me observaba con cautela, como si tuviera miedo de que me fuera a echar atrás en el último momento. Si hubiera podido leerme el pensamiento, se habría dado cuenta de cuánto deseaba unirme a él.

Con todas las consecuencias.

Sonreí con timidez a las caras con las que me iba encontrando; Tomás y Gloria, Enrique, Álex, Cati, mis sobrinos...

El aliento me abandonó cuando Max me dejó al lado de Marco. Mi acompañante le dijo algo en francés y luego se colocó con el resto de invitados.

Apenas fui consciente de la ceremonia. Mi boda con Alfredo había sido religiosa y desconocía cómo sería en esta ocasión. Pero todo fue muy rápido; lectura de los artículos pertinentes del Código Civil, consentimiento mutuo, intercambio de anillos y firma de actas.

Eso fue todo.

Ya era la esposa legal de Marco Bossi.

Tímidos aplausos.

Un beso fugaz.

Ni un solo «Vivan los novios».

Mejor así.

El banquete fue discreto, a base de los aperitivos de Virginia y el mejor vino que teníamos en la bodega. Para la mayoría de nuestros invitados, poco acostumbrados a la cocina creativa, la apariencia de aquellos entremeses resultaba, cuando menos, sospechosa; una encrucijada a la que hacer frente. Solo Max fue capaz de descifrar los ingredientes con bastante exactitud, lo cual colaboró a que la autoestima de Virginia resplandeciera como un brillante. Esto los sumió a ambos en una conversación íntima durante al menos una hora. Pude apreciar en ellos una serie de gestos y sonrisas que evidenciaban lo a gusto que se sentían juntos. Pero Max era un hombre extremadamente educado y tal vez Virginia estuviera interpretando mal su amabilidad.

El ambiente fue relajado. Incluso Tomás no parecía molesto con que Cati y Álex estuvieran todo el tiempo juntos. Aunque bastante tenían él y Gloria con no perder de vista a las mellizas, ocupadas en revolotear como polillas alrededor de mis sobrinos, cuya testosterona empezaba a hacer estragos en sus cuerpos adolescentes. «¡Chicas! ¡Chicas! ¡Chicas!», ese era el único pensamiento que sus jóvenes mentes podían procesar.

La tarde trajo una brisa refrescante, propia de esa época del año, y todos parecían disfrutar del acontecimiento menos yo. No era porque lamentara lo que acababa de hacer. A lo hecho, pecho. Pero mi reciente y flamante marido apenas permaneció a mi lado. Por el contrario, se pasó más de una hora en compañía de Enrique y Tomás hablando del viñedo.

Algunas palabras de su conversación llegaron hasta mis oídos: «... tipo de suelo...», «... composición bioquímica del vino...».

«Idiotas», pensó Natasha.

Tú lo has dicho, compañera.

Intuí que Marco quería ganarse la confianza de mis empleados y obtener toda la información posible del viñedo. No digo que no fuera una buena ocasión para hacerlo, pero me dolió que prefiriese conquistarlos a ellos en vez de a mí. Después de todo, no se iría con ninguno de ellos a la cama.

«Dudo mucho que tú lo hagas», pronunció Dimitri, y luego se hizo el muerto.

Le repliqué, pero ya no me contestó.

La estrategia de Marco estaba dando resultados. En la distancia podía apreciar las caras encantadas de Enrique y Tomás, y supuse que ellos lo consideraban algo así como Nuestro Salvador. Con mayúsculas. Además, Marco poseía una personalidad carismática que no pasaba desapercibida. Si se lo proponía, era capaz de conquistar a una garrapata, y después amaestrarla.

Pero pasaba el tiempo y yo me sentía sola y un poco abandonada por mi nuevo esposo. Éramos la pareja recién casada más extraña del planeta. Podía asumir que no era una situación convencional, pero había dado por sentado que ambos disimularíamos un poco.

Virginia acaparó la compañía de Max todo el tiempo, incluso estuvieron bailando un vals al

son de los violines. Aun así, noté que Max no me perdía de vista. Creo que notaba mi creciente enfado con Marco, algo del todo comprensible, pues yo no trataba de disimularlo. Estaba claro que Marco evitaba mi compañía, al menos durante más de dos minutos seguidos.

Y eso estaba empezando a enfurecerme.

¿Quién coño se creía que era para tratarme así el día de mi boda?

«También es su boda», puntualizó Dimitri.

«¡Cállate! —le grité mentalmente—. ¡Nadie te ha preguntado!»

Bastien estaba con Nina, Álex con Cati, los chicos con las chicas, y a mí solo me quedó la compañía de Gloria, que no se despegó de mí porque tampoco tenía con quien estar. Hablé con ella de todo un poco; de la vendimia, del incendio... Ella me habló de «lo malos que estaban los tiempos para los negocios», de que «era una suerte que hubiera conocido a Marco»... Pero su conversación dejaba en evidencia su falta de concentración, pues no parecía dispuesta a perder de vista, ni siquiera un instante, a ninguna de sus tres hijas.

En un momento en que Gloria me abandonó para ir al cuarto de baño, me hice con una botella de vino tinto y comencé a beber de forma compulsiva; necesitaba deshacer el nudo en el pecho que se me iba formando a medida que mi humillación iba en aumento.

Estaba apoyada en el tronco de una palmera, con la copa de vino casi vacía en una mano, cuando Max y Virginia se acercaron a mi lado. Estaba claro que la idea había surgido de él, pues ella no se había percatado hasta entonces de mi situación bochornosa. Su perspicacia para este tipo de cosas quedaba inutilizada por la presencia seductora de su acompañante.

Los tragos de vino que me acababa de tomar me animaron a decirle a Max lo que se me pasaba por la cabeza.

—Tu ahijado es un idiota —le solté sin más.

Me miró un poco divertido.

—No voy a contradecirte el día de tu boda —dijo sin hacer ningún esfuerzo por disculparlo —. Iré a hablar con él.

Se movió y yo lo detuve.

—Déjalo, no quiero que se sienta obligado a estar conmigo.

—No es que no quiera estar contigo, pero ahora mismo su prioridad es otra.

Virginia hizo un gesto de desaprobación con los ojos que solo vi yo.

—Sí, está claro que es un problema de prioridades —dije después de apurar la copa de vino.

Nina se acercó a nosotros y Max fue a reunirse con Bastien, que en ese momento iba en busca de un aperitivo. Nos quedamos las tres solas.

—No se lo tengas en cuenta —me dijo Nina dirigiendo una mirada al grupo de hombres que charlaban animadamente.

—Claro que no —le respondí con una falsa sonrisa.

Al parecer, todos se daban cuenta de la situación excepto Marco, y saberlo empeoró mi estado de ánimo, que cambió de la ofuscación a la rabia.

Me serví una segunda copa de vino. Y a esta le siguió una tercera, y después perdí la cuenta de las veces que la rellené. La opresión en el pecho disminuía al tiempo que el nivel de alcohol en mi sangre se disparaba.

—Ali, por Dios, no bebas más. —Oí que decía Virginia alarmada.

Pero no le hice caso, y ella se enzarzó en una charla con Nina sobre la tasa real de matrimonios efectivos de su página. Fue una conversación muy interesante, y mientras las escuchaba, dejaba escapar suaves risitas involuntarias que ponían de manifiesto lo poco que confiaba yo en las estadísticas de Nina.

Marco me dirigió la mirada por primera vez en dos horas. Maldije que lo hiciera en ese momento porque el vino había logrado evaporar mi malestar como si fuera un aspirador de emociones negativas. Comenzaba a sentirme mucho mejor e incluso me marqué unos pasos de baile en el sitio. Por eso vio la sonrisa tonta que tiraba de la comisura de mis labios hacia atrás en vez de la cara de bulldog que tenía momentos antes. Me devolvió la sonrisa, el muy cretino, y siguió a lo suyo.

Pero el alcohol es un mal consejero, y mi incipiente euforia pronto se sumió en un pozo de sombras. Las piernas comenzaron a flojearme y me senté en el banco bajo las palmeras.

Me sentí mucho mejor casi al instante, porque mi cuerpo ya no tenía que esforzarse en sujetar su propio peso. Eché un vistazo alrededor y todo me pareció surrealista. ¿De verdad aquello era una boda? ¿La mía? Más bien parecía un mal sueño.

Comencé a lamentarme de mi mala suerte, y mis pensamientos se remontaron a cuando era feliz con Alfredo. Me dejé invadir por un sentimiento de nostalgia y seguí bebiendo para tratar de apartar las duras imágenes de la felicidad perdida.

Estaba a punto de echarme a llorar.

Gloria regresó a nuestro lado, constituyendo de esta forma dos claros grupos diferenciados: ellos por un lado y nosotras por otro.

Observé que Max le hablaba a Marco cerca del oído y luego miraba en nuestra dirección. Marco se volvió y nuestras miradas se encontraron. Pero esta vez la mía no era nada amistosa, por mucho vino que me hubiera llevado al buche. Lo vi abandonar el grupo de hombres y caminar hacia nosotras. Tan alto, tan guapo, tan seguro...

«Que se joda», pensé. No iba a quedarme allí para recibirlo.

Me excusé con la disculpa de ir al cuarto de baño y, cuando me puse de pie, un súbito mareo me hizo tambalearme.

—¿Estás bien? —me preguntó Virginia—. ¿Quieres que te acompañe?

—Sí a lo primero, no a lo segundo —dije, y sonreí de forma tonta.

Traté de dar un paso, pero tuve que pararme a pensar cuál de mis piernas debía mover primero. Las dos querían hacerlo al mismo tiempo, y me di cuenta de que eso era realmente difícil. Probad, si no, a hacerlo sin pegar un salto.

«¡Estaos quietas! —las amonestó Dimitri—. ¿Es que nadie os ha enseñado a esperar vuestro turno?»

La pierna derecha se impuso a la izquierda y comencé a caminar. Tracé una imaginaria línea recta hasta la casa y para mi asombro fui capaz de encubrir mi estado embriagado con bastante eficacia.

Marco —con sus pasos de gigante patilargo— disminuía con rapidez la distancia entre nosotros; era más veloz que yo, estaba en mejores condiciones y, sobre todo, no llevaba un

vestido que acortaba sus pasos hasta reducirlos a pasitos de tacataca.

Ordené a mis piernas que se movieran más deprisa si no querían que la próxima vez las depilara con ácido corrosivo en vez de cera. Obedecieron al instante, pero torpemente, y estuve a punto de estamparme contra el suelo por falta de coordinación. Estaba alcanzando la puerta de la casa cuando noté que me tiraban de un brazo; una sensación parecida a la del lanzamiento de un misil, pero hacia atrás. Muy desagradable. Con el tambaleo, los pies se me enredaron y, si no hubiera sido por Marco, que me sujetó, me habría ido abajo.

—¿Estás borracha?

A buenas horas...

Se me escapó una carcajada ridícula y fuera de lugar. Lo miré y, mientras trataba de soltarme, le dije:

—Biena... bienaventurados los bo... borrachos, pues ellos verán a Dios dos veces.

Apretó sus bonitos labios en una mueca y luego soltó una maldición corsa.

Pero no me impresionó.

—Solo esto..., estoy un poco grogui —dije notando una sensación extraña en la lengua, como si fuera del tamaño de la de un dinosaurio y no me cogiera en la boca—. El vino me ayuda a sopo... soportar tu desprecio.

—¿De qué demonios hablas?

—Déjalo —dije volviendo a sacudir el brazo torpemente para soltarme.

—¡No, Ali, no voy a dejarlo!

¿Por qué estaba enfadado?¿Él?

Noté un calor sofocante en la cabeza.

«La hostia, qué calor», pensó Dimitri.

Concentré la mirada en Marco y busqué unas palabras que sonaran solemnes:

—Vete —hipé— a la mierda.

No tenía ganas de reírme, pero me reí de todas formas. Marco me taladró con sus ojos preciosos, que, sin embargo, daban escalofríos cuando se ponía serio.

—Necesitas refrescarte la cara —dijo, y me arrastró al cuarto de baño.

Volví a reírme sin querer. ¡Joder! ¡Qué poco dominio de mí misma! Considerando mi estado, Marco había conseguido que alcanzara la puerta del baño en un tiempo récord. Se lo habría agradecido si no se me hubiera olvidado la palabra para hacerlo. Ah, sí, ya me acordaba.

—*Spasiba*...

Puso los ojos en blanco.

—¿Ahora hablas ruso?

Intenté petrificarlo con la mirada. Había ofendido mi honor.

—Qué ruso ni qué och... ocho cuartos...

—¿Ocho cuartos...? —repitió pensativo—. No te entiendo, Ali.

«Ni yo tampoco», murmuró Dimitri.

Sentí un fuerte pinchazo entre la sien y el ojo derecho.

—¡Ay! —exclamé llevándome una mano a la cabeza. Luego miré al suelo—. Creo que se me ha caído un ojo.

Marco me miró fijamente. ¿Por qué no me ayudaba a buscarlo?

En vez de eso, me empujó dentro del baño y abrió un poco el grifo. El chorrito del agua fluyó con suavidad, con un sonido hipnotizante y cantarín, hasta que Marco El-torturador-de-novias tiró de la llave del monomando y el gran chorro de agua me perforó los tímpanos con su sonido. Después me lo bebí, literalmente, porque Marco había hecho un cuenco con su manaza y me había lanzado a la cara todo el líquido que contenía.

Se me cortó la respiración, boqueé como un pez y después también grité:

—¿Qué haces, imbécil?

—Devolverte el juicio.

Volvió a repetir la operación y yo volví a quedarme sin respiración, volví a boquear y volví a gritar:

—¿Es que quieres ahogarme?

—Cállate, Ali.

—¡No me da la gana!

—No estás en condiciones.

—¡Sal de aquí! —le dije con la lengua enredada mientras trataba de cerrar el grifo a manotazos—. Necesito un momento a solas.

—De eso nada.

—Pues no pienso mear contigo delante.

¿Había dicho *mear*?

Me dio la risa floja.

—Está bien —dijo él poco convencido—, pero no cierres. No quiero tirar la puerta abajo si decides caerte.

—Como desees, socio —dije burlona.

En vez de un marido, había conseguido un socio inversor. No podía haber sido más gilipollas.

Cerré la puerta ante sus narices y eché el cerrojo. Lo oí protestar al otro lado y aporrear la puerta con energía, pero su enfado me resbaló por el vestido.

—Te dije que no cerraras.

—¡Ah, cállate! —repliqué.

Me arremangué el vestido hasta la cintura antes de sentarme en el váter, agradeciendo estar en mi propio cuarto de baño y poder sentarme; no estaba segura de que hubiera podido acertar si mis piernas hubieran tenido que sujetar mi peso para no rozar el inodoro.

Buf, qué alivio, estaba a punto de explotar.

Me recompuse la ropa y abrí el grifo. Sabía que Marco estaba al otro lado de la puerta, incluso podía escuchar el ruido que hacían sus pies al moverse atrás y adelante impacientes. Me lavé las manos —estaba borracha, pero no olvidaba las buenas costumbres— y me miré en el espejo. Cuando mi cara dejó de moverse como si fuera una sandía clavada en un muelle, comprobé que no tenía tan mal aspecto. Solo los ojos un poco vidriosos y los párpados más caídos de lo normal.

Antes de cerrar el grifo me agaché para sorber un poco de agua. Mientras mi boca trataba de

atrapar el chorro huidizo, Marco volvió a golpear la puerta.

—¡Ya voy, cojones!

Volví a reírme de forma estúpida. Nunca había sido una mujer malhablada, pero en esos momentos las palabrotas me salían con una facilidad alucinante. Y me hacían sentir tan bien...

Cuando estaba a punto de abrir para gritarle algo contundente y feo de coj... —no, no diré más palabrotas—, cambié de opinión y decidí que no quería verlo.

«Que le den», pensé.

CUATRO MANOS SON MÁS ÚTILES QUE DOS

Como una niña que planea una travesura, mis ojos se dirigieron a la ventana. El baño se encontraba en la planta baja y era muy sencillo saltar fuera —si la ventana dejaba de moverse—. Pensar en la cara que pondría Marco cuando descubriera que me había marchado me hizo reír de forma ruidosa, pero estaba decidida a hacerle ese desplante. Se lo merecía, aunque fuera insignificante comparado con el suyo.

No me lo pensé dos veces, porque el tiempo jugaba en mi contra, tiré de la cisterna para que el sonido camuflara el ruido de la ventana al abrirse y, con más dificultad de la que había previsto, salté fuera.

Caí al suelo con un aspaviento bochornoso, me rocé las rodillas y el vestido quedó manchado de tierra; un detalle que carecía de importancia teniendo en cuenta que no pensaba volver hasta que todos se hubieran largado. No iba a permitir que siguieran contemplando cómo Marco me humillaba.

Me encontraba en la parte trasera de la casa, donde permanecían aparcados en fila los coches de nuestros invitados. Corrí —es un decir— hacia la puerta del garaje y busqué el repuesto de llaves que tenía allí escondido por si un día perdía el juego habitual. Las encontré con facilidad a pesar de que aún no se me había quitado el mareo del todo y, cuando me disponía a meterme en el coche, Milo apareció detrás de mí profiriendo un sonoro ladrido a mis espaldas que me hizo pegar un salto.

Dirigí hacia él la mirada colérica y él agachó las orejas. Alguien había tenido la decencia de quitarle aquel ridículo traje para perros y volvía a ser el mismo Milo de siempre.

Volvió a ladrar, esta vez con más fuerza. Temiendo que alguien lo escuchara y viniera a ver qué pasaba, lo cogí en brazos y lo solté en el asiento del copiloto.

—Te vienes conmigo —le dije notando que la lengua aún me patinaba—. Por entro..., por entrometido.

Lo más difícil fue acertar a introducir la llave en el contacto.

Volví la cara hacia Milo y noté su expresión acusadora, como si pensara que yo fuera la humana más inútil que había conocido.

—No es mi culpa, ¿no ves que esto no se..., no se está quieto?

Milo volvió a ladrar y se relamió de impaciencia. Cuando logré arrancar el motor, puse las manos en el volante y...

«¡Dios mío! ¡Tengo cuatro manos!»

Ah, no, solo son dos.

«¡No, no! ¡Tengo cuatro manos!»

Mis cuatro manos y yo tomamos el camino de tierra que había frente a la casa y que comunicaba con la carretera solo un kilómetro más adelante. Sabía que Marco no tardaría en darse cuenta de que me había ido, pero le llevaría la suficiente ventaja como para poder despistarlo; si era buena conductora con solo dos manos, con cuatro ya sería la bomba.

Cuando aumenté la velocidad me di cuenta del esfuerzo que me suponía permanecer dentro de los límites del camino, así que levanté el pie del acelerador y avancé a velocidad ridícula.

—Milo, ¿cómo vamos a huir así? Hasta un po... pollito recién salido del huevo podría alcanzarnos. —Volví a reírme—. Pero es divertido, ¿eh?

Milo se tumbó en el asiento y se olvidó de mí. Apoyó la cabeza sobre sus patas delanteras, que cruzó una sobre la otra, y se limitó a mirarme con cierta condescendencia.

Llegué por fin a la carretera. Nunca antes me había dado cuenta de lo que se tarda en recorrer un kilómetro. Me detuve antes de incorporarme a la nueva vía y empecé a dudar de mis facultades, lo que me indicó que pese a mi estado de embriaguez aún conservaba un poco de cordura.

Pensé que debía detenerme y esperar a sentirme mejor. Salí a la carretera y tomé la primera desviación a la derecha. Unos metros más adelante detuve el coche en un entrante amplio del arcén, bajo la sombra de unos árboles, eché hacia atrás la cabeza y cerré un momento los ojos. Detrás de la oscuridad de mis párpados vi unas chiribitas con cada latido del corazón que reverberaba en mis sienes. Abrí los ojos para dejar de ver estrellitas y me encontré con que Milo se había dormido. Bostecé, volví a cerrar los ojos y conté las chiribitas hasta que una sensación de sopor galopante me arrastró a los brazos del duende de los sueños.

Desperté al cabo de una hora, notando con alivio que los molestos martillazos en las sienes habían desaparecido. No así la lengua estropajosa, que parecía una plancha de lija.

Miré hacia la derecha, aún con la visión borrosa, y solo vi unas orejas y una lengua enorme, todo ello rodeado de pelo marrón, blanco y fuego. Pestañeé con fuerza y traté de enfocar lo que tenía delante.

—Ah, eres tú.

Si Milo hubiera podido contestarme, me habría dicho: «Pues claro que soy yo. Tú me lanzaste al asiento».

Esperé dos minutos a que me despejara la mente y nos fuimos de allí.

Me sentía mucho mejor, el mareo se me había pasado y volvía a tener dos manos. Estaba pensando adónde podía ir para hacer tiempo cuando encontré el camino que conducía a la propiedad de Gelabert. Solo había estado en su casa una vez, con Alfredo, y jamás había vuelto. Me salté el letrero de advertencia, que anunciaba que estaba entrando en una propiedad privada, y conduje hasta la casa.

Cuando me detuve frente a los muros de la propiedad, me fijé en que las cámaras de la

entrada se movieron despacio hacia el coche dándome la bienvenida. Supuse que el vigilante me había visto llegar y trataba de averiguar quién era.

—Una novia y un perro —pronuncié en voz alta—. Menuda amenaza.

Si no me marchaba, estaba segura de que el hombre saldría a preguntarme qué quería. Pero me daba igual. Los efectos del vino aún no se habían evaporado de mi organismo y notaba una falta de retraimiento que rayaba la osadía. El pensamiento insano de Gelabert pegándole fuego a mis viñedos no ayudaba mucho a la contención, de modo que permanecí allí, demostrando que no tenía interés en marcharme.

Tal como imaginé, no había pasado ni un minuto cuando un hombre con cara de pocos amigos salió por la puerta peatonal insertada en un gran portón de madera. Yo sabía que al otro lado de ese portón había una pequeña caseta de vigilancia, donde alguien controlaba las cámaras desde unos monitores.

—¿Qué quieres? —preguntó sin separarse de la puerta.

Bajé del todo la ventanilla antes de responder:

—Quiero hablar con tu jefe —dije sin haberlo planeado y sin estar convencida de que fuera una buena idea.

—¿Tienes cita?

—No.

—Hoy es domingo, no te recibirá. Pide una cita y vuelve otro día.

La puerta se cerró, y un sentimiento de rabia acumulada me hizo saltar fuera del coche. Luego grité con todas mis fuerzas.

—¡Dile que sé que fue él quien incendió mi viñedo!

Pasó un momento antes de que la puerta volviera a abrirse. El vigilante salió de nuevo y cuando me vio allí de pie, vestida de novia, se quedó desconcertado. Pero se recuperó pronto. Dio unos pasos hacia mí desafiante.

—Será mejor que te marches —gruñó, y luego trató de intimidarme con la mirada. Pero yo me quedé quieta, sin dejarme amedrentar, hasta que el hombre se cansó y regresó a su puesto, como si no mereciese la pena perder más tiempo conmigo.

No supe qué hacer. Mientras lo pensaba, me crucé de brazos y me mordí el labio inferior con tanta fuerza que pensé que me lo arrancaría de un bocado, pero si Gelabert no salía de allí no tenía nada que hacer salvo consumirme de impotencia. Resignada, volví a meterme en el coche. Entonces me di cuenta de que Milo no estaba en su sitio. Eché un vistazo al asiento de atrás. Tampoco. Salí a buscarlo fuera y lo encontré sentado al lado de una rueda, con la vista clavada en el portón de madera, como si algo que yo no podía captar lo mantuviera alerta. Al mirarlo con detenimiento, me fijé en que tenía el labio superior elevado y enseñaba los colmillos. Estaba a punto de ladrar. Y lo hizo. Un solo ladrido de advertencia.

La puerta peatonal se abrió y Gelabert la atravesó acompañado de su empleado. Caminaron hacia mí; uno detrás del otro. Ahora Milo mostraba todos los dientes en señal de amenaza. Gelabert no me reconoció hasta que estuvo lo bastante cerca y, cuando lo hizo, su primera reacción fue quedarse estancado, contemplando mi vestido nupcial. Su aspecto produjo en mí el mismo efecto. Vale, yo era una novia ebria en compañía de un perro, pero él llevaba puesto un

ridículo chándal color burdeos que acentuaba su enorme barriga y se ajustaba a su entrepierna de una forma indecorosa, así que yo salía ganando.

En medio de mi confusión, pensé que, tal vez, solo tal vez, su pasmo era debido a tres factores: a) me había casado, b) había un hombre en La Rodona, y c) ya no era una pobre viuda indefensa.

Sí, estaba segura de que eso se le pasaba por la cabeza, y podría apostar media oreja de Milo a que también se estaría preguntando quién sería ese hombre y si significaría una amenaza para él.

Gelabert sacó de ambos bolsillos laterales de su chaqueta un puro y un mechero. ¿Por qué tenía que ponerse a fumar uno de sus apestosos minipuros —que chupeteaba, relamía y hacía girar entre los dientes de forma asquerosa— cada vez que me veía?

—Vaya vaya —dijo con una falsa sonrisa—. ¿Te acabas de casar, Alicia?

Yo también esbocé una sonrisa ladina.

—Sí, y te sorprenderás mucho cuando descubras quién es mi marido.

Lo vi torcer la boca con gesto socarrón.

—No debe de ser gran cosa cuando deja que su mujer se escape de la boda con el aspecto de haberse bebido todo el vino de su bodega.

Eso no me gustó, tampoco me hirió mortalmente.

—Es que hay algo que quería decirte y, si no lo hago, voy a reventar.

—Ya lo sé, no te esfuerces. No me venderás el viñedo —dijo con fingido desinterés—. Pero no corría tanta prisa. Podías haber esperado a mañana, cuando te hubieras quitado ese vestido y dormido la mona.

—Sé que fuiste tú quien incendió mi viñedo.

Pese a mi estado todavía amuermado por el alcohol, pude ver que su cara se contraía.

—Si insistís en eso, os demandaré —murmuró con la mandíbula tensa. Arrojó el cigarro al suelo con un gesto brusco y lo pisó con fuerza—. No me acuses de algo que no puedas demostrar, Alicia. No soy el responsable de tus problemas. Pero, si quieres, podemos volver a hablar de mi oferta. A pesar de tu mala educación, aún sigue en pie.

—Antes de venderte el viñedo yo misma le prenderé fuego.

Escuché su risa fatigosa y ronca producida por el tabaco.

—Como quieras, pero te advierto que no volveré a insistir. Al final, tú misma vendrás a ofrecerme tus tierras. Y ahora lárgate de mi propiedad, no consentiré que sigas insultándome en mi propia casa.

—La Rodona jamás será tuya, ¿me entiendes?

—El tiempo lo dirá, Alicia. Soy un hombre paciente.

Se dio media vuelta y caminó hacia el portón, escoltado por el vigilante.

—¡Nunca será tuya!

—Si no fueras tan incompetente, Es Vents aún te pertenecería —dijo sin volverse.

Sentí tanta rabia que me agaché, cogí un puñado de tierra y se lo lancé al cogote, con tan buena suerte que hice diana.

Gelabert se volvió hacia mí con un gesto repentino, sacudiéndose la tierra que se le había

quedado atrapada entre el poco pelo que aún conservaba.

—¡Zorra! —masculló entre dientes.

El vigilante avanzó hacia mí y yo apreté los puños dispuesta a no moverme. Cuando llegó a mi lado me agarró por un brazo e intentó meterme en el coche a la fuerza, pero algo impreciso saltó desde el suelo con tanta agilidad que solo aprecié un bulto borroso en movimiento. Era Milo, que se había lanzado a morder el brazo que me sujetaba. El efecto fue el esperado, y el hombre me soltó de forma brusca. Milo gruñía colgado de la manga de su chaqueta mientras el individuo trataba de librarse del mordisco. Entonces hubo un movimiento violento que provocó que Milo saliera despedido por los aires y fuera a estrellarse contra la carrocería del coche. El pequeño animal profirió un gañido ahogado justo un segundo antes de caer al suelo, inmóvil.

—¿Qué le has hecho, salvaje? —grité horrorizada.

—Os lo habéis buscado —dijo Gelabert, que se había mantenido al margen y se había limitado a observar—. Ahora tienes un minuto para marcharte o llamaré a la Guardia Civil.

Mientras los dos hombres se recluían dentro de la finca yo me tiré al suelo, angustiada, para examinar a Milo.

Comprobé que respiraba, pero sus patas sufrían ligeros espasmos que no me gustaron nada. Me entró el pánico. Pensé que se había partido la cabeza, a juzgar por el sonido seco que había escuchado al estrellarse contra el coche.

Con todo el cuidado que pude, lo recogí del suelo y lo deposité en el asiento. Me senté al volante y me dispuse a conducir a Manacor.

Por el camino no dejaba de pensar que si algo le ocurría a Milo no podría perdonármelo. Los efectos del vino se me habían pasado de golpe y una lucidez repentina me hizo comprender que había sido una locura aparecer sola y en semejante estado en casa de Gelabert. Me invadió una inmensa tristeza no solo por Milo, sino también por mí, por mi excéntrica situación. ¿Qué había hecho? ¿Cómo había podido casarme con alguien a quien apenas conocía? ¿Qué futuro nos esperaba?

Conduje a toda velocidad hasta llegar a la clínica veterinaria. Como era domingo tenía que llamar al número de emergencias que aparecía escrito en el rótulo del local, pero no tenía móvil, así que tuve que pedírselo al primer transeúnte que encontré: una chica que iba escuchando música en su teléfono. Se sorprendió cuando la asalté vestida con un traje de novia cubierto de manchas de tierra, pero enseguida accedió a prestarme su aparato.

Carolina, la veterinaria que le ponía a Milo las vacunas cada año, apenas tardó quince minutos en presentarse en la clínica. Sin hacer ningún comentario sobre mi aspecto, llevamos a Milo dentro y yo esperé sentada mientras ella lo examinaba y le hacía una radiografía.

Solo pensaba en que Milo saliera de esa. Sería muy duro si lo perdía a causa de mi imprudencia. Había saltado a defenderme sin dudarlo y eso cambiaba de forma radical el concepto erróneo de que no me apreciaba. Tal vez no me demostraba su cariño de una forma abierta, pero había subestimado su lealtad.

—No tiene nada roto —dijo al fin Carolina—. Solo una fuerte conmoción.

Respiré aliviada y observé que Milo había vuelto en sí, aunque parecía ausente.

—Es normal, no te preocupes. Puedes llevarlo a casa y ponerle alguna compresa fría en la

cabeza para aliviar el dolor, y no te extrañes si vomita y está raro o confuso un par de días. Pero si pasados cuatro o cinco no mejora, lo vuelves a traer.

—No tengo dinero aquí, Carol, ya paso a pagarte otro día.

—No te preocupes, ya veo que ha sido un día especial. Considéralo un regalo de bodas.

—Gracias.

Me ayudó a llevar a Milo al coche, lo acomodamos en el asiento y me dije que era hora de volver a casa. Eran cerca de las seis y media de la tarde y posiblemente ya no quedara nadie en La Rodona. Caí en la cuenta de que al menos Virginia debía de estar muy preocupada con mi desaparición. Los imaginaba buscándome por todos lados y pensé que había actuado de manera inconsciente, más propia de una adolescente que de una mujer madura y responsable. No me gustó esa versión de mí misma, así que mentalmente le eché la culpa a Marco, y a la graduación alcohólica del vino, y no le di más vueltas. Hasta que vi por el retrovisor la figura de un coche negro aproximándose a gran velocidad, como un lobo negro persiguiendo a un diminuto ratón débil y cojo.

Era él.

A mí me tocaba ser el ratón.

Y yo odiaba los ratones, aunque en esas circunstancias podía llegar a sentirme muy cercana a su condición; la pulsión del animal herido me empujaba a correr y esconderme para no ser lastimada.

Pero, por mucho que apretase el acelerador, no podría escaparme.

Marco no tardó ni tres segundos en alcanzarme, y cuando lo tuve justo detrás no aguanté la tentación de mostrarle el dedo corazón por el retrovisor, deseando que lo viera. Y lo vio, porque en ese momento aceleró y me adelantó a toda castaña, poniendo de manifiesto —el muy chuleta — la superioridad de su todoterreno. Después fue disminuyendo la velocidad hasta hacer que me detuviera. A punto estuve de darle un empujón por detrás a su flamante Volvo, pero era obvio que mi pequeño Suzuki acabaría destrozado mientras que su cochazo apenas sufriría un rasguño, de modo que me contuve. Me quedé dentro del coche tamborileando con los dedos sobre el volante, notando que el corazón se me disparaba en el pecho y la rabia que había sentido contra él volvía a dominarme. Lo contemplé mientras se apeaba y caminaba hacia mí con desmesurada calma, los brazos en jarras. Se había quitado la chaqueta y el chaleco y estaba en mangas de camisa.

Ante mi pasividad, él mismo abrió la puerta.

—Baja —me dijo conteniendo el enfado.

Dudé si hacerlo, pero lo cierto es que no me atreví a negarme. Obedecí y quedé frente a él, en medio de la carretera. Por suerte era una recta con gran visibilidad y estaba desierta.

No pude mirarlo a los ojos. Crucé los brazos sobre el pecho y apreté los labios mientras él sacaba el móvil del bolsillo de su chaqueta. Marcó un número y habló en francés sin mirarme.

«Blablablá, blablablá, Virginia, blablablá.» El nombre de mi hermana fue lo único que saqué en limpio. Los ecos del alcohol todavía me permitieron hacerle burla mientras hablaba, cuidándome de que no se diera cuenta.

Guardó el teléfono y yo extravié la mirada en los campos que se extendían a ambos costados

de la carretera. Él volvió a su posición defensiva, con los brazos apoyados en las caderas y mirando hacia un lado mientras soltaba el aire despacio. Luego se centró en mí, lo vi por el rabillo del ojo. Su expresión ceñuda me acobardó, pero al momento recordé que él había sido el responsable de todo y me envalentoné, le clavé la mirada y esperé a que soltara lo que tuviera que decir.

—¿Te haces una idea del tiempo que llevamos buscándote?

Apreté con más fuerza los labios y lo miré desafiante, pero no respondí.

—¡Contesta! —rugió, y añadió un par de palabras en francés que sonaron francamente mal.

—Estoy cansada y quiero irme a casa.

Nuevo bufido.

—Está bien, me lo explicarás allí entonces.

Volví a meterme en el coche y salí antes que él. En cuanto se puso en marcha me siguió de cerca hasta casa. Cuando llegué comprobé con alivio que ya no quedaba nadie, ni siquiera Virginia. Marco se dio cuenta de que Milo estaba conmigo y de que no estaba bien. El pobre parecía haberse dormido, o era que todavía estaba atontado. Lo cogí en brazos y lo llevé dentro.

¿ES SUFICIENTE PARA TI?

—¿Qué ha pasado? —gruñó Marco mientras me seguía.

Me dirigí al salón y deposité a Milo en su cojín, luego fui a la cocina a buscar un trapo y un pequeño balde que llené de agua fresca. Cuando regresé, encontré a Marco agachado sobre él observándolo. Me arrodillé a su lado y comencé a ponerle el trapo húmedo sobre la cabeza.

—¿Lo han atropellado? —preguntó sin alzar la voz.

—No. Bueno, sí. Lo atropelló uno de los guardias de Gelabert.

—¿Has estado en su casa?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Y yo qué sé! —estallé, y comencé a hablar a toda pastilla—. De pronto me encontré en su casa, y luego pensé en el incendio y... y después aquel maldito gorila golpeó a Milo, claro que él le estaba mordiendo la manga de su chaqueta...

—¡Espera! —me interrumpió—. Empieza desde el principio, y habla más despacio, no puedo entenderte.

Hice un esfuerzo para expresarme con claridad y, cuando terminé de contarle lo ocurrido, su rostro estaba tenso y los músculos de la mandíbula se le marcaban en la cara. Se separó de mi lado y se fue a la cocina para hablar por teléfono. Escuché con indiferencia el sonido de sus palabras mientras me ocupaba de Milo, que comenzaba a espabilarse y a hacer esfuerzos para ponerse en pie. Pero las patas no lo sostuvieron y volvió a tumbarse, de modo que fui a la cocina a por su cuenco de agua. Marco aún seguía conversando, supuse que con Max o Bastien, y colgó antes de que yo saliera.

Volví al salón y acerqué el cuenco a la boca de Milo. Este dio unas lametadas al agua y después lo dejé descansar.

Tuve la necesidad perentoria de darme una ducha y quitarme aquel vestido. Cuando pasé por el cuarto de baño de la planta baja observé con disgusto que tenía el marco de madera rasgado. Chasqué la lengua en señal de fastidio; posiblemente Marco la había forzado al ver que no daba señales de vida.

No le dije nada, subí directa a mi dormitorio y me resguardé en el baño. Quince minutos más tarde salía envuelta en un albornoz. Marco me esperaba sentado en el borde de la cama, con los codos apoyados sobre los muslos.

—Quiero disculparme... —dijo con voz cansada.

—Como si sirviera de algo —murmuré resentida.

—Es lo único que puedo hacer.

—Eso es a lo que yo llamo empezar con mal pie un matrimonio.

Se quedó un momento pensativo.

—En realidad, estamos en paz.

—¿En paz?

No lo entendía.

—Yo también me he llevado mi parte. Tus empleados opinan que solo un idiota firmaría ese contrato que has redactado para mí. Fue un momento muy divertido, créeme.

—Si no estabas de acuerdo, ¿por qué no lo dijiste?

—No es el dinero lo que me mueve en esta relación, y no quería que pensaras que pretendo aprovecharme de ti. Aunque, tal como están las cosas, parece justo lo contrario.

—¡Yo no quiero aprovecharme de ti! Pero necesito cubrirme las espaldas; la mía y la de los míos, por si lo nuestro no sale bien.

—Entiendo. Pero tal vez Enrique y Tomás no necesitaban tanta información. Era algo entre los dos.

—Ellos forman parte del viñedo igual que yo.

—Eso es ridículo. Si tu viñedo se va al infierno, ellos encontrarán trabajo en otra bodega. Tú eres quien se la juega, Alicia, solo tú.

Volvió hacia mí su mirada resentida. Al parecer, nos encontrábamos en un punto muerto. Los dos pensábamos que el otro trataba de utilizarlo.

—Te firmaré un escrito renunciando a cualquier tipo de restitución de capital —continuó—, con eso será suficiente, tal vez con un par de testigos que plasmen sus firmas. Pero no hace falta formar una sociedad para un aporte de capital a fondo perdido, ¿no te parece?

No dije nada. Me limité a mirarlo, deseando no encontrar en sus ojos algún indicio que me hiciera desconfiar. Quería confiar en él, lo deseaba con todas mis fuerzas, lo necesitaba para justificarme a mí misma por el paso que acababa de dar. Pero su mirada era difícil de descifrar.

Marco se puso de pie y se acercó a mí a paso lento, como si estuviese cansado. Una vez lo tuve enfrente, estiró una mano y me quitó la pinza que me sujetaba el pelo. Después de lanzarla sobre el tocador, me acomodó tras la oreja un par de rizos desordenados. Con una mano desató el nudo de mi albornoz, despacio, con esforzada calma, aunque su mirada era apremiante, impulsiva y febril, tanto que sentí un irrefrenable impulso de saltar a sus brazos cuando noté el roce de sus dedos sobre mi vientre. Sin embargo, mi orgullo herido me impedía ponérselo fácil. Hasta que su mano recorrió hacia abajo la línea de mi ombligo buscando la unión de mis muslos. Entonces comencé a jadear y, aunque una parte de mí, la de mi lado izquierdo, que parecía haber despertado del coma, me empujaba a detenerlo, lo cierto es que no pude. Y la rabia que había sentido momentos antes desapareció.

Marco agachó la cabeza y me besó en el cuello. Luego murmuró cerca de mi oído.

—Si no confías en mí, jamás llegarás a conocerme. Puedo hacerte el amor cada noche si lo deseas, pero nunca me entregaré completamente. ¿Es suficiente para ti?

—No —me oí susurrar.

Sujetó las solapas del albornoz con las dos manos y con un leve movimiento lo echó hacia atrás. La prenda cayó al suelo con un sonido sordo, dejándome desnuda frente a él. Alargó un brazo, tiró de mí con un gesto que denotaba su enojo, y mis pies se arrastraron por el suelo hasta chocar contra su cuerpo. El roce de su ropa sobre mi piel me produjo cosquillas y aumentó mi excitación. Me besó con fuerza. Una mano rodeando mi cintura, la otra apretando mi trasero. Noté el vigor de su sexo contra mi vientre y comencé a desnudarlo con impaciencia. Pero mis manos estaban torpes y temblorosas y no atinaban a desabrocharle los botones de la camisa. Se echó un poco hacia atrás y lo hizo él mismo mientras yo admiraba con los ojos dilatados cada centímetro de su anatomía. Marco era un hombre hermoso, de belleza paradigmática, músculos cincelados y ese aire de misterio que lo hacía tan deseable.

Es cierto que la belleza en sí es un concepto muy ligado al erotismo, pero no es menos cierto que el magnetismo que desprenden algunas personas, aunque carezcan de una belleza manifiesta, también puede ser un potente estímulo. Y en el caso de Marco era la conjunción de todas las cualidades que podían hacer de un hombre un símbolo erótico: belleza, magnetismo e inteligencia.

Habría sido un milagro que hubiera logrado resistirme.

Cuando terminó de desvestirse, tuve que contener mis manos, ávidas por acariciarlo. Me limité a observarlo, como el que admira una escultura griega, aunque dudaba mucho que algún escultor heleno cincelara el cuerpo de un hombre con una masculinidad tan enhiesta.

—¿Qué es lo que deseas, Ali?

—Ya lo sabes.

—Pero quiero oírtelo decir.

Quise decirle que lo deseaba a él, su cuerpo, su mirada enigmática, la vulnerabilidad camuflada bajo su rostro pétreo. Lo deseaba firme y cálido en mi interior. Los días de abstinencia desde que se había marchado y el recuerdo de aquellos momentos de intimidad provocaban en mí un deseo desgarrador, como si supiera que jamás podría renunciar a él después de haberlo sentido mío.

—Te deseo a ti —murmuré finalmente.

Dio un paso adelante y nuestras pieles se rozaron. El vello se me encrespó al notar su contacto, y cuando Marco me sujetó por las nalgas y me alzó, yo rodeé su cintura con las piernas. Así me llevó hasta la cama, y entonces cayó sobre mí con tanta urgencia que apenas pude soportar los instantes de preludio; sus besos, sus caricias, sus arrullos al oído. Se retrasó con demoledor autocontrol mientras inspeccionaba mi boca y acariciaba mis pechos, mientras sus labios perseguían a sus manos en su trayecto y se detenían en mis pezones. Una mano descendió por la línea media del tórax hasta el ombligo, y más abajo sus dedos juguetearon con mi sexo.

Y ya no pude más.

—Marco, por favor..., ahora.

—Estás lista para mí, *mon coeur* —ronroneó como un gato al notar mi excitación.

Apartó la mano, se encajó con pericia entre mis muslos y se impulsó con fuerza en mi interior. Mis músculos se tensaron ante la repentina invasión; un diminuto momento de

incomodidad hasta que mi cuerpo se relajó en torno a él.

—¿Estás bien?

Sus ojos me buscaron, oscuros de deseo, enardecidos por el estrés emocional de las horas previas. Asentí con un gesto, dejando escapar el aliento.

—Relájate, Ali —dijo con la voz ronca—, estás muy tensa y tengo miedo de hacerte daño.

Claro que estaba tensa; todavía estaba enfadada con él. Puede que el deseo que me arrojaba a sus brazos fuera muy intenso, pero mi mente controlaba mi cuerpo, y aún estaba resentida por la forma en que me había tratado.

A pesar de ello, mi interior se fue distendiendo, tentado por el placer que me producían sus movimientos sedosos. Cuando notó que mi resistencia cedía, se introdujo más profundamente, y entonces tuve que hacer un esfuerzo por dominar la amenaza de un clímax demasiado temprano.

—Todavía no, *chérie* —dijo intuyendo mi deriva hacia el orgasmo—, aguanta.

—No podré si te sigues moviendo así —resollé.

Rodamos sobre el colchón y acabé sobre él. Enredé las manos en su pelo y lo besé largamente mientras mis movimientos sensuales fueron ganando en vigor y velocidad.

—Ya no puedo más, Marco.

Me atrajo hacia él y me besó de una forma rabiosa para luego girar nuevamente y colocarse sobre mí.

Entonces me sometí al dominio de su cuerpo.

MI MA-RI-DO

Me desperté sola en la cama. Miré el reloj de la mesilla de noche y ¡las doce! ¿Cómo era posible que hubiera dormido tanto? Supuse que a esto se refería la gente con lo de «dormir la mona», aunque más que mona parecía haber dormido el sueño de los justos. Me puse en pie de un salto y unas punzadas en las sienes me recordaron la cantidad de vino que había ingerido el día anterior.

«No me lo recuerdes —murmuró Dimitri—, aún confundo la lógica con la metafísica.»

«¿No es lo mismo?», intervino Natasha.

«A veces me gustaría no tener que compartir casa contigo.»

«Soy tan imprescindible como tú, que lo sepas.»

«Tal vez, pero tu intuición solo emerge cuando está hecho el trabajo pesado. Sin mí no eres nada.»

«¡Soberbio!»

«¡Follaneuronas!»

Puse orden en mi cerebro y maldije a Nina por haberme hablado de estos dos; me hacían sentir como si fuera Gollum, pero con triple personalidad.

Todavía un poco grogui, caminé hasta la ventana y casi tropiezo con un par de maletas. Eran de Marco, y me parecieron muy poco equipaje para comenzar una nueva vida. Al apartar la cortina para mirar fuera, vi la pérgola bellamente decorada y los restos de la celebración. Si recordaba bien, la empresa organizadora vendría esa misma mañana a llevárselo todo.

Estaba rememorando mi apasionada noche de bodas cuando me acordé de Milo y tuve la necesidad de ver cómo se encontraba.

Bajé las escaleras al tiempo que me ponía la bata, pero no lo encontré donde lo había dejado, sobre su cojín, y al rastrear la estancia con la mirada lo descubrí durmiendo encima del sofá. Puse los brazos en jarras y resoplé; si había podido dar el salto para subirse allí era porque se encontraba bien. Di un silbido y levantó las orejas. Me aproximé despacio, todavía soñolienta, y me senté a su lado para observarlo mejor. Entonces le acaricié la cabeza con un gesto instintivo.

—Gracias por defenderme —le dije reprimiendo un bostezo, y por primera vez desde que había llegado a nuestra casa siendo un cachorro, me lamió la mano.

La demostración de cariño me cogió desprevenida, supongo que me pareció tan extraña como a él debió de parecerle la mía. Tal vez Milo no me tuviera tanta manía como creía, aunque

también era cierto que yo había tenido que dar el primer paso.

Después del momento tierno, se estiró sobre sus patas y saltó del sofá para dirigirse hacia la puerta. Lo seguí hasta allí, se la abrí y luego lo perdí de vista. Se marchó a un paso más lento de lo habitual, pero resuelto a encarar un nuevo día cargado de expectativas.

Una hora más tarde encontré a Tomás en la bodega.

—¿Dónde está Marco?

—No lo sé —dijo—. No lo he visto en toda la mañana.

Ya me estaba marchando cuando Tomás me llamó:

—Oye, Alicia... —Me detuve cerca de él, esperando a que hablara—. Ayer..., sé que..., bueno, fue todo un poco raro, y creo que debimos darnos cuenta de que te estabas sintiendo sola.

—No importa, no fue culpa tuya. ¿Gloria te ha pedido que te disculpes?

Afirmó con la cabeza.

No era ningún consuelo, y la culpa había sido de Marco; no debió haberme ignorado (cuando hago el ridículo me siento mejor si puedo echarle la culpa a algo), pero ya lo habíamos hablado y yo había tenido mi «momento pataleta» huyendo de la boda con Milo a toda velocidad (más o menos). Una locura. Pero no era rencorosa y no quería desperdiciar un minuto dándole vueltas a lo que podría haber sucedido si Marco se hubiera comportado de otra forma.

«Habrías tenido un día feliz, como el noventa y nueve por ciento de las novias», murmuró Dimitri, como siempre tan racional.

«Olvida a Dimitri —intervino Natasha—. Terminará por amargarte. Ya te dijo Nina que es un cabrón sin sentimientos.»

«Soy un cabrón porque digo la verdad, y ¡ESA! es la verdad. Te has casado con alguien a quien no le importas.»

¿El noventa y nueve por ciento de las novias son felices? ¿De dónde se había sacado este esas cifras? Fuera como fuese, no me gustaba ser el uno por ciento. Ser el uno por ciento de algo era una mierda. Cuando alguien decía: «El uno por ciento de las personas...», tú nunca querías que te tocara ser ese uno (a menos que fueras el destinatario de un boleto de lotería premiado, o que vivieras en uno de esos países donde el uno por ciento de la población tiene lo que necesita el otro noventa y nueve por ciento, lo cual tampoco era bueno, porque seguro que ese ENORME noventa y nueve por ciento te odiaba).

De cualquier forma, yo me sentía más cómoda dentro de la media, entre la mayoría, entre los que nunca sacan los pies del tiesto, ni para lo bueno ni para lo malo.

¡Joder con Dimitri! Al final iba a lograr desquiciarme.

Conseguí enmudecerlo pensando que era consciente de con quién me había casado. No había sido una boda por amor, eso lo teníamos claro los dos, de modo que Marco no tenía por qué desvivirse por mí ese día. No tenía derecho a echarle nada en cara.

La empresa organizadora de eventos llegó a la una y media. Me ofrecí a echar una mano, y mientras enroscaba sobre un rollo de cartón ovalado metros y metros de tul blanco, Álex se acercó también para ayudarnos. Entre todos ni siquiera tardamos una hora en eliminar cualquier

elemento que evidenciara que allí se había celebrado una boda.

La boda del uno por ciento.

«¿Y qué? —dijo Natasha—. Más vale uno por ciento que ninguno por ciento.»

—¿Has visto a Marco? —pregunté a Álex cuando nos quedamos solos.

—No.

¿Dónde diablos estaba?

—Ayer nos dio un buen susto, patrona.

Suspiré de forma ruidosa.

—Me comporté como una tonta, pero en mi defensa debo decir que...

—Ya lo sé, Gloria nos sacudió tremenda bronca cuando todo el mundo se enteró de que se había marchado.

—Bueno, yo tampoco debí hacer lo que hice —dije enarcando las cejas.

—Entonces, ¿todo está bien con su marido?

Marido. Tenía que acostumbrarme a esa nueva palabra.

«Maridooooo», canturreó Natasha con la voz de Ariel, la Sirenita.

—Sí, todo bien. —Me quedé pensando un momento—. Oye, Álex, aquello que me dijiste..., ya sabes, cuando conociste a Marco. Dijiste que al estrechar su mano...

—Ah, olvídelo. Fue solo una sensación. Ahora es su marido.

«Maridooooo, maridooooo.»

Álex se encogió de hombros quitándole importancia, y nos quedamos en silencio. Al cabo de un rato, nos sentamos a descansar un momento bajo las palmeras.

—Cati vio mi tatuaje —dijo, y yo lo miré con los ojos muy abiertos—. Bueno, yo se lo enseñé. Le horrorizó, claro, pero cuando le expliqué cómo me lo hicieron comprendió que no fue mi culpa. De todas formas, me lo estoy borrando, no quiero llevarlo encima el resto de mi vida.

Se levantó un poco la camiseta y me mostró la espalda. Vi que tenía una parte tapada con un apósito.

—¿Te duele?

—Casi nada, y lo mejor es que no me quedarán marcas.

—Genial. —Hice una pausa para mirarlo. Se le veía tranquilo—. Me alegro de que Tomás haya recapacitado.

Me sonrió y el brillo de sus ojos me mostró una felicidad sincera.

—Mientras Cati esté en la universidad solo nos veremos los fines de semana, y también en vacaciones, pero puedo llevarlo bien. Ya sabe lo que dice el refrán: «Paciencia, y en el cuerpo resistencia».

Desviamos las miradas cuando vimos aparecer a lo lejos la silueta del Volvo de Marco aproximándose por el camino. Nos pusimos en pie de un salto, y Álex, que sabía muy bien cuándo era mejor esfumarse, dijo:

—Me voy a comer, patrona, que tengo un filo que si me agarro me corto.

Le sonreí.

—Gracias por la ayuda.

—Ah, y aún no se lo dije, pero le deseo mucha suerte con su nueva vida. Espero que, pese a

todo, el señor Marco sea un buen marido para usted. Se lo merece.

«Maridooooo, maridooooo.»

«¡Deja de canturrear! —se quejó Dimitri ante la emoción desatada de Natasha—. Nos estás inundando de endorfinas, y así no hay quien piense de forma racional.»

—Gracias, Álex —dije notando las hormonas de la felicidad invadiendo mi organismo—. Yo te deseo lo mismo con Cati.

Asintió con la cabeza y una sonrisa.

Cuando el coche se detuvo en la explanada yo ya lo estaba esperando.

—No sabía dónde estabas —le dije a Marco cuando llegó a mi lado.

—Fui a ver a Gelabert —respondió muy serio—. Max y Bastien me han acompañado.

—¿Para qué?

—Para dejar las cosas claras.

—¡Por Dios! ¿Qué le habéis dicho? No, espera. —Tiré de su brazo y nos refugiamos a la sombra del porche. No hacía mucho calor, pero al elevar la cabeza para mirarlo, el sol me cegaba —. Cuéntamelo ahora.

—No quiero incomodarte con detalles escabrosos. Solo quiero que sepas que Gelabert ya no causará más problemas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él tampoco quiere problemas.

—Él nunca tiene problemas, solo los crea.

—Puede que fuera así hasta ahora. Pero eso ha cambiado.

—¿Quieres medir tus fuerzas con él? No lo hagas, Marco, ese hombre es poderoso, podría empapelar la isla con su dinero.

Sonrió.

—Hay otra cosa que estoy deseando contarte.

Lo miré sin comprender y permanecí atenta, observando un brillo extraño en sus ojos.

—Alicia —dijo solemne—, le he comprado tu finca a Gelabert.

Tardé unos segundos en procesar la información.

—Repite lo que has dicho.

Me acarició el pelo.

—Los Vientos volverá a formar parte de tus viñedos.

Lo había entendido bien, pero me costaba tanto creerlo que aún tardé un momento en asimilarlo.

—No puede ser. Es imposible que esté dispuesto a venderla, jamás se desprenderá de ella.

—En unos días formalizaremos la compra.

—No te fíes de su palabra, ¿y si es una treta?, ¿una argucia para encubrir un plan más oscuro? Ten cuidado, Marco.

—No hay engaño, te lo aseguro.

—¿Así, sin más?

—Gelabert es ambicioso y quería apoderarse de tus tierras, pero ahora le ha quedado claro que no tiene posibilidades y prefiere que nos llevemos bien.

—¿Desde cuándo le importa llevarse bien con los vecinos?

—Desde hoy.

Cuando al fin me di cuenta del alcance de sus palabras, no pude evitar lanzarme a sus brazos de un salto.

—Ha sido una larga negociación —dijo mientras me abrazaba y despegaba mis pies del suelo.

—Pero habrás pagado una fortuna por ella —repuse contra su cuello—. ¿Estás seguro de que puedes permitírtelo?

Me dejó de nuevo en el suelo y, sin soltarme del todo, me separó un poco para mirarme.

—No te preocupes por eso. En realidad, he conseguido un buen precio.

—¿En serio?

—Solo dime que te alegras.

—¿Alegrarme? ¡Dios! ¡Estoy feliz!

Volví a tirarme a sus brazos y él me apretó más fuerte.

—Sabemos demasiadas cosas sobre sus negocios. ¿Recuerdas que te dije que lo habíamos investigado?

—Sí —dije descansando mi cabeza en su pecho.

—Bastó un par de insinuaciones certeras para que comprendiera. Es ambicioso, pero no es tonto.

Me separé de él un poco y le cogí y apreté las manos.

—Lo amenazaste con airear su basura.

—Es el único lenguaje que entiende.

—Pues no sé si ha sido buena idea. Me da miedo ese hombre. ¿Crees que podremos dormir tranquilos a partir de ahora?

—Ya sabes que duermo poco, así que yo puedo vigilar tu sueño. —Sonrió—. Pero estoy seguro de que Gelabert no intentará nada.

—Ojalá yo estuviera tan segura.

Pero no lo estaba. No estaba segura en absoluto. Había algo en todo esto que me chirriaba. Había sido demasiado fácil. ¿Tan turbios eran los negocios del empresario que estaba dispuesto a perder un viñedo que había codiciado durante años?

«Gelabert ha encontrado la horma de su zapato —murmuró Dimitri—. Y tiene nombre de perfume caro.»

Esa misma semana nos reunimos con Gelabert para formalizar la compra. Marco había insistido —y lo había hecho con vehemencia— en incluirme en las escrituras de la finca. Pero por mucho que me gustara la idea de recuperar Los Vientos no veía justo que él pusiera el dinero y yo solo mi nombre. Así que, a partir de ese día, Marco pasó a ser su único propietario. Sin embargo, lo acompañé a la firma de documentos, junto con Max y Bastien, que lo hicieron en calidad de abogados, y lo más sorprendente de todo fue que, al terminar, Gelabert me ofreció su mano. Un gesto inequívoco de sus intenciones de enterrar el hacha de guerra.

—¿Sin rencores, Alicia?

Apreté los labios y me resistí un poco; todavía no había olvidado que era sospechoso de incendiar mi viñedo. Pero Marco me dio un pequeño empujón y al final estiré la mano.

—Sin rencores —le dije.

Aunque para nada era cierto. Algún día hallaría un indicio que lo involucraría en el incendio, y ese día sería el fin del todopoderoso Gelabert. Ahora estaba segura de que había sido él y no podía olvidar que, si Marco no hubiera aparecido en mi vida dispuesto a ayudarme, mi situación económica habría estado muy comprometida. Solo Dios sabe lo que hubiera ocurrido.

Marco había llegado en el mejor momento.

«Justo a tiempo», ronroneó Dimitri.

Había tenido mucha suerte.

«Cuando más lo necesitabas.»

Ya he dicho que ha sido una gran suerte.

«Cuando eras más vulnerable.»

No quise escucharlo.

En noviembre, el vino que había comenzado a elaborarse a finales del verano ya estaba terminado, y solo cabía esperar unos pocos meses para embotellarlo. Recibimos las nuevas plantas desde la Rioja y comenzamos el proceso de replantado. Marco supervisaba todo cuanto se movía en los viñedos con tanta eficacia que nadie se atrevía a cuestionar sus órdenes. Supe que, en cierta forma, esto supuso una liberación para Tomás, quien desde la muerte de Alfredo había asumido todas las decisiones importantes del viñedo y la bodega, y me constaba que a veces su presión era equiparable a la mía.

Contratamos a cinco nuevos empleados para que se ocuparan de Los Vientos. Llevaría un tiempo sanear las vides que Gelabert había sobreexplotado, pero estábamos en el buen camino.

Virginia venía a vernos una vez por semana. A pesar de nuestra insistencia para que se quedara en La Rodona, se las había arreglado para hacer un pacto con Raúl y mudarse de forma permanente al apartamento de Alcudia. Dijo que sería algo provisional, al menos durante unos meses, y que después ya se vería. Bastien y Max, por su parte, se fueron a Marbella, y durante unos días escuché las lamentaciones de mi hermana echando de menos a Max. Entre ellos no había pasado nada en absoluto, pero ella se había montado una película romántica con el abogado corso. «Es viudo, como tú», me había dicho, y opinaba que, si Marco era perfecto para mí, Max era perfecto para ella.

La relación entre Álex y Cati seguía afianzándose. Álex se desplazaba a Palma con frecuencia para verla, y aunque ambos eran conscientes de que los estudios de Cati tenían prioridad, siempre encontraban un hueco para estar juntos. Álex me contó que pronto sería el cumpleaños de Cati y que le tenía preparada una sorpresa especial; un fin de semana romántico en Sant Elm con la intención de visitar el Parque Natural de la Dragonera. Estaba tan ilusionado que las ansias de que llegara el momento, a mediados de diciembre, lo mantenían en un continuo estado de agitación.

En cuanto a mí, no podía dejar de regocijarme con mi buena estrella; la estrella más resplandeciente. Mis sentimientos hacia Marco no hacían más que reafirmarse. A veces me detenía a mirarlo mientras se desenvolvía en los campos o en la bodega y se me hacía imposible imaginar a una persona diferente en mi vida. Me decía: «¿Cómo he podido sobrevivir tanto tiempo sin él?». Otras veces era yo quien lo sorprendía observándome, y en su mirada veía que algo en su interior iba creciendo y haciéndose más fuerte. Lo notaba en sus caricias, en su forma de mirarme. Es cierto que nunca me hablaba de amor, pero se desvivía por hacerme feliz. Y yo contaba cada minuto del día para que llegara pronto la noche y poder tenerlo solo para mí.

El mundo, *mi mundo,* estaba en absoluta armonía.

Los siguientes dos meses fueron los mejores de mi vida; una vida que estaba resultando tan maravillosa que me daba miedo. Tenía esa sensación inquietante que nos atenaza cuando somos muy felices, ese temor a que se acabe, a que el destino nos juegue una mala pasada para compensar nuestra excesiva buena suerte, como si no nos la mereciéramos.

Fueron dos meses de felicidad plena, cuyos recuerdos se quedarían grabados en mi memoria como destellos luminosos que encenderían el sendero de mi vida. Sentía que mi relación con Marco podía funcionar, que la oportunidad que me brindaba la vida, pese al comienzo incierto, era real y que podía ser duradera.

Fueron paseos al atardecer por los viñedos, cogidos de la mano. Fueron juegos de dos entre las viñas, cuando me escondía con la esperanza de que él me encontrara para sentirme atrapada por sus brazos. Fue el aire fresco de la noche mientras hacíamos el amor escondidos tras las ramas de un árbol. Fue el olor embriagador de su cuerpo mezclado con la fragancia de la naturaleza. Fueron los momentos tiernos de preludio antes del placer, cuando notaba que el corazón me iba a estallar en el pecho al pensar que era mío. Fue una copa de vino mientras enjabonaba su cuerpo iluminado por las velas. Fueron cenas románticas con música y flores. Fue el viaje a casa por Navidad, en compañía de Virginia y de los chicos. Fueron las palabras entusiasmadas de mi madre cuando lo conoció. Fue la cara de la prima Ruth al verlo. Fue la desolación de Piluchi, incapaz de alegrarse con la felicidad ajena.

Marco frente a mi colegio. Marco en el parque donde jugaba de pequeña. Marco en los bares donde solía perderme de adolescente.

Marco en mi vida pasada.

Marco en mi mundo presente.

Un beso largo y sensual en la medianoche del 31 de diciembre.

Deseos mutuos de felicidad.

La vuelta a casa.

Dormir aferrada a él mientras veíamos la televisión.

Despertar en la cama sintiendo la humedad y calidez de sus besos.

Ayudarlo a conciliar el sueño una noche de madrugada.

Y todas las noches...

SEGUNDO PRINCIPIO DE LA TERMODINÁMICA

Una tarde de mediados de enero, mientras conducía hasta Manacor para encargar material para el viñedo, mi viejo Suzuki sufrió un pinchazo. No era la primera vez que me ocurría y sabía perfectamente cómo cambiar la rueda. Marco insistía a menudo en que usara su coche, argumentando que era más seguro ante cualquier imprevisto, pero yo no hacía buenas migas con el elegante y enorme todoterreno, cuyas ruedas eran casi tan anchas como las de nuestro tractor. No es que no me gustara, era simplemente que no sabía qué hacer con tanto botoncito y hubiera necesitado un cursillo intensivo antes de manejarlo. Es lo mismo que si estás acostumbrado a pilotar avionetas y de pronto te ponen a los mandos de un Boeing 747. No tenía ni idea de para qué servía tanta cosa y me sentía más a gusto al volante de mi coche.

Mientras cambiaba la rueda con bastante destreza, vi que un coche blanco se detenía delante del mío. Bastó un simple vistazo para darme cuenta de quién era.

Gelabert.

¿Qué querría ahora?

Salió del vehículo y caminó hacia mí con su paso lento y renqueante debido a su gran corpulencia.

—¿Necesitas ayuda, Alicia?

Me sorprendió tanta amabilidad. Lo miré desde mi posición agachada y le contesté con desgana y mal talante:

—No, gracias, puedo apañármelas sola.

—Puedo pedirle a Óscar que te eche una mano.

Me levanté y me coloqué frente a él, con las manos en la cintura, dispuesta a desenmascararlo.

—No necesito ayuda, Gelabert, y no sé a qué coño viene tanta amabilidad.

—Es lo que hacen los buenos vecinos. Por cierto, todavía no te he dado la enhorabuena por tu boda.

—Sí..., eh..., gracias.

—Tu marido es un hombre singular, pero supongo que eso ya lo sabes.

—Lo sé —le dije, y volví a la faena.

—Y muy rico. Has tenido mucha suerte.

¿Muy rico? De qué demonios estaba hablando. Lo miré de soslayo.

—Vamos, no me pongas esa cara —añadió—. No tienes que disimular conmigo.

—Marco no es rico —repliqué mientras lograba extraer del eje la rueda pinchada—. Su dinero proviene de su trabajo, no como el tuyo.

—¿De su trabajo? ¿Estás de broma? Ha pagado una pequeña fortuna por tu viñedo.

Alcé la mirada hacia él al tiempo que me detenía un instante.

—Yo creo que ha sido un precio bastante justo.

Gelabert no pudo contener una risotada que acabó en una tos ronca. Cuando logró recuperarse dijo:

—¿No te lo ha dicho? ¿Crees que soy tan estúpido como para vender esa finca a un precio tan ridículo? Tu marido ha pagado tres veces más de lo que consta en la escritura.

Noté que enrojecía por la sorpresa y no pude evitar levantarme para mirarlo de frente. Pero estaba tan impactada por la información que no supe qué decir. Me lo quedé mirando como una idiota, sin poder reaccionar. Tres veces más era mucho dinero.

—Creo que ni tú misma sabes con quién te has casado. Si le vendí Es Vents a tu marido fue porque no quiero un enemigo como él hurgando en mis cosas. Ya sé que piensas que soy una persona con pocos escrúpulos, y no te quitaré la razón. Lo soy. Pero comparado con ese corso, soy un cordero manso.

—Tú no lo conoces —mascullé entre dientes, y noté que mi cuerpo se tensaba.

—Tengo la impresión, Alicia, de que tú tampoco.

Se dio la vuelta y se dirigió al coche, pero de pronto pareció recordar algo y se detuvo. Giró el cuerpo para mirarme.

—Una última cosa, y espero que este tema quede zanjado de una vez por todas. No sé quién incendió tu viñedo, y tampoco me importa. Pero juro por la vida de mi hijo que yo no tuve nada que ver.

Gelabert se marchó, pero sus palabras no se fueron con él. Me quedé allí plantada, mirando la carretera con semblante ausente mientras una nueva oleada de dudas e incertidumbre volvían para atormentarme. Era más sencillo hacerle frente a un enemigo conocido que a uno imaginario, y yo ya no sabía a quién me enfrentaba. Porque esta vez le creí; Gelabert decía la verdad, y eso me colocaba en el punto de partida.

Pero, si él no había sido, entonces, ¿quién?

—¿¡Por qué no me lo dijiste!? —increpé a Marco esa misma noche.

—No quería preocuparte. Sabía que no aprobarías que le hubiera pagado tanto por el viñedo.

—¡Claro que no! ¿Cómo se te ocurrió? Y sobre todo, ¿de dónde sacaste el dinero? Perdona que sea tan brusca, pero Gelabert me ha desquiciado. Dijo que eras un hombre rico, y cuando lo pienso creo que tal vez tenga razón porque todo lo que te rodea rezuma dinero. ¿Sabes que tu coche cuesta más de cincuenta mil euros? Álex me lo dijo; lo tiene fascinado.

—Tranquilízate, ¿quieres? Mis padres me dejaron una pequeña herencia, eso es todo.

—¿Pequeña? ¡Un cuerno!

—No quiero hablar de dinero, Ali.

—¡Pero yo sí!

—¿Por qué es tan importante?

—¡Joder! Porque eres mi marido y tengo la sensación de que no te conozco, de que me ocultas algo.

Mi tono duro y grosero consiguió alterarlo, y lo único que conseguí fue que se enfadara y se marchara dando un portazo.

¡Hay que fastidiarse!

Esperé a que se me pasara el enfado y luego cogí una chaqueta para salir a buscarlo.

Hacía frío. La noche era clara y el cielo estaba despejado y cubierto de estrellas. Lo busqué en la bodega, en el jardín bajo las palmeras, di una vuelta alrededor de la casa y al final lo encontré en una pequeña loma con vistas al viñedo, sentado a la vera de un pino donde alguna vez habíamos hecho el amor.

—Siento haber sido tan borde —dije a sus espaldas tiritando.

Me miró de reojo un momento y luego volvió la vista al frente, sin hablarme.

Me senté a su lado y permanecí callada, escrutando la totalidad del viñedo, renegrido por las sombras de la noche y plateado por los reflejos de la luna redonda y brillante. Noté el calor cercano de su cuerpo, que me inducía a ceñirme a él y sacar provecho del segundo principio de la termodinámica.

El suyo era un cuerpo caliente.

El mío era un cuerpo frío.

Si la transferencia de calor siempre ocurría de un cuerpo caliente a uno más frío, y sin nadie que especificara la naturaleza del CUERPO, estaba segura de que la termodinámica funcionaría con nosotros.

Arrimé el cuerpo a Marco y le di un suave empujón con el hombro.

—¿Por qué nunca me hablas de ti? —le pregunté—. Las veces que lo intento tú siempre encuentras la forma de desviar la conversación, y yo no insisto porque... porque me haces tan feliz que tengo miedo de que algo cambie.... Pero me preocupa que gastes todo tu dinero, que te dejes llevar por mi amor a esta tierra. Y con que uno de los dos esté arruinado es suficiente.

Volvió el rostro hacia mí y su mirada dura se dulcificó.

—¿Es cierto que te hago feliz, *chérie*?

No podía enfadarme con él, no cuando me miraba y me hablaba de esa forma.

—Más que nadie —dije sintiendo que me ruborizaba.

Me avergonzaba decir esas cosas, pero con él no podía evitarlas, salían de mi boca sin permiso.

—Me gusta cómo ha sonado eso. Dilo otra vez.

Entorné los ojos y lo repetí:

—Me haces más feliz que nadie.

Me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia él. Su contacto cálido me estremeció, y el calor de su cuerpo fluyó hacia el mío en busca del equilibrio térmico. Después de besarme en la frente respiró profundamente.

—Aún no estoy preparado.

La expresión atormentada volvió a tensar sus facciones.

Le puse una mano en la mejilla y lo obligué a mirarme. Quise besar sus labios, iluminados por la luz azulada de la noche, pero no me atreví. Había algo distinto en su mirada. No sabría decir qué era, solo sé que no la reconocí. Tuve la sensación de estar con otro hombre, con alguien que se había adueñado del cuerpo de Marco y me miraba a través de sus ojos.

Sentí escalofríos. Él tomó mi mano entre las suyas y la sostuvo un momento antes de apretarla contra su boca. Entonces, con un movimiento repentino, me empujó hacia el suelo y cayó sobre mí. Sus ojos, oscuros y enardecidos, se centraron en los míos un solo instante antes de besarme. Tampoco reconocí sus besos. Sus labios parecían hambrientos, atormentados, y su ímpetu me abrasó por dentro. Me atenazó con su peso sobre el terreno, cubierto de agujas de pino y vegetación, y comenzó a desvestirme. Podía oler el aroma de su cuerpo y la fragancia dulce y picante de la bodega impregnada en su ropa. Me desvistió lo justo para hacerme el amor con tanta urgencia, con tanta desesperación, que me sentí abrumada. Me amó de una forma enérgica, masculina, y yo lo recibí con la misma aceptación de siempre, amortiguando con mi cuerpo su pasión desenfrenada, consciente de que jamás podría rechazarlo.

Tres semanas más tarde descubrí que estaba embarazada. Me dije que tuvo que ocurrir esa noche, bajo las ramas del pino, y aunque también podría haber sucedido el día anterior o al día siguiente, yo estaba convencida de que había sido en aquel instante.

La Rodona había abierto las puertas a la felicidad, y esta se había colado también por las ventanas.

Llamé a Virginia el mismo día que lo supe, a primera hora de la tarde, cuando Marco acababa de marcharse a los viñedos después de comer.

—Ven, por favor —le dije—. Tengo algo que contarte.

Mi voz debió de sonar impaciente porque llegó a casa al cabo de treinta minutos.

Entró como un huracán, acompañada de Milo, que parecía haber recorrido con su hocico pegado al suelo todos los campos del viñedo.

Antes de quitarse el abrigo, Virginia ya me estaba interrogando.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estás tan misteriosa?

Yo estaba frente a ella, con las manos enlazadas a la espalda, girando el cuerpo hacia los lados como si fuera una niña impaciente por soltar una noticia. Entonces le mostré un pequeño aparatito que tenía en la mano y lo agité en el aire con una gran sonrisa.

—¡No! —exclamó al reconocer el Predictor—. ¿En serio?

Asentí con la cabeza y Virginia se acercó para abrazarme. Milo se contagió de nuestra alegría y saltó a nuestro alrededor, lanzando diminutas partículas de tierra al aire. Cuando Virginia me soltó, alcé en brazos a Milo y lo besé en la cabeza, justo entre las orejas, tanta era mi felicidad. Luego volví a dejarlo en el suelo para que brincara otro rato.

Estábamos a principios de febrero, y esos días Marco estaba ocupado en la bodega preparando los vinos jóvenes. Había que sacar de las barricas los vinos de la añada anterior, hacer las mezclas de las diferentes variedades y preparar las partidas para embotellar. Y esa

tarde, cuando Marco regresara de la bodega, se iba a encontrar con la mesa exquisitamente preparada para una ocasión especial, con una corona hecha con rosas rojas en medio de la mesa, y en cuyo interior brillaba la luz de dos delicadas velas aromáticas. El mantel blanco lucía salpicado de pétalos rojos —quedaban tan bonitos...— y la iluminación de la estancia era tenue, sin luz cenital.

Todo estaba perfecto, a pesar de mi torpeza para estas cosas. Pero es lo que tiene Google, que tanto vale para solventar los asuntos más simples y cotidianos como para informarte de que un día el sol explotará y acabará con nosotros, a menos que para entonces hayamos colonizado otro planeta, en otro sistema solar y...

Mejor lo dejo.

De repente me di cuenta de que me faltaba algo:

¡Música!

En este aspecto no tenía mucho donde elegir. Por supuesto no tenía nada moderno, a menos que pusiera la radio, pero no quería dejar al sentido aleatorio de la radio esa cuestión. Corrí al cajón donde Alfredo guardaba su colección de discos compactos y comencé a rebuscar: Tango – Tango – Tango – CamiloSesto – CamiloSesto – Tango –CamiloSesto – CamiloSesto – Tango – LuisMiguel... ¡Anda! ¿Quién era este? Un intruso, estaba claro. Ah, ahora caía, era aquel niño que cantaba —hacía un millón de años— en traje blanco y que sudaba mucho en cada actuación. Vale, ya no era un niño y creía recordar que tenía una voz bonita.

Cogí el disco y lo puse en el reproductor. Los primeros acordes de un tango inundaron la estancia.

No me entusiasmaban los tangos, pero, cuando el niño —ahora hombre— comenzó a cantar, reconocí la canción. Era de esas de toda la vida. Hasta yo me sabía parte de la letra, aunque no recordaba que Alfredo la hubiera escuchado alguna vez. De hecho, no tenía ni idea de que le gustara Luis Miguel.

Acaricia mi ensueño
el suave murmullo
de tu suspirar.
Como ríe la vida
si tus ojos negros
me quieren mirar.

Tenía que reconocer que su voz hacía la canción más bonita y romántica que la original, teniendo en cuenta que probablemente había sido compuesta durante la última glaciación.

La noche que me quieras
desde el azul del cielo
las estrellas celosas
nos mirarán pasar...

La escuché entera, dejando que el sonido meloso y apacible me relajara y me pusiera en situación. Cuando terminó, pulsé el botón de repetición para asegurarme de que fuera esa

canción, y no otra, la que recibiera a Marco.

Luego esperé.

Más de veinte minutos.

Veinte minutos con los nervios de punta, pues el efecto apaciguador de la música solo había servido la primera vez.

Veinte minutos escuchando la misma canción, los mismos gorgoritos y la misma letra. Podría haber sido capaz de recitarla de memoria —pero sin gorgoritos y sentimiento; mi voz no había sido creada para la lírica—. En resumidas cuentas: estaba harta de Luis Miguel, incluso me pareció una canción ñoña.

Decidí sintonizar la radio y que sonara lo que quisiera.

Cuando al fin escuché el sonido de la puerta, corrí a colocarme frente a la mesa mientras la música guiaba los pasos de Marco hasta el salón.

En el transcurso de los últimos días, yo me encontraba inusualmente cansada y no lo había acompañado ni a la bodega ni a los viñedos, inmersos en esa época del año en la minuciosa poda de invierno. Intuyendo el origen de mi cansancio —y también debido a la semana de retraso en mi periodo—, había hecho esa mañana un fugaz viaje a Santa Margalida, con los nervios a flor de piel, en busca de una farmacia y un test de embarazo.

El mismo que había depositado sobre la mesa.

Marco apareció en la puerta y sentí que me recorría el cuerpo una oleada de amor.

Caminó hacia mí haciendo un gesto de interrogación con los brazos y fijándose en todo lo que había dispuesto para recibirlo. Su cara de «No entiendo» me hizo reír y a la vez me puso nerviosa.

Albergaba en mi interior el secreto que cambiaría nuestras vidas para siempre. Ya no se trataba de nosotros dos. Habíamos creado un nuevo ser, y eso era algo maravilloso.

Cuando al fin llegó a mi lado, las emociones me desbordaron y por poco me echo a llorar de felicidad. Depositó sus grandes manos, firmes y cálidas, sobre mis hombros y me miró con ojos desconcertados. Me estremecí bajo su contacto. Llevaba a su hijo dentro de mí, y él lo ignoraba. Eché hacia atrás el cuello para poder mirarlo, alto y fuerte frente a mí. Y a pesar de mi pequeño tamaño en comparación con el suyo, me sentí poderosa, como si mi cuerpo fuera pura magia.

Marco iba a ser el padre de mi hijo.

Y esa idea me entusiasmó.

Habría sido perfecto si alguna vez nos hubiéramos dicho «Te quiero».

Vale, reconozco que no fue un pensamiento muy positivo, pero fue inevitable que acudiera a mi cabeza, como si la racionalidad de Dimitri no hubiera desaparecido del todo.

—¿Qué celebramos hoy? —dijo con una sonrisa encantadora mientras me frotaba los hombros con suavidad—. Aún faltan dos meses para tu cumpleaños.

Sentí un nudo en el pecho. Nunca antes había tenido que dar una noticia semejante. Con Virginia había sido fácil, pero con él...

Como siempre, tomé el camino más corto.

—Estoy embarazada.

Noté que un fuerte sofoco me ascendía por la espalda y me llegaba hasta la nuca.

Marco se quedó petrificado y tardó en reaccionar, pero en la penumbra del salón observé que sus pupilas dilatadas brillaban por la emoción y la sorpresa.

Aunque tal vez fuera solo por lo último.

En mi vida anterior había imaginado muchas veces cómo sería ese momento cuando le diera a Alfredo una noticia de ese calibre. Lo imaginaba dando saltos y riendo a carcajadas con su característica alegría para luego tomarme en brazos y dar vueltas juntos de pura felicidad. Pero con Marco todo se reducía a lo imprevisible.

Y ahora le estaba costando recuperarse de la noticia.

Tal vez la culpa había sido mía por haber sido tan brusca.

Se mantuvo en silencio, mirándome con una expresión extraña. Entrelacé las manos a la altura de la cintura mientras mi corazón latía con fuerza. ¿No estaba contento?

—Marco, por favor, dime algo —supliqué.

No dijo nada, tan solo dio un paso hacia mí para estrecharme en sus brazos y envolverme con tanta fuerza que mi espalda crujió. Lo aparté ligeramente para mirarlo —y también para respirar — y no pude contener la pregunta:

—Te alegras, ¿verdad? —Mi voz denotaba un atisbo de temor.

Volvió a abrazarme, esta vez con más delicadeza.

—*Oui, chérie.*

DE CUCARACHA PARA ARRIBA TODO ES CACERÍA

—Estoy bien —repetí por vigésima vez ese día.

Marco estaba tan pendiente de mí que a veces me abrumaba. Habían pasado dos semanas desde que le diera la noticia de mi embarazo y se comportaba como si mi grado de fragilidad se hubiera quintuplicado. Durante todo ese tiempo no me dejó poner un pie en el viñedo, ni cargar con un objeto que superase los dos kilos, por no hablar de que cuando hacíamos el amor tenía especial cuidado en no aplastarme con su peso. Por más que yo insistía en que podía llevar una vida normal, él no dejaba de preocuparse.

Me emocionaba percibir sus miradas tiernas, el desasosiego que le invadía al menor síntoma de mi cuerpo y la complicidad que había germinado entre nosotros. Conocer esta nueva faceta de su personalidad había sido toda una revelación. Marco se volvió sobreprotector; se aseguraba de que durmiera las horas necesarias, de que ingiriese las calorías suficientes y de que me mantuviera en forma a base de agradables paseos.

Pronto comenzamos a fantasear con el sexo del bebé, aunque ninguno de los dos tenía preferencias en ese aspecto. Mis días transcurrían entre largos paseos alrededor de La Rodona e interesantes charlas con Virginia, quien venía de forma regular a visitarme y ponerme al día de todo lo referente a sus embarazos y posteriores partos. Llegué a la conclusión de que no necesitaba información tan específica porque, en el fondo, estaba convencida de que cada mujer vive las sensaciones, incluso las dolorosas, de una forma diferente.

Nina me llamó por teléfono. Estaba un poco resentida porque nunca la llamaba, pero cuando le di la noticia se olvidó de todos sus reproches.

—¡Qué feliz me haces, Alicia! Vosotros sois uno de mis mayores logros profesionales. ¡Y ahora un niño! Me alegro mucho por ti, y eso que al principio desconfiabas. ¿Lo ves, *querrida*? Hay que darle una oportunidad al amor...

Habló, habló y habló sobre sus técnicas de emparejamiento y se quejó de la poca afluencia de hombres españoles que en los últimos tiempos se suscribían a su página de contactos, y de que muchos no se lo tomaban en serio y que por eso algunas mujeres se quedaban con la sensación de que habían sido estafadas.

—¿Qué culpa tengo yo si soy la *primerra* a quien engañan? —dijo—. Mi portal de contactos es serio, *perro* no puedo controlarlo todo. Echo de menos cuando se trataba directamente con el cliente. Eso *erra* otra cosa... Ah, pero lo vuestro... No *encontrarré* otro caso tan perfecto...

En uno de mis paseos matutinos, me encontré con Álex cerca de la bodega. Durante las semanas que había durado la poda de invierno apenas lo había visto y sentía curiosidad por saber cómo iba todo con Cati.

Ni siquiera llegué a preguntárselo, no me hizo falta hablar con él para saber que algo le ocurría. Álex era un libro abierto en cuanto a mostrar emociones y nunca había sido bueno disimulando sus sentimientos. No obstante, fue amable y se interesó por mi estado. Pero me di cuenta de que no tenía ganas de hablar.

No quise interrogarlo en ese instante, pero cuando Marco vino a casa a la hora del almuerzo le pedí que me lo enviara por la tarde con alguna disculpa.

—No sé si te conviene verlo —me dijo—. Lleva unos días portándose de forma extraña.

—¿Por qué no me lo has dicho? Sabes que me preocupo por él.

—Por eso mismo, Ali. No quiero que te preocupes por nada.

Al final accedió, porque sabía que si no lograba averiguar lo que le sucedía yo misma iría a buscarlo al viñedo.

Eran cerca de las cinco cuando se presentó en casa. Yo lo esperaba sentada en el balancín del porche ojeando el libro que me había regalado Nina y abrigándome el cuerpo con una *pashmina* de lana.

—¿Sucede algo, patrona? —me preguntó al verme.

Dejé el libro y me levanté para acercarme a él.

—No se levante, yo me siento a su lado, no sea que el muchachito se nos canse.

—O muchachita.

Su boca se distendió en una sonrisa.

—Sí, claro, una pequeña Alicia estaría muy bien.

Me contagié de su gesto risueño y lo observé mientras se acercaba y se acomodaba a mi lado, adoptando esa postura tan previsible en los hombres, con las piernas muy abiertas —lo cual me dejaba a mí poco margen de maniobra— y los antebrazos apoyados sobre los muslos.

—El sexo del bebé es lo de menos —dije—, solo pido que todo salga bien, es lo único que me preocupa.

Se frotó las manos.

—Confíe, patrona, yo rezo por usted.

Las cejas se me alzaron por cuenta propia.

—La última vez que rezaste por mí se me quemó el viñedo.

Enderezó la postura y vi que palidecía. Se me escapó la risa.

—Estoy bromeando, Álex. En realidad, te agradezco mucho que reces por nosotros. Y si hay alguien ahí arriba, estoy segura de que a ti te escuchará.

Álex relajó el semblante y yo aproveché para colar el tema que me interesaba:

—Marco me ha dicho que estás raro, y yo también lo he notado esta mañana. ¿Qué te pasa? ¿Va todo bien con Cati?

Antes de responderme se frotó la cara con las manos, como si quisiera aclararse las ideas.

—No, patrona, la cosa no anda bien con Cati.

—¿Qué quieres decir?

Resopló fuerte.

—Que ya no estamos juntos.

—Vaya, lo siento —dije consternada—. La última vez que hablamos estabas muy contento planeando una escapada romántica por su cumpleaños.

—Sí, y fueron dos días muy dichosos. Pero ya se le fueron las ganas de verme, ya me entiende.

—Te refieres a después de que tú y ella... —Me detuve y lo miré, y él también me miró, y los dos comprendimos. Asintió con la cabeza—. ¡Será niñata! Parecía tan ilusionada contigo...

—Bueno, estaba avisado. Solo que pensé que..., ¡carajo!, creí que le interesaba de verdad.

—Si te soy sincera, yo también.

—Empezó a poner disculpas. Decía que tenía mucho que estudiar y que no podía verme. Y yo lo entendía, no soy tan pendejo. Pero comencé a pensar que solo era un tapao, y después de tres semanas de extrañarla mucho me presenté en su departamento para hablar.

—¿Y qué pasó?

—Ni siquiera me dejó entrar y me trató como si fuera un tinieblo. Me dijo muy apresurada que los estudios le tomaban todo su tiempo y que era mejor que dejáramos de vernos.

—Cuánto lo siento, Álex.

—La culpa es mía, por ensillar antes de traer las bestias.

—Cati es demasiado joven. —Traté de disculparla—. Y tú has vivido tanto que hay una gran diferencia entre los dos. Eres muy maduro para tu edad.

—Pues entonces sí que estoy fregao, a menos que le eche gafa a una vieja de treinta y cinco.

—No seas bobo.

—Bueno, en mi tierra dicen que «De cucaracha para arriba todo es cacería».

Le di una palmada en la espalda.

—¡Ay! —Se quejó.

—¡Lo siento! —me disculpé—. ¿Es el tatuaje?

—Sí, casi me lo han borrado del todo.

—Me alegro. —Sonreí—. Era horrible.

—Ya lo sé.

Nos quedamos callados. No supe qué más decirle. Tal vez podía camuflar su abatimiento refugiándose en sus refranes y en su forma alegre de expresarse, pero el rictus severo de sus facciones revelaba lo mal que lo estaba pasando.

Al día siguiente, fue Tomás quien vino a saludarme mientras descansaba en el jardín después de un largo paseo. El sol tibio del invierno me templaba el cuerpo como si fuera una lagartija en busca de calor.

—¿Qué hay, Alicia? ¿Cómo vas?

Guiñé los ojos para protegerlos del sol.

—Bien, gracias.

—Me alegro.

Lo noté tenso. Tomás casi nunca se entretenía en diálogos vacuos y superficiales, iba siempre al grano y no le gustaba perder el tiempo. Por eso me extrañó que todavía siguiese allí de pie observándome, como si quisiera preguntarme algo y no supiera abordarlo.

—Quieres hablarme de los chicos, ¿eh?

—Sí —asintió, y se relajó—. Es que Álex está no sé cómo. Ya sabes cómo es, se pasa el día canturreando sus canciones y haciendo chistes, y lleva una semana que parece un alma en pena. No sé qué le pasa, y Cati no suelta prenda, pero también está rara. Estamos preocupados por ella. ¿Sabes algo?

—Cati está bien. Pero ha dejado a Álex.

Lanzó un suspiro de alivio tan profundo que me molestó.

—Gracias a Dios.

Lo miré con las cejas enarcadas.

—Veo que te alegras.

—Ya sabes que no me gustaba que estuvieran juntos.

—Sí, ya lo sé —dije—. Pero que sepas que Álex no hizo nada malo.

Me miró de reojo.

—Es una chica sensata, y ahora solo debe pensar en sus estudios.

—Ya.

Pero yo tenía mi propia versión de lo ocurrido y era bastante simple. Cati había utilizado a Álex para experimentar de primera mano lo que todas sus amigas ya habían probado, y Álex le había parecido el instrumento perfecto.

—Yo lo siento por Álex, lo está pasando mal. —Respiré hondo—. Es irónico, ¿verdad? Estabas tan preocupado por que le hiciera daño a Cati que ni siquiera pensaste que pudiera suceder lo contrario.

—No diré que lo siento, Alicia, si es eso lo que quieres oír.

—Solo quiero dejar claro que Álex se portó bien con ella desde el principio.

—¿Insinúas que Cati no lo hizo?

—Es muy joven, y a su edad a veces no se es consciente del daño que se puede hacer a otras personas. Alguien debería enseñarle eso.

—Es la vida la que se encarga de esas cosas.

—¿Estás seguro?

Vimos que Enrique se acercaba a nosotros. Su expresión tampoco era demasiado alegre. Supuse que las cosas de Álex también le afectaban a él, aunque jamás se pronunciaría al respecto.

—¿Cómo está, patrona? —dijo cuando llegó a nuestro lado.

—Bien, Enrique, gracias.

—El patrón lo anda buscando —le dijo a Tomás.

Mientras los miraba alejarse pensé en lo injusto que era todo para Álex, no solo por haber perdido a Cati, sino porque su relación con Tomás también estaba dañada.

Cuando regresé a casa vi que tenía en el móvil una llamada perdida de mi madre. Me dije que ya era hora de decirle que estaba embarazada. No quería presentarme un día en la puerta de su casa sosteniendo un bebé en brazos al tiempo que le decía: «¡Toma otro nieto!».

En Navidad le había presentado a Marco como mi novio para evitar problemas. Pero, si llegaba a enterarse de que ya estábamos casados y no le habíamos dicho nada, tendría que aguantar sus lamentaciones el resto de mi vida, no tanto por haberme casado sin avisar, sino por no haberlo hecho por la Iglesia. Mamá es muy religiosa, todo lo contrario que nuestro padre, que no ponía un pie en la iglesia por si se le caía encima. Y como él nunca iba a misa, ella pensó que tenía que hacer algo para que su alma no se perdiera en el limbo de los pecadores. De modo que decidió comulgar dos veces cada domingo para compensar su escaso compromiso con la Iglesia. Hasta que, cinco años más tarde, don Quique (sí, lo sé, ya no quedan curas con nombres como los de antes) se dio cuenta de que mi madre se ponía en la cola, para recibir la comunión, dos veces. Habló con ella, claro, pero por mucho que insistió en que al alma de papá de poco le servía que ella recibiera el cuerpo de Cristo por duplicado, lo único que consiguió fue que decidiera comulgar por segunda vez en la parroquia de al lado.

Cuando se confesaba, hacía lo mismo; primero le contaba al cura sus pecados y luego los de mi padre, y yo estaba segura de que aquí exageraba todo lo que podía para cubrirse las espaldas. Daba igual que don Quique le dijera que el acto de confesión era un sacramento que debía realizarse de forma personal y que no era transferible, ella le soltaba todas sus faltas y exigía una penitencia, que por supuesto también se encargaba de cumplir. Mientras tanto, mi padre aprovechaba los domingos por la mañana, en los que mi madre pasaba el tiempo saltando de iglesia en iglesia, para jugar a la petanca con sus amigos en la playa, totalmente ajeno al destino final de su alma.

Ahora entendéis por qué me incomodaba tanto que ella se enterase de mi boda pagana. Ya tenía bastante con el divorcio de Virginia. Según decía, yo había sido más afortunada porque me había quedado viuda, y morirse no es ningún pecado, aunque alguna vez me había demostrado su disgusto con Alfredo. «Se non fixera tanto o parvo, non morrería», solía decir, que quería decir que si Alfredo no hubiera hecho tanto el idiota no se habría muerto.

Marqué su número y esperé.

La conversación no fue tal como la transcribiré a continuación, al menos mi parte del diálogo, pero si no domináis el gallego estoy segura de que me lo agradeceréis.

Mi madre contestó casi al instante, y algo en su tono de voz me hizo suponer que sabía lo de mi embarazo. Bueno, por eso y porque dijo:

—Estás preñada!

A bocajarro.

Me pilló desprevenida y balbuceé un instante antes de confirmárselo.

—Eeeh..., sí.

—*E a que esperabas para contarmo?*

—Iba a hacerlo, pero dicen que es mejor esperar a los tres meses para..., ya sabes, por si acaso. Oye, ¿cómo te has enterado?

—*Díxomo a túa amiga Piluchi esta mañá*.

—Ah, vaya. Fue una broma que le gasté en Navidades, ya sabes que siempre me está provocando. Tenías que haber visto su cara. —Solté una carcajada—. Pero ¡ahora estoy embarazada de verdad!

—*E non pensades casar?*

Pensé que había llegado el momento de decirle que ya nos habíamos casado, pero luego recordé que Marco y yo habíamos hablado, muy por encima, de celebrar un discreto acto religioso con mi familia el próximo verano. La idea había sido suya y, aunque no habíamos concretado nada, a mí me pareció fenomenal.

¿No era un amor?

—Bueno, hemos pensado hacerlo este verano —dije.

—*Tan tarde? Non che vai sentar ben o vestido.*

—Eso es lo de menos.

No es que le preocupara que no me sentara bien el vestido, pero sí que me casara de penalti.

La oí respirar fuerte al otro lado del teléfono.

—*E atópaste ben?*

—Estoy perfectamente, mamá.

—*Se precisas de min, pódote ir ver.*

—No, tranquila, ya sabes que Virginia pasa mucho tiempo en casa.

—*Si, filla, seino...*

Veinte minutos más de conversación materno-filial y me despedí cariñosamente de mi madre:

—Un beso, mamá, y cuida de las tías.

—*Un bico, miña nena.*

En el aire ya se respiraba la primavera y, aunque la fatiga me atenazaba al mínimo esfuerzo, me sentía bien. No había tenido un solo vómito en todo lo que llevaba de embarazo y mi cuerpo había comenzado a cambiar. Solo estaba de seis semanas y mis pechos ya se veían más llenos.

¡Vaaaaya!

Pero entonces algo empezó a ir mal. Pequeñas y oscuras manchas de sangre comenzaron a aparecer en mi ropa interior, y aunque al principio pensé que era normal —así lo había leído en alguna revista—, llamé a Virginia para comentárselo.

—Llama a tu ginecólogo —me recomendó—. ¡Ya!

La urgencia de Virginia consiguió asustarme, y a los cinco minutos ya estaba llamando al ginecólogo, quien me convocó en la clínica esa misma tarde. El diagnóstico fue preocupante. Mi placenta se había desprendido ligeramente y debía guardar reposo durante, al menos, veinte días.

La noticia de que el embarazo podía terminar en aborto nos arrolló a los dos. Creo que ninguno nos habíamos planteado la posibilidad de que algo así nos sucediera. Sé que son cosas más habituales de lo que pensamos, pero estábamos tan ilusionados que la mera idea de que algo saliera mal simplemente no existía.

De modo que nos volvimos unos histéricos de las normas. Seguimos a rajatabla las pautas del

doctor y no me moví más de lo estrictamente necesario, y cuando lo hacía intentaba no rozarme, chocarme o tropezarme ni con el aire que me rodeaba.

Una locura.

Pero todo esfuerzo valía la pena.

Virginia se trasladó a La Rodona al día siguiente para atenderme mientras Marco se ocupaba de los viñedos. Era una suerte tenerla tan cerca, aunque Marco nunca pasaba más de dos horas sin venir a comprobar mi estado.

Él intentaba transmitirme fuerza y optimismo, pero no se daba cuenta de que la ansiedad se reflejaba en su semblante, incluso dormía menos horas que antes, siempre pendiente de mí. A veces me despertaba por la noche y lo encontraba acariciándome el pelo con tanta delicadeza que apenas notaba su contacto. Entonces susurraba: «Duérmete, *chérie*, todavía es temprano». Me relajaba de nuevo, amodorrada por sus caricias, sintiendo que Marco me quería aunque no lo hubiera expresado con palabras. Y yo me dormía con el pensamiento dulce de que lo amaría para siempre.

Tres días más tarde las pérdidas desaparecieron.

Lo estábamos haciendo bien. Teníamos esperanzas.

¿QUIÉN ES MI MARIDO?

—¿Cómo haces para ganarme siempre? —se quejó Virginia esa mañana mientras jugábamos al tute—. Si acabas de aprender.

Era cierto, hacía tan solo una hora que me había explicado las reglas del juego y ya le ganaba todas las manos. Jugábamos sentadas en el sofá, ella arrinconada en un extremo y yo ocupando con mis piernas estiradas la mayor parte del espacio.

Hacía tres días que se había inaugurado la primavera, y el tiempo en La Rodona era cálido y apacible. Me moría de ganas de perderme por el viñedo. Me encantaba contemplar cómo las plantas volvían lentamente a la vida después del largo reposo del invierno. Era un momento especial, pero ese año no podría verlo y tendría que conformarme con imaginar el olor y el color de los campos en plena eclosión. También echaba de menos sentir la energía del sol en la piel mientras caminaba y el olor intenso y picante de la bodega.

Milo descansaba tumbado a nuestros pies, haciendo tiempo hasta la llegada de su nuevo amo. Algo que a nosotras nos pasó inadvertido hizo que Milo levantara las orejas y saliera zumbando hacia la puerta, que permanecía abierta. Un minuto más tarde, nuestros deficientes oídos humanos captaron el sonido de un motor.

—Voy a ver quién viene —dijo Virginia depositando sus cartas sobre la mesa—. Tal vez sea el cartero.

—No creo. Ese no es el sonido de su moto, y Milo lo reconoce.

Virginia salió de casa y yo me quedé allí tumbada, planeando mi próxima jugada. La muy tonta había dejado las cartas boca arriba y no perdí la oportunidad de ojearlas sin pudor. Al cabo de un momento escuché la voz de Virginia hablando con alguien. Poco después entraba en el salón seguida de una mujer.

—Ali —dijo Virginia repentinamente nerviosa—. Esta señora viene a hablar contigo.

—Ah, bien —dije observándola.

La mujer era alta y rubia, de rasgos delicados. Aparentaba cincuenta y pocos —posiblemente los que tenía, pese a los evidentes retoques en su cara— y vestía de forma sofisticada, con un traje oscuro de falda y chaqueta que le sentaba realmente bien y que realzaba el color de su cabello, suelto hasta los hombros. Me pareció una turista, solo que su atuendo no encajaba con alguien interesado en pasear por un viñedo.

—Perdone que no me levante —añadí—. Pero debo guardar reposo.

Cuando habló, un súbito vértigo me recorrió la espalda. Hablaba en francés y su expresión era letalmente hostil, incluso aprecié con claridad que su rostro enrojecía al verme.

La mujer despertó en mí un mecanismo primario de alerta. Desvié la mirada hacia Virginia esperando que ella pudiera comprender lo que decía.

—Dice que es Camille Antonelli.

—¿Y qué quiere?

Mi hermana no dominaba el idioma, pero se defendía bien con los turistas ingleses y franceses, incluso con los alemanes.

Lanzó la pregunta y entonces las dos se enzarzaron en una conversación tensa y más lenta de lo recomendable, pues Virginia tenía que armar las palabras en la cabeza antes de soltarlas. Encima, la recién llegada no tuvo la deferencia de hablar más despacio para que ella comprendiera y no se perdiera en el caos lingüístico de su discurso.

Era una escena de lo más grotesca.

La conversación fue subiendo de volumen. La rubia increpaba a Virginia con tono glacial y esta hacía esfuerzos para entenderla, aunque deduje que sin mucho éxito. Al final, las dos estaban tan alteradas que terminaron gritándose la una a la otra ante mi mirada estupefacta. Me sentía tan impotente que me puse de pie y di unos pasos hacia ellas.

—¡Siéntate, Ali! —ordenó Virginia entre palabras francesas, y la vi tan enfadada que no dudé en obedecer.

Volví a mi sitio y aún presencié un tirante debate entre las dos; Virginia manoteando sin parar mientras trataba de buscar la palabra adecuada, y la rubia sin mover un solo músculo, elegantemente estática y altiva, escupiendo palabras aniquiladoras, a juzgar por el tono y el volumen de su voz. Después de lo que me pareció una eternidad, la mujer soltó algo que sonó realmente grosero y, antes de irse, arrojó con desdén una tarjeta sobre la mesa. Luego salió de allí a grandes zancadas, al menos todo lo grandes que podían ser con aquella falda-constrictor.

Virginia se acercó a la ventana del salón y la observó mientras yo, encogida en el sofá, escuchaba el ruido de su coche al maniobrar para marcharse. Cuando se aseguró de que se había ido, se volvió hacia mí, tan pálida como un hueso.

—¿Quién demonios era esa? —chillé—. Si no fuera porque le saca veinte años a Marco, pensaría que es una novia despechada.

—Dijo ser la esposa de Adrien Antonelli —aclaró Virginia.

—Ah. ¿Y qué quería?

—Ni idea. —Soltó un bufido y paseó inquieta por el salón, una mano en la cadera, la otra en la frente—. Hablaba tan rápido que apenas pude entender alguna palabra suelta.

—¿Y por qué discutíais?

—¡Yo no discutía! —Se detuvo y puso los brazos en jarras—. Solo le advertía que no me hablara de esa forma. ¿No la has escuchado? Estaba fuera de sí. ¿Quién se cree que es? Si ella me grita, yo le grito. Tía maleducada...

—Ha sido lo más raro que me ha pasado nunca.

—Y a mí, cielo, y a mí.

—¿Y esa tarjeta? —pregunté señalando el trozo de papel pequeño y rectangular que había

arrojado sobre la mesa.

Virginia se acercó y la recogió.

—Es de un hotel, probablemente donde está alojada.

—¿Piensas que tiene algo que ver con Marco?

Álex apareció en la puerta del salón. Las dos volvimos la cabeza hacia él con la cara desencajada.

—El patrón me envía para saber quién vino. Vimos el coche acercándose acá...

—Dile que quiero verlo, Álex. Y que sea rápido, por favor.

—¿Se encuentra mal, patrona? ¿Llamo a una ambulancia? ¿Llamo a...?

—No, no, estoy bien, solo dile que venga.

—Ya estoy allá —dijo mientras salía a toda prisa.

Diez minutos más tarde Marco entraba apresurado con Milo pisándole los talones.

—¿Qué ocurre? —Se acercó a mí con grandes zancadas y se agachó a mi lado—. ¿Estás bien?

Virginia y yo cruzamos una mirada. No sabía cómo plantear la pregunta, así que no perdí el tiempo devanándome los sesos.

—¿Conoces a Camille Antonelli?

La conmoción en su rostro me provocó un espasmo en el estómago.

La conocía.

Cuando me miró, sus ojos estaban cubiertos por una sombra tan oscura que me retorció el corazón. Traté de pensar en el vínculo que podía unir a Marco con esa mujer, pero ninguna opción lógica se me pasaba por la cabeza. De pronto tenía un millón de interrogantes abriéndose paso en mi mente a machetazos.

—Virginia, déjanos solos —dijo.

Ella se levantó y caminó hacia la puerta.

—Virginia, quédate —dije yo frunciendo los labios.

Se detuvo.

—¡Déjanos solos! —exclamó Marco con voz autoritaria.

—¡No! —alcé la voz más que él—. ¡Quédate!

Marco se volvió hacia mi hermana suplicando con la mirada.

—Por favor —dijo al final con la voz ahogada.

Y Virginia se marchó.

Cuando estuvimos a solas, Marco se levantó y paseó por la estancia, con una mano frotándose la nuca y la otra en la cintura.

Dios mío, ¿qué iba a decirme? ¿Tan malo era para que estuviera en ese estado?

—Alicia... —suspiró, y su nivel de nerviosismo me agitó a mí también—, no es el momento para hablar de esto.

Tragué saliva, o más bien la piedra que tenía atravesada en la garganta.

—Estoy segura. Pero solo quiero que me digas quién es esa mujer. Dijo que es la esposa de Adrien Antonelli. ¿Lo conoces?

—Entiendo que quieras saber..., y si tienes un poco de paciencia te lo explicaré todo. Pero

ahora no. Por favor, *chérie,* no en tu estado.

—¿Quieres que me olvide de lo que ha pasado durante los próximos meses?

Parecía un león deambulando de un lado a otro dentro de su jaula de circo. Si no se estaba quieto, me iba a volver loca.

—Solo hasta que te encuentres mejor y podamos hablar. Hazlo por el bebé.

Respiré hondo, con todas las emociones del mundo recorriéndome el cuerpo. Me dije que si era tan grave lo que tenía que decirme, definitivamente no era el momento adecuado. Necesitaba estar tranquila por encima de todas las cosas.

—Está bien, aplazaremos esta conversación, aunque me duele como el demonio esta incertidumbre, ¿lo entiendes?

Se acomodó a mi lado y me acarició el pelo.

—Lo entiendo. Pero pronto se aclarará todo, confía en mí.

Quise mirarlo con desconfianza, pero no pude. En realidad, me moría de ganas de que me acunara entre sus brazos y me besara con la dulzura con que solía hacerlo. Los últimos meses habían sido tan maravillosos que me negaba a aceptar que hubiera algo en él o en su pasado que pudiera amenazar nuestra felicidad. Tuve que sacar fuerzas de flaqueza para demostrar un poco de aplomo.

—La mujer dejó esa tarjeta.

Señalé con un gesto el trozo rectangular de papel beis que había sobre la mesa.

Él lo tomó. Leyó el nombre del hotel y dijo:

—Iré esta tarde.

Lo miré con aprensión y un poco de desconfianza.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó. Mi cabeza le dijo que sí con un gesto. Mi corazón le dijo que no dentro de mi pecho—. ¿Quieres que te lleve al jardín? Hace un día precioso.

Asentí, y entonces Marco pasó sus fuertes brazos por debajo de mis piernas, alzándome sin esfuerzo, como si mi cuerpo estuviera relleno de aire. Cuando salimos al jardín, la brisa agradable y el sol cálido me reconfortaron. Alcé el rostro para absorber su calor y rogué al cielo que protegiera a la criatura que se aferraba a la vida en mi interior. Yo no importaba nada, ya me había roto en mil pedazos y había vuelto a recomponerme. Sin embargo, la diminuta vida que se gestaba en mi cuerpo era tan frágil, tan indefensa, tan expuesta al mundo, que me aterraba que algo pudiera sucederle. Y a Marco también. Lo notaba en sus ojos, cada día, a cada momento.

Pero la incertidumbre puede ser tan dañina como un mal diagnóstico, como una confesión funesta.

Una margarita de pétalos infinitos.

Eso era.

Marco me acomodó en el banco, a la sombra de las palmeras, y volvió a casa a buscarme un refresco. Virginia aprovechó el momento para acercarse corriendo a mi lado y averiguar qué había pasado.

—Aún no lo sé —dije desanimada—. Dice que no es el momento para hablarlo.

—No me gusta esa respuesta, pero tiene razón; no es el momento.

El tiempo de espera se me hizo insoportable. Marco se había marchado hacía dos horas y aún no había vuelto. Virginia no me perdía de vista, atenta a mis reacciones. Me sentía muy cansada, con los niveles de energía bajo mínimos y los de vulnerabilidad sobre máximos. Tuve la necesidad de tumbarme, pero ni siquiera me atreví a subir las escaleras para echarme en la cama; cualquier mínimo esfuerzo me provocaba una fatiga extrema y que el corazón me latiera desbocado en el pecho.

¿Qué me estaba pasando?

Me recosté en el sofá. Virginia preparó algo ligero para cenar y consiguió que tomara un poco de sopa de verduras. Sin embargo, no pude con el segundo plato; tenía el estómago tan cerrado como las valvas de un mejillón.

—¿Tú te sentías tan cansada? —le pregunté.

—Cada mujer es distinta. Yo tuve buenos embarazos y parí casi sin esfuerzo. En eso me parezco a mamá.

—¿Y yo? ¿Por qué no me parezco a mamá?

—Porque tú te pareces a papá. Por eso tienes ese cuerpo tan esbelto.

—Pero papá, que yo sepa, nunca ha estado preñado.

—Pues si lo hubiera estado, seguro que andaría como tú, tirado por los suelos. —Vio mi cara angustiada y añadió—: No te preocupes, Ali, todo va a salir bien. Son síntomas normales, sobre todo en los primeros meses. En cuanto cumplas dieciséis semanas tu cuerpo volverá a tener la misma energía de antes.

—¿Dieciséis? Eso quiere decir que aún me queda... —Hice un cálculo rápido—. Demasiado tiempo.

Dos tilas más tarde, todavía no había sido capaz de controlar los nervios.

—No sé si podré seguir reprimiendo esta desazón, Virginia. Creo que no soy tan fuerte.

Se sentó a mi lado en el sofá y me frotó un brazo para tranquilizarme.

—Eres fuerte, cariño, y lo has demostrado muchas veces. Piensa que, sea lo que sea que tenga que decirte Marco, ha hecho todo lo posible para hacerte feliz.

No podía negarlo. Marco había sido hasta entonces el marido perfecto. Y precisamente por eso me encontraba paralizada de miedo. Me aterraba perder la felicidad que sentía a su lado.

Aun así, decidí no darle más vueltas y esperar a que volviera. Después tendríamos tiempo para hablar y aclarar las cosas. Conseguí calmarme lo suficiente como para pedirle a Virginia que me trajera el portátil. Había unos pedidos que quería revisar y mientras los gestionaba no le estaría dando vueltas a la cabeza.

—Es lo mejor que puedes hacer —dijo ella mientras me entregaba el aparato—. Así dejarás de pensar.

Me entretuve un rato clasificando los pedidos. Había tres de restaurantes y un par de ellos de particulares.

De repente, sin que mi mente tuviera tiempo de reaccionar, abrí una nueva ventana y tecleé en Google «Camille Antonelli». Casi al instante, la pantalla me mostró más información de la que esperaba. Hice clic en la pestaña de imágenes y reconocí a la rubia en varias de ellas.

Desvié un momento la mirada hacia Virginia; estaba sentada en un sillón, frente a mí, y ojeaba una revista de decoración. Volví a concentrar los ojos en la pantalla y deslicé el cursor hacia abajo para ver todas las fotografías. Me quedé perpleja cuando descubrí a Marco en una imagen, y luego en otra, y en otra. No tuve ninguna duda de que era él, aunque llevaba el pelo más corto y peinado hacia atrás con gomina. Estaba distinto, pero era Marco.

Súbitamente nerviosa y fuera de control, pinché en una de las fotos y el enlace me llevó al diario *Le Monde*, que contenía un titular en francés del que solo comprendí dos palabras: «Adrien Antonelli». El corazón me dio un vuelco y traqueteó antes de comenzar una carrera furiosa en mi pecho. Presa de un arrebato de angustia, subrayé el texto y lo copié en el traductor de Google.

No debí hacerlo, pero por Dios que no pude contenerme.

«El magnate corso Adrien Antonelli niega el pago de doscientos cincuenta mil euros en concepto de comisiones a cambio de contratos.»

—Dios mío —dije sin querer en voz alta.

Virginia levantó la vista y me miró desconcertada. Mi expresión atónita debió de inquietarla bastante porque se puso de pie y vino a sentarse a mi lado.

—¿Qué pasa?

Le mostré el titular, y ella no necesitó del traductor para entenderlo.

—¿Qué es esto?

La miré con el semblante anegado por la estupefacción y la pena.

—Marco no es Marco —dije—, es Adrien Antonelli, y la rubia tenía razón, es su mujer.

—No puede ser —murmuró ella casi sin voz—. ¡No puede ser!

Virginia me arrebató el ordenador de las manos y leyó la noticia en silencio. Tras un minuto, me hizo un resumen detallado de su contenido:

—Aquí dice que se investiga a Adrien Antonelli por pagar comisiones ilegales a varias empresas y por supuestos negocios ilícitos relacionados con el juego y las armas, incluso se le atribuye la financiación irregular de diversas campañas políticas. —Hizo una pausa para mirarme, pero yo no era capaz de reaccionar—. El artículo termina diciendo que Antonelli es el peor enemigo, aunque el mejor para los negocios, y mencionan a un sicario que entró en su casa de Ajaccio hace dos años con la intención de acabar con él. Al parecer, nunca se ha vuelto a saber nada del hombre.

—No es posible —murmuré en estado de *shock*.

Comencé a hundirme en una profunda confusión, con la adrenalina colapsando mi sistema nervioso, preparándome para salir corriendo o luchar.

Pero ninguna de las dos opciones era válida dada mi situación.

«Debes calmarte», murmuró Dimitri.

Vaya, otra vez tú.

«Respira, vamos, ¡hazlo!»

No me había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

«¡Respira, Alicia!»

Traté de serenarme, siguiendo las órdenes de Dimitri, y respiré profundamente para calmar

mi corazón.

«Inspira.»

«Espira.»

«Inspira.»

«Espira.»

Dejé la mente en blanco y solo así conseguí tranquilizarme.

—Escucha este titular —dijo Virginia, que seguía buscando información en el portátil. La miré sin ganas—: «Antonelli premia la lealtad de sus amigos y atemoriza sin piedad a sus enemigos».

«Inspira.»

«Espira.»

—«Los mafiosos corsos que emigraron al continente regresan a casa para poner su experiencia "al servicio de la isla"» —leyó con estupefacción—. Y entre otros aparece el nombre de Adrien Antonelli.

Las manos comenzaron a sudarme.

Y Virginia no se callaba.

—¡Mierda! ¡Mierda! —exclamó, y yo la miré un poco aturdida—. Aquí relacionan su forma de actuar con «los traumáticos sucesos sufridos durante su infancia» y, ¡joder!, dice que «los padres del poderoso Antonelli murieron víctimas de un atentado en 1994, en la capital de la isla, cuando este tenía doce años».

Virginia cerró de un golpe tan fuerte la tapa del portátil que dudé que volviera a funcionar.

—No puede ser —dije sin aliento.

Seguí con las respiraciones profundas.

«Basta, o te marearás», aconsejó Dimitri.

De hecho, ya estaba mareada.

Virginia se levantó de un salto y se movió nerviosa por el salón.

—¡Joder! ¡JODER! ¡Es un puñetero mafioso!

—No grites, Virginia.

Contra todo pronóstico, conseguí permanecer tranquila.

—Por favor, no te alteres —me dijo.

—¡Eres tú la que estás perdiendo el puto control! —exclamé siguiendo con la mirada sus movimientos nerviosos.

—Tranquila, respira hondo.

—Respira hondo tú, yo llevo haciéndolo un buen rato.

—No sé cómo puedes mantener la calma con lo que acabamos de averiguar, pero me alegro de que te lo tomes tan bien.

¿Me lo tomaba tan bien?

No.

Estaba muerta de miedo.

Pero por nada del mundo, ni siquiera por Marco, pondría en peligro la vida de mi hijo. Si tenía que tragarme de golpe toda su basura, lo haría sin inmutarme, ya fuera Marco un mafioso

corso o un vampiro sediento de mi sangre.

No podía dejarme llevar por las emociones, y por mi alma que conseguiría mantenerlas a raya.

«Eres fuerte —habló de nuevo Dimitri—. Y lo estás haciendo bien.»

—Vale —murmuré sintiéndome fatigada—, esta es la situación. —Cerré un momento los ojos y fui hilando cabos—. Marco quería comenzar una nueva vida fuera de la isla, ahora ya sabemos por qué. Los periódicos son sensacionalistas, así que tampoco podemos fiarnos de ellos. Sabemos que se llama Adrien Antonelli y que es un empresario...

—¡Ja!

Miré a Virginia y enarqué una ceja.

—No me interrumpas, ¿quieres?

—Vale, pero no es un empresario, es un mafioso, un jodido extorsionador. Lo he leído.

—Ya te he dicho que la prensa a veces exagera.

—¡Ja!

—Si vuelves a decir ¡ja!, conseguirás que explote, ¿quieres eso?

—¡No! Y lo siento, es solo que estoy muy nerviosa.

Y yo estaba justo en el borde, en el límite entre la calma y el descontrol emocional.

«Inspira, Alicia.»

«Espira.»

—Bien —continué—. Quería salir de la isla por las circunstancias que fueran. Sabemos cómo murieron sus padres y me consta que tiene muchos remordimientos.

—¿Cómo sabes que tiene remordimientos?

—Él me lo dijo. Creo que quería contármelo todo, pero no encontró el momento.

—Y tal vez no lo hubiera encontrado nunca. Si no llega a aparecer esa rubia, jamás nos habríamos enterado.

Apreté los labios y mi mirada se perdió en el vacío.

—Me lo habría contado, lo sé. Y puedo digerir que tenga un pasado tan... inquietante, pero... está casado con otra mujer...

—Adrien Antonelli está casado con Camille, y Marco Bossi...¡está casado contigo!

—Ay, Dios... —musité.

—Qué cabrón.

En ese instante sentimos el ruido de su coche al llegar. Le pedí a Virginia que me dejara sola, lo cual fue una tarea titánica. Tuve que rogarle cinco veces para que se fuera a su dormitorio y no saliera a menos que fuera estrictamente necesario.

—¿Y cómo sabré que es estrictamente necesario? —preguntó.

—No sé, Virginia, esas cosas se saben.

—Pues no estoy segura, nunca he estado en una situación parecida.

—Marco no va a hacerme daño.

—Bueno, establezcamos una palabra a modo de contraseña, por si me necesitas.

—Ahora no puedo pensar en eso.

—¿Qué tal *socorro*?

La miré como si se hubiera vuelto lela de repente, aunque la perdoné porque estaba muy alterada, incluso más que yo. Si había algo de lo que estaba segura era de que Marco jamás me haría daño, por muy feo que fuera lo que tenía que decirme.

—Si gritas *socorro*, yo salgo, ¿vale?

—Sí, sí, vale. Ahora vete antes de que entre.

Escuché el ruido de la puerta al abrirse, y Dimitri tuvo que ordenarme de nuevo que dejara de contener el aliento o acabaría desmayándome. Cuando vi a Marco en la entrada del salón, no lo reconocí.

Horas antes era el compañero ideal y ahora no sabía quién era.

La felicidad es traicionera y ni siquiera tiene en cuenta tus circunstancias personales antes de abandonarte, simplemente lo hace y tú te apañas como puedas.

Estaba enfadada, dolida y anonadada, y no exactamente en ese orden. Me habría gustado ser terriblemente pasional y enfrentarme a él gritando y chillando de dolor.

Pero mi carácter era más frío.

Gracias al cielo.

Iba a decirle que lo sabía todo cuando Dimitri me hizo cambiar de opinión.

«No le digas nada, deja que sea él quien confiese, así sabrás si dice la verdad.»

Puede que Dimitri hubiera sido a veces un cabrón aguafiestas, pero sin duda era el piloto más listo de mi nave.

Marco avanzó por la estancia y se sentó en el sillón que había ocupado Virginia momentos antes.

«Tiene la apariencia de Marco, pero no es Marco», murmuró Dimitri.

Natasha lloriqueó.

—Cuéntamelo —le dije.

Desconcertado por mi expresión atormentada, Marco me miró fijamente.

—No creo que...

«Tiene su voz, pero no es él.»

—Puedo soportar cualquier cosa que tengas que decirme.

Se recostó en el sillón, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—¿Me crees si te digo que iba a contártelo?

«Tiene los ojos de Marco, pero no es Marco.»

—Sí.

—Es una larga historia.

—Empieza desde el principio.

«Eso, empieza, estoy deseando escucharte», apuntilló Dimitri mientras Natasha se deshacía en hipidos.

—Mis padres no murieron en un accidente de tráfico, fueron asesinados en Ajaccio. Es... complicado de explicar. Y no sé si podrás entender...

Un dolor de diferente naturaleza al mío impregnaba su voz.

—No me subestimes, Marco... —Lo miré con rencor—. ¿O debería llamarte Adrien?

Me lanzó una mirada fría e inexpresiva que me hizo tragar saliva.

—No te subestimo, pero entiendo que la situación de Corsica es difícil de asimilar si no eres de la isla. En cuanto a lo otro, prefiero que me llames Marco. Era el nombre de mi abuelo materno. ¿Has estado investigando?

Guardé silencio. No era mi turno de responder preguntas, y las que yo quería hacerle eran tantas que se apretujaban en mi cabeza y debía ordenarlas antes de formularlas.

—¿Por qué mataron a tus padres?

—La forma de hacer política en Corsica es... diferente —dijo con un deje de amargura—, aunque más que política debería hablar de asociaciones, fidelidad a las familias y clanes.

—Eso suena a mafia.

—¿Mafia? —Rio débilmente—. Eso es solo un concepto. —No estaba de acuerdo, pero no dije nada y lo dejé continuar—. Mis padres pertenecían a la ACFR, la Asociación para una Corsica Francesa y Republicana, y como puedes imaginar no era una asociación que gustara a los grupos nacionalistas, ni siquiera a los moderados.

—¿Murieron por pertenecer a una asociación? —pregunté incrédula.

—Hubo un tiempo en que las acciones armadas del Frente de Liberación Nacional de Corsica se dirigieron hacia personas consideradas profrancesas y, bueno, mis padres lo eran.

—O sea que murieron por una cuestión política.

—Es más que una cuestión política, pero si lo entiendes mejor así, está bien.

—¿Y tú? ¿Eres nacionalista o profrancés?

Incorporó el cuerpo hacia delante y se restregó el rostro con las manos.

—Yo no soy nada. La política me importa una mierda.

Silencio incómodo. Planteé mi siguiente pregunta con delicadeza:

—¿Cómo... cómo conseguiste superarlo?

Levantó la vista y me miró fijamente.

—¿Crees que algo así se supera? —Me limité a negar con la cabeza, poco segura de que fuera capaz de hablar. Él ni siquiera pestañeó—. Lo único que puedes hacer es aprender a vivir con ello.

Su gesto se iba ensombreciendo cada vez más. Agachó la cabeza y yo decidí cambiar de tema:

—¿Qué me dices de Camille?

Casi me atraganto al pronunciar su nombre. Lo vi ponerse tenso.

—Nuestro matrimonio terminó hace mucho.

—Pero sigues casado con ella.

—Es Adrien quien sigue casado con ella.

Como si hubiera diferencia.

Suspiré al tiempo que reprimía un estremecimiento.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Nadie debía saber adónde iba, ni siquiera ella. Si me hubiera quedado en la isla, tarde o temprano habría corrido la suerte de mis padres.

—De modo que abandonas a tu mujer, te cambias el nombre y te buscas una segunda esposa.

Decir aquello en voz alta tuvo en mí un efecto demoledor, como si me hubieran arrancado de

los brazos confortables de un sueño maravilloso para instalarme de repente en una realidad siniestra.

—Te he dicho que nuestro matrimonio terminó hace mucho. —Sus ojos revolotearon por la estancia antes de volver a centrarse en mí—. En realidad, nunca fue un matrimonio convencional.

—El nuestro tampoco.

—Camille vive en París. Si me ha buscado es solamente porque necesita que le resuelva algunos asuntos.

—Pues parecía una mujer engañada, y dolida...

—Supongo que no le gustó que desapareciera sin dejar rastro.

—¿Y cómo te localizó?

Su mirada se perdió en alguna parte, fuera de aquellas paredes.

—Me conoce bien, y sabe qué hilos tocar.

Eso me resquemó. Estaba claro que yo no lo conocía.

—Tal vez dentro de un tiempo sea yo quien te busque en otra casa, con otro nombre, y le pregunte a una mujer desconocida dónde está Marco Bossi.

—Ali...

—Y entonces me pondré a gritar, igual que hizo Camille, e insultaré a la mujer que sea tu nueva esposa, pero ella no me entenderá porque posiblemente solo hable griego...

—Ali...

—Las islas griegas también son una buena opción, y también tienen viñedos, no sé cómo no pensaste en ellas...

—¡Ali!

El sonido brusco de su voz me sacó de un bucle interminable de posibilidades.

Le presté atención.

—Qué.

—No hablo griego.

—Ya, claro, es una buena excusa —dije con la voz floja. Hablar de Camille me había deprimido.

Curvó los labios en una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—*Chérie,* no te cambiaría por ninguna otra mujer, tienes que creerme. Eres perfecta para mí. ¿Sabías que Corsica es una de las regiones vinícolas más antiguas del mundo? —Negué con la cabeza—. Mis abuelos tenían un pequeño viñedo cerca de Porto Vecchio. Mi padre siempre pensó que se ocuparía de él cuando ellos ya no pudieran hacerlo, y yo solía soñar que tomaría el relevo de mi padre, y mi hijo el mío llegado el momento... Fueron buenos sueños, pero la realidad nunca se parece a los sueños.

—La mía se parecía hasta ahora. Y se ha convertido en una pesadilla.

—No, por favor, no digas eso, lo nuestro puede funcionar...

El tono de su voz hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas.

—¿Por qué no te quedaste con el viñedo de tus abuelos? —pregunté para apartar la amargura.

Frunció los gruesos labios mientras armaba la respuesta.

—¿Alguna vez has sentido un rencor tan grande que lo notas circulando por las venas como si fuera un gusano?

—No.

—Lo imaginaba. —Su voz sonó ominosa—. Es un sentimiento que se te enrosca al corazón y lo aprieta tan fuerte que controla tu voluntad hasta que se salda la deuda.

Suspiré.

—¿Y lo has hecho, Marco? ¿Has saldado tu deuda?

Airado, me miró.

—No era mi deuda —respondió con denodada calma.

—No me has contestado.

Silencio.

Un largo silencio.

Un silencio tan largo que intuí que no pensaba contestarme.

—¿Y bien? —lo acucié.

Pude ver que los músculos de su mandíbula se tensaban al apretar los dientes.

—Sí.

Su mirada se volvió mortalmente fría.

—Y el precio que has pagado es el destierro.

Afirmó con la cabeza.

No tenía ni idea de cómo habría saldado semejante deuda, pero las posibilidades desfilaron por mi mente de forma tenebrosa. Por eso no quise seguir preguntando. Me aterraba descubrir algo tan horrible que me impidiera volver a mirarlo a la cara, o incluso permanecer bajo el mismo techo que él. Debía asimilar los acontecimientos poco a poco y, aunque todo aquello me estaba resultando difícil, también era cierto que mi condición de embarazada me obligaba a tomarme las cosas de una manera menos visceral. Un esfuerzo que me agotaba. Pero no podía permitirme el lujo de que las emociones camparan a sus anchas por mi organismo, sometiéndome a su voluntad y haciendo estragos en él como si fueran una panda de amigas que vuelven a casa borrachas después de una noche de fiesta.

Sin embargo, había otras cuestiones que sí podía esclarecerme.

—Pero hay algo que no entiendo —dije, y lo vi entornar la cabeza poniendo atención—. Podías haber comprado tu propio viñedo, no necesitabas hacerte cargo del mío, ni casarte..., ni nada. ¿Por qué?

Meditó la respuesta.

—Esta isla me pareció el lugar perfecto para refugiarme. Se parece a Corsica, y sabía que aquí no me sentiría un extraño. Es cierto que pensé en comprar un viñedo y empezar de cero, pero cuando Bastien me habló de ti, de tu situación... No sé... Ocurrió al ver tu fotografía. Me produjo una gran ternura. Fue un sentimiento muy estimulante. —Sonrió a medias—. Y yo hacía mucho tiempo que no sentía nada... Quise conocerte de inmediato, quería ayudarte...

—En otras palabras: te di pena.

—¿Veías pena en mis ojos cuando te hacía el amor, *chérie*?

No le respondí, pero lo cierto es que siempre había visto deseo.

—Me has dado tanto, Ali... Y ahora llevas un hijo mío en tu vientre..., y por primera vez siento que puedo ser feliz. Quería contártelo todo, y solo esperaba a que nuestra relación fuera más fuerte porque tenía miedo de que, si descubrías todo demasiado pronto, no dudarías en dejarme.

—En internet dicen cosas horribles de ti.

Arqueó las cejas y guardó silencio durante un minuto que se me hizo muy largo.

—La mayoría son ciertas —dijo un poco ausente—. Pero jamás he perjudicado a un inocente.

Esa declaración consiguió enfadarme.

—¡Yo soy uno de esos inocentes, maldita sea! —dije con lágrimas en los ojos—. Me has engañado para conseguir lo que querías, me has utilizado, he sido un juguete en tus manos.

Se levantó del sillón para acercarse a mi lado y, después de arrodillarse, me abrazó.

—Lo sé... —susurró en mi oído—. Pero jamás quise hacerte daño. Estaba seguro de que podía ofrecerte todo lo que necesitabas. Y habría hecho cualquier cosa para que me aceptaras.

—No tiene sentido, Marco. Todo ha sido extraño desde el principio. Que te fijaras en mí, tu interés desmedido, tu visita repentina, tu proposición de matrimonio. Podrías haber tenido a cualquier mujer, en cualquier parte. Yo no soy...

Me abrazó más fuerte.

—Sí lo eres. —Se detuvo de golpe y se demoró unos segundos con el rostro hundido en mi pelo. Luego se separó lo justo para mirarme—. Yo te elegí. Y no me arrepiento, ¿me oyes? —Me zarandeó suavemente y luego me enjauló el rostro con sus manos grandes—. Puede que al principio solo buscara una salida, pero lo que sentía cuando miraba tu fotografía era real. Me gustabas. Cuando te conocí, mis presentimientos se confirmaron. Eras alguien especial, y durante este tiempo a tu lado he sido muy feliz. Hay cosas de las que no estoy orgulloso, es cierto, pero no puedo volver atrás y cambiarlas. Ahora solo quiero que todo vuelva a ser como antes. Te quiero, Ali, y no soportaría que me apartaras de tu vida.

Natasha dejó de lloriquear y reaccionó bruscamente:

«¿Ha dicho que te quiere?»

—Es la primera vez que me dices eso.

—Si me dejas quedarme, te lo diré cada día. Te necesito, Ali. No he venido aquí para salvarte, *chérie*, he venido a que me salves tú. Tal vez sea un poco egoísta por mi parte, pero quiero que sepas que haré cuanto esté en mi mano para hacerte feliz.

Aquella declaración logró desarmarme. Y, aunque todo parecía una espiral de sucesos surrealistas, poco a poco fui recobrando la calma.

Ya más tranquila, no pude dejar de preguntarle:

—¿Todo lo que me contaste era mentira? Tu trabajo en la estación de viticultura, que eres ingeniero agrónomo...

—Ya te dije que mis abuelos tenían un viñedo, y lo que leíste en el dosier respecto a mis estudios es cierto. En cuanto a la estación de viticultura de Porto Vecchio..., bueno, estoy al corriente de sus proyectos.

—¿Estás al corriente? ¿Qué haces, la financias?

—No —respondió escueto—. Yo la fundé.

—¿Tú la...?

Me sentí tan cansada que traté de finalizar aquella conversación. Además, desde hacía un rato se me había instalado un dolor punzante en el bajo vientre que me estaba empezando a preocupar.

—Necesito descansar, Marco, no puedo seguir con esto. Pero antes de dejarlo, dime una cosa. —Inclinó la cabeza y me prestó toda su atención—. ¿Por qué debería confiar en ti?

Me miró como si no fuera capaz de entender que yo no supiera la respuesta, pero enseguida una luz de comprensión le iluminó el semblante.

—Porque tú también me quieres, *mon coeur* —dijo con voz suave—. Lo noto cuando te abrazo.

Contuve el temblor de mi voz.

—Es verdad, yo también te quiero, pero debes saber que la línea entre el amor y el odio es a veces muy fina. Los amores débiles provocan odios débiles, pero los grandes amores provocan grandes odios.

—Yo nunca te odiaré, Ali, lo juro por la memoria de mis padres. Y no soportaría que tú me odiaras a mí.

Medité sus palabras un momento. Marco hablaba en serio, y yo le creí.

—Solo respóndeme a un par de cosas. —La lista de preguntas que quería hacerle parecía no agotarse. Tan pronto satisfacía mi curiosidad sobre un asunto, otra duda ocupaba el lugar de la anterior. Me miró fijamente y asintió, y yo lancé mi flecha—: ¿Alguna vez has matado a alguien?

Silencio.

Dios mío...

Respiró hondo y no apartó la mirada de mis ojos.

—No.

Sentí un alivio infinito; el padre de mi hijo no era un asesino.

Expuse mi siguiente pregunta:

—¿Has tenido algo que ver con negocios relacionados con la prostitución o el tráfico de personas?

—Puede que algunos de mis negocios no fueran limpios, pero no soy un delincuente de esa categoría.

Nos quedamos en silencio. Casi no podía creer que acabáramos de tener semejante conversación de una forma tan educada.

—Necesito... necesito un tiempo para asimilar esto.

—Lo entiendo.

Me miró con ojos enigmáticos.

—Pero ahora solo quiero descansar, estoy... estoy muy cansada.

—Te llevaré al dormitorio.

Me alzó en brazos, y yo descansé la cabeza sobre su hombro. Era tan amplio, tan acogedor... Aspiré su particular aroma. Señor, ¿por qué me resultaba tan apetecible? Acababa de descubrir que me había engañado de forma cruel y yo no podía pensar en otra cosa que no fuera en

recostarme a su lado y dejar que sus brazos me envolvieran hasta la mañana.

Era patética.

Peor, estaba cegada por el amor.

Mientras me depositaba con suavidad sobre el colchón, me di cuenta de que yo también lo había engañado, y tuve la necesidad de confesarme. Lo sujeté por el cuello, muy cerca de mí, y le dije:

—Yo también te mentí. —Me miró con escepticismo—. Cuando llegaste el primer día a La Rodona y Virginia te dijo que estaba ocupada curándole la pata a Milo... Bueno, no era cierto. —Su expresión se relajó y sus labios sonrieron—. Me habías pillado a medio arreglar y necesitaba unos minutos.

Rozó su nariz con la mía.

—Me di cuenta —murmuró, y yo sentí vergüenza con efecto retroactivo—. Tus mejillas y tus labios tenían restos de maquillaje.

—Lo siento.

Su pecho vibró por los efectos de la risa.

—Eres tan dulce, *ma chérie,* que podría devorarte.

Tragué saliva y mis brazos se negaron a liberar su cuello. Sus labios estaban tan cerca de mi boca que habría matado por besarlos.

—Voy a darme una ducha —dijo—. ¿Después puedo tumbarme a tu lado?

—Sí —murmuré físicamente agotada.

Antes de dejarlo ir, lo sostuve muy cerca, escrutando en lo más profundo de sus ojos, buscando a Adrien en ellos. Debía de estar en algún lugar, allí agazapado, pero solo pude ver a Marco.

Él pareció leerme el pensamiento.

—Soy yo, *chérie*, soy Marco, ¿puedes verme?

Sus ojos estaban llenos de sincera preocupación por mí. Asentí con la cabeza y él depositó un beso en mi frente. Cuando separó los labios de mi piel, me miró con expresión alarmada.

—Parece que tienes fiebre.

—¿Eh?

—Iré a buscar el termómetro.

—Estoy bien —dije—, solo necesito descansar.

Mientras escuchaba el ruido que hacía Marco revolviendo por la casa, me amodorré un poco. Sin embargo, había un asunto que me rondaba desde hacía unas horas, un pensamiento tan horrible que no permití que se asentara en mi mente. Os juro que luché para desterrarlo, pero estaba tan débil que las fuerzas me fallaban.

«¡No pienses en eso!», ordenó Dimitri.

«No puedo evitarlo», le respondí.

«Solo te traerá más dolor.»

«Lo sé, pero si no me libro de esa duda acabará consumiéndome.»

Cuando Marco volvió con el termómetro en la mano, me recosté en la cama y lo miré con el rostro anegado por la pena, previendo que mi verdadero sufrimiento estaba a punto de comenzar.

«¡No lo hagas, Alicia!»

Por primera vez, sentí que Dimitri y yo jugábamos en el mismo equipo.

Pero no había nada que pudiera evitar que formulara mi pregunta, que la arrojara como un proyectil que explotaría en medio segundo y nos arrasaría a los dos.

—¿Quemaste mi viñedo?

La inesperada pregunta lo dejó perplejo, y se quedó paralizado, sin atreverse a avanzar.

Silencio mortal.

Frío.

Brutal.

Revelador.

Noté que el dolor pélvico se agudizaba y se irradiaba a la parte inferior de la espalda.

—Prometiste esperar para hablar de esto.

Su voz sonó con un acento exagerado.

—¿Lo hiciste? —insistí en un susurro.

—Ali, creo que tienes fiebre, y necesitas descansar.

—¿Quemaste mi viñedo? —gruñí entre dientes notando que los ojos me chispeaban.

Estaba perdiendo el control. Sabía que ser consciente de las emociones era el primer paso para no dejarse arrastrar por ellas, pero, en ese caso, las emociones me estaban arrollando. La dulce y sensible Natasha estaba haciendo pedazos al todopoderoso y racional Dimitri, y lo hacía en silencio, porque en mi interior ella también lloraba y se veía desbordada por los acontecimientos.

Marco se sentó a mi lado en la cama y me sujetó por los hombros.

—Por Dios, *chérie,* no es el momento, tienes que cuidarte...

El dolor se intensificó. Y entonces noté que se me escapaba la vida.

Pero no era la mía.

La voz de Marco me llegó lejana, y lo que dijo se perdió.

SE LLAMA ESTETOSCOPIO

Abrí los ojos en el hospital y sentí un calor intenso en la mano izquierda. Giré la cabeza hacia ese lado y encontré a Marco sentado junto a mi cama sujetando mi mano entre las suyas.

Tuve un breve momento de confusión en el que no sabía dónde estaba ni qué día era ni por qué Marco tenía esa expresión tan afligida en la mirada.

Pero pronto recordé.

Y el pánico se apoderó de mí.

Luego sentí un vacío violento y frío en el vientre, porque supe, sin que nadie me lo dijera, que había perdido al bebé.

Miré a Marco. Parecía muy cansado y tenía marcadas ojeras bajo unos ojos enrojecidos, como si llevara toda una vida despierto. Pero no pude sentir compasión. En realidad, no sentí nada.

Bueno, no es cierto; sentí un profundo odio.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Volví el rostro hacia el lado contrario y me encontré con Virginia y con su mirada desconsolada.

Empecé a notar que me faltaba el aire.

—Sá..., por favor... —susurré sin aliento, sin poder articular las palabras.

Virginia acercó la oreja a mi boca.

—¿Qué?

—Sácalo —logré decir.

Al otro lado de la cama, Marco me apretaba la mano con fuerza.

Con la mano que tenía libre agarré a mi hermana por la ropa y tiré de ella hacia mí.

—Sácalo de aquí, por favor —repetí, esta vez con más fuerza.

Y ella comprendió.

—Marco, creo que debes irte —ordenó sin saber bien por qué.

—No voy a dejarla sola —replicó él con voz amenazadora.

Mi cuerpo reaccionó de forma brusca, incapaz de contener la implosión de emociones que había estado reteniendo desde esa mañana, desde que la felicidad decidiera que ya me había dado bastante y se dispusiera a quitármelo todo.

Volví la mirada hacia él al mismo tiempo que sacaba mi mano de entre las suyas.

—Márchate —murmuré sin fuerzas.

—No me iré —respondió con firmeza.

—No quiero verte.

—No voy a dejarte, Ali.

Un sentimiento de rabia me hizo temblar, y mi cuerpo se rebeló como si fuera un animal luchando ante su último aliento de vida.

—¡Márchate! —grité con fuerza—. ¡Vete! ¡No quiero verte! ¡Quiero que te vayas!

—Ali, cálmate —le oí decir en medio de mi ataque de furia.

—¡Sal de mi vida! ¡Vete!

—Por favor...

—¡Vete!

Rompí a llorar y me retorcí en la cama mientras gritaba con todas mis fuerzas que se fuera. Mis chillidos alertaron a las enfermeras, que, desconcertadas, irrumpieron en la habitación en busca del origen de tanto jaleo.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó una de ellas.

Oí la voz preocupada de Virginia llegar hasta mí desde muy cerca.

—Ali, tranquilízate, por Dios.

—¡Quiero que se vaya! —volví a gritar envuelta en un mar de lágrimas—. ¡Que se vaya!

—¡Marco, márchate, por lo que más quieras! —exclamó Virginia.

—Señor, su mujer está muy alterada y debería irse —dijo una enfermera con voz autoritaria.

—No, Ali, te lo ruego...

Todavía me quedaron fuerzas para maldecirlo, sentenciarlo y condenarlo al olvido.

—Márchate y no vuelvas —mascullé con los dientes apretados, como si estuviera poseída—. Tú lo mataste. ¡Tú lo mataste!

—No, *chérie*... Por favor...

—Lo mataste con tus mentiras. Debería denunciarte. Eres un monstruo, y te odio con toda mi alma.

«Por favor, vete —pensé aferrada a mi dolor—. Por lo que más quieras, déjame en paz.» Giré la cabeza para no verlo, pero jamás olvidaré la expresión de sus ojos.

No podía entenderlo. ¿Por qué lo había hecho? ¿Era necesario? ¿Qué ganaba con eso?

Aunque lo cierto es que, en esos momentos, sus motivaciones eran lo que menos me importaban.

Mi bebé...

Me volví loca. Grité y maldije a todos. La pena me ahogaba y no podía pensar en ello sin que se me partiese el alma. Sentía que, una vez más, el destino había jugado conmigo, dándomelo todo para luego arrebatármelo.

Pero esta vez su crueldad había llegado demasiado lejos.

Y había ganado la batalla.

Estaba derrotada.

Una enfermera sujetó a Marco por un brazo y lo empujó hacia la puerta, invitándolo a abandonar la habitación. Pero hizo falta la presencia de otros tres enfermeros para hacerlo salir de allí. Yo permanecía ausente, abandonada a la rabia y a la pena que me consumían por dentro.

De nada servía ya contener las emociones.

Cuando Marco se marchó, conseguí tranquilizarme, aunque me hallaba sumida en un estado anímico lamentable. Virginia no sabía qué hacer para consolarme, así que lo único que hizo fue permanecer pegada a mi cama.

Minutos más tarde, en el silencio hiriente de la habitación aséptica, oí el ruido de la puerta al abrirse. Y mi cuerpo me traicionó, emocionado al pensar que pudiera ser él, que no se resignaba a dejarme.

Estúpido cuerpo.

Había creado una dependencia absoluta del hombre que me había hecho tanto daño. Me recriminé la punzada de decepción al comprobar que solo se trataba de una enfermera. No; no era una enfermera, era una doctora, lo supe por el cachivache que le colgaba a ambos lados de los hombros y cuyo nombre era incapaz de recordar en ese instante.

La observé frente a mi cama mientras escribía algo en un informe, o en lo que fuera que trajera en aquella carpeta. Habría deseado que se marchara de allí y se llevara con ella sus malas noticias, que se hubiera quedado muda o que se hubiera tragado la lengua para poder demorar lo inevitable. No me sentía capaz de asimilar dos pérdidas al mismo tiempo, no podría hacerlo. No era tan fuerte como todos creían y estaba cansada de aparentar algo que no era. Yo también tenía sentimientos. Sabía lo que venía a decirme y, aunque no había sido consciente de la exploración que me habían hecho, no tenía dudas —porque una madre siente esas cosas— de que había perdido a mi hijo.

Se me empañaron los ojos una vez más, y mi boca dibujó el puchero que anunciaba un nuevo llanto.

—Bueno, parece que tiene usted ahí dentro a un pequeño koala que se niega a abandonar su árbol —dijo con media sonrisa.

Tardé unos segundos en procesar la información. No sabía a qué venía su sonrisa, ni qué tenían que ver los koalas en todo eso, pero volví la mirada hacia Virginia y vi que lloraba y a la vez sonreía. Repasé mentalmente cada palabra de la doctora y comprendí la metáfora.

Las tinieblas en mi cabeza se despejaron de repente.

«Conque una madre siente esas cosas... —murmuró Dimitri—. Definitivamente, hay alguien aquí dentro que está perdiendo facultades. Y no soy yo.»

«No es culpa mía —se defendió Natasha—. Todo esto me afecta demasiado.»

—¿No he perdido a mi hijo?

—No, el sangrado fue debido a un hematoma uterino. —La insté con la mirada a que se explicara con claridad—. Es una acumulación de sangre en la cavidad endometrial, algo común durante las primeras semanas de embarazo.

—¿Y qué debo hacer?

—La mayoría de las veces se reabsorbe haciendo reposo. El suyo es pequeño y no está en un lugar comprometido, así que lo común en estos casos es que desaparezca gradualmente. Solo tendrá que pasar algunos controles, pero no esperamos complicaciones.

—¿Y el dolor abdominal? ¿Y la fiebre?

—Este tipo de hematomas no suelen cursar con dolor, pero en su caso parece que ha sido así.

En cuanto a la fiebre, ya ha remitido. ¿Ha sufrido alguna situación de estrés intenso?

—¿El estrés da fiebre?

—Sí, puede ocurrir. Controle en casa ese aspecto, y si le sube de nuevo, vuelva al hospital, ¿de acuerdo?

Asentí varias veces con la cabeza, aún conmocionada por la noticia, notando que un fuego violento me quemaba la cara.

—Gracias, doctora.

—Ánimo —dijo antes de marcharse.

Cuando nos quedamos a solas, miré a Virginia y ella me cogió las manos.

Después lloramos en silencio.

Esa misma tarde tuve una visita inesperada. Era Cati, que se había saltado una de sus clases para venir a verme. Pese a la buena noticia sobre mi embarazo, mi ánimo no se había recuperado del todo —¿cómo hacerlo?—, y no tenía ganas de hablar con ella. En realidad, no tenía ganas de hablar con nadie.

Se acercó a mi cama y se sentó a los pies. Algo chirrió debajo de mí mientras ella se acomodaba.

—¿Cómo estás? —preguntó en un susurro.

—Bien.

—¿Y el bebé? —dijo agachando la mirada y preparándose para recibir una mala noticia.

—Perfecto.

Sus ojos se agrandaron.

—¿En serio? ¡Eso es estupendo! Todos pensamos que...

—¿Quién te ha dicho que estaba aquí?

—Mi padre.

—Ah, ¿y cómo...?

—Yo lo llamé —dijo Virginia.

Miré a mi hermana y mis ojos le transmitieron una pregunta.

—¿Sabes si...?

—No está allí —me atajó.

Sentí una nueva decepción, y cuando volví a mirar a Cati vi que se disponía a preguntar por Marco. Tuve entonces la necesidad de hablar de otra cosa.

—Te cansaste de Álex.

Se ruborizó y reflexionó un momento antes de contestar:

—Todo es nuevo en la universidad, los amigos...

—Lo utilizaste para que te desvirgara y luego le diste una patada en el culo.

Rehusó mirarme, un poco avergonzada.

—Me gusta Álex —dijo alicaída—. Pero creo que no quiero estar atada a nadie durante un tiempo. La universidad me exige mucho, y después hay fiestas de estudiantes... Es un poco desmadre, pero si me quedo fuera me aislaré del grupo y... ¡no quiero! Quiero vivir la

experiencia como los demás.

—Y Álex es un estorbo.

—No es eso... —Meditó un instante—. Es que creo que no es el momento.

—Ya.

Se dio cuenta de que yo no tenía ganas de seguir hablando y se quedó callada. Al final dijo:

—¿Cuándo vuelves a La Rodona?

—Creo que mañana.

—Vale, pues iré a verte un día, si te parece bien.

—Claro.

No había sido muy amable con Cati. Pero quisiera decir en mi descargo que saber que Álex lo estaba pasando tan mal me impedía ser más indulgente. Debí ver sus intenciones. Yo era mayor que ellos y debí preverlo. Álex no debió involucrarse tanto porque ella era demasiado joven para saber lo que quería. Y lo peor de todo era pensar que Cati ni siquiera se había detenido a calcular el daño que le podía causar más allá de su relación. Tomás ya no miraba a Álex como antes y procuraba evitar en la medida de lo posible trabajar junto a él. No cabía duda de que el ambiente en La Rodona se había enrarecido en los últimos meses.

DESDE MIS RECUERDOS CON AMOR

Nunca he sido muy dada a regodearme en mi sufrimiento; es un ejercicio de inutilidad innecesario. Tampoco creo en la ley de Murphy —ni en sus múltiples variantes—, ni tolero de buena gana esa tendencia de algunos a enfatizar lo negativo. No es que los planetas y el universo en un arranque de perversión se hayan confabulado contra nosotros para echarnos encima toda la mala suerte de la galaxia, es simplemente que a veces somos incapaces de recordar los acontecimientos buenos que nos suceden en la vida. La antena de nuestra memoria (una de esas enormes antenas convergentes y curvadas capaces de rastrear el ronquido de un extraterrestre) solo nos sirve para regodearnos en las adversidades, despreciando cada instante benévolo, cada momento virtuoso.

Yo no era así, y hasta ahora me las había arreglado para extraer algo positivo de las Consecuencias Imprevistas (CI) de mi existencia, y por CI me refiero a los sucesos desafortunados de mi vida.

Y ahora necesitaba hacer un nuevo esfuerzo para neutralizar lo negativo y quedarme con lo positivo, que en este caso era lo mejor que me podía haber pasado. Había deseado todo el pastel, cierto, quería el cuento completo, pero estaba embarazada, así que no había lugar para arrepentimientos. Me aferraba a ello con todas mis fuerzas, y la sensación de albergar una nueva vida en mi interior era suficiente para apartar pensamientos destructivos. De no haber sido por mi estado, habría pensado que alguien me había echado mal de ojo, o que me había mirado un tuerto, o que alguna maldición se había cernido sobre mi cabeza. Pero no podía ser así, porque algo hermoso estaba surgiendo de esta historia.

Pensar en Marco me producía sentimientos contradictorios. Por un lado, no podía olvidar lo feliz que me había hecho durante los últimos meses. Había sido el marido perfecto, atento y cariñoso en extremo, y esa forma de actuar no concordaba con alguien de la talla de Adrien Antonelli. En mi pensamiento, había sido Adrien y no Marco quien maquinara un plan para acercarse a mí. Había sido Adrien y no Marco quien incendiara mi viñedo, y era Adrien quien estaba casado con Camille. Marco no era el mismo hombre, no podía serlo porque, aparentemente, eran demasiado distintos.

Pero la línea divisoria entre lo aparente y lo real es a veces un muro imposible de derribar. Todo era muy extraño, difuso, chocante y terriblemente triste.

Hice el viaje de vuelta a casa recluida en mis pensamientos. Cuando llegamos a La Rodona

supe que mi fingida calma amenazaba con desmoronarse. Tal vez fuera que, en el fondo, guardaba la retorcida esperanza de encontrar a Marco en casa, esperándome, matando el tiempo jugando con Milo o trabajando en los viñedos. Pero de alguna forma sabía que no estaba, y lo que era peor: sabía que no volvería.

Milo salió de su bonita caseta para perros —que solo usaba cuando era estrictamente necesario y tenía que dormir fuera— y se acercó a saludarnos.

—Hay que darle de comer —le dije a Virginia.

—No te preocupes, anoche le traje unos restos del restaurante, así que no creo que esté muy desnutrido.

—Entonces acabará como una morcilla.

Entramos en casa y Virginia me ayudó a acomodarme en el sofá, buscó una manta y me cubrió con ella. Después conectó la calefacción; la casa estaba fría y necesitaba caldearse, y yo también. Le pedí que subiera al dormitorio y comprobara si las cosas de Marco todavía estaban arriba.

Evidentemente, no estaban.

—Lo imaginaba —dije.

—Ya, pero ni una llamada, ni un intento de reconciliación...

—¿Serviría de algo?

—No lo sé, pero salir corriendo no tiene sentido.

—Claro que lo tiene, ya lo ha hecho otras veces, no te olvides de Camille. Desapareció sin decirle nada. Lo desenmascaramos y salió huyendo. Aquí no hay nada que lo retenga, y él cree que sufrí un aborto.

—¿Y no piensas decírselo?

—Si él no demuestra interés en verme, no seré yo quien lo busque. No correré detrás de él como Camille. Por mí puede irse al infierno.

—A estas horas ya estará buscando un nuevo nombre y una nueva víctima.

Esa posibilidad me revolvió el estómago. Ante las primeras arcadas, Virginia, rápida como un leopardo, cogió el jarrón vacío que reposaba sobre la mesa auxiliar y llegó a tiempo de ponérmelo debajo de la boca, justo cuando mi desayuno hacía su viaje de vuelta por el lugar que había entrado.

Ni una gota de restos de tostadas con mantequilla cayó sobre la alfombra.

Toda una hazaña.

—Lo siento —dije.

—No, lo siento yo, no debí decir lo de...

—Sí, no digas eso nunca más. Es más, nos olvidaremos del nombre de Marco para siempre.

Virginia enarcó una ceja y se quedó pensativa. Luego dijo:

—Pero... si desaparece sin dejar rastro no podrás separarte de él, ni divorciarte, estarás para siempre casada con Marco Bossi, con un fantasma. Es surrealista. Tu hijo llevará el apellido de un hombre que no existe.

Empecé a marearme.

—¡Pues le pondré mis apellidos! Y déjalo ya, Virginia, no me hace ningún bien hablar de

esto.

Las órdenes de la doctora antes de abandonar el hospital fueron estrictas: reposo absoluto; de modo que me instalé en la habitación de la planta baja para no tener que subir y bajar las escaleras.

Una vez me sentí a gusto y hube comido algo, quise hablar con Tomás y Enrique, pese a las advertencias de Virginia de que me olvidara durante un tiempo del viñedo. Pero yo quería dejar clara la nueva situación desde el principio.

Cuando los tuve a los dos enfrente les expliqué cómo estaban las cosas:

—Debo guardar reposo, así que el viñedo está en vuestras manos otra vez...

Vi sus miradas inquietas y desconcertadas.

—¿Y el patrón? —preguntó Enrique.

Me fallaron un poco las fuerzas, pero logré hablar con bastante dominio de mí misma. No quería darles lástima, o aparecer ante ellos como una mujer engañada, traicionada, o lo que era peor: abandonada. Por eso dije:

—Marco y yo hemos decidido que existen entre nosotros diferencias irreconciliables.

Había oído un montón de veces esa expresión en la tele. Los famosos siempre alegaban diferencias irreconciliables cuando se separaban, así que me vino como anillo al dedo para no dar demasiadas explicaciones. Aunque solo habría necesitado decirles lo del incendio para que lo despreciaran tanto como yo.

Pero no lo hice. No por él, sino por mi hijo. Era una verdad demasiado horrible. La voz se correría y algún malnacido se lo restregaría por la cara cuando fuera mayor. Jamás les diría nada.

—Entonces, ¿no va a volver? —se atrevió a preguntar Tomás.

—No.

—¿Y Los Vientos? —preguntó Enrique.

—No es asunto nuestro.

Sus miradas desconcertadas ganaron en intensidad y sus rostros decepcionados se me clavaron como puñales en el pecho.

Poco más tarde fue Álex quien vino a verme. Estaba medio adormilada cuando abrí los ojos y lo vi apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y sin atreverse a entrar.

Esbocé una diminuta sonrisa y me recosté un poco.

—Creo que no volveré a rezar por usted, patrona —dijo muy serio.

Volví a reír, sin ganas, y le hice un gesto para que se acercara.

Obedeció y permaneció de pie mirándome sin decir nada.

—Siéntate —le dije.

Se apartó el pelo de la frente.

—Mejor no; estoy lleno de tierra.

—Como quieras.

—Entonces, ¿es cierto? ¿El señor Marco se ha ido?

—Sí.

Negó con la cabeza, como si le costara comprender.

—¿Por qué?

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando lo viste por primera vez? —le pregunté.

—Sí.

—Pues no te equivocaste.

Se rascó la cabeza, como si eso lo ayudase a pensar.

—Pero ¿qué ocurrió?

—Es complicado, Álex. Basta con que sepas que Marco resultó ser un hombre distinto al que yo creía.

«Tan distinto que es otra persona», susurró Dimitri en mi cabeza con voz gélida.

Álex no supo qué decir.

—Vaya, lo siento mucho —murmuró al final.

Me llevé una mano al vientre y lo acaricié.

—Tal vez algún día te lo cuente, pero ahora no quiero hablar de ello.

—Lo entiendo. Pero ¿se encuentra bien?

—Sí, sí, no te preocupes —dije con un deje amargo—. Pero el caso es que tengo que guardar reposo absoluto y no podré moverme durante un tiempo.

—No hay problema con eso, patrona, ya lo sabe. Usted cuídese y nosotros nos ocupamos del resto.

—Lo sé, sois los mejores.

Una idea fugaz se me pasó por la cabeza, y tal como la pensé salió de mi boca:

—Oye, Álex, una vez me dijiste que querías tener tu propio viñedo.

—Sí, pero...

—¿Qué te parecería si te ofreciera la mitad de La Rodona?

—¡Qué dice, patrona! Usted no quiere vender.

—Es verdad, no quiero, pero tengo que hacerlo. Sin la ayuda de Marco no creo que pueda mantenerlo, y tarde o temprano tendría que vender. Las plantas de la zona quemada aún son muy jóvenes y tardarán en producir. No podré mantener toda la finca en esas condiciones. Y si pienso en vendértela a ti, no me duele tanto; en realidad, me reconforta, aunque pierda a dos buenos empleados. ¿Qué me dices?

Sus ojos se agrandaron.

—No sé... Tendría que hablarlo con mi papá... Y todo depende de..., ya sabe, la plata...

—No te preocupes por eso, venid los dos a cenar esta noche y lo hablamos.

Se marchó caminando despacio, reflexivo, interiorizando mi propuesta y frotándose la nuca con la mano. Antes de que desapareciera lo llamé:

—¡Álex! —Se detuvo en seco y se volvió para mirarme, todavía con la mano en la nuca—. No me importa si sigues rezando por mí.

Sonrió y asintió levemente con un gesto.

—¿Vas a vender? —me interrogó Virginia minutos después.

—Tengo que hacer algo. Debí suponer que los ángeles salvadores no caen del cielo. Y si lo

hacen, tienen las alas negras como el carbón.

—Oye, Ali, todavía no me has dicho qué pasó con... Ya sé que dijimos que no hablaríamos de él, pero me muero de curiosidad por saber qué te dijo.

—Dijo que lo que habíamos leído sobre él era cierto. Después me soltó un rollo sobre que nunca había perjudicado a ningún inocente y sandeces por el estilo.

—¿No le creíste?

—¿Cómo iba a creerle después de descubrir que fue él quien quemó mi viñedo?

Virginia aspiró una fuerte bocanada de aire y se tapó la boca con las manos.

—Será hijo de puta...

Noté los ojos húmedos, amenazados por las lágrimas.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Quién sabe? Tal vez para tenerme en sus manos.

—¡Joder! Si yo fuera tú, iría a buscar a esa rusa y le metería el dosier de Marco por el culo.

—Si se lo cuento a Nina, se pondrá a buscarme una nueva pareja. Así que ni la menciones.

—Sí, pero me da una rabia...

—Saber lo del viñedo fue lo que me hizo perder el control.

—Deberías denunciarlo.

La fulminé con la mirada.

—¿Quieres que el padre de mi hijo vaya a la cárcel?

—Oh, Dios, es el padre de tu... —Me miró consternada.

—Prométeme que no dirás nada del incendio.

—Sí, sí, te lo prometo.

La miré con una clara determinación reflejada en el rostro.

—Jamás se acercará a mi hijo —sentencié.

—Se enterará tarde o temprano. Lo peor de la verdad es que siempre acaba aflorando.

—No se enterará. A Camille la abandonó sin más, y no tenía intenciones de volver a verla.

—Es increíble, es...

—Retorcido.

—Muy muy retorcido. —Virginia se quedó pensando un momento y luego dijo—: Pero Camille no esperaba un hijo suyo.

Eso me puso nerviosa.

—¡No se enterará!

—Pero, si se entera, estoy segura de que no renunciará a él.

—Yo tengo la sartén por el mango, puedo descubrir su juego, denunciarlo por quemar mi viñedo...

—Lo negará... ¡No hay pruebas contra él! ¡Jesús! Hay que ver lo que engañan las apariencias. —Agachó la cabeza—. Aunque siempre hubo algo en él...

—Era una sombra en sus ojos... —dije apocada.

—Sí, eso era, una sombra de maldad.

—¿Maldad? No, no era maldad. Era una sombra de rencor y de sed de venganza.

—Joder, Ali, no hables así que me acojono.

Cuando Enrique y Álex se marcharon, después de cenar, me sentía exhausta. Habíamos debatido la mejor forma de que todos saliéramos beneficiados del asunto y descubrimos que a ellos de nada les servían las siete hectáreas de La Rodona si no tenían una bodega donde producir el vino, de modo que decidimos constituir una sociedad limitada para la explotación del viñedo y la elaboración, embotellado y comercialización de los vinos que se produjeran en ella. Compartiríamos gastos, beneficios y responsabilidades a partes iguales.

Decidimos ofrecerle a Tomás —quien no deseaba convertirse en empresario— una compensación económica por tantos años de entrega al viñedo. Él había llevado la carga de las fincas desde la muerte de Alfredo y se merecía la recompensa.

Una etapa se cerraba y otra nueva se abría a una época de cambios, tal vez los más significativos de mi vida. Nunca me había dado miedo tomar decisiones y asumir riesgos, y además estaba segura de que, en este caso, había hecho lo correcto.

Cuando me fui a la cama, me llevé conmigo el portátil bajo el brazo —a escondidas de Virginia— y me entregué —durante casi tres horas— a la tarea de buscar información sobre Adrien Antonelli.

El resultado de esta investigación, que no compartiría con nadie, me produjo insomnio durante el resto de la noche.

RAFFAELLA CARRÀ LLEGA A LA RODONA

El 5 de abril celebré mi cuarenta cumpleaños acompañada de Virginia y los chicos. Virginia me cuidaba de día, se marchaba a trabajar por la tarde y todavía sacaba tiempo para ocuparse de sus hijos. Mis días eran todo lo monótonos, aburridos y repetitivos que se podía esperar en una persona que apenas se mueve para ir al baño y para lavarse, aunque la buena noticia era que en mi última revisión me habían dicho que el hematoma se había empezado a reabsorber.

Pensar en el bebé hacía más llevadera la amargura de haber perdido a Marco. El sendero de mi vida se había vuelto más estrecho, más lleno de obstáculos, más intransitable, no había autopistas en mi camino, nunca las había habido, estaba condenada a avanzar por carreteras secundarias y por veredas que ni siquiera pisaría una cabra. Pero, aunque era un sendero estrecho y tortuoso, todavía podía verlo, aún era visible a mis ojos, y lo seguiría hasta el final del trayecto.

Cuando mi sobrino Sergio me entregó mi regalo —una caja del tamaño de una de zapatos con un gran lazo rosa en la tapa—, no se me ocurrió otra cosa que zarandearla para adivinar, con fingida alegría, lo que contenía en su interior.

—¡No! —gritaron los tres a la vez.

—¿Qué pasa? —inquirí sorprendida por su reacción—. ¿Es de cristal?

Milo, que había permanecido tumbado a nuestros pies todo el tiempo, había reaccionado de forma exagerada cuando Sergio apareció con la caja entre las manos.

—¿Habéis metido una salchicha aquí dentro?

—Ábrelo —me alentó Virginia.

Cuando quité la tapa casi no pude creer lo que estaba viendo. ¿Me estaban tomando el pelo?

—¡Es un perro! —exclamé como si hubiera visto una tarántula.

Era un perro.

Era un perro minúsculo.

Era un miniperro.

Ni siquiera sabía que había perros tan pequeños, aunque, considerando que era un cachorro, tal vez su tamaño era el normal.

—Es una broma, ¿verdad?

Virginia se llevó las manos a las mejillas.

—Lo siento —dijo conteniendo la risa—. Ha sido idea de los chicos.

Miré a mis sobrinos con fuego de dragón saliéndome por los ojos.

—Es que Milo está muy solo y pensamos que le vendría bien un poco de compañía.

—¿Es mi cumpleaños y me regaláis un compañero de juegos para Milo? ¿Es eso?

—En realidad, es una compañera —dijo Alberto—. Y es de su misma raza.

No daba crédito. Mi reacción pareció divertirles mucho porque los tres hacían estoicos esfuerzos por contener la risa.

—Sabéis que no me gustan los perros.

—Ahora te llevas muy bien con Milo, y él contigo —apuntó Virginia.

—Sí. Al menos esta vez no me hace responsable de la desaparición de su nuevo amo.

Silencio sepulcral. Solo se oía el sonido de las patas de Milo saltando alrededor de la caja y sus jadeos producto del esfuerzo.

—¡No seas impaciente! —le dije, y le acerqué la caja para que olisqueara al nuevo habitante de La Rodona, que en ese instante lanzó un ladrido. Bueno, un miniladrido, un ladrido infantil, o un ladrido cachorril, o como sea que hagan los cachorros.

Milo olfateó muy nervioso al diminuto animal, y por la forma en que movió el muñón de la cola, supe que lo había aceptado al instante.

—¿No lo vas a coger? —dijo Sergio.

—Sí..., eh..., sí, solo estaba haciéndome a la idea.

Metí las manos en la caja con un poco de recelo y lo saqué de allí. Era el bicho más encantador que había visto jamás; suave y tierno como un algodón. Tenía el abdomen blanco como la nieve y unas manchas negras en el lomo que se extendían por toda su diminuta cabeza. En el centro de los ojos y alrededor del hocico, una raya blanca le daba un aspecto adorable.

Me sorprendió darme cuenta de cuánto me gustaba.

Era tan pequeño y tan indefenso, y sobre todo, lo habían separado tan pronto de su madre, que me embargó un poderoso instinto de protección.

En un gesto espontáneo, lo acerqué tanto a mi nariz que me dio un lametón.

—Aaahhhggg. ¡Eso no! —le dije—. Todavía no me gustas tanto.

Mi hermana y mis sobrinos rieron a carcajadas.

—La llamaré Raffaella Carrà.

Se miraron unos a otros.

—¿Quién es esa? —preguntó Sergio, y recibió una colleja de su madre.

—¿Qué he dicho?

—Eso por no saber quién es Raffaella Carrà.

—Yo tampoco lo sé —apuntó Alberto, demasiado lejos de su madre para recibir otro gesto cariñoso.

—Vuestra madre era una auténtica admiradora de Raffaella Carrà —les dije—. Y se pasaba el día canturreando sus canciones.

—Él —dijo Alberto señalando a Milo— se llama Camilo Sesto, ¿y tú quieres ponerle a ella ese nombre? —Miró a su madre—. Pero ¿qué clase de familia es esta?

—Puedes llamarla Raff, para abreviar —sugirió Sergio.

—O Rafacarra —dijo Alberto con una sonrisa malvada.

—La llamaremos Mini.

Me miraron como si hubiera dicho una idiotez.

—¿Qué tiene que ver un nombre con otro? —inquirió Virginia.

—¿Qué tiene que ver Pepe con José Luis?

Se encogieron de hombros, y Alberto se quedó pensando unos segundos antes de soltar:

—¿Y por qué Mini?

—¿No es evidente? —dije señalando al diminuto animal.

—¡Pero crecerá!

—¿Has visto lo que ha crecido este? —dije señalando a Milo, que no dejaba de olisquear al cachorro.

Todos se rieron, y Milo comenzó a ladrar, barruntando que él era el centro del chiste, o porque simplemente quería unirse a la fiesta.

Cuando los chicos se fueron a la cama, Virginia y yo charlamos un rato sentadas en el sofá. Yo sujetaba a Mini en mi regazo. Desde que la había sacado de la caja no había dejado de temblar y solo parecía tranquilizarse si la mantenía cerca de mí.

Mi móvil, que reposaba encima de la mesa, frente a nosotras, emitió un corto sonido.

—Es un mensaje —dije—. Seguramente un pedido. Lo veré mañana.

Virginia estiró una mano y cogió el teléfono. Después de manipularlo un instante dijo:

—Pues es un pedido muy raro. Aquí pone: «The Reason, Hoobastank».

—¿No pone nada más? —pregunté con curiosidad.

—No.

—¿Quién lo envía?

—Número oculto.

Mierda.

—Es él.

—¿Marco?

—Sí.

—¿Y qué significa?

—Ni idea.

—*The reason* significa «la razón», en inglés. Lo otro no lo sé.

—Trae el portátil.

Virginia se acercó a la mesa donde descansaba el ordenador, lo cogió y lo trajo a toda prisa. Después de encenderlo, tecleó las palabras en Google y enseguida un enlace nos llevó a YouTube.

—¡Es una canción! —se sorprendió.

Se me aceleró el pulso.

—Lo que me faltaba.

—Mira, aquí hay una versión con subtítulos.

—No sé si quiero escucharla.

—Claro que quieres.

Los primeros acordes sonaron en el aparato, y al cabo de unos segundos el cantante comenzó a cantar.

Escuché y leí la letra al mismo tiempo. En mi mente, el cantante se convirtió en Marco y todo lo que salía de su boca iba dirigido a mí. Por eso, mientras escuchaba aquellos versos que transmitían un arrepentimiento profundo, no pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas y comencé a sentirme fatal: herida, conmocionada y triste. Y lo único que evitaba que me derrumbara era saber que con el tiempo dejaría de sufrir tanto, seguramente cuando los recuerdos dejaran de ser una presencia física dolorosa, casi viva. Estaba segura de que podía superarlo. Lo único que debía hacer era asumir que lo nuestro había terminado.

Pero cuando pensaba en él, la sangre me ardía en las venas por la urgencia de verlo.

—¡Basta! —exclamé—. ¡Para eso! No quiero seguir escuchando.

Virginia pulsó la pausa.

—Es una canción bonita.

—Sí, y también es una forma de enviarme un mensaje, y no quiero escucharlo.

—No es un mensaje, cariño, es una despedida.

Tuve un momento de fría claridad mental. Era cierto. Marco se estaba despidiendo de mí y nunca volvería.

¡Corso del demonio!

Virginia volvió a darle al *play* y escuchamos la canción hasta el final. Traté de contener las lágrimas, pero el esfuerzo me estaba destrozando por dentro, así que las dejé salir. Por mi cabeza desfilaron todos los momentos felices que había vivido junto a Marco. Y cuanto más recordaba, más hondo y doloroso era mi llanto.

—¿Ves como no ha sido buena idea? —le dije con la voz agarrotada.

—Te viene bien descargar el dolor, cielo. A veces pienso que un día explotarás y gritarás de rabia y de pena. Pero te contienes, y yo imagino el esfuerzo que te supone... No es malo llorar de vez en cuando. Date un respiro, ¿quieres? No guardes toda esa tensión dentro de ti.

—¡Es que me parece injusto...! —Las lágrimas se me escapaban a borbotones—. Primero Alfredo se muere de esa forma... Y luego, cuando pensaba que no tendría otra oportunidad, aparece Marco y es... es perfecto, y me lanzo de cabeza al mar, asumo el riesgo..., y me sumerjo tan hondo que ahora... Ahora no puedo volver a la superficie, Virginia, está demasiado lejos, y si no fuera porque necesito respirar para que mi hijo viva, creo que me ahogaría.

Ella me miró alarmada.

—No te dejes llevar por esos pensamientos o caerás en una depresión.

Negué con la cabeza.

—¿Deprimida? No, Virginia, no estoy deprimida. Estoy enfadada, dolida, consternada y triste, pero deprimida no. Intento ser fuerte, pero no es justo que todo me pase a mí cuando veo a tanta gente que lo tiene todo...

—¿Que lo tiene todo? Al contrario, Ali, son muy pocos los que lo tienen todo. Y la mitad de los que lo tienen es solo en apariencia. Fíjate en los que te rodean. Yo estoy divorciada, a Enrique lo dejó su mujer... El marido de la prima Ruth le salió golfo... ¿Qué me dices de tu rusa, la que te metió en este lío? Y ¿te acuerdas de Ana, la de la pandilla de los veranos que vivía en Lugo? —Asentí mientras trataba de limpiarme la cascada de lágrimas—. Bueno, pues su marido se lio con una brasileña que vivía en su mismo edificio y se fue a vivir con ella. Después Ana

conoció a un hombre en eDating y se enamoró locamente de él, hasta que descubrió que estaba casado. En vez de mandarlo a paseo, le puso el típico ultimátum, «O tu mujer o yo», y claro, volvió a quedarse sola, y encima humillada por segunda vez consecutiva. En el fondo, todo el mundo está solo.

—Pero es más fácil soportarlo en compañía.

—Vale, eso es cierto. Y las personas que se rinden a la soledad sin quererla, las que la aceptan..., esos son los más tristes. Y tú nunca te has rendido.

Asentí a medias con un gesto de cabeza. Puede que nunca me hubiera rendido, pero había estado a punto de hacerlo muchas veces.

—Los hombres son unos cabrones —dije casi sin querer.

—No creas que son solo ellos. Hace tres años, una camarera del restaurante dejó plantado a su marido justo después de volver de su luna de miel en Viena. Dijo que casarse había sido lo más estúpido que había hecho en la vida. Pero luego nos enteramos de que, en realidad, se había enamorado de su guía vienés. Lo último que sabemos de ella es que da clases de español allí y que tienen un churumbel.

—Nada de eso me consuela. —Me soné con un pañuelo que me saqué de la manga—. Y reconoce al menos que lo mío es mucho peor.

—Piensas que es peor porque es lo tuyo, y te duele más por lo mismo, pero prueba a decirlo como si le hubiera ocurrido a una amiga y verás como parece menos grave.

Terminé de secarme las lágrimas.

—Eso es una bobada.

—Prueba.

Suspiré fuerte y me aparté el pelo de la cara con un gesto hosco.

—¿Te acuerdas de Alicia? —le dije haciendo un esfuerzo por seguirle la corriente—. Sí, mujer, esa que tenía el pelo más horrible de la pandilla y que se casó con un bodeguero mallorquín que se murió mientras hacía el mandril con un disfraz. Dicen que ahora se ha casado con un corso que está como un tren, pero que ha resultado ser un mafioso de cuidado. Al parecer, le había prendido fuego a su viñedo para ganársela ofreciéndole su ayuda, y cuando logró lo que quería se largó sin dejar rastro. Ah, por cierto, creo que antes de abandonarla la dejó embarazada. No ha vuelto a saber nada más de él.

—Joder, Ali, ¿por qué lo dices así? Suena horrible.

—¡Porque no hay otra forma de decirlo!

Volví a echarme a llorar.

—Pero vas a tener un hijo —dijo ella depositando una mano en mi pierna para reconfortarme —. Y eso es maravilloso.

—Pero echo de menos a Marco... —dije entre hipidos.

—Lo sé, cielo, lo sé. ¿Crees que podrías perdonarlo?

—¿Perdonarlo? ¡Joder, prendió fuego a mis viñedos! ¡Y está casado con otra mujer! ¿Cómo voy a superar eso? ¿Quién es realmente Adrien Antonelli? He estado casada con un desconocido, y no sé cómo manejar la situación. ¿Y si vuelve y quiere quitarme a mi hijo? Si es tan poderoso como dice la prensa, podría hacerlo.

—No digas eso ni en broma.

—¿Crees que lo haría?

—No lo sé, pero me has puesto los pelos de punta.

—Necesito a Marco, Virginia, lo necesito... —sollocé—. Pero no quiero a Adrien Antonelli, y a veces se me olvida que son la misma persona.

Oímos un suave ronquido proveniente de mi regazo. Me enjugué las lágrimas y Virginia se llevó a Mini junto a Milo. Él se encargaría de cuidarla y protegerla, y le ofrecería el calor suficiente para reconfortarla.

«Así es el orden natural de las cosas», murmuró Dimitri.

«Para que la vida pueda seguir fluyendo sin cristalizarse», intervino Natasha.

«Pero el mundo es imperfecto», replicó él.

«Y el abandono, cruel.»

«Es el desorden el que conduce al caos.»

«El desorden es el progreso hacia la destrucción, hacia el nivel de máxima entropía.»

«Para ser solo la mitad derecha de la nuez, vas progresando», observó Dimitri.

«No todo en mí es intuición y creatividad —respondió ella, pagada de sí misma—. Y no soy tan idiota como crees.»

Traté de no pensar, o acabaría volviéndome loca. Lo que menos necesitaba era un debate filosófico en mi cabeza.

«No es filosofía, *chérie* —puntualizó Dimitri—. Son las leyes de la física.»

«¿Me has llamado *chérie,* maldito capullo sabelotodo?»

Se hizo otra vez el muerto.

LA FIESTA DE CATI

Los días de abril eran nubosos e inestables, aunque a medida que pasaba el mes el cielo azul se iba abriendo camino entre las nubes, dando paso a la luminosidad penetrante de la primavera.

Abril era el mes de las ferias, que eran los eventos perfectos para dar a conocer los vinos locales y atraían a numerosos visitantes. Ese día, cuando Álex y Enrique volvieron de la feria de Pollensa y entraron a contarme cómo había ido, me di cuenta por sus caras de que pasaba algo.

Dejé la revista que estaba ojeando y me recosté en el sofá.

—¿Qué ocurre? —les pregunté—. ¿Habéis tenido algún problema?

Enrique torció el gesto y miró a su hijo de reojo.

—Será mejor que se lo cuente él —dijo, y luego se marchó.

Cuando nos quedamos a solas, Álex se resistía a hablarme.

—¿Me vas a decir qué ha pasado?

Se movió con un gesto nervioso y se sentó en el sillón, frente a mí.

—He visto a Cati en la feria.

—Bueno, tienes que hacerte a la idea que...

—Estaba de farra con unos amigos —me interrumpió—, y todos parecían haber bebido más de la cuenta.

—¿Estaban borrachos?

—Mucho.

—¿Y qué hiciste?

—¡Nada! ¿Qué podía hacer?

Hizo una mueca de disgusto juntando las cejas.

—¡Llamar a Tomás para que fuera a buscarla! Cati debería estar estudiando, no probando el vino de todas las bodegas de la isla.

—¿Quiere que me odie para siempre?

—No, pero ahora te odiará Tomás si se entera de que no hiciste nada.

—Ah, no, no es mi asunto. Ni siquiera les paré bolas, porque si lo hacía me liaba a tortas con el pelado ese que no dejaba de manosearla.

—¿Cati estaba con un chico?

—Ya le digo. —Agachó la cabeza.

—Pero ¿en qué piensa esta chica?

Él se encogió de hombros y se levantó para marcharse.

—Me duele verla así, patrona, y solo se lo cuento a usted por si quiere hablar con Tomás.

—¿Yo? ¿Por qué?

—El viejo todavía sigue chocado conmigo, y mi papá no le dirá nada, no es de meterse en vainas ajenas.

No me gustaba ser yo quien le dijera a Tomás que Cati prefería el botellón a los libros de Derecho, pero tampoco era buena idea que se lo dijera Álex.

—Vale —dije resoplando—. Mañana hablaré con él.

Esa misma noche, de madrugada, me despertaron unos golpes enérgicos en la puerta que retumbaron en toda la casa. Eso y los ladridos de Milo me hicieron pegar un salto en la cama. Me levanté con cuidado y caminé hasta el vestíbulo, echando pestes contra quien estuviera al otro lado.

—¿Quién es? —pregunté de mal talante antes de abrir, elevando la voz por encima del estruendo que ocasionaba Milo—. Sshh, ¡cállate! —le ordené, pero no me hizo caso.

—¡Soy Álex! —dijo una voz apremiante al otro lado.

Mientras abría no pude dejar de recriminarle lo tarde que era.

—Álex, son las tres de la madru...

Entonces la vi, Álex cargaba con el cuerpo de Cati, que parecía inconsciente.

Y me asusté mucho.

—¿Qué ha pasado? —le dije echándome a un lado para dejarlo entrar.

—¿Dónde la dejo? —preguntó agitado.

—No sé..., en el sofá.

Lo seguí hasta el salón, y mientras él acomodaba a Cati con delicadeza, yo fui a buscar una manta. Cuando volví se la eché por encima y entonces me di cuenta de que Álex sangraba por la nariz.

—¿Qué tiene Cati? ¿Te has peleado?

—Sí, me peleé, y lo que tiene Cati es una borrachera gloriosa.

Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la sangre. Luego nos sentamos en los sillones, frente al sofá.

Sin dejar de mirarla, Álex me contó que había recibido una llamada de Cati cerca de la medianoche. Estaba tan borracha que no entendía nada de lo que decía. Sin embargo, podía oír con claridad el sonido estridente de la música y un gran barullo de fondo, de modo que enseguida se hizo una idea de la situación. Consiguió que Cati le dijera dónde se encontraba y condujo hasta Palma a toda velocidad, directo a su apartamento. Cuando llegó, lo encontró lleno de estudiantes en plena ebullición, con una cantidad ingente de bebida en las mesas, la música a tope y un desmadre digno de una escena de *American Pie.* Sin embargo, no lograba encontrar a Cati. Preguntó por ella, pero nadie parecía estar en condiciones de contestarle. Al final decidió registrar las habitaciones una a una y la halló tumbada en una cama, acompañada de un muchacho. Trató de llevarse a Cati por las buenas, pero el chico quiso evitarlo por las malas, así

que los dos se enzarzaron en una pelea.

—Lo que más me sorprendió fue darme cuenta de que el tiparraco ese era el único que no parecía estar tocado.

—Posiblemente el cerebro de la fiesta —dije—, el que finge beber, pero no lo hace.

—No sabía dónde llevarla.

—Has hecho bien en traerla aquí, pero creo que debemos llamar a Tomás. Parece que Cati tiene problemas, y sus padres deben saberlo.

Les di a Tomás y Gloria un susto de muerte cuando los llamé y, mientras esperaba a que llegasen, maté el tiempo limpiando el suelo que había ensuciado Mini. ¿Para qué había empapelado yo con periódicos el suelo del cuarto de baño si luego se hacía pis en cualquier parte? Los ladridos de Milo la habían despertado y ahora tenía ganas de jugar y no dejaba de morder los hilos de la fregona.

Yo procuraba no moverme demasiado y caminaba como pisando huevos, evitando los movimientos bruscos. Álex, sin embargo, no se estaba quieto. Se había levantado del sillón y deambulaba nervioso por la sala.

—A Tomás no le va a gustar verme aquí, patrona —me dijo cuando le pedí que volviera a sentarse y se tranquilizara.

En eso llevaba razón.

—Tú no eres responsable de lo que hace Cati, solo has actuado como un amigo al que piden ayuda, y así tiene que entenderlo Tomás.

Cuando terminé de limpiar el suelo, volví a sentarme en el sillón y traté de que Mini soltara mi zapatilla. Al final tuve que cogerla en brazos para que no me la destrozara.

Álex me miró con una expresión extraña.

—Alicia. —Oh, oh, me había llamado Alicia, y eso significaba que iba a hablar en serio—. Todavía no le he dicho cuánto significa para mí que seamos socios. Sabe que siempre fue mi sueño...

—Lo sé, Álex, no tienes que decir nada.

—Pero quiero hacerlo. Hasta ahora nadie se había preocupado por mí, salvo mi papá, usted sabe, y quiero que sepa que no se va a arrepentir de la decisión que tomó, vamos a sacar adelante este viñedo, así me tenga que dejar la piel en los campos.

Cati emitió un ruidito incomprensible y se movió un poco. Los dos permanecimos atentos por si se agitaba demasiado y se caía del sofá, pero enseguida se quedó tranquila.

—Espero que no sea necesario que te dejes la piel —le dije volviendo a mirarlo—. Lo que sí vamos a necesitar son nuevas etiquetas para la próxima cosecha. —Hice un gesto en el aire como si estuviera escribiendo—. «Enrique Rojas e hijo», ¿te gusta?

Su sonrisa lo dijo todo.

Acababa de dejar a Mini en su cojín, al lado de Milo, cuando Tomás llegó solo y muy nervioso. Lo conduje hasta el salón, y cuando descubrió a Álex allí de pie, con expresión angustiada, se quedó varado. No obstante, reaccionó pronto, se acercó a Cati y se arrodilló a su

lado para ver cómo estaba. Tras unos segundos de inspección paterna, Tomás se volvió hacia Álex con el rostro rojo de ira. Luego se levantó de un salto y se abalanzó sobre él.

—¿Qué le has hecho, hijo de puta?

Álex lo esquivó con bastante eficacia, y yo, que no tenía intención de acercarme a ellos, hice lo único que podía hacer en esos momentos. Lancé un grito:

—¡¡¡Tomás!!!

Este se quedó inmóvil frente a Álex, dispuesto a partirle la cabeza.

—¡Fue Cati quien lo llamó! —exclamé—. ¡Y estaba tan borracha que Álex casi tuvo que adivinar dónde se encontraba! ¡Él no tiene nada que ver, por el amor de Dios!

Tomás respiraba con fuerza —a decir verdad, bufaba como un toro dispuesto a embestir—. Pero al oír mis explicaciones su ira se fue aplacando. No obstante, exigió saber la verdad, y Álex le relató lo mismo que me había contado a mí, excepto lo del acompañante en el dormitorio; un dato que solo conseguiría causar a Tomás un mayor disgusto.

Cuando terminó de hablar, Tomás se quedó callado, asimilando lo que acababa de escuchar. Al cabo de un rato, volvió a centrarse en Álex.

—¿Por qué estás sangrando? —le dijo tosco—. Yo no te he tocado.

Álex volvió a sacar el pañuelo del bolsillo y se lo acercó a la nariz.

—Alguien no quería que me llevase a Cati de la fiesta —dijo de mala gana.

—¿Te golpearon?

Intervine para agilizar la situación.

—¡Sí, lo golpearon! Y tal vez tenga la nariz rota. Tomás, habría que llevar a Cati al hospital. ¿Y si le da un coma etílico o algo de eso?

—Sí, sí, claro, la llevaré.

Se acercó de nuevo a su hija y se sentó a su lado. Cati murmuró algo cuando notó el contacto de la mano de su padre acariciándole el pelo, pero ni siquiera abrió los ojos. Él le sujetó un mechón detrás de la oreja y se volvió para mirarme.

—Sospechábamos que algo andaba mal —dijo con la voz quebrada—, pero no sabíamos qué. Se portaba de un modo extraño y ya no venía los fines de semana a casa, decía que tenía que estudiar. Estábamos muy preocupados. —Miró a Álex y añadió—: Gracias por traerla. De verdad.

Me di cuenta de que la garganta de Álex hacía el movimiento de tragar. Pero no dijo nada; se había quedado sin palabras. La muestra de gratitud de Tomás lo había conmocionado, y estaba tan pálido como la harina.

Tomás cogió a Cati en brazos y la alzó. Comenzó a caminar hacia la puerta, pero se detuvo de repente, como si hubiera olvidado algo. Entonces se volvió hacia Álex.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó.

Cuando se repuso de la sorpresa, Álex no tardó ni medio segundo en responder:

—¡Sí! —dijo con un brillo repentino en los ojos—. Claro que quiero.

Es extraño lo que el conocimiento cambia la percepción de las cosas, como si antes de ese momento tuviéramos una venda pegada a los ojos que no nos podemos quitar. A veces tampoco queremos que nadie nos la quite porque nos sentimos cómodos con ella puesta, tal vez porque

nos creemos a salvo. Pero es una actitud tan inútil como sentarnos bajo el cielo nocturno a contar las estrellas.

Y ese había sido el momento en que la venda de Tomás se cayó y aceptó a Álex. No lo dijo con esas palabras, pero no hizo falta. Lo conocía demasiado bien para darme cuenta de ello.

Los seguí hasta la puerta y los vi acercarse al coche.

—Yo manejaré —dijo la voz de Álex en la oscuridad.

—Las llaves están puestas —respondió Tomás, y añadió—: Tal vez deban mirarte esa nariz.

—No, no, yo estoy bien.

No pude escuchar nada más, pero había oído suficiente para sentirme feliz por Álex. No podía negar que siempre había sido muy protectora con él, como si fuera mi hermano pequeño o algo así. Yo, mejor que nadie, conocía su historia, su sufrimiento, sus sueños y sus aspiraciones. Álex tenía una de las almas más nobles que había conocido nunca, y siempre me había dolido que algunas personas de su entorno todavía no lo aceptaran. Pero eso se había terminado, y pasara lo que pasase entre él y Cati, se había ganado la confianza de Tomás.

Cuando se marcharon, cogí el teléfono y llamé a Gloria para tranquilizarla.

¡OH, DIOS!, ¿ES ÉL?

Cati vino a verme una semana después. Estaba decaída. Me explicó que lo único que había hecho era seguirles el juego a los demás y que llegó un momento en que era difícil parar. Salían todas las tardes a beber, o se llevaban bebida al apartamento. Las fiestas se desmadraban cada vez más, siempre promovidas por estudiantes repetidores que se aprovechaban de los novatos. Para muchos de ellos era la primera vez que salían de casa, y sus ansias por comerse el mundo de un solo bocado a veces les jugaban malas pasadas.

—¿Por qué no llamaste a tu padre? —le pregunté.

—Me daba vergüenza que me viera así, y sabía que Álex podía sacarme de la fiesta sin montar un escándalo.

—Claro, y casi le parten la nariz. —La vi sonreírse y me enfadé—. ¿Te hace gracia?

—Creo que le dio una buena tunda a David, el chico que estaba conmigo. Me lo dijo Silvia, ella vio la pelea.

—Pues la nariz de Álex no creo que se lo haya tomado tan bien. —Cogí aire profundamente, dispuesta a soltarle un sermón—: Mira, Cati, tienes que tener cuidado...

—Ya lo sé —me atajó ella, y agachó la cabeza—. Ya he escuchado dos sermones: el de mi padre y el de mi madre. Y no voy a volver a ese apartamento, ¿vale?

—Me alegra oír eso.

Levantó la vista para mirarme.

—¿Crees que Álex está muy dolido conmigo?

Resoplé.

—Eso tendrás que averiguarlo tú.

—¿Sabes que mi padre le ha pedido que me vigile?

Me sorprendió escuchar eso.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes?

—Es un detective muy malo. Aunque apenas salgo de casa. Dentro de poco tengo los exámenes y he perdido mucho tiempo.

—Pues espero que hayas aprendido la lección.

Vaciló un momento antes de volver a hablar:

—Quiero recuperar a Álex —soltó de pronto.

—¡Joder, Cati! ¡Vas a acabar con él! Ahora sí, ahora no, ahora sí otra vez...

—Esta vez estoy segura. Haber estado con Álex es lo mejor que me ha pasado —dijo, y no pudo evitar una sonrisa—. Y comparado con los otros chicos con los que he estado, ninguno le llega a la altura del talón. Él es distinto a la mayoría, es más maduro, menos frívolo.

—¿Chicos? ¿En plural? Pero qué os pasa a las jóvenes de ahora. ¿Pensáis que sois unas fracasadas si no os habéis acostado con al menos diez tíos antes de los veinte?

—No, pero es un tema que da para muchos cotilleos entre amigas.

—¿Amigas? ¡Ja!

Me sentí anticuada, vieja y fuera de onda, o como se dijese ahora. Estas jovencitas se pasaban el día pensando en cómo llevarse pichulas a la entrepierna y yo casi me había muerto la noche que Marco me vio las tetas por primera vez. ¡A mis años!

Las relaciones con el otro sexo habían dado un giro radical desde mis *diecitantos,* y ni siquiera me había enterado.

—¿Me ayudarás?

—¿A qué? —pregunté, y dos segundos después me caí del árbol—. ¡Ah, no! No pienso mover un dedo. Tú metiste la pata y tú tendrás que sacarla. Además, te advierto que Álex está muy resentido contigo, y dejar que le partan la cara con frecuencia no forma parte de sus aficiones.

—Vale. Entonces no te pediré que le digas que siento mucho lo que hice, ni te rogaré que le cuentes lo arrepentida que estoy de haberlo dejado, ni que le hagas saber que todavía estoy colada por él.

—¡No lo haré!

—Vale.

—Bien.

Me sonrió de forma encantadora. Pero al segundo siguiente se puso seria, incluso frunció el ceño.

—Oye, Ali, ¿qué pasó para que tú y Marco...? Bueno, ¿por qué acabó mal?

—Porque no se puede jugar con las personas. Más vale que te metas eso en la cabeza. Todo lo que hacemos tiene consecuencias, y luego no hay forma de volver atrás para solucionarlo. No puedes enviar tu vida a la tintorería y que te la devuelvan limpia y sin arrugas.

Compuso un mohín de tristeza.

—Siento que lo tuyo no haya salido bien.

—Y yo.

—Pero vas a tener un canijo —dijo haciendo un gesto de bombo sobre su vientre—. Estás feliz por eso, ¿no?

Suspiré.

—Mucho.

—Me alegro. —Sonrió de forma tan dulce que me dije que, si hacía con Álex lo mismo que conmigo, lo tendría en el bote en cinco segundos. Era imposible enfadarse con ella y con su cara de ángel.

A mediados del mes de mayo comencé a llevar una vida normal. El hematoma se había reabsorbido por completo y podía moverme con libertad.

Mi primer paseo por el viñedo me sentó como ambrosía de los dioses. La luz del día era brillante y limpia, y las vides estaban verdes y frondosas. Mi tripa comenzaba a hacerse evidente y Virginia y yo celebramos mi libertad pasando un día de compras en la ciudad. Llegué a casa exhausta y cargada con un buen surtido de ropa premamá.

Todo iba bien hasta que recibí una visita inesperada. Estaba durmiendo la siesta, esperando a que el calor del día comenzara a remitir, cuando los ladridos de Milo y Mini me despertaron. Me levanté con calma y me asomé a la ventana. Sentí un corrientazo de estupor al reconocer en la distancia el enorme todoterreno de Marco acercándose a La Rodona.

¡Oh, Dios! ¡Era él!

Me aparté de la ventana. Pero enseguida volví a mirar.

¡Oh, Dios! ¡Es él!

«Te estás repitiendo», me fustigó Dimitri.

¡Y ahora qué hacía!

«¿Calmarte?»

«Ponte un vestido que disimule tu estado», intervino Natasha.

Busqué en el armario un vestido holgado y me lo colé por la cabeza con rapidez. Cuando terminé de ponerme las sandalias, el coche ya se había detenido delante de la casa.

Volví a mirar por la ventana justo a tiempo de ver a un hombre apeándose del todoterreno.

Pero no era Marco.

Era Max.

Profunda decepción.

Bajé las escaleras agarrada a la baranda de madera y caminé con urgencia hasta la puerta. La cara de Max cuando la abrí era tensa/seria/amistosa/preocupada... y todos los calificativos que podría esperar de un hombre como él en una situación como esa.

—Hola, Alicia.

Me miró de la cabeza a los pies. Estaba segura de que no sería capaz de notar nada, ni mi tripa más abultada ni mi cara más rellena ni mis labios más hinchados... Tal vez lo habría notado de ser mujer y de haber tenido una Natasha en la cabeza. Pero era un hombre, cuyo cerebro estaría dominado en su totalidad por su Dimitri racional.

Tal vez en su caso se llamara Corleone, por ejemplo.

—¿A qué has venido, Max?

—¿Puedo pasar?

Me fijé en que traía una carpeta debajo del brazo. Lo tanteé con la mirada un momento y luego me hice a un lado. Milo y Mini nos siguieron.

—¿Tienes otro perro? —me preguntó fijándose en el cachorro que olisqueaba sus zapatos.

—Sí, he decidido rodearme de animales; son más fiables que las personas.

Me miró con las cejas fruncidas y yo comencé a caminar hacia la cocina.

Entonces llamaron a la puerta y tuve que volver sobre mis pasos.

Era Álex.

—¿Todo bien, patrona?

—Sí, no te preocupes, es Max.

—Estoy en la bodega, por si me necesita.

Eché un vistazo al corso que estaba detrás de mí y vi en él una expresión impenetrable que no le había visto antes. Vestía un traje formal, sin corbata, y me pregunté si su anterior comportamiento no habría sido más que un engaño. Puede que ni siquiera se llamase Maximilien.

—Gracias, Álex, pero creo que estaré bien.

Cuando se marchó, Max y yo entramos en la cocina, donde lo invité a sentarse a la mesa. Yo lo hice frente a él.

—Me alegro de que estés bien —me dijo para romper el hielo y, por un momento, vi al Max de siempre—. He venido a traerte esto.

Me extendió una carpeta.

—¿Qué es?

—Son las escrituras de Los Vientos.

No quise tocarla.

—¡La finca es de Marco!

—Pero quiere que sea tuya. Está todo preparado, solo hace falta una visita al notario para que sea legal. Marco me ha nombrado su apoderado, de modo que tengo capacidad jurídica para actuar en su nombre.

—¿Quiere lavar su conciencia donándome la finca?

—Sabe que es importante para ti.

—Ya. Pero hay algo que se llama «respeto por uno mismo», no sé si entiendes ese concepto.

—Alicia, Marco no ha desaparecido.

Hice un gesto que abarcaba todo alrededor.

—¿Tú lo ves por alguna parte?

—Escucha, sé que hay cosas que no entiendes y he venido para ayudarte a comprenderlas.

—Lo entiendo todo muy bien, me he estado informando.

—Tal vez no hayas usado las fuentes adecuadas.

—No importan las fuentes, hay hechos que son injustificables, o me vas a decir que incendió mi viñedo por mi propio bien.

Max guardó silencio, descansó los antebrazos sobre la mesa y entrelazó las manos. Yo no tenía nada que decir, y él parecía estar meditando.

—Me gustaría que vinieras conmigo —dijo al fin.

Un poco inquieta, apoyé la espalda sobre el respaldo de la silla y me crucé de brazos.

—¿Adónde?

—A Corsica —dijo, y se puso en pie con parsimonia.

Yo también lo hice, pero, al contrario que el suyo, mi cuerpo había pegado un salto.

—¿A Córcega? ¿Marco está allí?

—Ni siquiera sabe que te estoy proponiendo esto.

—No entiendo entonces...

Se acercó a la ventana y miró fuera. Estaba de espaldas a mí cuando habló:

—Deberías venir si de verdad deseas saber quién es Adrien Antonelli.

Oír aquel nombre salir de su boca me dolió tanto como si me hubiera pisado los dedos mientras me agarraba al borde de un acantilado.

—No me fío de vosotros —mascullé encendida.

Max se volvió y me estudió en silencio. Los nervios me traicionaron y me llevé una mano al vientre, un movimiento que no le pasó desapercibido.

—El embarazo te sienta muy bien.

¿Qué? ¿Cómo lo sabía?

—No pongas esa cara —añadió—. ¿De verdad pensabas que no estábamos al corriente?

Asentí y luego negué y luego asentí otra vez.

—Ven conmigo a Corsica y te lo explicaré todo.

—Puedes explicármelo aquí, ahora.

—Hay cosas que debes ver con tus propios ojos.

Reflexioné un momento. La idea comenzaba a tentarme, pero también podía ser una trampa para llevarme junto a él.

—¿Y cuándo iríamos?

—Prefiero llegar allí por la noche. Si no tienes planes, podemos irnos dentro de unas horas.

—¿Hoy? —Tuve la necesidad de sentarme de nuevo—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no has venido hace un mes?

—No era un buen momento, ya lo sabes. Pero ahora estás fuerte, y el bebé también.

—Así que habéis estado vigilándome. Apuesto a que conocéis incluso mis informes ginecológicos.

—*Oui*. También sabemos que tienes un nuevo socio.

Malditos entrometidos. Habían estado asomando las narices en mis asuntos, y yo había puesto tanto empeño en centrarme solo en el presente que ni siquiera lo había sospechado, lo que dejaba patente dos cosas: a) mi absoluta falta de costumbre a la hora de lidiar con gente como ellos, y b) mi sobrada ingenuidad en el mismo asunto.

Me sentí en manos de unos manipuladores; un pensamiento que, si bien podía tratarse solo de una elucubración mía, pronto descubriría que no lo era tanto.

—Necesito pensarlo —dije.

Max sacó su móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó unos botones.

¿Qué estaba tramando?

—¿Virginia? —Le oí decir, y me quedé anonadada—. Soy Max. —Imaginé la cara catatónica de mi hermana ante semejante llamada—. Sí, bien, bien..., con tu hermana, sí... Oye, me preguntaba si podrías venir un par de días conmigo y con Alicia a Corsica.

Pero ¿qué coño...?

Una hora más tarde, Virginia entraba por la puerta muy sofocada, con una pequeña bolsa de viaje en una mano. Lo primero que hizo, antes de dirigirme siquiera una mirada, fue echarse a los brazos de Max para saludarlo con dos besos. Pese a todo lo que habíamos descubierto sobre ellos, se comportaba como si fuesen monjes franciscanos.

—¿En serio nos vamos a Córcega contigo?

—Todo depende de ella —dijo Max clavándome la mirada.

Yo se la devolví, notando un fuego rabioso en la cara, molesta porque había utilizado a Virginia para presionarme.

Putas tácticas mafiosas...

Entonces ella y yo comenzamos una discusión sobre la conveniencia de viajar con Max a la isla. A cada pega que yo le ponía al viaje, Virginia le hallaba el contrapunto positivo. Discutimos acaloradamente ante la presencia nada arbitraria de Max que, sentado en una silla, se limitó a escucharnos sin intervenir. Había sido muy listo; consciente desde el principio de que él no lograría convencerme, estaba usando a Virginia como arma para conseguir sus propósitos.

—¡Debes ir! —concluyó Virginia tajante.

—¡No, no debo! ¿Y tu trabajo?

—Mi jefe me ha dado tres días de permiso, y ahora no voy a echarme atrás.

Y así continuamos durante una larga hora durante la cual yo me tuve que morder la lengua todo el tiempo para no chillarle el verdadero motivo de su interés, que no era otro que conquistar a Max, con independencia de que ninguna de las dos estuviera segura de quién demonios era; si Marco no era Marco, lo más probable es que Max no fuera Max. Pero tuve que aguantarme y justificar mi negativa en base a los hechos que solo me concernían a mí. Y lo único que yo conseguiría con ese viaje sería hurgar en la vida de un hombre que había decidido apartar de mi vida.

No tenía sentido.

Mi actual relación con Marco —si es que existía— podía compararse con la de un fumador y el tabaco. El fumador sabe lo malo que resultan los cigarrillos, conoce los riesgos y desearía dejarlo a cualquier precio. Pero no puede. Y mientras su cabeza le dice que no debe fumar, sus ansias por sentir en su organismo los efectos de la nicotina derriban cualquier tentativa de dejarlo. Eso me ocurría a mí con Marco; quería fumármelo una y otra vez, y ansiaba sentirlo de nuevo, tenerlo de nuevo, aun a riesgo de que fuera la causa de mi destrucción.

Era una desgraciada.

—¡No iré! —le grité al final.

KALLISTÉ

Aún no entiendo cómo sucedió, pero cuando me quise dar cuenta estaba sentada en un confortable asiento de cuero, que se asemejaba a una butaca orejera, con las piernas cómodamente estiradas, mirando el cielo anochecido a través de la ventanilla del avión.

Ya iba siendo hora de que admitiera que mi capacidad de resistencia frente a las imposiciones ajenas dejaba mucho que desear, aunque tengo que aclarar que Virginia era una maestra de la psicología inversa. Un ejemplo de nuestra discusión podría resumirse en:

—¡No iré!

—¡Debes ir!

—¡No debo ir!

—¡Claro que sí!

—¡No insistas!

—Tienes razón, no serviría de nada. Es más, creo que es una pésima idea.

Lo siguiente que recuerdo es que estaba hablando por teléfono con Álex para comunicarle que iba a estar fuera un par de días y que se hiciera cargo de Milo y Mini.

«No seas dramática —me espetó Dimitri—, jamás te habrían convencido si de verdad no quisieras hacer este viaje.»

¿A quién quería engañar? Era cierto, cualquier cosa que llevara impresa la posibilidad de recuperar a Marco hacía que mi interior lo celebrara dando saltos mortales de alegría.

Quería a Marco, pero odiaba a Adrien.

¿Podía haber mayor contradicción? ¿Cómo iba a aglutinar a dos hombres tan diferentes en un mismo cuerpo?

Pese a que, en el fondo, deseaba hacer ese viaje, no pude evitar resistirme con vehemencia antes de dar mi consentimiento. ¿Acaso no tenía derecho a ello? ¿Acaso tenía que haberle dado un puntapié a mi orgullo a la primera insinuación del emisario?

Imaginad por un momento a Max diciendo: «Ven conmigo a Corsica, *ma belle*, y lo entenderás todo», y yo respondiéndole: «Cómo no, amigo mío, pero antes déjame coger un par de bragas y un vestido».

Mi pataleta estaba más que justificada.

Y no me retractaré en eso.

Bastien se había unido a nosotros en el aeropuerto. Como siempre, permaneció distante y

frío, y solo intercambió con nosotras unos breves saludos de cortesía. Max y Virginia estaban sentados frente a mí, a tanta distancia —incluso había una mesa en medio— que creí que tendría que usar el interfono que tenía el brazo de mi asiento para comunicarme con ellos.

Bastien estaba a mi lado, pero al otro lado del pasillo, leyendo un periódico francés. Hacía quince minutos que el avión había despegado y en todo ese tiempo no había abierto la boca. Yo tampoco. Los únicos que parecían disfrutar del momento eran Max y Virginia, que parecían muy cómodos, inmersos en una conversación insustancial sobre cómo viajar sin apenas equipaje. El tema lo había colado ella, por supuesto, y Max mostraba buena disposición a seguirle la corriente.

—¿Soléis alquilar aviones a menudo? —dije alzando la voz e interrumpiendo su cháchara.

Bastien ni siquiera levantó la mirada de su periódico.

—No te preocupes por eso —dijo Max.

—Es simple curiosidad, y si tu intención es que conozca mejor a Marco deberías responder a mis preguntas.

Lanzó un suspiro de resignación.

—¿Qué importancia tiene, Ali? —intervino Virginia, y la fusilé con una mirada mortífera.

—Nunca alquilamos aviones —dijo.

—¿Es tuyo?

Negó con la cabeza.

—Es de él, ¿verdad? Es de Adrien.

Lo oí disculparse con Virginia antes de levantarse para venir a sentarse a mi lado. Cuando miré a mi hermana vi que sus mejillas estaban sonrosadas y su rostro era el vivo reflejo de una adolescente flipada con su acompañante.

Señor, era lo único que nos faltaba.

Max se había quitado la chaqueta de su traje gris perla y se había remangado la camisa blanca hasta los codos, dos detalles que restaban formalidad a su aspecto y le aportaban un aire de jovialidad. Virginia no le quitaba ojo, y juro que jamás le había visto en la cara esa expresión subyugada y expectante, ni siquiera el día de su boda con Raúl.

—¿Qué más quieres saber? —me preguntó Max.

Decidí ir al grano. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Sois unos mafiosos?

Bastien levantó la vista de su periódico y me miró con cara de pocos amigos. Al menos había logrado captar su atención. Max, sin embargo, sonrió.

—¿Lo parecemos?

—No sé qué apariencia tiene hoy un mafioso, supongo que ya no se distinguen por la *coppola* calada hasta las cejas y la escopeta colgada del hombro.

—Bueno, yo nunca he usado *coppola,* y solo voy armado con un iPhone...

Bastien soltó una carcajada. No le hice caso y me concentré en Max.

—No te imaginas lo que dice la prensa sobre Adrien Antonelli.

—Creo que me hago una idea. Pero me encantaría saber qué has averiguado.

Tomé aire antes de empezar, pues lo que tenía que decir era largo y escabroso.

—Dicen que Antonelli fue sicario de un empresario alemán y que se convirtió en tiempo récord en un inversor, en un cerebro político o incluso en un líder. Que si hubiera aplicado su talento y su carisma a negocios legítimos habría sido un hombre de éxito. Que después de volver de París instruyó a sus *aliados* para que evitasen cualquier acción que atrajese el foco de atención sobre ellos. Que su táctica no era disparar y preguntar después, sino valorar cómo se podía hacer más daño a una persona: si viva o muerta. —Guardé silencio un par de segundos, en los que fui consciente de la cara de estupefacción que estaba poniendo Virginia, y añadí—: Y ahora viene lo mejor de todo, el efecto «reinvención»: en caso de escándalo político o fracaso de un negocio, Antonelli recomienda a sus acólitos adquirir una nueva personalidad. ¿Qué fue lo que salió mal, Max?

Bastien lanzó al aire un largo silbido y pronunció unas palabras en francés que provocaron una respuesta corta por parte de su padre. Luego me fijé de nuevo en Virginia; sus mejillas ya no estaban sonrosadas, sino pálidas como velas, y tenía los ojos tan abiertos que por un momento pensé que saltarían de sus cuencas y echarían a correr.

—Oh, Dios mío... —dijo en un susurro.

Max me observaba con actitud serena.

—¿Algo más?

—Sí. La prensa no se refiere a Antonelli como a un delincuente común, sino como a un capo de la mafia corsa, lo cual resulta muy llamativo, ¿no crees?

Un nuevo comentario incomprensible de Bastien me hizo girar el cuerpo hacia él y lanzarle una mirada malévola. Él me la sostuvo, y además me dedicó media sonrisa burlona.

—Oh, Dios mío... —repitió Virginia.

Permanecí atenta a la reacción de Max, tal vez imaginando que intentaría buscar mil justificaciones a los alegatos de la prensa.

Pero no movió ni una ceja.

—Bueno, son puntos de vista —dijo sin inmutarse.

—Entonces, es cierto.

—Creo que ya te has hecho tu propia opinión. —Se levantó y me puso una mano en el hombro—. Descansa un poco, Alicia, ya tendremos tiempo de hablar.

Regresó al lado de Virginia, quien ya no lo recibió con la misma inclinación hacia el diálogo de antes.

Cerré los ojos y traté de calmarme. La charla con Max me había alterado y necesitaba tranquilizarme. No era una tarea sencilla, si pensaba en lo que me esperaba. Pero si alguien era capaz de bloquear las emociones esa era yo.

Así que, al final, me dormí. Hasta que una mano me zarandeó el hombro y me despertó. Abrí los ojos y encontré la nariz de Virginia a un palmo de la mía.

—Hemos aterrizado —dijo entre susurros.

Miré por la ventanilla y vi las luces típicas de los aeropuertos, un hangar y algún que otro avión pequeño.

—No sé cómo puedes dormir en esta situación —añadió ella tan bajo que casi no pude oírla.

Pero yo sí lo sabía; estaba embarazada y tenía sueño a todas horas. Además, habría sido

capaz de hacer meditación tántrica de haberla necesitado.

—¿Dónde estamos?

—Max me ha dicho que en Figari.

—¿Eso está en Córcega?

—Supongo —respondió.

—¿Por qué hablas en susurros?

—Para que no nos oigan.

—Virginia, aquí no hay nadie.

—¿Y si tienen micrófonos ocultos?

—Ah, bueno, en ese caso procura no decir en voz alta la combinación de la caja fuerte del FMI.

—No seas tonta —dijo recuperando su tono habitual—. Es que me ha puesto nerviosa todo eso que has dicho. ¿Por qué no me lo contaste? Si lo hubieras hecho, no habría insistido tanto en venir.

—Pues ya lo sabes. A ver, ¿y ahora qué hacemos?

—Max dijo que esperásemos un momento, que ya nos avisarían cuando pudiéramos bajar.

—¿Y adónde iremos?

—¡Yo qué sé, Ali!

Un hombre vestido con uniforme apareció al fondo del aparato y nos habló en francés.

Miré a Virginia.

—Creo que dice que podemos salir.

Me levanté del asiento, cogí mi bolsa de viaje y nos dirigimos hacia la puerta, pero el hombre, que nos estaba observando, exclamó algo.

Nos quedamos quietas como rocas.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté.

—Creo que dice que no podemos salir.

—Joder, Virginia, ¿dónde has aprendido francés?, ¿en las etiquetas del Sauvignon?

—¡Mira a ver si tú le entiendes mejor!

Volvimos a nuestros asientos y aguardamos en silencio. Virginia parecía cada vez más nerviosa, martilleando sin cesar el suelo con el tacón de su zapato.

—¿Quieres estarte quieta? Pareces un pájaro carpintero.

—Creo que tendríamos que haber traído un arma o algo para defendernos.

—¿Defendernos de quién?

—De los mafiosos.

Le lancé una mirada de incredulidad.

—Claro, podíamos haber traído el rodillo de amasar, la escobilla del váter o el espray matamoscas...

—Lo digo en serio, Ali.

—Pues haberlo pensado antes.

El hombre uniformado volvió a aparecer.

—¿Qué dice ahora?

—Creo que dice que podemos salir.

Pero ninguna de las dos hicimos tentativa de movernos y nos quedamos mirando al hombre con cara de bobas.

Este levantó los brazos con signos de impaciencia.

—*Allez! Allez!*

Nos pusimos de pie al instante y caminamos hacia la salida. Max nos esperaba al lado de un coche con las puertas abiertas. La brisa era fresca. Desde lo alto de la escalera, miré hacia ambos lados esperando ver el mar, pero solo vi oscuridad. Una pena. Me habría gustado llegar a la isla de día, no en plena noche, como si fuéramos delincuentes.

¿Éramos delincuentes?

«No, no lo sois», señaló Dimitri.

Claro, qué pensamiento más tonto.

«Ellos lo son», puntualizó.

¡Ellos lo son!

Un poco mareada, me subí al coche y solo me faltó persignarme. Virginia, que se sentó a mi lado, había conseguido contagiarme su aprensión. Me dije que, si quería mantener plenas mis facultades y averiguar la verdad sobre Marco, tendría que olvidarme de ese asunto de la mafia, que parecía más una argucia sensacionalista de la prensa que una posibilidad real.

Max se montó al lado de Bastien, quien iba al volante, y salimos del aeropuerto. Pocos minutos después nos incorporamos a una carretera solitaria en dirección a alguna parte. Eran cerca de las once y media de la noche y apenas había tráfico.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—A Porto Vecchio —respondió Max conciso.

No hice más preguntas, solo Virginia interrumpió mis pensamientos minutos después:

—¿Sabes que Napoleón nació en Córcega? —me dijo entre susurros.

Le respondí en un tono suficientemente alto como para que todos me oyeran.

—¿El megalómano ese que nos dijo: «Quiero conquistar Portugal, pero vosotros estáis en medio, de modo que firmaremos un tratado y me dejaréis pasar por vuestro territorio con mi ejército», y después, el muy cabrón, intentó conquistarnos también a nosotros?

—¡Chsss! Habla más bajo —me riñó.

—Era un buen estratega —dijo Bastien muy animado.

Iba a responderle algo cuando noté un puntapié en el tobillo. Reprimí un alarido y miré a Virginia, que hacía aspavientos con la mano para que me callara.

Lo hice. Me callé y nadie volvió a hablar. Nosotras nos limitamos a contemplar la noche a través de la ventanilla, con la mirada perdida, aunque me pareció oír que Virginia canturreaba. O eso, o estaba rezando.

Veinte minutos más tarde rodeamos una población cercana que dejamos a nuestra derecha.

—Porto Vecchio —dijo Max sin que se lo preguntáramos.

La aglomeración de luces del centro del pueblo se fue dispersando hacia lo alto de una colina, frente a nosotros, y al cabo de unos minutos comenzamos el ascenso por una carretera estrecha, oscura y, lo peor de todo, sinuosa. Tan zigzagueante que tras un rato de tormentoso

movimiento tuve que pedirle a Bastien que detuviera el coche para vomitar en el arcén. Cuando lo eché todo y levanté la mirada, Max me tendió un botellín de agua y me pidió que volviera dentro. Bastien también estaba fuera, al lado de su puerta, escrutando la oscuridad como un puñetero matón.

Era surrealista.

Diez minutos más tarde, nos detuvimos frente a una enorme verja de forja, y por la posición del vehículo podría asegurar que el desnivel del terreno era de noventa grados.

«Eso es imposible —señaló Dimitri—. Si fuese así estaríais rodando ladera abajo.»

«Era una forma de hablar», le respondí yo.

Esperaba que la verja se abriera sola ante nuestra presencia, pero el mecanismo de apertura resultó ser los brazos de un tipo fornido con aspecto bastante amenazante.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En la residencia oficial de Marco Bossi.

—Ah —dije asombrada, como si me hubiera dicho que era la residencia de Vlad Draculea.

En la oscuridad, solo vi la enorme esclerótica blanca de los ojos de Virginia, que evidenciaba que ella también estaba bastante sorprendida.

Atravesamos la entrada y avanzamos por una vía estrecha escoltada por manchas oscuras de vegetación. Si había alguna casa delante de nuestros ojos, no podíamos verla. No había luces ni luna que nos iluminaran, tan solo se apreciaban las siluetas cercanas de los árboles y alguna pared de piedra.

Cuando nos detuvimos en una explanada, apenas se podía apreciar la casa camuflada entre la vegetación. Miré por la ventanilla y vi a un hombre bajo y regordete dirigiéndose a mi puerta.

Le di un codazo a Virginia y, cuando me quise dar cuenta, la puerta ya se había abierto y el hombre me tendía una mano para ayudarme a salir.

No necesitaba ayuda, de momento, pero no quise ser descortés, así que estiré mi mano hacia él y el hombre tiró suavemente de mí al tiempo que decía:

—*Bona sera.*

—*Bona sera* —le respondí.

Para algo que sabía decir...

—*Bona sera!* —exclamó Virginia desde el otro lado del coche, incluso la vi saludar con la mano.

Pensé que el hombrecillo iba a decir algo más, pero se calló como un muerto y esperó a que Max nos guiara al interior de la casa. Bastien se quedó dentro del coche.

Cuando atravesamos la puerta comprendí que no era una casa, era una mansión. El hombre entró en último lugar y tras una orden de Max desapareció por un ancho pasillo levemente iluminado.

—Le he dicho que os prepare algo de cenar.

—Gracias —dije notando un vacío incómodo en el estómago.

—¿Es italiano? —preguntó Virginia, y Max la miró desconcertado.

—¿Bernard? No, ¿por qué?

—Ha dicho *bona sera.*

—Ah, bueno, el corso es un dialecto de origen toscano, pensé que lo sabíais.

Las mejillas de Virginia se pusieron de color fucsia.

—¿Preferís dormir juntas o separadas?

Respondimos al mismo tiempo.

—Juntas —dijo ella.

—Separadas —dije yo.

Virginia me taladró con la mirada.

—No pienso dormir sola en esta casa —declaró tajante.

Max suspiró.

—Tu hermana tiene razón. No conviene quedarse solo, sobre todo cuando soltamos a los lobos. —Lo miramos con la cara desencajada, y él se vio obligado a puntualizar, reprimiendo una sonrisa—: Estaba bromeando.

Por Dios, ¿quién le había dado lecciones de humor a este hombre?

Volvimos a respirar con normalidad y convenimos dormir juntas. Max nos guio hacia unas escaleras y, tras avanzar por un pasillo con ventanas de medio arco que daban a alguna parte, nos detuvimos frente a una puerta. Cuando la abrió, unas lámparas de color albero iluminaron una habitación preciosa, decorada con un estilo montañés, pero a la vez elegante y sobrio. Había dos camas enormes contra una pared de piedra y estaban separadas por una mesita de madera tallada. Lo que más me gustó —y por la cara de Virginia supe que a ella también— fue el dosel que encuadraba de forma individual cada cama y que estaba revestido con una fina tela blanca, casi transparente.

—Es una habitación muy bonita —dijo Virginia sin poder contenerse.

Max sonrió.

—Las hay mejores, pero esta tiene buenas vistas. —Se desplazó hacia un gran ventanal, que solo reflejaba la oscuridad exterior, y corrió unas tupidas cortinas—. Mañana tendréis oportunidad de comprobarlo. Ahora poneos cómodas. Dentro de un rato Bernard os traerá algo de comer. Luego procurad descansar. —Señaló la mesita que separaba las camas y añadió—: Ahí tenéis un teléfono interno por si necesitáis algo. Pulsad el 5 para llamar a Bernard y el 2 si queréis hablar conmigo. El baño es la puerta de la derecha.

—¿Qué hay en la puerta de la izquierda? —preguntó Virginia fijándose en esa pared.

Él le sonrió de forma traviesa y se dirigió a la salida. Sujetó el pomo de la puerta con la mano y antes de marcharse contestó:

—Ah, esa. —Mantuvo la sonrisa—. Es donde encerramos a los lobos —dijo, y cerró tras de sí.

Virginia soltó una carcajada nerviosa. Sus mejillas volvían a tener color.

—Donde encerramos a los lobos... —repitió con sorna—. ¿No es majísimo?

—Hace una hora deseabas estar armada hasta los dientes para defenderte de él y ahora es otra vez majísimo.

—No era para defenderme de él, era para defenderme de los demás.

—¿Quiénes? Aquí parece que solo está ese Bernard.

—Me encanta su sonrisa ladeada y esa barbita con canas..., y esa elegancia de movimientos,

como si caminara levitando...

—Pues sí que te ha dado fuerte.

—Me pregunto para qué te habrá traído aquí...

Iba a responderle cuando llamaron a la puerta. Virginia fue a abrir y Bernard entró empujando una camarera metálica con varios platos de comida.

—Huele genial —dijo Virginia siguiéndolo—. ¡Y ha traído vino! Lástima que se me haya cerrado el estómago.

Bernard la miró con gesto afable, sin comprender una palabra.

—*Bon appétit* —dijo.

—*Merci* —respondió Virginia, y yo lo repetí.

El hombre se dirigió a la puerta y antes de salir se volvió hacia nosotras y añadió algo.

—*Oui, oui* —le respondió Virginia.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté cuando Bernard se hubo marchado.

—Ni idea, pero no quería quedar como una ignorante.

Puede que a Virginia se le hubiera cerrado el estómago, pero se comió su ración y parte de la mía. Había queso, jamón, unas salchichas oscuras con forma de U y un estofado de carne que no supimos identificar, aunque Virginia dijo que su sabor fuerte le recordaba al jabalí. Yo no comí mucho, pero me di el privilegio de dar un corto trago al vino, solo para paladear el sabor del vino corso. Virginia, más que probarlo, se regó por dentro con él.

—Te has ventilado la botella —le recriminé.

—Qué va, aún queda un pelín, pero me ayuda a tragar la comida. Estoy nerviosa.

—Pues te lo has comido todo. Este hombre pensará que somos un par de ñus.

—Es de mala educación no comer lo que te ofrecen.

—Ya.

—Y está todo muy rico.

Después de ducharnos nos metimos en la cama. Yo estaba muy cansada, así que sentí un inmenso alivio cuando por fin estiré el cuerpo sobre el colchón. Sin embargo, no pude conciliar el sueño. Virginia, por el contrario, se durmió al cabo de siete minutos, pese a que había jurado que no pegaría ojo en toda la noche.

Tumbada en aquella acogedora habitación, sin nada que hacer salvo pensar en lo que querría mostrarme Max, no pude evitar descolgar el teléfono de la mesita y marcar el número 2.

BUSCANDO LA VERDAD

—*Oui?* —dijo la voz de Max.

—Soy yo. ¿Te he despertado?

—No, *ma belle.* A decir verdad, acabo de hablar con Marco.

Noté que se me retorcía el estómago.

—¿Le has dicho que estamos aquí?

—Le he dicho que nosotros estamos aquí. Si le dijera que vosotras estáis aquí, vendría a buscaros. Pensaría que corréis peligro en la isla si alguien os relaciona con él, con Adrien, quiero decir.

—¿Y eso puede ocurrir?

—Es una posibilidad remota, pero cuando amas a alguien no quieres correr riesgos, aunque sean insignificantes.

—Si me quisiera, no me habría dejado.

—Tú lo echaste, Alicia.

—Sí, pero ni siquiera trató de explicarse.

—¿Explicarse? Le dijiste que había matado a vuestro hijo. ¿Qué explicación podía darte si él mismo se creía responsable?

—Yo también pensaba que lo había perdido, estaba fuera de mí.

—Puedo entenderlo. —Suspiró—. Pero Marco llegó a Marbella enajenado, hundido, apenas fue capaz de contarnos lo que había pasado. Dijo que Camille lo había encontrado...

—Y tanto que lo encontró, y fue muy embarazoso.

—Lo imagino. —Antes de volver a hablar, carraspeó—. Marco estaba tan mal que le pedí a Bastien que averiguara cómo estabas. Fue cuando descubrimos que no habías perdido al niño. Pero tu situación delicada hacía imposible un acercamiento, de modo que decidimos esperar. —Respiró profundamente—. Alicia, Marco aún cree que has perdido al bebé.

—¿No se lo habéis dicho?

—No.

—No lo entiendo, ¿por qué?

Oí su respiración ruidosa al otro lado del teléfono. Parecía cansado.

—Debes hacerlo tú.

—Ah, bien, yo lo haré, pero solo si me das tu palabra de que no intentará quitarme a mi hijo.

—No puedo prometerte eso.

—Pues que se vaya al infierno.

—Lo averiguará, lo sabes.

—Lo dudo. Se olvidará de mí tan pronto como de Camille.

—Créeme, no lo hará.

—¿Sabes lo difícil que me resulta asimilar todo esto? Puede que en vuestro mundo de gánsteres sea el pan de cada día, pero para mí sois como seres de otro planeta, con vuestras conspiraciones, vuestras tramas políticas, vuestros cambios de identidad, vuestra forma de aniquilar al más débil... Y no creas que no he tenido momentos de flaqueza y he querido salir corriendo a buscarlo, pero, cuando pienso que quemó mi viñedo, siento una rabia que...

Oí su respiración hacerse más pesada a través del teléfono.

—Marco no quemó tu viñedo —murmuró.

Me quedé sin palabras, interiorizando lo que acababa de oír.

—¡Claro que fue él! No se atrevió a negarlo. Llevaba la culpa escrita en la cara.

—Fue Bastien.

Sentí como si alguien me derribara y me arrastrara siete kilómetros por un lodazal.

—¿Qué?

—Por eso no dijo nada —continuó Max—. No quería delatarlo, aunque no calculó las consecuencias que tendría asumir las culpas.

Me embargó una profunda sensación de alivio. Era cierto que me costaba asimilar toda esta historia, y que cualquiera en mi lugar habría hecho lo posible para mantenerse lejos de ellos, pero saber que Marco no había tenido nada que ver con el incendio me devolvió un poco de la fe que le tenía; incluso en lo más profundo de mi ser, mi corazón me recriminaba que lo hubiera creído tan pronto.

Mi resentimiento comenzó a hacer guardia en torno a Bastien.

—¿Por qué lo hizo?

—Marco y él son como hermanos. La situación era crítica. Nuestra casa en Ajaccio parecía un fortín militar, y Marco ya había sufrido un intento de asesinato. El tiempo corría en su contra y había que buscar una salida, un refugio. Barajamos distintas posibilidades: Latinoamérica, Reino Unido, incluso alguna isla del Pacífico, pero ningún lugar lo motivaba lo suficiente para dejarlo todo y desaparecer. Era desesperante ver cómo se rendía sin poder hacer nada para ayudarlo. Había asumido que moriría en la isla. Estaba derrotado, cansado de refugiarse, harto de luchar contra fantasmas. Apenas dormía, y de verdad llegué a temer por su vida. Le daba igual si vivía o moría, y se exponía al peligro sin ninguna protección. Fue en ese momento cuando Bastien apareció con tu historial bajo el brazo. —Lo oí inspirar profundamente—. Bendito día. Un viñedo perdido en una isla cercana en el Mediterráneo parecía el lugar perfecto. Sería como estar en casa pero a la vez lejos de ella. Marco se entusiasmó con la idea. Para mayor fortuna, la propietaria del viñedo buscaba pareja en una página de contactos. La suerte nos sonreía. Creo que no fue el lugar, ni el viñedo, ni siquiera lo hizo pensando en su propia seguridad. Encontró en ti alguien a quien proteger, a quien cuidar, un motivo para seguir con vida. Puede que suene absurdo, pero se obsesionó contigo desde el principio. Bastien contactó con su amiga rusa y le

dijo que Adrien, quiero decir, Marco, estaba interesado en ti y..., bueno, el resto ya lo conoces.

No supe qué decir, pero ahora me explicaba en parte el interés desmedido que Marco había demostrado por todo lo que me concernía.

Me di cuenta también de que Max no había respondido a mi pregunta.

—Sí, pero eso no explica por qué demonios Bastien incendió mi viñedo.

—Simplemente quiso acelerar la relación. En tu historial había dos requisitos que Marco no cumplía: no era español y era menor de treinta y cinco. Tal vez el segundo obstáculo carecía de importancia, pero sabíamos que su condición de extranjero no le pondría las cosas fáciles. Por suerte, el idioma no era una barrera. Bastien pensó que, si tú estabas en dificultades, las posibilidades de que lo aceptaras se multiplicarían.

—Y decidió acabar con mi viñedo para que no pudiera rechazarlo.

Empezaba a notar una extraña fatiga mental que me impedía pensar con claridad.

—Cuando descubrimos lo que había hecho, ya era demasiado tarde. Luego reconoció su error, aunque siempre supo que Marco repararía el daño y que no tendrías problemas.

Reparar el daño. Menudo consuelo. Era lo mismo que si me dijeran: «Mire, vamos a cortarle la pierna en lonchas con esta motosierra, pero no se preocupe porque tenemos un médico fabuloso que pega los miembros como nadie. Apenas se notará. Tan solo deberá tener cuidado al ducharse, porque el pegamento es soluble en agua».

Una comparación morbosa, lo sé, pero una comparación a fin de cuentas.

Me quedé un instante en silencio, asimilando todo lo que había dicho.

—Háblame de Camille —le dije.

—Hablaremos de ella mañana. Ahora quiero que descanses.

—Estoy bien...

Era mentira, estaba extenuada, pero mi deseo de saberlo todo era más fuerte.

—Mañana, Alicia.

Una luminosidad cegadora irrumpió en la habitación y me despertó bruscamente. Salí a la luz de entre las sábanas con la previsible confusión de los primeros instantes, hasta que las voces de Virginia me ayudaron a situarme.

Abrí un poco un ojo y la vi de pie, asomada al balcón que había permanecido oculto tras la tupida cortina. Por el hueco abierto al exterior se colaba una agradable brisa hasta la cama.

—¡Madre mía! —exclamaba en ese instante—. ¡Madre mía! ¡Madre mía!

—¿Qué pasa? —pregunté con la voz ronca—. Estamos rodeados de lobos ¿o qué?

Pestañeé con fuerza en un intento de aclararme la vista y me levanté de la cama para acercarme al balcón. Cuando me asomé, me quedé sin habla, paralizada por la belleza del lugar.

—Mira esto, Ali —dijo Virginia en un estado cercano al éxtasis.

Daba la sensación de que estábamos ancladas en lo más alto de una ladera. Las vistas eran tan increíbles que cortaban el aliento. El cielo azul, la frondosidad de los pinares que nos rodeaban, el mar y la arena blanca en el horizonte... Miré hacia arriba, justo encima de mi cabeza, y hacia los lados, y me sorprendió la magnitud de aquella casa de piedra, de estructura

irregular, que parecía mimetizarse con el entorno y adaptarse a las formas sinuosas de la colina. Miré hacia abajo y vi los senderos ajardinados que serpenteaban por la pendiente. Había varias terrazas, unas con tejado y otras sin él, y una piscina enorme que se adentraba en una gruta excavada en la ladera. Un hombre nadaba en ella con estilo pulido.

—¿Es Bastien? —pregunté.

—Sí, lo he visto llegar.

Noté un sentimiento de inquina contra él, pero me até la lengua y no le dije nada a Virginia.

—¿Cuánto costará una casa como esta? —se preguntó.

—Tú sabrás, trabajaste durante años en la inmobiliaria de Raúl.

—No he visto mucho del interior, pero solo por fuera y con esta extensión de terreno, yo le calculo cinco millones de euros.

—Demasiada pasta.

—¡Y es de tu marido!

Iba a responderle cuando llamaron a la puerta, y Virginia, sin percatarse de que solo llevaba puesto un camisón demasiado escotado, fue a abrirla.

—¡Espera! —le dije, y agarré la bata que había dejado encima de la cama. Mi camisón era demasiado corto y enseñaba las bragas.

Ella se miró el suyo y decidió que estaba decente para abrir la puerta a quien fuera que estuviera al otro lado.

Era Max.

Mucho mejor para ella.

—¿Qué tal habéis descansado? —dijo, y al asomarme vi que no pudo evitar deslizar levemente la mirada hacia el escote de Virginia.

«Hombres...», censuró Natasha.

Virginia sonrió encantada, olvidándose de los lobos, de las armas y de todas las amenazas que habían pululado por su cabeza el día anterior. Sujetó a Max por un brazo y lo arrastró hacia el interior del dormitorio. No se detuvo hasta llegar al balcón. Allí hizo un gesto con los brazos extendidos que abarcaban cuanto veía.

—¿Te has fijado en estas vistas?

Max sonrió, pero yo me di cuenta de que en esos momentos su vista favorita no estaba en el horizonte, sino justo a su lado.

Era increíble el efecto que podía tener una sedosa pieza de tela ajustada a un cuerpo.

Sin dejar de mirarla dijo:

—Lo que se ve al fondo es la playa de Palombaggia, cálida, transparente y en calma. Su arena es muy blanca, pero a ciertas horas del día se vuelve dorada.

Ella se volvió hacia él y, entonces, algo ocurrió. No sabría decir qué, pero sin duda algo sucedió.

En otras circunstancias, me habría marchado y los habría dejado solos. O peor aún: si alguien ajeno a mí hubiera manejado los hilos de esta historia, me habría hecho desaparecer de la escena con la misma rapidez que explota una pompa de jabón. ¡Chas! Y estaba fuera, bien lejos, posiblemente en la playa que veíamos en el horizonte.

Pero, por suerte, yo poseía el control. Y ahora tenía otras preocupaciones.

Después de asearnos y vestirnos, Max nos acompañó a la cocina. Por el camino, Virginia no perdió detalle de la decoración.

—Elevo el precio a seis millones —me susurró al oído.

En la amplia cocina de paredes blancas y bien organizada, Bernard nos esperaba con el desayuno. Había mucho donde elegir, pero por las mañanas yo solía tener una sensación de náusea que no se me iba hasta el mediodía, así que solo sorbí un poco de zumo de naranja y no me animé a probar otra cosa.

—Debes comer algo, Alicia —me dijo Max.

Bernard me escrutó con la mirada y luego la desvió hacia Max, quien a su vez le dijo algo. El hombre reaccionó a sus palabras con una contundente palmada al aire y una amplia sonrisa.

—¿Por qué se ha puesto tan contento?

—Le he dicho que estás embarazada.

Bernard se movió raudo por la cocina y llenó un vaso de leche hasta el borde. Luego me lo ofreció.

Hice un gesto de negación con la mano y la cabeza al mismo tiempo. Pero él insistió exclamando algo que sonó como «Aiò!».

—Te sugiero que te lo bebas —dijo Max.

—Es que no me apetece.

—Bernard es muy persistente. No parará hasta que te lo tomes.

—Ali también es muy cabezota —manifestó Virginia expectante—. A ver quién gana.

Agarré el vaso de leche solo para que se diera media vuelta y se dedicara a otra cosa, aunque no tenía intención de tomármelo. Pero Bernard no se movió y esperó frente a mí, atento y con clara intención de comprobar que me lo bebía. Al ver que no hacía amago de llevarme el vaso a la boca, volvió a insistir.

—*Allez!*

—No —dije.

—*Oui!*

—¡No!

—*Oui!*

—¡Que no!

Al fin renunció y me quitó el vaso de leche de las manos a la vez que yo sonreía para mis adentros aliviada. Bernard dejó el vaso en la encimera y comenzó a parlotear malhumorado.

—Lo has enfadado —declaró Max divertido.

Supe pronto que no se había dado por vencido. Cogió un plato de buñuelos que había sobre la mesa y me lo puso delante de la nariz.

—*Frittelle* —dijo.

—Los *frittelle* son su especialidad —comentó Max—, y aquí no aceptará un no por respuesta.

—No, no, *merci* —rechacé educadamente tratando de no enfadarlo de nuevo.

—*Oui, oui, oui* —dijo, y me soltó un discurso.

Volví la mirada hacia Max, que contemplaba la escena con cierto agrado.

—Dice que él y su mujer han criado a cinco hijos, y que tal vez tú no tengas hambre, pero tu bebé sí.

Miré otra vez a Bernard, que en vez de amenazarme con el plato de *frittelle* lo hacía sujetando un buñuelo a tres centímetros de mi boca.

—*Mange!*

Vale, eso lo había entendido, pero no...

Me aprisionó la nariz con dos dedos de la otra mano y mi boca se abrió como la de un pez fuera del agua. Después me coló el buñuelo dentro.

—Apuesto a que lo vomita —dijo Virginia.

—Si lo vomita, le dará otro —comentó Max después de darle un trago a su café.

Pensé en esa posibilidad y entonces me lo tragué sin masticar. Pero solo conseguí que se me quedara atascado. Bernard intuyó mis dificultades y me ofreció el vaso de leche.

Me lo bebí de un trago, lo cual lo puso muy contento.

Me dio un par de palmadas en la espalda que estuvieron a punto de provocar que el *frittelle* se me saliera por la boca.

Max le dijo a Virginia que disfrutara de las instalaciones de la casa y que se sintiera libre de pasear por los jardines mientras nosotros teníamos nuestra *charla* en la biblioteca. Supe que era la biblioteca, y no una sala de torturas por ejemplo, porque estaba llena de libros, sillones, mesitas y lámparas para leer.

Max me dejó husmear por la estancia antes de entrar en materia.

—¿Bernard es de vuestra familia? —le pregunté mientras me acercaba a una librería.

—No. Lo rescatamos de la calle hace cinco años. Un caso severo de alcoholismo. Ocurrió cuando murió su mujer. Se derrumbó. Sus hijos están desperdigados por el mundo y..., en fin, está solo.

Pensé en ello durante un momento.

—¿Se ha recuperado de su adicción?

—Totalmente. Es un buen hombre, noble y fiel, dos cualidades difíciles de encontrar.

—Y tozudo —apunté con media sonrisa.

—Sí, eso también.

Max se dirigió a un estante y sacó algo parecido a un álbum de fotos. Luego me invitó a sentarme a la mesa que dominaba el centro de la estancia. Entonces abrió el álbum y me mostró una bonita fotografía familiar.

—Marcel y Pauline se conocieron en la universidad —dijo, y yo reconocí a Marco en los rasgos infantiles de un niño que sonreía a la cámara desde los brazos de su madre—. Los dos eran abogados —continuó—, como mi mujer, Ghjulia, y yo, y los cuatro trabajábamos juntos hasta que...

Se quedó un momento en silencio mientras yo escrutaba la fotografía con íntima curiosidad. Marco se parecía a su padre: tenía la misma forma almendrada de los ojos y el mismo mentón. Su madre era una mujer guapa, de amplia sonrisa y mirada dulce. Los tres formaban una bonita familia. Conocer su destino causaba una profunda tristeza, y me sentí de repente imbuida por un

estado melancólico, un sentimiento que me recordaba que me faltaba algo, que había estado ahí, pero que ya no estaba ni podría estarlo de la misma forma. Porque todo había sido una ilusión, una farsa que me hacía sentir como si alguien me hubiera robado un pedazo de mi vida. Y mirar aquella fotografía me impedía proyectar toda la rabia y la frustración contra el causante de mi tristeza. Al contrario, sentía la imperiosa necesidad de consolarlo, de amarlo, de estrecharlo contra mi pecho y protegerlo para siempre del dolor y de la pena.

Max pasó la hoja y vi al pequeño Marco acompañado de un niño rubio.

—Es Bastien —dijo.

En otra fotografía estaban los seis juntos en una fiesta de cumpleaños en la que Marco soplaba las cinco velas de su tarta. Parecían muy felices.

—Teníamos una relación muy estrecha —me explicó Max—. No solo laboral. Éramos amigos.

Las fotografías eran las que cabría esperar en cualquier álbum familiar: cumpleaños, salidas al campo, días de playa, parques de atracciones, reuniones familiares...

Repasé cada foto intentando retener las imágenes en la memoria, como si esa fuera la primera y la última vez que las vería. Me invadió la pena al pensar que aquellas dos personas a las que nunca conocería eran los abuelos de mi hijo. Me sentí cerca de Marco, o cerca de Adrien, no lo sé, ambos comenzaban a mezclarse en mi mente, o tal vez fuera yo la que trataba de fusionarlos en un solo hombre.

Luché contra las lágrimas, pero no lo conseguí del todo. Tal vez estaba más sensible de la cuenta, o tal vez la historia era demasiado tremenda. Ver a los protagonistas, ponerles caras e imaginar cómo habían sido sus vidas hasta que ocurrió la tragedia provocaba que lo viviera todo de una forma más intensa, más cercana...

Más mía.

Sí, empecé a darme cuenta de que su historia también era mi historia, y en definitiva, era la historia de mi hijo. Estábamos irremediablemente unidos a Adrien Antonelli y a su familia.

Cuando ya había visto suficiente, Max se levantó y se acercó a un armario. De allí extrajo una caja que depositó sin esfuerzo sobre la mesa. Estaba llena de periódicos viejos. Cuando sacó el primero, una imagen impactante y devastadora me encogió el corazón.

—¿Qué dice el titular? —le pregunté.

Señaló las letras con un dedo e hizo la traducción:

—Tres abogados asesinados frente al Tribunal de Justicia de Ajaccio.

—¿Tres? ¿Quién fue la tercera víctima?

Max se demoró en la respuesta, y yo levanté la vista del diario para mirarlo.

—Ghjulia.

Se me cortó el aliento; ese era un dato que desconocía. Max tenía los ojos fijos en el titular del periódico, fechado el 12 de enero de 1994.

—Hacía mucho tiempo que no lo miraba —murmuró un poco ausente.

Me sentí fatal y bastante culpable.

—Siento ser la causa de que remuevas los recuerdos —dije con pena y notando que me picaban los ojos—. No podía imaginar que...

Max hizo un gesto en el aire con la mano.

—No importa.

—Claro que importa —musité.

—El resto de los periódicos habla sobre la investigación que se llevó a cabo después. Poca cosa digna de mención, salvo que nunca aparecieron los responsables. Aunque todos sabíamos quiénes eran.

—¿En serio? ¿Lo sabíais?

—Sabíamos de dónde había salido la orden, pero desconocíamos los nombres de los autores materiales: dos hombres en una moto que los tirotearon hasta matarlos.

—¿Hubo testigos?

—Una docena.

—¿Y nadie dijo nada?

Sonrió amargamente.

—Bienvenida a La isla del silencio, *ma belle.*

—Qué injusto.

—Pero lo averiguamos.

—¿Y qué ocurrió?

Se levantó de la mesa y comenzó a moverse por la estancia, deteniéndose aquí y allá para ordenar un libro o cerrar bien un cajón. Cuando habló, había cambiado de tema, dejando mi pregunta en el aire:

—Años antes de que todo pasara, Marcel y Pauline nos habían nombrado a Ghjulia y a mí tutores legales de Adrien en caso de que ellos fallecieran. No es que sospecháramos que algo así podía ocurrir, fue simplemente un trámite legal que muchos padres deberían plantearse. Y fue una acción recíproca, pues nosotros hicimos lo mismo con ellos y Bastien. De modo que, cuando sucedió, Adrien permaneció bajo mi tutela hasta que fue mayor de edad. Se crio con Bastien como un hermano, y los dos se apoyaron mutuamente. —Guardó silencio un instante, como recordando, con la mirada perdida. Esperé pacientemente a que reuniera el coraje para seguir, y al final dijo—: Los primeros años fueron duros...

—Debió de ser horrible —murmuré con voz débil.

Lo seguí con la mirada mientras se acercaba a una ventana y descorría una cortina para que la luz de la mañana inundara la estancia.

—Me encargué de que Adrien visitara a menudo a sus abuelos mientras vivieron. Creo que eso fue importante para él.

—Estoy segura —dije entrecerrando los ojos ante la invasión de tanta claridad.

—Cuando tuvieron edad para ir a la universidad, se trasladaron a París. Adrien es un año mayor que Bastien, de modo que él fue el primero en salir de Corsica. Quería ser ingeniero agrónomo, tal vez motivado por el deseo de poseer su propio viñedo algún día. Al año siguiente, Bastien se le unió para estudiar Derecho.

Se quedó pensativo un instante. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y paseó despacio de un lado a otro. Entonces continuó:

—Creo que no supe canalizar en ninguno de los dos la rabia que se fue forjando en sus

corazones con los años. Me faltaron fuerzas para ayudarlos a superar tanto rencor. —Me miró de soslayo—. O puede que también yo lo compartiera.

—Es comprensible —dije, pero no me escuchó.

—En París la vida era cara y se buscaron un empleo para pagarse un apartamento en Levallois-Perret. Adrien ya trabajaba de camarero en un *pub* en Saint-Denis y Bastien comenzó en una cadena de comida rápida.

»Una noche, Adrien conoció en el *pub* al empresario alemán Heller Ackerman, un pez gordo que resultó tener fuertes conexiones con el capo del narco colombiano Alonso Espinosa. El viejo Ackerman descubrió el potencial de Adrien y pronto le ofreció un empleo. Al cabo de dos años ya se había convertido en su mano derecha, en la cabeza visible de sus asuntos más turbios. Esto le granjeó a Adrien sus primeros enemigos. Pero él nunca se amedrentó y siguió bajo las órdenes de Ackerman hasta que, un año más tarde, este murió de un infarto mientras practicaba sexo, atiborrado de Viagra, con su joven secretaria.

—¡Joder! —exclamé sin querer.

—Todo su imperio quedó en manos de su mujer, Camille, y sus tres hijos, demasiado jóvenes para hacerse cargo de los negocios.

Por fin habíamos llegado a Camille. Redoblé mi atención.

—Camille conocía las infidelidades de su esposo, pero sus caprichos eran demasiado caros como para pensar en dejarlo. Al contrario, los devaneos de él le servían de excusa para buscar sus propias aventuras.

—Vaya, un matrimonio bien avenido.

Max se volvió hacia mí.

—Hasta que se encaprichó de Adrien.

Eso no me gustó y sentí los celos corroyéndome por dentro.

—Lo acosó durante mucho tiempo, casi desde el principio, pero no consiguió nada de él mientras el viejo vivió.

—Y después se casaron... Muy coherente —dije más para mí que para que él me escuchara.

—Sí, ocho meses después de la muerte de Ackerman. Fue un escándalo porque todos pensaron que su relación ya existía en vida del empresario, lo cual no era cierto.

»Adrien tomó las riendas de las empresas de su exjefe y también de los negocios ocultos que gestionaba desde París. Para él fueron unos años de aprendizaje. Trató varias veces de romper los vínculos relacionados con el negocio de la droga, algo que no gustó a Espinosa y que le hizo ganarse su segunda horda de enemigos. Sufrió amenazas, extorsión, secuestro e incluso intento de asesinato... Todo ello dentro de su propio círculo. El astuto Ackerman se rodeaba de perros que supo mantener a raya, pero que una vez muerto el amo se abalanzaron a arrebatarle el poder al joven intruso que había roto la alianza con su mayor fuente de ingresos.

»Al final consiguió desvincularse de Espinosa y salir ileso. Adrien es muy listo, y también es corso, y eso significa estar acostumbrado a lidiar con la violencia. —Miró una fotografía que reposaba en una de las estanterías y luego se volvió hacia mí—. Cuando regresó a Corsica, cuatro años más tarde, ya era un hombre poderoso.

—¿Y Camille?

—Ella no quiso alejarse de París y de sus lujos, así que Adrien dejó en manos de un hombre de confianza los negocios de su mujer y trató de desligarse. No lo conseguiría de inmediato, pero no importaba demasiado porque él ya había establecido las conexiones empresariales que forjarían su propio imperio. Bastien y yo nos unimos a él, motivados por un mismo propósito.

Se quedó callado un momento, y yo tragué saliva y dije:

—La venganza, supongo.

No confirmó mi respuesta, pero no hizo falta.

Me levanté de la silla y caminé hasta el ventanal, donde Max permanecía apoyado. Entonces planteé la pregunta que me estaba atormentando desde que había comenzado esta pesadilla.

—Si le digo a Marco que no he perdido al niño y decido no volver con él, ¿tratará de quitármelo?

—No lo sé.

Me froté las manos nerviosa, tratando de pensar con rapidez. Max me había tendido una mano, y en mí estaba la decisión. Pero ¿qué debía hacer?

—Alicia. Quiero que le convenzas para que vuelva a España. Aquí no está seguro.

Entonces comprendí.

—De modo que el fin de este viaje es hacerle volver.

—En parte sí, pero también es el lugar perfecto para que lo conozcas. Por otro lado, estoy seguro de que no quieres que se quede aquí sabiendo el peligro que corre.

—Es cierto, no quiero.

Estaba en una encrucijada.

Debía hacerle volver. Pero volver ¿adónde? ¿A La Rodona? ¿Conmigo? ¿Con todo lo que sabía sobre él?

Luego estaba la otra cuestión, la que me quitaba el sueño desde que se había marchado.

¿Era justo separarlo de su hijo?

«No es justo, y lo sabes», murmuró Dimitri.

«A mí me da miedo», murmuró Natasha.

Vale, no era justo.

Vale, tenía miedo.

Pero, dejando todo eso a un lado, debía poner los intereses de mi hijo por encima de los míos. Y como no estaba segura de si le convenía un padre como él, al final no llegué a ninguna conclusión.

—¿Dónde está Marco?

—En Cala Rossa, en un complejo turístico que pertenece a un empresario del que muchos han oído hablar y al que pocos han visto.

—Marco Bossi —aventuré.

—Eres muy perspicaz, *ma belle.* He quedado con él esta tarde aquí. Cree que se encontrará con nosotros.

—Y se encontrará conmigo.

—Alicia, debes conseguir que Adrien regrese, tienes que sacarlo de aquí.

Resoplé con fuerza.

—Haré lo que pueda.

TENGO UNA MENTIRA

A la hora del almuerzo no era capaz de probar bocado y solo me animé a cruzar el umbral de la cocina por acompañar a Virginia. Definitivamente, era masoquista, porque Bernard volvió a darse cuenta de mi falta de apetito y me regañó en corso, gesticulando y manoteando en el aire para hacerme entender que no estaba bien no comer nada, incluso se señaló la barriga —mucho más abultada que la mía— dejando claro que debía comer por el bien de mi bebé. Hablaba con extrema rapidez y repetía una y otra vez la palabra *Aiò! Aiò!*, que no sabíamos lo que significaba, pero que sonaba muy graciosa, aunque su ademán ceñudo dejaba entrever que no estaba bromeando.

Cuando Virginia se unió al sermón, no aguanté más la presión y me llené los carrillos de panceta, que mastiqué hasta que se me hizo una bola prácticamente intragable. Bernard me puso otro vaso de leche delante de la nariz y, aunque hice un aspaviento de rechazo con la mano, sabía que me la acabaría tomando.

—*Aiò!* —exclamó haciendo el gesto de pinzarme la nariz con los dedos.

Y me la tomé.

Nos retiramos al dormitorio a descansar. Virginia me describió con detalle su expedición por la casa y los jardines, e incluso dijo haber mantenido una animada charla con Bastien, lo cual no dejó de sorprenderme.

—También he conocido a su perro —dijo—. Se llama Bingo y es encantador.

—No sabía que tenían perro.

—¿Quieres hablarme de tu reunión con Max?

—Mejor en otro momento.

Por ahora no pensaba ofrecerle ciertos detalles sobre las actividades de Adrien Antonelli, ya habría tiempo para eso. Además, si tenía que enfrentarme a Marco, necesitaría todas mis fuerzas; no había cosa que produjera mayor desgaste de energía que las emociones descontroladas. Era cierto que me encontraba bien, pero de igual forma debía descansar.

Tumbada encima de la cama, notaba el estómago revuelto y tenía la sensación de haberme tragado una docena entera de erizos de mar.

Max vino a buscar a Virginia y le propuso ir a Cala Rossa. Yo sabía que su intención era dejarnos a Marco y a mí la suficiente intimidad para hablar a solas, de modo que le dije a Virginia que me encontraba cansada y que aprovechara el tiempo con Max.

Se fue tan rápida que ni siquiera pude despedirme.

Yo me dispuse a prepararme para la cita, con los nervios a flor de piel y la panceta resistiéndose a ser digerida en mi estómago. Me di una ducha y me cambié de vestido, uno de estilo imperio que disimulaba bastante bien mi pequeña barriga y que era largo hasta la rodilla. Dudé qué zapatos ponerme. Los míos eran todos planos, pero Virginia se había traído unos de un tacón tan gigante que deberían estar prohibidos como medida de prevención de riesgos extremos.

Cuando me subí a ellos, mi autoestima se elevó quince centímetros sobre el suelo. Era fascinante, y también sumamente difícil caminar con ellos. Pero, si ya estaba impresionada con la trayectoria de Marco, no pensaba dejarme intimidar también por su estatura.

Para que mis pies se amoldaran a ellos —lo cual iba a ser difícil porque calzaba un número más que Virginia—, salí al pasillo y caminé un poco. A cada doloroso paso, Dimitri me importunaba con su parloteo:

«¿Merece la pena?»

A lo que Natasha le respondía:

«Pues claro. ¿No ves lo alta que parece?».

«Es cierto —replicó él—. Parece más alta; como una *drag queen*...»

Pero a mí me daba igual lo que pensaran esos dos, estaba segura de que no tendría que caminar mucho rato.

Sin darme apenas cuenta, llegué a la biblioteca. Me acordé de los cómodos sillones de terciopelo que había visto esa mañana y me dije que me vendría bien descansar sentada en uno de ellos hasta que mis pies volvieran a recuperar su forma natural.

Abrí la puerta y vi a Bastien dentro.

Vaya.

La imagen de mis viñedos en llamas, como si fuera un aquelarre de brujas, se materializó en mi mente y me enfureció.

Desde la puerta me di cuenta de que Bastien miraba el álbum de fotografías que me había enseñado Max por la mañana. Estaba de pie, frente a una estantería, sujetando el álbum entre las manos. Antes de que se volviera hacia mí llegué a apreciar la expresión de tristeza que cubría su rostro.

Y la inquina que me incitaba a abalanzarme sobre él y clavarle un tacón en el culo se esfumó.

—Sé que lo sabes —dijo sin mirarme.

—Sí, lo sé. Y...

Me adentré en la biblioteca y me acerqué a él, dispuesta a soltarle lo que pensaba de su acto vandálico. Pero, cuando eché un ojo al álbum y vi la fotografía de su madre, no pude decirle nada.

—Está bien, suelta todo lo que tengas que decir —dijo.

Traté de hacerlo. De hecho, me puse roja de rabia, luego verde de ira y al final amarilla de impotencia. Pero me desinflé y no logré concentrarme lo suficiente para indignarme con él.

«¿A qué estás esperando? —me acució Dimitri—. Dile a este cretino lo que se merece.»

Volví a intentarlo, pero solo farfullé algo incoherente y sin sentido.

Así que me callé.

Dimitri me lo restregó por la cara.

«¡Atención a todas las neuronas! ¡Atención a todas las neuronas! ¡Hemos perdido al piloto! ¡Repito: hemos perdido al piloto!»

Y Natasha se volvió histérica.

«¡Oh, Dios mío! ¡Hemos perdido al piloto! ¡Hemos perdido al piloto! ¡Qué va a ser de nosotros!»

—¿No vas a decirme nada? —insistió Bastien.

Natasha reaccionó.

«¡Yo tomaré los mandos!»

Suspiré.

—Lo que hiciste no estuvo bien, y podía haber tenido graves consecuencias.

«¿A eso llamas tú tomar los mandos? —relinchó Dimitri—. Eres más blanda que el Blandiblub. Dejadme a mí a este tipo.»

Traté de poner orden al caos que reinaba en mi cabeza y, mientras lo hacía, Bastien se dio cuenta de que no lograba encontrar el coraje suficiente para reprocharle su conducta.

—¿Algo más? —dijo.

Lo medité un momento.

—¿De verdad pensaste que quemando mi viñedo ayudarías a Marco?

—No solo lo pensé, sino que dio resultado. Si no hubieras estado en dificultades, no habrías aceptado su propuesta.

—Ya, su extraña propuesta de matrimonio.

—¿Extraña? No. Era la tapadera perfecta.

—Así que solo fue eso, una tapadera.

Mi amor propio se resintió. Pero me intrigaba su respuesta, porque estaba segura de que Bastien conocía a Marco mejor que nadie.

Me miró de soslayo, sin apenas apartar la vista de la fotografía.

—Vuelves a fallar. Él estaba convencido de que eras la mujer que necesitaba, y se casó contigo sabiendo que llegaría a amarte.

No supe distinguir si eso me reconfortaba; no pensaba con claridad, así que solo pude dejarme guiar por las emociones. Y en esos momentos me sentía triste, y también enfadada, dolida, humillada y unas cuantas cosas más.

—Mira, Alicia, siento lo de tu viñedo, pero lo volvería a hacer si con ello supiera que puedo ayudarlo.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos y me di cuenta de que no podía sentir rabia contra él, no después de saber lo que sabía.

—Siento mucho lo de...

Por primera vez, me miró con afecto.

—Gracias. Pero no es tu guerra.

—No lo era hasta que vosotros me metisteis en ella.

No dijo nada y siguió pasando hojas del álbum.

—¿Desde cuándo conoces a Nina? —le pregunté.

—Desde hace tiempo —dijo mientras colocaba una fotografía que se había movido de su sitio.

—¿Ella sabe quiénes sois realmente?

Sonrió.

—Nadie sabe quiénes somos realmente.

—Yo sí lo sé.

—Claro, eres la esposa de Adrien, y vas a tener un hijo suyo.

—La esposa de Adrien es Camille.

—Camille nunca ha sido su esposa.

—¿Y me lo dices así? Marco la usó para hacerse rico a costa de sus negocios, es eso, ¿verdad?

—Se usaron mutuamente. Camille tuvo lo que quería y él también. Fue un trato justo.

—A mí también me usó. Se diría que es vuestra forma de actuar.

—¿Nuestra? —Sonrió—. La gente siempre busca un beneficio en sus acciones, ya sea moral, económico o sentimental, y no hay nada de malo en ello, es la naturaleza del ser humano que algunos se empeñan en negar atribuyéndose cualidades más honestas. Pero se engañan a sí mismos. Tú aceptaste a Marco porque estabas en apuros. No dudo que sintieras algo por él, pero saber que podría solucionar tus problemas contribuyó a ello.

Maldita sea, estaba en lo cierto.

—¿Y sus beneficios?

—Desde luego, eran más nobles que los tuyos.

—Pero me engañó...

—Eso es solo un punto de vista.

Su móvil emitió un pitido. Lo sacó del bolsillo y lo miró.

—Es Adrien, está aquí.

Se me cortó la respiración.

—No estoy preparada para verlo.

—Claro que lo estás —dijo cerrando el álbum.

Se acercó a una mesita que tenía un teléfono y habló con Bernard.

—Él te acompañará hasta el jardín, Adrien está allí, saludando a Bingo.

—¿Es su perro?

—No, es mío, pero le quiere más a él.

Me acordé de Milo y de sus preferencias y sentí un ramalazo de empatía.

Bernard asomó por la puerta al cabo de un minuto, y yo traté de moverme, pero mis pies (con sus diez dedos) sacaron de algún sitio unos puñitos diminutos y los sacudieron con energía hacia mi cara, reprochándome mi poca consideración hacia ellos.

Cuando llegué al lado de Bernard, este tuvo que echar hacia atrás el cuello para mirarme a los ojos. Lo vi arrugar los labios y luego bajar la mirada hasta mis pies. Meneó la cabeza y yo desfilé delante de él con inestable dominio de mi cuerpo. Tropecé, y él me aferró por un brazo.

Y me pegó un grito.

—*Fà pianu!*

Me volví hacia Bastien, que me había acompañado hasta la puerta.

—Dice que tengas cuidado.

Bernard me guio por pasillos y escaleras —que bajé agarrada a su brazo— y al final llegamos a un patio interior que tenía una fuente preciosa y una palmera desarrollada. Me indicó con una señal que caminara de frente, sin desviarme. Hizo un gesto con la mano hacia la derecha y dijo: «Non!». Hizo otro gesto hacia la izquierda y repitió: «Non!». Lo cual significó en su idioma, y en cualquier otro, que si me perdía era una completa idiota.

VENGO EN SON DE PAZ

Ya no volví a mirar atrás. Salí del patio interior y avancé por un camino de piedras planas sobre césped, algo que agradecí profundamente porque no sería capaz de dar un paso sobre la hierba con semejantes agujas en mis zapatos. Podía ver frente a mí un trozo de piscina, grandes arbustos bien arreglados y algún árbol, pero ni rastro de Marco. Seguí caminando, notando la molesta sensación de que las losas se iban separando cada vez más, lo cual provocó que al final tuviera que dar grandes zancadas para evitar quedarme estancada en la hierba.

Saltando de losa en losa, iba pensando que ojalá hubiera un manual para saber cómo debía comportarme en semejante situación. No había planificado ese momento porque la experiencia me decía que, por mucho que lo organizara, mi reacción cuando estuviera frente a él sería del todo imprevisible. Le diría lo que se me pasara por la cabeza, o lo que me saliera del alma.

En eso estaba pensando cuando lo vi.

Y también vi a Bingo.

Bingo *el rotweiller*.

Borré de mi mente la palabra *perro* para sustituirla por «bestia peligrosa con ligera tendencia a comerse embarazadas». No estaba segura de que aquel enorme animal, que tenía patas de perro, orejas de perro y boca de perro, perteneciera a la misma especie que Milo o la dulce Mini. Solo con mirarlo entraban ganas de salir huyendo.

Marco le lanzó distraídamente una pelota a la piscina, y la bestia se arrojó al agua sin vacilar.

El valor del que había hecho gala unos minutos antes había salido huyendo de mi cuerpo por algún sitio; tal vez por las orejas. Y no volvería. Estaba segura.

No supe qué hacer.

«Lárgate —murmuró Dimitri—. ¿No ves que ese chucho es capaz de cortarte un brazo de un bocado? Aunque lo más probable es que se te lance al cuello.»

¡Jesús! Qué imagen tan desagradable.

Sí, tenía que marcharme. Quise dar media vuelta, pero en vez de eso mis pies se movieron hacia adelante. ¡Será posible! Creo que fue su forma de castigarme por embutirlos en los zapatos de Virginia. Otra opción era bajarme de los tacones y echar a correr, pero entonces el rotweiller me confundiría con una comadreja y me cazaría al instante.

Pensé en lo que haría Virginia en mi situación. Nada, porque a ella no le daban miedo los perros.

En medio de la confusión, mis ojos se centraron en Marco. Pero solo pude ver a Adrien. Marco se había esfumado y tan solo quedaba de él su magnífico envoltorio.

Me fallaron las fuerzas.

Marco me daba la espalda. Vestía unos pantalones vaqueros y una camiseta. Parecía un hombre cualquiera, dulce, inocente, tal vez más seductor de lo normal, pero, desde luego, no tenía la apariencia de alguien peligroso.

No podía serlo.

Tuve deseos de correr hacia él y abrazarlo y besarlo al tiempo que le decía que nada tenía importancia salvo nosotros dos, o más bien tres. Me olvidaría de todo y empezaríamos de nuevo, como si nada hubiese pasado.

Olvidarme de todo... ¿Realmente podía hacerlo?

Reaccioné cuando Bingo salió de la piscina y se sacudió el agua con un movimiento centrífugo que salpicó a su compañero de juegos. Depositó la pelota a sus pies y, en ese preciso instante, captó mi presencia.

Sus ojos inyectados en sangre enfocaron en mi dirección.

Yo lo vi y él me vio.

Yo lo miré y él me miró.

Yo lo calibré y él me calibró.

Un solo segundo de silencio y, después, un ladrido, ronco, fuerte, intimidante.

Marco se volvió y también me vio, también me miró y también me calibró. No pude apreciar la expresión de su cara, pues necesitaba ordenar con urgencia a mis piernas que se movieran y salieran corriendo, pero las muy traidoras se desconectaron de mi cerebro, o peor aún, eran tan incompetentes que se habían quedado paralizadas.

Tres segundos de veloz carrera le bastaron a Bingo para alcanzarme. Tres segundos en los que solo fui consciente de cómo se hacía cada vez más grande.

Pegué un salto y aterricé con los tacones sobre el césped, quedándome varada como una vela en una tarta de cumpleaños. ¡Oh, Dios! No iba a morir a manos de la mafia corsa, iba a morir a manos de su perro; un perro con nombre de lotería, que bien podría ser sinónimo de buena suerte o de fortuna...

Qué ironía. Moriría sin darle a Marco un último beso.

Me tapé la cara con las manos y me deseé mejor suerte en el otro mundo.

—¡Bingo! ¡Sit!

La voz de Marco sonó fuerte y autoritaria, tanto que incluso yo me habría sentado de no haber estado clavada al suelo.

Oí unos jadeos idénticos a los que solía hacer Milo, pero amplificados mil veces en tono e intensidad. Separé los dedos de la mano, que me tapaban la visión como si fueran los brazos de una estrella de mar, y asomé un ojo esperando hallarme cara a cara con las fauces del animal. Pero cuando bajé el ojo hacia el suelo me encontré con la cabeza enorme de Bingo, que jadeaba con la lengua fuera y una expresión bonachona.

Nada de dientes afilados.

Nada de ojos inyectados en sangre.

Dejé caer los brazos y lo miré. El perro tenía el mismo semblante que solía mostrar Milo cuando estaba contento o quería jugar, aunque también podría estar meditando sobre la conveniencia de mantenerme viva o liquidarme.

—Buen chico —le dije para que viera mi buena disposición. Y a riesgo de quedarme sin dos dedos, estiré una mano y le rocé el cogote a modo de caricia.

Solo me faltó decirle: «Vengo en son de paz, ¿y tú?».

Bingo estiró el hocico y me olió las piernas. Después comenzó a darme grandes lametadas, húmedas y tibias, como si mis extremidades estuvieran rebozadas en miel, o lo que sea que les guste a los perros.

«Puaj», soltó Dimitri.

—¡Estate quieto! —gruñí yo—. No quiero que me lamas.

Al segundo siguiente, tenía a Marco delante de mí con la cara de sorpresa más ca-ra-de-sor-pre-sa que había visto nunca.

—Ali, ¿qué haces aquí?

Había olvidado lo bonita que sonaba su voz, lo sensuales que se veían sus labios al hablar, lo dulce que se sentía su mirada...

No era justo; jugaba con ventaja.

«¡Céntrate!», me ordenó Dimitri.

—Desde luego, no he venido para que me aniquile un perro —dije todavía un pelín atemorizada.

—No es peligroso —dijo acariciando la enorme cabeza del animal con todos los dedos de la mano y también con la palma, como si de verdad disfrutara acariciándolo—. De hecho, Bastien trató de convertirlo en un perro de defensa, pero Bingo no ha nacido para luchar.

Fue Marco quien me habló, no Adrien.

Adrien no estaba allí, ahora lo veía claro.

Me armé de valor, tomé aire profundamente y dije...

Nada, no dije nada, porque volví a taparme la cara con las manos y me eché a llorar.

Pero a llorar de verdad. A llorar como jamás había hecho, con un llanto ruidoso, profundo, incontenible, de los que dejan fuera de juego a quienes lo presencian. No recordaba haber llorado nunca de aquella forma y me sentí estúpidamente débil, terriblemente vulnerable e incapaz de hacerme con la situación.

—Por Dios, *chérie* —murmuró Marco, y al momento sentí el calor de su cuerpo envolviéndome con añorada calidez, una sensación que templaba mi alma y calmaba mi angustia.

Pero no pude dejar de llorar.

Marco me apretó contra él y me alzó en brazos. Mis pies abandonaron los zapatos, ensartados en la hierba como estacas. Noté el movimiento de su cuerpo al caminar y, sin apartar las manos de la cara para mirarlo, percibí que se sentaba y me acomodaba sobre sus piernas. Después aguardó en silencio, abrazándome con ternura hasta que mi llanto se extinguió, lo cual ocurrió varios minutos más tarde.

—Lo siento —balbucí al fin mientras trataba de secarme las lágrimas.

Marco se movió ligeramente y enseguida me ofreció un pañuelo limpio, bordado con las letras M y P.

—¿Marcel y Pauline? —pregunté antes de usarlo.

—Sí. Mi madre lo bordó.

Me limpié con él la humedad de la cara. Por un momento tuve miedo de que mis lágrimas fueran corrosivas y que lo estropearan. Era tan bonito, y tan suave... Bueno, era blanco y sin ningún otro adorno, pero a mí me pareció el pañuelo más hermoso. Lo pasé con delicadeza por mi nariz, sin llegar a sonarme, y luego lo conservé dentro del puño de mi mano.

—Sé que no fuiste tú quien quemó mi viñedo —dije—. También sé, aunque no comparta la idea, que Bastien lo hizo para ayudarte.

—Ali, él solo...

Puse los dedos sobre su boca para silenciarlo. La cercanía y el calor de sus labios me provocaron unas horribles ganas de besarlo.

—No, Marco, déjame decirlo todo. —Se mantuvo callado, y yo alejé la mano de su boca de mala gana—. Max me lo explicó, y ha sido duro conocer tu vida, porque... porque ha sido una vida dura, y también hay muchas cosas que no comprendo... Pero Max y Bastien parecen estar de acuerdo en que me quieres y...

—Es cierto, *chérie* —se apresuró a decir mirándome fijamente—, te quiero.

Su afirmación estuvo a punto de provocarme un nuevo llanto.

—Me dijiste que nunca habías matado a nadie, pero también dijiste que la deuda estaba saldada... ¿Qué pasó?

Respondió mientras eliminaba con sus manos los restos de humedad de mi cara.

—Conseguimos que la justicia se ocupara de ellos. No era nuestro propósito inicial, pero creo que fue lo más sensato.

—Yo también lo creo —murmuré sin perder de vista sus ojos. Luego seguí indagando—: ¿Todos acabaron entre rejas?

—Todos menos uno.

—¿Se escapó?

—No, no se escapó. Quiso acabar conmigo antes de que yo lo encontrara. Una noche logró burlar la seguridad de mi casa de Ajaccio, y si no hubiera sido por uno de los guardias, que lo interceptó...

—Te habría matado —terminé por él sin apenas mover los labios.

—Sí.

—¿El guardia lo mató?

—Fue en defensa propia.

—¿Es ese el hombre al que se refiere la prensa?, ¿el que entró en tu casa y nunca se volvió a saber de él?

Asintió con un leve ademán de cabeza.

—Ali, tal vez nuestras tácticas no fueran del todo legales, pero no somos asesinos.

Me alegré de escuchar aquello.

—Aunque una vez me acusaron de haber matado a alguien.

Eso me inquietó.

—¿Quién?

—Tú, Ali. ¿No lo recuerdas?

Oh, Dios, era cierto, lo había acusado de algo horrible.

—También quiero disculparme por eso —dije encogiéndome un poco.

Hizo el movimiento de levantarse y yo salí de su regazo. Se levantó, tan alto como una torre, e instantáneamente me hizo sentir minúscula.

—No te disculpes tanto. Yo soy el único responsable, el que quiso empezar una nueva vida pensando que podía eliminar el pasado.

Me dio la espalda. Estábamos en una terraza de estructura cuadrada que había al lado de la piscina. El techo de madera se apoyaba sobre cuatro columnas, y la brisa corría ligera y agradable en su interior. Los muebles eran elegantes, como los de las revistas de decoración, y el suelo de madera transmitía calidez a mis pies.

—Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad —le respondí a sus espaldas—, pero debiste decirme que tú no quemaste el viñedo. Tal vez si lo hubieras hecho...

—Sí, tal vez... —murmuró con amargura.

No supe qué añadir. Me retorcía la falda con una mano mientras que en la otra apretaba su pañuelo dentro del puño.

—¿Por qué no volviste? —Mi voz sonó triste, hasta yo me di cuenta.

Tardó unos segundos en responder:

—Recuerdo tu mirada cuando me acusaste de matar a nuestro hijo. —Respiró profundamente —. No hubiera podido enfrentarme a ella de nuevo. Sabía lo que significaba para ti ser madre y me sentía demasiado culpable. —Se volvió para mirarme. Su mandíbula parecía tensa, como si apretara los dientes. El gesto de rebeldía desapareció enseguida, pero la expresión mortificada permaneció en él—. Ali, también era hijo mío. Yo también he sufrido...

Casi no pude soportar la tristeza que transmitían sus ojos.

—Lo sé —musité.

Volvió a mirar al frente y, por el rabillo del ojo, vi que Bingo iba a sentarse cerca de él.

—¿Por qué estás aquí? —dijo sin volverse para mirarme—. No lo entiendo.

Reflexioné un momento la respuesta. Desde luego, no era una explicación sencilla. Él creía que lo odiaba, y que había perdido a nuestro hijo, y ninguna de las dos cosas era cierta.

—He venido a pedirte que abandones la isla.

Me miró de soslayo, y luego descendió el peldaño que separaba la terraza del jardín. Caminó con las manos en los bolsillos hasta el muro de piedra que limitaba la propiedad y desde donde se apreciaban unas preciosas vistas sobre la costa. Bingo se quedó tumbado en la terraza rascándose una oreja. Yo lo seguí y volví a hablarle a su espalda.

—Marco, creo que debes volver, aquí corres peligro.

Aguardó en silencio.

—Max te ha pedido que lo hagas, ¿verdad? Ha sido él quien te ha traído para que me convenzas. —Se volvió y me miró—. Pero esta es mi tierra y, si me sucede algo, tal vez es porque lo merezco.

—¡No!

—¿No? ¿No qué?

—No lo mereces.

—Tú no sabes nada...

—Lo sé todo —lo atajé—. Max me lo contó.

—¿De veras? ¿Y te ha hablado Max de las extorsiones, de los negocios fraudulentos, de las personas a las que he tenido que someter, comprar o amenazar para conseguir mi propósito? —Sentí que los vasos sanguíneos de mi cara se dilataban haciéndose visibles en la superficie de mi piel—. Sí, tengo muchos enemigos —continuó—, tal vez demasiados, y si soy justo conmigo mismo, puede que me merezca todo lo que me suceda a partir de ahora. No pienso huir como una rata, *chérie*.

Sus palabras me habían conmocionado, pero no pensaba dejar que Marco se abandonara a su suerte. ¡Maldita sea! Era el padre de mi hijo, y quería que llegara a conocerlo. Yo sabía que Marco no era malo, al contrario, era un hombre con una capacidad enorme para ser feliz, solo que no había tenido la oportunidad porque había vivido cegado por el rencor.

Tenía que hacer algo que le hiciera reaccionar.

Y solo había una forma.

Después, que fuera lo que Dios quisiera.

—Marco... —comencé con la voz insegura, avanzando unos pasos sobre la hierba y acercándome un poco más a su espalda. Había vuelto a darse la vuelta y yo tenía la irritante sensación de que no me escuchaba, como si se hubiera enjaulado con sus demonios en algún lugar inaccesible—. ¿Quieres mirarme? —le grité, y conseguí que se volviera. Estaba lo suficientemente cerca de él como para ver que sus ojos se habían oscurecido hasta el punto de que no estaba segura de que pudiera verme. Tomé aire—. No pienso sentirme culpable por lo que hice. Tal vez estuvo mal que te gritara aquellas cosas horribles, pero ¿por un momento te has parado a pensar en cómo me sentí yo después de haber descubierto todo?

—Lo pensé —dijo mascando las palabras—. Por supuesto que lo pensé. ¿Por qué crees que no volví?

—¡¿Por qué?!

—Me di cuenta de que estarías mejor sin mí —dijo cuidadosamente con su voz sedosa y a la vez grave.

—Te equivocaste...

—¿Crees que si te lo hubiera contado desde el principio me habrías aceptado?

—No lo sé, no me diste esa oportunidad.

—No, no lo hice —dijo empleando todo el poder de sus ardientes ojos de avellana—. Estaba tan fascinado contigo que me aterraba la idea de que me rechazaras. Y lo habrías hecho, Ali, lo sabes.

—¡No, no lo sé! ¡No hables por mí!

—De todas formas —continuó—, esto me ha servido para darme cuenta de que no se puede dejar atrás el pasado. Si Camille ha sido capaz de encontrarme, puede que otros también lo hagan.

—¿Eso quiere decir que no piensas volver?

Su rostro se tensó al responder:

—¿Y adónde quiere Max que vuelva?

—¡Olvídate de Max! Soy yo quien te lo pide.

—¿Quieres que vuelva... contigo?

Medité la respuesta con la respiración alterada y el corazón dándome trompicones en el pecho. Dimitri y Natasha abrieron las orejas en su máxima dimensión.

—Sí, Marco. —Suspiré—. Quiero que vuelvas conmigo. Quiero que las cosas sean como antes. Puedo olvidarlo todo. Sé que no eres una mala persona...

Soltó una carcajada que me descolocó. Lo miré con los ojos nublados por las lágrimas y me quedé muda, observándolo mientras su sonrisa se convertía en una mueca taciturna.

—*Chérie,* ¿qué es para ti una mala persona?

—No me lo pongas más difícil, por favor...

—Intento hacerte ver la verdad. ¿No es lo que querías?

—No eres malo, lo sé, solo eres alguien a quien han hecho mucho daño. Te conozco, Marco, y nunca he visto en ti maldad alguna.

Se acercó a mí con dos grandes pasos, me aferró por los hombros y me sacudió ligeramente.

—Soy Adrien, ¿me oyes? ¡Adrien! ¿También crees que Adrien es una buena persona? Si te contara algunas cosas que he hecho, no querrías volver a verme.

Luché para soltarme, pero me retuvo con fuerza.

—Pues no me las cuentes —dije con los dientes apretados tragándome las lágrimas.

—Dime quién soy, Ali.

—Eres Marco.

—No, *chérie,* di mi nombre. —Ejerció mayor presión sobre mis hombros.

—Eres Marco... —dije un poco más fuerte, con la voz ahogada.

—¡Di mi nombre! —bramó.

Las lágrimas se me colaban por la comisura de los labios y me inundaban la boca con su sabor salado.

—¡Dilo! —me acució volviendo a zarandearme.

Y yo me rendí.

—¡Adrien! —le grité sollozando y lanzándome a darle puñetazos en el pecho—. ¡Eres Adrien! ¡Adrien!

Me dejó descargar contra él toda mi rabia. Lo golpeé con fuerza como si fuera una niña enfurecida que no sabe manejar su frustración y debe liberarse de la angustia antes de que esta la termine consumiendo. Mis golpes iban en aumento a medida que las emociones subían de nivel. Me sentía frustrada por haber descubierto que mi felicidad con Marco y su vida eran dos hechos incompatibles, y deseaba romper con mis puños las barreras que me separaban de él, las que me alejaban de los momentos maravillosos que habíamos compartido.

Pero las barreras no se rompieron, y al final me quedé sin fuerzas.

Sin embargo, mi arrebato de furia había logrado que me deshiciera del rencor, que el globo que había estado hinchando este tiempo hubiera llegado a su punto de máxima extensión, en el

que solo podía hacer dos cosas: desinflarse o explotar. Y yo había decidido liberarlo y observar cómo hacía cabriolas aéreas mientras exhalaba todo el aire de su interior.

Así me sentía, como un jodido globo desinflado.

Estaba hecha un guiñapo.

Marco, o Adrien, o los dos juntos, me apretaron en un abrazo que duró eternamente, o eso me pareció a mí.

El rencor agonizó hasta apagarse.

Me sentía tan bien en sus brazos que no quería separarme de ellos.

—Ali, qué voy a hacer contigo... —murmuró con voz tierna, y una de sus manos flotó hasta mi pelo, tan ligera como el ala de una polilla.

—Vuelve a casa —susurré contra su pecho, notando la calidez de su mano en mi cabeza.

—No quiero ponerte en peligro. Ya te he causado suficiente daño.

Abrió los brazos y se apartó de mi lado, dejándome una dolorosa sensación de pérdida; volvió al muro, apoyó las dos manos sobre él y miró al horizonte, a la hermosa línea divisoria que separaba el mar del cielo. Así permaneció un largo minuto antes de volver a hablar, y cuando lo hizo, su voz sonó desprovista de fuerza:

—Dicen que el sol le hizo tanto el amor al mar que acabaron por engendrar la isla de Corsica.

—Marco...

—Es el lugar perfecto para vivir. Y también para morir.

Di unos pasos hacia él y le puse una mano en la espalda. No podía ver sus ojos, pero podía oír su respiración agitada.

—Por favor..., Adrien.

Hizo un ligero movimiento hacia atrás con la cabeza al escuchar su nombre.

—Te juro que he intentado odiarte. Y me he dado cuenta de que lo que más me duele es que me hayas arrebatado a Marco, al hombre más cariñoso, dulce y generoso que he conocido nunca. Fuimos felices hasta... hasta que ese otro *tú* apareció en nuestras vidas. Adrien me da miedo, pero a la vez me muero por conocerlo mejor y por hacerle olvidar el pasado. He tratado de no pensar, de alzarme sobre la pena, he probado todo... Pero los momentos felices siempre acababan imponiéndose. Y no puedo... —Me acerqué más y me apoyé contra su espalda—. No puedo hacerlo... Me ahogo sin ti... Y si tengo que amar a Adrien para demostrarte lo que te quiero, lo amaré... Puedo hacerlo. En realidad, lo he amado desde que te conocí.

Noté que los músculos de su cuerpo se tensaban.

—Solo trato de protegerte, ¿no lo entiendes?

—¡No, no lo entiendo!

—Vuelve a casa, Ali. Max nunca debió traerte. Y por favor..., acepta la finca de Los Vientos como un bien compensatorio por todo lo que has pasado.

Dicho esto se despegó del muro y echó a caminar hacia la casa.

Y a mí me entró el pánico.

«¿Será posible?», me dije. Con todo lo que me había hecho y era yo la que tenía que rogarle.

Entrecerré los ojos, como si tuviera la capacidad de lanzarle rayos a su espalda.

—¿Bien compensatorio? —le chillé mientras lo veía avanzar—. ¡Y una mierda! ¡Puedes

meterte la finca por el culo, maldito cabrón!

Sus pasos se detuvieron al instante y se volvió para mirarme. Lo había enfadado. ¡Perfecto! Bueno, no tan perfecto, porque ahora yo tragaba saliva y mi corazón redoblaba sus latidos mientras lo observaba volver hacia mí a grandes zancadas.

Esta vez no me sujetó por los hombros, pero me amenazó con el dedo índice y una mirada penetrante.

—Vuelve a casa, Ali, no actúes como una niña.

Me encaré con él.

—¿Una niña? ¡Ja! Yo no soy quien me paseo por la vida jugando a los gánsteres, cambiándome de nombre, cometiendo bigamia y...

—¡Ya está bien! —dijo una voz que no era ninguna de las nuestras.

Era Bastien, que se había aproximado a nosotros, y ni siquiera lo habíamos visto, solo Bingo pareció detectar su presencia y se había acercado a recibirlo.

Marco se dirigió a él con gesto tosco:

—¿Para esto la habéis traído? ¿Para que me convenza de que me marche?

—No solo para eso. —Bastien me miró y adivinó que no habíamos hablado de lo más importante—. No se lo has dicho, ¿verdad?

—Decirme qué —dijo Marco levantando una ceja.

—Pensaba hacerlo ahora —murmuré, aunque no era cierto.

A decir verdad, habría preferido que en ese instante me cayera un rayo y me fulminara antes que confesarle lo que tenía que confesarle. Me aterraba contárselo.

—Pues hazlo —dijo Bastien, y se cruzó de brazos esperando a que me decidiera, sin permitirnos un poco de intimidad.

—¿Qué tienes que decirme? —repitió Marco depositando su incisiva atención sobre mí.

Me froté las manos, notando que mi nerviosismo se disparaba. Tenía que tranquilizarme, pero me costaba un mundo. Por un momento temí que fuera a desmayarme; de hecho, estaba mareada. Llevaba un buen rato con el corazón latiéndome desesperado en el pecho y no había forma de que se calmara. Tal vez si me desmayaba evitaría darle una respuesta, pero cabía la posibilidad de que nadie llegara a tiempo de sujetarme y me estampara contra el suelo, así que no era buena idea.

Los ojos de Marco me miraban indagadores y cargados de expectación.

—Yo... Verás... Se trata del bebé...

Entornó los ojos y movió ligeramente la cabeza tratando de comprender.

—¿Qué intentas decirme, Ali?

Volví la mirada hacia Bastien, quien me apremió con un ademán de impaciencia para que terminara de una vez.

Pero yo era incapaz de decirle: «*Hey*, tu hijo está vivo. ¡Tú no lo mataste! Has sufrido para nada. ¡Alégrate, hombre!».

Me preocupaba su reacción porque ahora era consciente de cuánto había sufrido.

Aprovechando su cercanía, estiré una mano y aferré la suya, luego la deposité sobre mi vientre.

—Todavía está aquí —dije casi sin aliento, atenta a su respuesta.

Como era previsible, su rostro cambió de color y la expresión de expectación que había mostrado momentos antes fue sustituida por otra más alarmante. Su semblante reflejaba desolación, o desamparo, o tristeza.

—¿No perdiste al bebé? —Su mano recorrió la naciente redondez de mi vientre.

Sentí una profunda lástima por haberlo mantenido engañado, sin darle la oportunidad de que pudiera aliviar los remordimientos que le mortificaban. Había comprobado que su angustia había sido semejante a la mía, puede que incluso más hiriente, pues todo este tiempo se había creído responsable de la pérdida.

—Pero... ¿por qué...? —Su voz se cortó por la emoción, y yo volví a notar la presencia de las lágrimas. Me hería mortalmente verlo así—. ¿Por qué no me lo dijiste?

La pregunta me cayó como un latigazo, descargado con tanta violencia que me penetró en la carne hasta lograr partirme en dos. Marco tenía en el rostro una expresión transida de dolor que desbordaba sus facciones.

Le dije la verdad.

—Te fuiste, y yo... descubrí muchas cosas sobre ti..., y tenía miedo de que volvieras y quisieras quitármelo..., que desaparecieras con él y nunca más volviera a verlo. Y entonces yo me moriría porque no podría soportarlo...

¿En algún momento dejaría de llorar ese día?

Él negó con la cabeza, sin llegar a hablar y sin apartar sus ojos de los míos, como si no pudiera dar crédito a mis palabras. Cuando sus labios se movieron intentando decir algo, se quedó a medias.

—Yo nunca...

Me miró durante unos segundos con aquella expresión que se me hacía insoportable. Entonces lo vi apretar los puños y dirigir el foco de atención hacia otro lugar, o hacia otro objetivo: Bastien.

—¿Vosotros lo sabíais? —le preguntó.

Bastien asintió con la cabeza.

No pude negarle valor, porque la expresión amenazante de Marco era francamente amedrentadora.

Y entonces todo se lio.

Marco se desplazó con rapidez y descargó el puño contra la cara de Bastien. Este cayó al suelo por el golpe y permaneció aturdido durante un segundo.

—¡¡¡No!!! —grité, pero no me escucharon.

Noté una presencia pegada a mis piernas y, cuando me volví, descubrí a Bingo escondido detrás de mí, con el cuerpo tembloroso y emitiendo ligeros gañidos de angustia.

«Pues estamos buenos.»

Bastien se llevó una mano a la nariz y comprobó que estaba sangrando.

—¡Debíamos protegerla! —exclamó desde el suelo.

—¿Protegerla de mí? —replicó Marco con la voz distorsionada.

Bastien se levantó y avanzó hacia él con la fuerza de un ariete. Cuando llegó a su altura,

aumentó la velocidad y lo barrió de una embestida, agarrándolo por la cintura y derribándolo.

Los dos cayeron al suelo.

—¡Sí, de ti! [Palabrota incomprensible]. ¿De quién si no?

Sus cuerpos se embrollaron en el suelo. Marco se revolvió como un gato y logró parapetarse sobre Bastien, quien esquivó un nuevo golpe y lanzó a su vez el puño, que impactó en la mandíbula de Marco haciéndolo caer hacia un lado.

Cuando Bastien se vio libre, se puso en pie y esperó a que Marco se recuperase del golpe.

—¡Su estado era delicado! —le bramó sin aliento debido al esfuerzo—. ¡Y si lo hubieras sabido, no te habrías mantenido lejos! [Nueva palabrota incomprensible]. ¡Necesitaba estar separada de ti un tiempo!

Debía admitir que la retórica aplastante de Bastien me estaba sorprendiendo. Haber pasado estos meses sin Marco me había servido para pensar en mi situación, para asimilar quién era él y si, de verdad y pese a todo, seguía queriéndolo en mi vida. También había sido un periodo vital para superar los momentos difíciles del embarazo. Había estado tranquila; también apenada, triste y melancólica, pero tranquila.

Me limpié los restos de lágrimas que todavía humedecían mi cara y me dije que no pensaba volver a gritarles para que dejaran de pelearse. Sujeté a Bingo por el collar y los dos nos acercamos a la terraza. Allí yo me senté en el peldaño y dejé que la robusta silueta negra de Bingo se pegara a mis piernas buscando reconfortarse.

Entonces me limité a contemplar la refriega.

Puñetazo a Marco: se lo merece por haberme engañado.

Placaje a Bastien: también se lo merece, por quemar mi viñedo.

Habían dejado a un lado los buenos modales, hablando en mi idioma para que yo entendiera lo que decían, y ahora solo hablaban en su lengua incomprensible, o más bien se gritaban antes de sacudirse. Al final casi llegué a disfrutar del combate. Era una forma de darle a cada uno lo que se merecía sin mover ni un dedo por mi parte. Solo hubo una vez, cuando Bastien estuvo a punto de descerrajarle una patada a Marco en la entrepierna, que me sobrecogí un poco. Pero, por suerte, esquivó el impacto; si alguien tenía que darle una patada en ese sitio, debía ser yo.

Diez minutos más tarde, los dos terminaron por los suelos, con la cara magullada y jadeando. Había sido una pelea de igual a igual. La camiseta de Marco estaba rasgada, y a la elegante camisa de Bastien le faltaban todos los botones.

Desplacé la mirada hacia Bingo y este me miró con la lengua fuera. Se relamió un poco y emitió un sonido de perro difícil de transcribir. Parecía alegrarse de que sus amos, por fin, dejaran de guerrear.

Marco fue el primero en levantarse y, una vez de pie, le tendió la mano a su amigo. Este la aferró y Marco tiró de él hasta que Bastien logró sostenerse sobre las dos piernas. Después —¡Oh, cosas inexplicables de hombres!—, los dos rieron y se fundieron en un abrazo al tiempo que palmeaban sus espaldas.

«Hay que joderse», chirrió Natasha.

Fue en ese momento —y no antes— cuando Marco rastreó el lugar en busca de su mujer. Podía haberme caído por el muro que protegía la finca de la ladera y no se habría enterado. Pero

me descubrió sentada en la terraza, con Bingo pegado a mis piernas.

Lo vi dirigirse hacia mí, limpiándose por el camino la sangre de la cara con un trozo estirado de camiseta. Me puse de pie de mala gana, sin tener ni idea de lo que haría él cuando llegara a mi lado y tratando de pensar en algo punzante que soltarle. Pero cuando lo tuve enfrente y tomé aire para croarle que se comportaban como niños, él me cogió de la mano, tiro de mí y se dirigió hacia la casa, haciéndome caminar más deprisa de lo recomendable. Mis piernas no eran capaces de competir con sus grandes zancadas.

—Marco, por favor, ve más despacio.

Se detuvo de golpe y me alzó en brazos antes de continuar.

No me gustó que me manejara como a una muñeca y estuve a punto de decírselo, pero reconocía que iba bastante cómoda.

Me fijé en que su atractivo rostro estaba machacado por la pelea.

—Te ha dado una buena paliza —le dije apreciando la sangre que manaba de una de sus cejas, de la nariz y de la comisura de sus labios.

—Él también se ha llevado lo suyo.

—Es cierto.

Volví la mirada hacia atrás y observé que Bastien se había quitado la camisa y se limpiaba con ella la sangre de la cara mientras Bingo daba grandes saltos a su lado intentando atrapar la manga que colgaba del gurruño de tela.

Marco me llevó adentro y me condujo por un pasillo desconocido a través de una galería luminosa hasta llegar frente a una puerta. Me depositó en el suelo antes de abrirla. Luego me invitó a pasar primero. Lo hice y me encontré en una estancia enorme.

—¿Dónde estamos?

—En mi dormitorio.

—¿Y qué haces aquí? ¿Juegas al fútbol?

No me respondió, y yo me acerqué a un gran armario con estanterías llenas de marcos con fotografías de su familia.

Volví la mirada hacia él y lo vi allí de pie, con la cara hecha un verdadero asco.

—¿Dónde está el baño?

Me hizo un gesto con la cabeza mientras se quitaba la camiseta y se limpiaba con ella las heridas. Caminé hacia la puerta que había al fondo del dormitorio y, una vez dentro, busqué una toalla limpia y un contenedor para recoger agua. Encontré en una esquina un antiguo palanganero de forja que se componía de un aguamanil, un espejo basculante ovalado y una extensión a modo de toallero, del que prendía una toalla limpia. Agarré el aguamanil y le eché un poco de agua, tomé la toalla y volví a la habitación.

Marco se había sentado sobre la cama y apoyaba los antebrazos sobre los muslos. Su rostro agachado en señal de abatimiento me impresionó.

—¿Qué te pasa? —le pregunté mientras me acercaba a él—. ¿Te encuentras mal?

Levantó la cabeza para mirarme.

—No, estoy bien.

Depositéel aguamanil sobre la mesita de noche y humedecí la toalla. Luego me puse a su

lado para comenzar a limpiarle las heridas, poco profundas.

No se quejó cuando mis manos presionaron y arrastraron los restos de su sangre, ni tampoco cuando limpié de suciedad su mandíbula inflamada por los golpes. Me concentré en la tarea mientras él permanecía inmóvil, dejándose hacer, con la mirada perdida en alguna parte.

Cuando ya casi había terminado, me sujetó por la muñeca interrumpiendo mi labor. Con la otra mano me rodeó la cintura y me forzó a acercarme más a él, hasta que su cabeza estuvo a dos centímetros de mi vientre. Dejé a un lado la toalla y enredé mis manos en su cabello, atrayéndolo más hacia mí hasta que noté el calor de su piel a través del vestido, sin importarme que quedara manchado de su sangre.

—¿Crees que podremos empezar de nuevo? —inquirió.

Agaché la cabeza y le quité una hierba enredada entre el pelo.

—No lo sé, pero quiero que mi hijo tenga un padre.

—¿Y tú, *chérie*?, ¿me quieres en tu vida?

Inclinó hacia atrás la cabeza y buscó mis ojos. Abrí la boca para decir algo y la cerré de nuevo. Iba a decirle que no estaba segura, que quería a Marco en mi vida, pero que no me gustaba el todopoderoso Adrien. Sin embargo, me di cuenta de que era imposible aceptar a uno y rechazar al otro. Debía quedarme con todo el lote, debía aceptar a Adrien antes de darle una respuesta. En definitiva, debía asimilar que el hombre que me miraba con un espasmo de dolor atravesándole el semblante era Adrien Antonelli y no Marco. Adrien, el niño que se había quedado huérfano demasiado pronto. Adrien, el joven que había crecido con la amarga esperanza de vengar la muerte de sus padres. Adrien, el hombre que había descendido a los infiernos para llevar a cabo su plan. Y Adrien, el que se había casado con una mujer con el único objetivo de saldar una deuda de sangre.

Los minutos transcurrieron en silencio mientras me devanaba los sesos para responder a su pregunta.

Aferré su rostro con las manos y me moví ligeramente hasta que logré sentarme sobre sus piernas. Me acomodé en su regazo, que era tan acogedor, tan firme, tan familiar... Apoyé mi frente sobre la suya. Respiré su aliento y olfateé su aroma. Despacio, sin siquiera planearlo, mis labios fueron al encuentro de su boca.

Lo besé suavemente, para no dañar sus labios magullados, pero a él no pareció importarle el dolor porque apretó su boca contra la mía y buscó mi lengua en su interior. Lo había echado tanto de menos... Había anhelado tanto estar entre sus brazos que su nombre se escapó de lo más profundo de mi alma, en un signo inequívoco de aceptación.

—Adrien...

Esa noche dormimos abrazados después de hacer el amor.

SE ESTÁ MEJOR EN CASA QUE EN NINGÚN SITIO

Virginia y yo volvimos a casa al día siguiente. Solas. Marco dijo que tenía que resolver unos asuntos importantes y que se reuniría conmigo al cabo de cinco días. Max y Bastien también permanecieron en la isla de la belleza. No quise preguntar de qué trataban esos asuntos porque ya había tenido suficiente información y, en el fondo, tenía miedo de descubrir algo nuevo que me hiciera replantearme las cosas.

Durante nuestro cómodo vuelo de regreso, puse al corriente a Virginia de lo sucedido y, para mi asombro, se lo tomó muy bien; es más, estaba convencida de que Marco era el hombre de mi vida y que debía darle una segunda oportunidad.

—En el fondo son buena gente —dijo.

—¿Tiene eso algo que ver con que estés loca por Max?

Una candorosa sonrisa iluminaba su rostro cuando me miró.

—Tal vez.

—Creo que estás confundiendo su amabilidad con otra cosa.

—Lo he besado.

La miré atónita. Ella se alisó el pelo con la mano en un gesto compulsivo.

—Y luego me besó él —añadió—. Me ha invitado a pasar unos días en Marbella.

—¿En serio? ¿Y vas a ir?

—Puede que dentro de un par de semanas. Están los chicos..., ya me entiendes. —Suspiró profundamente—. Me encanta, Ali. Me he enamorado como una colegial. Y yo también le gusto. Tenías que ver cómo besa... Me muero por zumbármelo.

Solté una carcajada.

—¿Zumbártelo?

Un chófer nos esperaba en el aeropuerto para llevarnos a casa. Habíamos salido de Córcega muy temprano. Bernard me había hecho tragar un par de *frittelle* y un vaso de leche a las siete de la mañana ante la mirada divertida de Marco, y cuando el hombrecillo se despidió de nosotras, nos dio un abrazo apretado y nos deseó suerte.

Apenas pasaban unos minutos del mediodía cuando llegamos a La Rodona. Tuve que preguntarle a Virginia qué día de la semana era, porque yo había estado tan inmersa en mi

mundo que había perdido el sentido del tiempo. Era viernes, y por eso no me extrañó ver a tres personas varadas en medio de la explanada frente a la casa. Cuando estuvimos más cerca, reconocí a Cati, Álex y Tomás, que parecían estar discutiendo. Miramos con atención a través de los cristales del coche y, efectivamente, nos dimos cuenta de que aquella no parecía una reunión amistosa.

—¿Qué pasará ahora? —murmuré para mí misma.

—Los jóvenes... —dijo Virginia—. Nunca saben lo que quieren.

Cuando se percataron de la presencia del vehículo, los tres se lo quedaron mirando hasta que llegamos frente a ellos. El chófer se apeó para sacar mi bolsa del maletero y yo me despedí de Virginia antes de bajarme. Me acerqué al enojado trío, que se quedó repentinamente en silencio mientras observaba cómo el vehículo maniobraba para dar la vuelta antes de continuar su camino a Alcudia.

—Bien, ¿qué pasa aquí? —pregunté cuando el coche se hubo marchado.

Noté que algo me hacía cosquillas en las piernas. Miré hacia abajo y vi que era Mini, que se alegraba mucho de verme. La cogí en brazos temiendo que tantas piernas acabaran por pisarla y me fijé en que Milo también se había acercado a recibirme. Así daba gusto volver a casa. Le hice una caricia en el cogote —con toda la mano— y esperé a que los presentes se decidieran a darme una respuesta. Álex tenía los brazos en jarras y miraba al suelo, Cati mantenía los suyos cruzados sobre el pecho y parecía disgustada, y Tomás se había quitado su gorra inglesa y se rascaba la cabeza.

—¿Y bien? —insistí.

—Cati, déjalo ya, ¿quieres? —pidió Tomás con voz hastiada.

La chica estaba a punto de echarse a llorar.

—¡No quiero dejarlo! —exclamó ella—. No hasta que me escuche.

Empecé a comprender por dónde iba la cosa. Álex permanecía aferrado a su silencio.

—Vamos a casa, ya le has dicho lo que querías —insistió su padre.

—No, papá —dijo ella sin poder reprimir las lágrimas—, se lo he dicho, pero no lo ha entendido.

—Sí lo entendí —dijo Álex molesto—, no soy tan tontico.

—Vamos, hija —ordenó Tomás aferrándola por un brazo y tirando de ella. Me miró—. Bienvenida a casa, Alicia. ¿Todo bien?

—Sí, Tomás, gracias —murmuré mientras veía cómo se la llevaba.

Dejé a Mini en el suelo y se marchó corriendo al lado de Milo.

—¡Ali, explícaselo tú! —exclamó Cati mientras se alejaba—. ¡Dile lo que te conté!

Alcé los brazos al cielo y los dejé caer de golpe. Cuando Cati y Tomás desaparecieron detrás de la casa, me volví hacia Álex.

—Veo que no te has aburrido.

Arrugó la frente durante unos momentos.

—¿Qué es eso que quiere que me explique?

—Ah, no creo que te interese, a juzgar por cómo van las cosas.

Me guiñó un ojo y me sonrió de una forma traviesa.

—Claro que me interesa.

—De modo que te estás haciendo el duro.

Nueva sonrisa.

—Un poco. Si quiere estar conmigo de verdad, insistirá.

—Lo hará, es muy cabezota, y parece arrepentida, al menos eso me dijo. Le dejaste huella, Casanova.

—Pues ahora me voy a hacer el difícil.

—Estás en tu derecho, pero, conociendo a Cati, no creo que puedas resistirte durante mucho tiempo.

Soltó una carcajada tan imperceptible como un suspiro.

—Lo sé. —Aspiró aire—. ¿Qué tal su viaje?

Enarqué las cejas y resoplé.

—Mi vida parece una película de Scorsese, pero por lo demás... —Respiré hondo, y Álex me miró intrigado—. Algún día te lo contaré todo, pero por ahora solo te diré que Marco vendrá dentro de unos días.

—¿Se han arreglado, patrona?

Le contesté con una sonrisa.

Cinco días de espera; cinco días de sol, cinco noches de luna, cinco días en los que todo siguió su curso, ajeno a los acontecimientos de mi vida. Comprendí que a la vida le daba igual si yo subía o bajaba, si salía o entraba, si luchaba por seguir adelante o me rendía. Ella seguiría su marcha impertérrita hacia el futuro. Era decisión mía si me montaba en su estela o si me quedaba estancada en una orilla, contemplando la esencia de su naturaleza reflejada en existencias ajenas. Y yo quería subirme a sus lomos y cabalgar la vida intensamente, sin remordimientos, sin lamentaciones, tratando de acaparar entre mis brazos toda la felicidad que pudiera ofrecerme por el camino.

Marco llegó a La Rodona, tal como había dicho, al cabo de cinco días. Era un miércoles cualquiera para los demás, pero era un miércoles determinante para mí, un miércoles de mayo, un miércoles de luz brillante en el que se cumplía un año desde que Nina pronunciara aquellas palabras que cambiarían la trayectoria de mi deriva: «¡Lo tengo!», había dicho entusiasmada, y, desde entonces, los hilos de mi vida se habían estado trenzando hasta construir un puente hacia la felicidad, un puente que yo había atravesado dando saltos de alegría, sin reparar en los pequeños huecos por los que era fácil colar una pierna y precipitarse al vacío. Aún me encontraba en el puente, a punto de alcanzar la otra orilla. Pero había llegado el momento de tomar una decisión: retroceder o seguir adelante.

Y yo había decidido avanzar.

Sentada en el peldaño del porche, acompañada de Milo y Mini, esperaba verlo llegar mientras observaba el movimiento de las palmeras meciéndose en la brisa. Había empezado a anochecer cuando la silueta oscura del todoterreno se aproximó a La Rodona, tan despacio que apenas dejaba a su paso un poco de polvo en suspensión mezclado en el ambiente con los tonos

crepusculares que anunciaban el final del día. Cuando llegó frente a la casa, me puse de pie nerviosa e impaciente.

Esperé sin moverme a que él descendiera del vehículo. Iba vestido de manera informal, con vaqueros y camiseta. Milo fue el primero en salir corriendo a saludarlo y, detrás de él, Mini trató de seguirlo con sus diminutas patitas. Ladraron alborotados a su alrededor hasta que consiguieron que Marco se agachara para brindarles unas caricias. Sorprendido por la nueva y pequeña inquilina de La Rodona, sujetó a Mini entre sus manos y dejó que se las lamiera con nerviosismo, como solo los cachorros ávidos de juegos y cariño suelen hacer. La dejó otra vez en el suelo y sacó una galleta del bolsillo trasero de su pantalón que dividió en dos partes; Milo tendría que compartir.

Marco volvió a erguirse y se sacudió la tierra que se le había quedado pegada a la altura de la rodilla. Después concentró su mirada en mí. Estaba serio, y aún se apreciaban en su cara las marcas de la pelea con Bastien.

Yo había logrado permanecer tranquila hasta ese momento, pero ahora notaba que el cuerpo entero me bullía al contemplarlo. Su figura eclipsaba todo lo demás.

—Hola —dijo con voz suave cuando lo tuve enfrente.

—Hola.

—Estoy buscando trabajo en un viñedo. ¿Necesita usted a alguien?

—¿Qué sabe hacer?

—Soy ingeniero agrónomo y tengo experiencia en cultivos. También tengo un máster.

—Suena muy interesante, pero me han dicho que es usted un hombre de negocios.

—Lo era —dijo frotándose la nuca—, pero ya no tengo negocios que atender.

Como estaba subida al peldaño del porche, nuestras cabezas estaban casi a la misma altura.

—¿No tienes negocios? —le pregunté dejando a un lado la broma.

—No.

—Entonces, ¿ya no eres un hombre rico?

Se echó el pelo hacia atrás con la mano y entornó los ojos.

—¿Te importaría mucho que lo fuera?

—Pues...

—Podemos hacer una hoguera en el jardín y hacer un aquelarre de capitales.

La imagen de nosotros dos alimentando una pira en el jardín con billetes de quinientos euros —una noche de luna llena mientras brincábamos alrededor— me dio repelús.

—Bueno, no nos pongamos dramáticos... —dije—. Con hacer alguna obra benéfica me conformo.

Enarcó una ceja y sonrió.

—Me parece bien.

Estiró un brazo y me acarició el vientre con tanto amor que los ojos me chispearon. Tuve entonces la certeza de que mis pasos se encaminaban en la dirección correcta, y ese pensamiento me alegró el corazón. ¿Qué más podía pedir? Tal vez que la felicidad dejara de lanzarme por acantilados, como si no hubiera más habitantes en este planeta con quien divertirse. Mi vida avanzaba. Era una hoja diminuta empujada por el viento. O puede que fuera Alfredo quien me

soplaba por la espalda y me infundía coraje. Si pudiera verlo, si hubiera alguna forma de estar frente a él un único instante, estaba segura de que me diría: «No te detengas, cielo, sigue adelante». Sería muy propio de él, aunque tuviera que utilizar el rumor del viento para hacerme llegar su mensaje desde la otra vida.

Frente a mí, estaba mi futuro; Marco echaba un vistazo alrededor.

—Pensé que nunca volvería a este lugar —murmuró—. Y no imaginas lo mal que me hacía sentir eso.

Respiré profundamente.

—Pero ya estás aquí, y no dejaré que vuelvas a marcharte. A menos que guardes más secretos...

Marco suspiró y cerró los ojos un instante.

—No hay más secretos, *chérie*, lo juro por...

—Sshh, no hables más —dije poniendo dos dedos sobre sus labios—. ¿No ves que me muero por besarte?

Y entonces lo besé. Y ese beso me aisló del mundo y rubricó un nuevo comienzo.

Abducida por sus besos, apenas fui consciente de un parloteo amortiguado que me llegaba desde alguna parte. Me separé de él lo justo para poder mirar por encima de su hombro y me di cuenta de que el todoterreno de cristales tintados no dejaba de zarandearse; un movimiento de vaivén que ponía de manifiesto que allí dentro había alguien. Me fijé en que Milo, que tenía mejor instinto que yo para esas cosas, sí lo había detectado, porque estaba muy inquieto y no dejaba de dar saltos frente a una de las puertas traseras.

Volví a mirar a Marco.

—¿No has venido solo?

Su sonrisa seductora no respondió a mi pregunta. Se volvió hacia el coche e hizo una señal con la mano para que, quienquiera que estuviese allí dentro, saliera fuera.

La puerta del todoterreno se abrió y Bingo apareció dando un salto, brincando por encima de Milo como una liebre. Un segundo después, la figura rechoncha y sonrojada de Bernard salió torpemente del vehículo.

—*Bona sera!* —exclamó sonriente.

Y pese a todo, me alegré de verlo.

AGRADECIMIENTOS

Esta historia no estaría completa sin unas palabras de gratitud hacia las personas que me ayudaron en este proyecto:

A mi marido y a mi hijo, porque son los verdaderos sufridores de mis encierros, de mis ausencias soñadoras, de mis viajes de onironauta en compañía de mis personajes. Sin su apoyo, comprensión, tolerancia y sentido del humor, escribir no sería lo mismo.

A mis padres y a mis hermanos, simplemente por estar ahí, tras la barrera, animándome a seguir adelante. A ellos les debo muchas más cosas, pero sería una lista interminable.

A todo el equipo de Planeta de Libros, especialmente a mi editor, Emili Albi, por confiar en mí y darme la oportunidad de llegar a tantos lectores. Me siento una privilegiada.

A Cati Ribot, de las bodegas mallorquinas Galmés i Ribot, por ser mi maestra bodeguera y aconsejarme con su experto dominio de la materia. Fue un placer conocerte y visitar tu soleado viñedo ecológico. Gracias también por prestarme tu nombre y los apellidos familiares.

A Marina Collazo Casal, Ana M.ª Díaz Collazos y Laeticia Abihssira, por ayudarme con el gallego, el colombiano y el corso, respectivamente.

A mi compañero de letras Manuel Navarro, por leer el primer manuscrito y por aconsejarme y ayudarme a pulir el texto. Te admiro y te respeto como escritor y como persona.

A Salomé Alonso por su consejo sobre mascarillas faciales, y a Marisa Nevado por su contagioso entusiasmo. Gracias a las dos por tantas risas.

A María José Moreno —maravillosa escritora—, ella sabe por qué.

A todos mis amigos y seguidores en las redes sociales, por alegrarse de mis logros y compartirlos.

Para terminar, gracias a todos los lectores de mis anteriores novelas, estéis donde estéis. Sin vuestro aliento seguro que estaría haciendo otra cosa, *patchwork* por ejemplo.

Alicia y el teorema de los monos infinitos
Mayte Uceda

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Johner Images /Getty Images
© de la canción *El día que me quieras*, Alfredo Le Pera, Carlos Gardel, Antonio Atilio Stampone

© Mayte Uceda, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2016

ISBN: 978-84-08-15781-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com